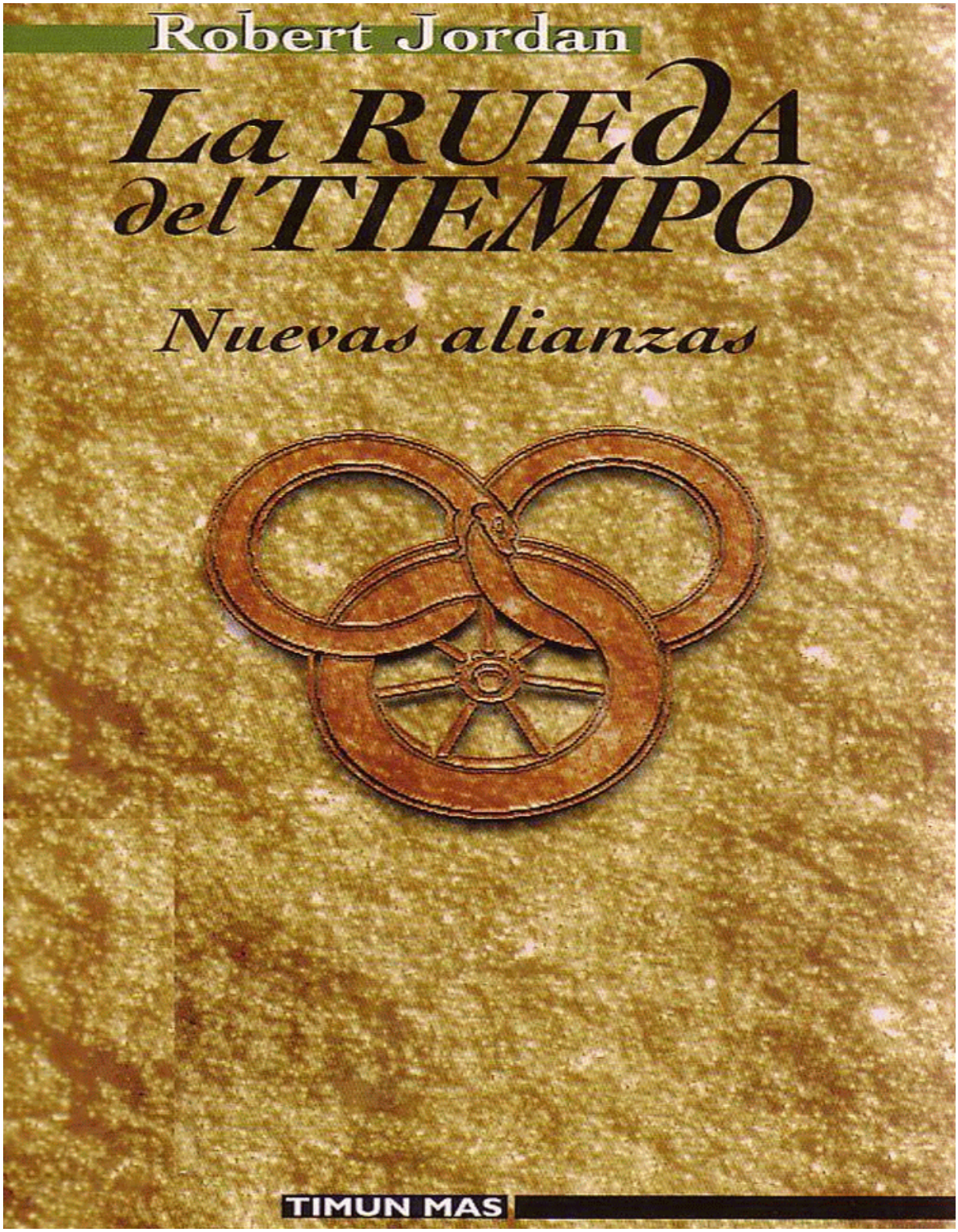
LA RUEDA DEL TIEMPO 13
Nuevas alianzas
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet
Mi luz, mi vida, mi corazón,
para siempre

«Quien acuda a cenar con los poderosos
habrá de subir por el camino de dagas.»

Anotación anónima redactada en el margen de un manuscrito
histórico (presumiblemente de la época de Artur Hawkwing)
sobre los últimos días de los Cónclaves Tovanos

«En las altas esferas,
todos los caminos están pavimentados con dagas.»

Antiguo proverbio seanchan

CAPÍTULO 1

Más fuerte que la ley escrita

En medio de la fría oscuridad de la noche, Egwene se despertó aturdida por unos sueños agitados e inquietantes, aún más perturbadores porque no los recordaba. Estaban siempre abiertos a ella, tan claros como palabras impresas en una hoja, pero esta vez habían sido confusos y aterradores. Tenía muchos de esos sueños últimamente, y salía de ellos deseando correr, escapar, incapaz de recordar de qué pero siempre intranquila, siempre temblorosa. Por lo menos no le dolía la cabeza. Por lo menos se acordaba de otros sueños que sabía que eran importantes, si bien era incapaz de interpretarlos: Rand llevando diferentes máscaras, hasta que de repente una de ellas dejaba de ser una careta y era su verdadero rostro; Perrin y un gitano abriéndose paso frenéticamente a golpe de espada y de hacha a través de zarzas, ignorantes del precipicio que se abría un poco más adelante. Y las zarzas chillaban con voces humanas que ellos no percibían; Mat, pesando en una balanza gigantesca a dos Aes Sedai, y de su decisión dependía... Egwene no sabía qué; algo inmenso, tal vez el mundo. Había tenido otros, casi todos teñidos de sufrimiento. Recientemente, todos sus sueños sobre Mat eran vagos y llenos de dolor, como sombras arrojadas por pesadillas, casi como si el propio Mat no fuese real. Aquello la hacía temer por él, abandonado en Ebou Dar, y le producía una gran congoja haberlo enviado allí, por no mencionar al pobre Thom Merrilin. Sin embargo, los sueños que no recordaba eran peores, de eso no le cabía duda.

El sonido de voces susurrantes que discutían la había despertado; la luna llena seguía brillando en lo alto, arrojando luz suficiente para distinguir a dos mujeres encaradas a la puerta de la tienda.

—A la pobre le duele la cabeza todo el día, y apenas descansa por la noche —susurraba ferozmente Halima, puesta en jarras—. Déjalo para mañana.

—No tengo intención de discutir contigo. —La voz de Siuan era puro hielo. La mujer se echó la capa hacia atrás con la mano enguantada, como preparándose a pelear. Sus ropas eran adecuadas para el tiempo que hacía, con el vestido de paño grueso puesto sin duda encima de tantas enaguas como le cabían—. Apártate, y deprisa, ¡o usaré tus tripas para cebo! ¡Y ponte algo de ropa decente!

Con una suave risa, Halima se irguió desafiante y, si acaso, se plantó más directamente en el paso de Siuan. El camisón blanco le ceñía el cuerpo, pero era lo bastante decente para el propósito que servía, aunque era un milagro que la mujer no se congelase de frío con aquella fina prenda de seda.

Los rescoldos de ascuas en los braseros de trípode se habían apagado hacía mucho tiempo, y ni los paños de lona asaz remendados ni las capas de alfombras extendidas sobre el suelo conservaban ya el calor. El aliento de las dos mujeres formaba un tenue vaho al hablar.

Egwene apartó las mantas y se sentó cansinamente en el estrecho catre. Halima era una mujer del campo con un ligero barniz de sofisticación, y a menudo no parecía tener en cuenta el debido respeto a las Aes Sedai, o incluso parecía pensar que no debía deferencia a nadie. Hablaba a las Asentadas como lo habría hecho con las amas de casa de su pueblo, con una guasa, un desenfado y una familiaridad que a veces resultaban escandalosos.

Por su parte, Siuan se pasaba el día dejando paso a mujeres que habían obedecido prestamente sus órdenes un año antes, sonriendo y haciendo reverencias a casi todas las

hermanas del campamento. La mayoría de ellas seguía culpándola de los problemas de la Torre y pensaba que aún no había expiado suficientemente su castigo por ello. Todo ello bastaba para que el amor propio de cualquiera estuviese a flor de piel. Unido lo de la una con lo de la otra, era como arrojar una linterna encendida a la carreta de un Iluminador, pero Egwene confiaba en evitar la explosión. Además, Siuan no habría acudido en plena noche si no hubiese sido imprescindible.

—Regresa a la cama, Halima. —Sofocando un bostezo, Egwene se agachó para buscar a tientas las medias y los zapatos debajo del catre. No encauzó para encender una lámpara; prefería que nadie advirtiera que la Amyrlin estaba despierta—. Vamos, necesitas descansar.

Halima protestó, quizá con más contundencia de lo que habría sido correcto para dirigirse a la Sede Amyrlin, pero a no tardar se encontraba de nuevo en el pequeño jergón que se había instalado para ella en la tienda, a pesar del escaso espacio que quedaba con el lavabo, el espejo de cuerpo entero, un enorme sillón y cuatro grandes arcones, apilados unos sobre otros. En ellos se guardaban todos los vestidos que seguían llegando de las Asentadas, quienes todavía no se habían dado cuenta de que, por joven que fuese Egwene, no lo era tanto como para encandilarla y distraerla de otros asuntos con sedas y encajes. Halima yació enroscada, observándola en la oscuridad, al tiempo que se pasaba un peine de marfil por el cabello, se ponía unas manoplas gruesas y se echaba una capa forrada con piel de zorro sobre el camisón de tupido paño. Camisón que no le habría importado que fuera más gordo con ese tiempo. Los ojos de Halima parecieron captar la débil luz de la luna y brillar sombríamente, sin apenas pestañear.

Egwene no creía que la mujer se sintiese celosa de su puesto cercano a la Sede Amyrlin, habida cuenta de su intrascendencia, y la Luz sabía que no era dada a los chismorreos, pero Halima mostraba una curiosidad inocente por todo, tanto si era de su incumbencia como si no. Razón suficiente para escuchar lo que Siuan tuviese que decirle en otra parte. Ahora todas sabían que Siuan había unido —en cierto modo— su suerte a la de Egwene, de mala gana y a disgusto, según pensaban ellas. Veían la situación de Siuan Sanche en parte divertida y en parte digna de lástima, que tuviera que rebajarse a unirse a la mujer que ostentaba el título que otrora fue suyo, a una mujer que sólo sería una marioneta una vez que la Antecámara dejase de luchar sobre quién tiraba de las cuerdas. Siuan era lo bastante humana como para albergar ciertos chispazos de resentimiento, pero hasta entonces se las habían ingeniado para mantener en secreto que su consejo distaba mucho de ser ofrecido a regañadientes. De modo que soportaba la lástima y la sorna lo mejor que podía, y todo el mundo pensaba que la experiencia vivida la había cambiado tanto como había ocurrido con su rostro. Esa creencia debía mantenerse, o Romanda, Lelaine y a buen seguro el resto de la Antecámara encontrarían el modo de apartarla —a ella y a sus consejos— de Egwene.

El frío del exterior fue como una bofetada en el rostro y se coló bajo su capa; su camisón podría haber sido tan fino como el de Halima por la escasa protección que le ofrecía. A pesar del resistente cuero y la buena lana, Egwene sentía los pies como si estuviese descalza. Zarcillos de gélido aire se enroscaron en sus orejas, mofándose de la espesa piel del forro de la capucha. Asaltada por el vehemente deseo de regresar a su cama, necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para hacer caso omiso del helor del ambiente. El cielo estaba surcado de nubes, cuyas sombras se desplazaban sobre la brillante blancura que cubría el suelo, un manto liso roto por los bultos oscuros de las tiendas y las formas más altas de las carretas cubiertas, que ahora tenían largos patines de madera en lugar de ruedas. Muchos de los vehículos ya no se estacionaban lejos de las tiendas, sino que se dejaban en el mismo sitio donde se habían descargado; nadie tenía valor de hacer que los carreteros realizasen ese trabajo extra al final de una dura jornada. No se movía nada, salvo aquellas sombras deslizantes. Los amplios surcos que se habían pisoteado a través del campamento a guisa de caminos se encontraban vacíos. El silencio era tan límpido y profundo que casi lamentó romperlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó quedamente mientras lanzaba una mirada cautelosa a la

Librodot

pequeña tienda cercana que compartían sus doncellas, Chesa, Meri y Selane, tan oscura y silenciosa como las demás. El agotamiento cubría el campamento como un manto tan grueso como la nieve—. No otra revelación como la de las Allegadas, espero. —Chasqueó la lengua, irritada. También ella estaba exhausta tras largos y fríos días sobre la silla del caballo y acusaba la falta de reposo por no dormir bien; de otro modo no habría dicho eso—. Lo siento, Siuan.

—No tenéis que disculparos, madre. —Siuan también mantuvo un tono bajo y miró en derredor para comprobar si había alguien observando en las sombras. Ninguna de las dos quería encontrarse en la disyuntiva de tener que hablar de las Allegadas con la Antecámara—. Sé que debería habéroslo dicho antes, pero parecía algo sin importancia. Jamás imaginé que esas chicas hablaran siquiera con una de ellas. Es tanto lo que tengo que transmitiros. Pero intentaré entresacar lo sustancial y ceñirme a ello.

Egwene logró contener un suspiro merced a un gran esfuerzo. Aquélla era la misma disculpa, casi palabra por palabra, que Siuan le había ofrecido con anterioridad. En varias ocasiones. Lo que realmente quería decir era que intentaba hacerle engullir más de veinte años de experiencia como Aes Sedai y más de diez como Amyrlin, y todo ello en unos meses. A veces Egwene se sentía como un pato al que se engorda para llevarlo al mercado.

—Bien, ¿y qué es importante esta noche?

—Gareth Bryne os aguarda en vuestro estudio. —Siuan no levantó la voz, pero su tono adquirió un timbre cortante, como le ocurría cada vez que hablaba de lord Bryne. Sacudió iracundamente la cabeza bajo la amplia capucha de la capa e hizo un ruido como un gato escupiendo—. Vino soltando nieve, me sacó de la cama y apenas me dio tiempo para vestirme antes de subirme casi de un tirón a la parte trasera de su silla de montar. No me explicó nada; ¡se limitó a soltarme al borde del campamento y enviarme a buscaros como si fuese una sirvienta!

Firmemente, Egwene ahogó una creciente esperanza. Había habido demasiadas desilusiones, y lo que fuera que hubiese llevado a Bryne en mitad de la noche más probablemente sería un posible desastre que lo que ella esperaba. ¿Cuánto faltaba aún para la frontera de Andor?

—Veamos qué quiere.

Se encaminó hacia la tienda a la que todos habían dado en llamar el estudio de la Amyrlin, ciñéndose bien la capa. No temblaba, pero empeñarse en que el calor o el frío no la afectaban no hacía que desaparecieran. Podía pasarlos por alto hasta el momento en el que el sol le achicharraba el cerebro o el frío le gangrenaba manos y pies. Consideró lo que Siuan había dicho.

—¿No estabas durmiendo aquí, en tu tienda? —inquirió Egwene con tiento. La relación de la otra mujer con lord Bryne *era* la de amo y sirvienta, bien que de un modo bastante peculiar, pero Egwene esperaba que Siuan no estuviese dejando que su terco orgullo la condujera a permitirle que se aprovechara. No podía imaginarlo, ni de él ni de ella, aunque tampoco hacía tanto tiempo que no habría imaginado a Siuan aceptando esa situación en absoluto. Y todavía no se explicaba por qué motivo lo hacía.

Resoplando sonoramente, Siuan avanzó a zancadas y a punto estuvo de caer al resbalarle los zapatos. La nieve pisoteada por incontables pies no había tardado en convertirse en una placa de hielo. Egwene caminaba escogiendo cuidadosamente dónde pisar. Cada día ocurrían accidentes con huesos rotos que las hermanas, agotadas por el viaje, tenían que Curar. Se retiró la capa lo suficiente para ofrecer un brazo, buscando por igual el apoyo que podía dar como recibir. Siuan se agarró mientras respondía, rezongando.

—Cuando hube terminado de limpiar el otro par de botas y la silla de repuesto de ese hombre, se había hecho muy tarde para regresar a través de este camino resbaladizo. Tampoco es que me ofreciese más que unas mantas en un rincón; ¡Gareth Bryne, no! ¡Me hizo sacarlas del fondo de un arcón mientras él se iba la Luz sabe dónde! ¡Los hombres son una calamidad, y ése el que más! —Sin mediar interrupción, cambió de tema—. No deberíais

Librodot

permitir que Halima duerma en vuestra tienda. Además de fisgona, es otro par de oídos de los que debéis tener cuidado. Aparte de que habéis tenido suerte de no entrar y encontrarla *entreteniendo* a un soldado.

—Me alegra que Delana pueda prescindir de Halima por las noches —repuso firmemente Egwene—. La necesito. A menos que pienses que la Curación de Nisao podría dar mejores resultados con mis jaquecas si lo intenta por segunda vez. —Los dedos de Halima parecían extraer el dolor a través del cuero cabelludo; sin eso le habría sido imposible dormir en absoluto. Los esfuerzos de Nisao no habían surtido el menor efecto, y ella era la única Amarilla a la que Egwene confiaría su problema. En cuanto a lo demás... Le dio a su voz un tono aún más severo—. Me sorprende que sigas prestando oídos a esos chismes, hija. El hecho de que a los hombres les guste mirar a una mujer no significa que ella lo provoque, y tú deberías saberlo bien. He visto a unos cuantos mirándote y sonriendo. —Adoptar aquel tono le costaba menos que antes.

Siuan le dirigió una mirada de reojo, sobresaltada, y al cabo de un momento masculló una disculpa. Quizás era sincera. En cualquier caso, Egwene la aceptó. Habida cuenta de la repercusión negativa que tenía lord Bryne en el carácter de Siuan, añadido el asunto de Halima, por si fuera poco, Egwene pensó que podía felicitarse por no haberse visto obligada a tomar una actitud más estricta. La propia Siuan afirmaba que no soportaba las tonterías, y ella, desde luego, no podía permitirse el lujo de aguantarlas de Siuan, precisamente.

Agarradas del brazo, siguieron caminando en silencio; el frío convertía en vaho sus alientos y les calaba hasta los huesos. La nieve era una maldición y una lección. Aún podía oír a Siuan disertando sobre lo que ella llamaba la «Ley de consecuencias no pretendidas», más fuerte que cualquier ley escrita. «Tanto si lo que uno hace tiene el resultado buscado como si no, sí tendrá al menos tres consecuencias que jamás esperaría, y una de ellas es generalmente desagradable.»

Las primeras lloviznas habían sido motivo de asombro, a pesar de que Egwene ya había informado a la Antecámara de que se había hallado el Cuenco de los Vientos y se había utilizado. Era lo máximo que podía arriesgarse a decirles de lo que Elayne le había contado en el *Tel'aran'rhiod*; gran parte de lo ocurrido en Ebou Dar era justo el tipo de cosa que comprometería gravemente la estabilidad de su posición, bastante insegura ya dadas las circunstancias.

Aquella primera rociada provocó un estallido de júbilo. Habían detenido la marcha a mediodía, se habían encendido hogueras y se había festejado bajo la menuda lluvia, con oraciones de gracias por parte de las hermanas y bailes entre sirvientes y soldados. A decir verdad, también algunas de las Aes Sedai habían bailado.

Pocos días después, las suaves lluvias se habían convertido en aguaceros, seguidos de fuertes borrascas. La temperatura bajó de golpe y las borrascas dieron paso a tormentas de nieve. Ahora, y con Egwene apretando los dientes por la lentitud con que avanzaban, tardaban cinco días en cubrir la misma distancia que antes recorrían en uno, y eso si sólo estaba nublado, porque cuando nevaba ni siquiera se ponían en marcha. Resultaba muy fácil pensar en tres —o más— consecuencias no pretendidas, y la nieve era posiblemente la menos desagradable de ellas.

Al aproximarse a la tienda pequeña y llena de parches que llamaban el estudio de la Amyrlin, una sombra se movió junto a una de las altas carretas, y Egwene contuvo el aliento. La sombra se concretó en una figura que se retiró la capucha lo suficiente para revelar el rostro de Leane y después volvió a desaparecer en la oscuridad.

—Vigilará y nos avisará si se acerca alguien —susurró Siuan.

—Bien pensado —respondió Egwene también en un susurro. Podría habérselo advertido antes. ¡Por un momento había temido que fuese Romanda o Lelaine!

El estudio de la Amyrlin estaba a oscuras, pero lord Bryne aguardaba pacientemente en el interior, envuelto en su capa, una sombra entre las sombras. Egwene abrazó la Fuente y encauzó, pero no para encender la linterna colgada del poste central o una de las velas, sino

para crear una pequeña esfera de luz tenue que flotó en el aire por encima de la mesa plegable que utilizaba como escritorio. Era una luz muy pequeña y muy débil, que difícilmente sería advertida desde el exterior y que podía apagarse con rapidez. No podía correr el riesgo de que la descubrieran.

Algunas Sedes Amyrlin habían gobernado desde una posición fuerte, otras se las ingeniaron para alcanzar un equilibrio con la Antecámara, y otras tuvieron tan poco poder como ella o incluso menos, en contadas ocasiones y todo ello bien oculto en las historias secretas de la Torre Blanca. Varias habían desperdiciado poder e influencia, cayendo desde una posición fuerte a otra débil, pero en más de tres mil años muy pocas habían logrado imponerse para marcar nuevos criterios. Egwene habría querido saber cómo se las habían ingeniado Myriam Copan y ese puñado de mujeres para conseguirlo. Si a alguien se le había ocurrido ponerlo por escrito, hacía mucho que las páginas se habían perdido.

Lord Bryne inclinó respetuosamente la cabeza, sin mostrar sorpresa por sus precauciones. Sabía que corría un gran riesgo al reunirse con él en secreto. Confiaba mucho en ese hombre canoso y robusto de rostro franco y curtido, y no sólo porque no tuviese más remedio. Llevaba una capa de grueso paño rojo, forrada con piel de marta y ribeteada con la Llama de Tar Valon; era un regalo de la Antecámara, pero él había dejado claro media docena de veces en las semanas previas que pensara lo que pensara la Antecámara —¡y no estaba ciego para no darse cuenta de por dónde iban los tiros!— ella era la Amyrlin y él seguía a la Amyrlin. Oh, nunca lo había dicho directamente, pero sí con cuidadosas insinuaciones que no dejaban lugar a dudas. Había casi tantas corrientes ocultas en el campamento como Aes Sedai, algunas lo bastante fuertes para derribarlo, si la Antecámara se enteraba de esa reunión. Egwene confiaba en él más que en cualquiera, a excepción de Siuan y Leane, o Elayne y Nynaeve, quizá más que en cualquiera de las hermanas que le habían jurado lealtad en secreto, y habría querido tener el valor de confiar aún más en él. La esfera de luz arrojaba sombras débiles e intermitentes.

—¿Tenéis noticias, lord Bryne? —preguntó, conteniendo la esperanza. Podía imaginar hasta una docena de posibles mensajes que lo hubiesen hecho acudir en plena noche, cada uno de ellos con sus riesgos y trampas. ¿Había decidido Rand añadir más coronas a la de Illian? ¿Los seanchan habían tomado alguna otra ciudad? ¿La Compañía de la Mano Roja se movía de repente por su cuenta, en lugar de seguir de cerca a las Aes Sedai? ¿O...?

—Hay un ejército al norte de nuestra posición, madre —contestó con tanta calma como si anunciara que se aproximaba otra tormenta de nieve en lugar de un ejército. Sus manos enguantadas descansaban ligeramente sobre la larga empuñadura de la espada—. Andoreños, en su mayoría, pero con un número considerable de murandianos. Mis exploradores de larga distancia trajeron la noticia hace menos de una hora. Lo dirige Pelivar, y Arathelle está con él. Ambos son Cabezas Insignes de dos de las casas más fuertes de Andor, y los acompañan al menos otras veinte. Al parecer avanzan deprisa hacia el sur. Si mantenemos el mismo paso de marcha, cosa que desaconsejo, nos daremos de frente con ellos dentro de dos días, tres a lo sumo.

Egwene mantuvo el gesto impasible, ocultando el alivio. Era lo que había estado esperando, deseando; lo que había empezado a temer que no ocurriese nunca.

Sorprendentemente, fue Siuan quien ahogó una exclamación y se llevó la mano enguantada a la boca demasiado tarde. Bryne la miró con una ceja enarcada, pero la mujer se recobró enseguida, asumiendo la máscara de serenidad Aes Sedai tan certeramente que casi podía olvidarse de su rostro juvenil.

—¿Tenéis reparos en luchar contra vuestros compatriotas? —demandó—. Hablad, hombre. Aquí no soy vuestra lavandera.

En fin; sí que había una fisura en su máscara de serenidad.

—Como ordenéis, Siuan Sedai. —En la voz de Bryne no había el menor atisbo de sorna, pero aun así la boca de Siuan empezó a atirantarse a la par que la expresión de frialdad se evaporaba rápidamente. Él hizo una ligera reverencia, reglamentaria pero aceptable—.

Combatiré contra quien la Amyrlin quiera que combata, naturalmente.

Ni siquiera allí se mostraría más explícito. Los hombres aprendían a actuar cautamente frente a Aes Sedai. Y también las mujeres. Egwene pensó que la cautela se había convertido en una segunda piel para ella.

—¿Y si no seguimos adelante? —preguntó. Tanto hacer planes, sólo Siuan y ella y en ocasiones Leane, y ahora todavía tenía que andarse con pies de plomo, con tanta precaución como en el helado pasaje del exterior—. ¿Y si nos quedamos aquí?

—Si conocéis un modo de que den un rodeo sin luchar —contestó el hombre sin la menor vacilación—, todo eso está muy bien, pero en algún momento de mañana alcanzarán una excelente posición defensiva, con uno de los flancos protegidos por el río Armahn y el otro por una extensa turbera, así como pequeños arroyos al frente que desbaratarían la cohesión de un ataque. Pelivar se instalará allí, a la espera; conoce su trabajo. Arathelle intervendrá si hay conversaciones, pero dejará las picas y las espadas para él. No podemos llegar a ese punto antes que ellos y, de todos modos, esa posición no es de utilidad para nosotros teniéndolos al norte. Si tenéis intención de luchar, mi consejo es que nos pongamos en camino hacia las lomas que cruzamos hace dos días. Podemos llegar allí antes que ellos sin forzar la marcha si salimos al amanecer, y Pelivar lo pensaría dos veces antes de atacarnos en esa posición aunque contara con una fuerza tres veces superior a la que tiene.

Moviendo los dedos de los pies casi congelados dentro de las medias, Egwene suspiró con fastidio. Había una diferencia entre impedir que el frío te afectara y no sentirlo. Escogiendo con cuidado las palabras y sin dejar que la baja temperatura la distrajera, preguntó:

—¿Si se les ofrece la oportunidad de hacerlo, parlamentarían?

—Probablemente, madre. Los murandianos no cuentan realmente; sólo están aquí para sacar cualquier ventaja que puedan de la situación, igual que los campesinos que tengo a mis órdenes. Son Pelivar y Arathelle los que importan. Si tuviese que apostar, diría que sólo quieren impediros entrar en Andor. —Sacudió la cabeza sombríamente—. Pero lucharán si no tienen más remedio, si se ven obligados a hacerlo, aunque ello implique enfrentarse a Aes Sedai en lugar de a simples soldados. Imagino que habrán oído las mismas historias que nosotros sobre esa batalla en algún punto del este.

—¡Tripas de pescado! —gruñó Siuan. Adiós a la calma Aes Sedai—. ¡Rumores sin fundamento y chismes disparatados no son una prueba de que hubiese una batalla, zopenco, y, si la hubo, unas hermanas no se habrían involucrado en ella!

Ese hombre realmente hacía que perdiera los estribos. Cosa curiosa, Bryne sonrió. Lo hacía a menudo cuando Siuan daba rienda suelta a su genio. En cualquier otro lugar o en cualquier otra persona, Egwene habría descrito la sonrisa como cariñosa.

—Mejor para nosotros si lo creen así —le dijo Bryne a Siuan suavemente.

El rostro de ella se ensombreció de tal modo que cualquiera habría dicho que Bryne se estaba mofando. ¿Por qué una mujer normalmente sensata permitía que le crispara los nervios? Fuera por la razón que fuese, Egwene no tenía tiempo para ello esa noche.

—Siuan, veo que alguien olvidó llevarse el vino con especias. No puede haberse agriado con esta temperatura. Caliéntalo, por favor. —No le gustaba rebajar a la mujer delante de Bryne, pero había que frenarla y aquél parecía el modo más suave de hacerlo. Vaya, realmente no tendrían que haber olvidado la jarra de plata sobre su mesa.

Siuan ni siquiera pestañeó, pero por su expresión desairada —borrada rápidamente— nadie habría imaginado que lavaba la ropa interior del hombre.

Sin hacer comentarios, encauzó ligeramente para calentar el recipiente de plata y llenó dos copas limpias, la primera de las cuales tendió a Egwene. Se quedó con la segunda, mirando fijamente a lord Bryne mientras bebía un sorbo y dejando que él mismo se sirviera.

Mientras se calentaba los dedos con la copa, Egwene sintió un fugaz acceso de irritación. Quizás era parte de la reacción retardada de Siuan por la muerte de su Guardián. Aún seguía sollozando sin razón aparente de vez en cuando, aunque intentaba ocultarlo.

Apartó el asunto de su mente. Esa noche, aquello era un termitero al lado de montañas.

—Quiero evitar una batalla si es posible, lord Bryne. El ejército es para Tar Valon, no para entablar una guerra aquí. Enviad a alguien para acordar una reunión lo antes posible entre la Sede Amyrlin y lord Pelivar y lady Arathelle y cualquier otro que penséis que debería estar presente. Aquí no. Nuestro destartalado campamento no les impresionaría gran cosa. Lo antes posible, repito. No me importaría que fuese mañana mismo, si puede arreglarse.

—Eso es demasiado pronto, madre —argumentó suavemente él—. Si envío jinetes tan pronto como esté de vuelta en el campamento, dudo que puedan regresar antes de mañana por la noche.

—Entonces sugiero que volváis allí cuanto antes. —¡Luz, que fríos tenía los pies y las manos! Y también sentía frío en la boca del estómago. No obstante, su voz siguió sonando tranquila—. Y quiero que mantengáis en secreto esa reunión, así como la existencia de ese ejército, a la Antecámara el mayor tiempo posible.

En esta ocasión le estaba pidiendo que corriese un riesgo tan grande como el que corría ella. Gareth Bryne era uno de los mejores generales vivos, pero la Antecámara estaba irritada porque no dirigía el ejército a su gusto. Habían agradecido su famoso nombre al principio, ya que había atraído soldados a la causa. Ahora el ejército lo formaban más de treinta mil hombres armados, y seguían acudiendo más desde que las nevadas comenzaron, de modo que pensaban que ya no necesitaban a lord Gareth Bryne. Y, por supuesto, estaban las que opinaban que nunca lo habían necesitado. No se limitarían a echarlo por esto; si la Antecámara decidía actuar, Bryne podría acabar en el tajo del verdugo por traición.

Él no parpadeó ni hizo preguntas. Tal vez sabía que no recibiría respuestas. O quizá creía que las sabía.

—No hay mucho movimiento entre mi campamento y el vuestro, sin embargo, son demasiados los hombres que conocen la noticia a estas alturas para que se mantenga en secreto mucho tiempo. De todas formas, haré todo lo posible.

Así de simple. Se había dado el primer paso por el camino que la llevaría a ocupar la Sede Amyrlin en Tar Valon o, por el contrario, la pondría bajo el férreo control de la Antecámara, sin más posibilidades que ver si era Romanda o Lelaine quien le diría lo que tenía que hacer. De algún modo, un momento tan trascendental debería haber ido acompañado por fanfarrias y trompetas o, al menos, por un trueno en el cielo. Así era como ocurría siempre en las historias.

Egwene dejó que la esfera de luz se apagara, pero cuando Bryne se daba media vuelta para marcharse, lo cogió del brazo. Era como agarrar una gruesa rama bajo la manga de la chaqueta.

—Hay algo que quería preguntaros hace tiempo, lord Bryne. Imagino que no os gusta la idea de llevar a unos hombres agotados por la larga marcha a sitiar Tar Valon directamente. ¿Cuánto tiempo querríais que descansaran antes de empezar?

Por primera vez no respondió de inmediato, y a Egwene le habría gustado que la esfera de luz siguiese encendida para ver su expresión. Le pareció que fruncía el entrecejo.

—Aun dejando a un lado a la gente pagada por la Torre, la noticia de un ejército en marcha vuela tan rápido como un halcón —dijo por fin, muy despacio—. Elaida sabrá la fecha exacta de nuestra llegada, y no nos dará ni una hora de respiro. ¿Sabéis que está incrementando los efectivos de la Guardia de la Torre? A cincuenta mil hombres, por lo visto. Sin embargo, si fuera posible, pediría un mes para descansar y recobrar las fuerzas. Con diez días bastaría, pero un mes sería lo mejor.

La joven le soltó el brazo e hizo un gesto de asentimiento. Aquella pregunta sobre la Torre hecha de pasada dolía. El hombre era muy consciente de que la Antecámara y los Ajahs le contaban sólo lo que querían que supiera, nada más.

—Supongo que tenéis razón —manifestó sin alterarse—. No habrá tiempo para descansar una vez hayamos llegado a Tar Valon. Enviad a vuestros jinetes más veloces. No habrá problemas, espero. Pelivar y Arathelle los escucharán, ¿verdad? —No era fingido su

tono de ansiedad. No serían sus planes lo único que se iría al traste si ahora tenían que luchar.

El tono de Bryne no varió un ápice, que Egwene notara, pero de algún modo su voz sonó tranquilizadora.

—Mientras haya luz suficiente para que distingan las plumas blancas, entenderán que es una tregua y escucharán. Será mejor que me marche ya, madre. Hay un largo trecho y una dura cabalgada, incluso para hombres con caballos de refresco.

Tan pronto como la lona de entrada de la tienda cayó detrás de él, Egwene soltó un hondo suspiro. Tenía tensos los hombros, y esperaba que el dolor de cabeza empezara en cualquier momento. Por lo general Bryne la hacía sentirse relajada, como si le transmitiese su seguridad. Esta noche había tenido que manipularle, y creía que él lo sabía. Para ser varón, era muy observador. Sin embargo, era mucho lo que había en juego para confiar más en él hasta que se manifestase abiertamente. Quizá sirviese un juramento como el que Myrelle y las otras habían prestado. Bryne seguía a la Amyrlin, y el ejército seguía a Bryne. Si el general pensaba que ella iba a sacrificar hombres inútilmente, unas pocas palabras por su parte podrían ponerla en manos de la Antecámara como un lechón servido en bandeja. Bebió un buen trago y el calorcillo del vino con especias irradió por su cuerpo.

—Más nos vale que lo crean —murmuró—. Ojalá hubiese algo que pudieran creer. Aunque no sea más que eso, Siuan, espero lograr al menos liberarnos de los Tres Juramentos.

—¡No! —exclamó la otra mujer, que parecía escandalizada—. Incluso intentarlo podría ser desastroso, y si tenéis éxito... La Luz nos asista, pero si tenéis éxito destruiréis la Torre Blanca.

—¿De qué hablas? Intento seguir los Tres Juramentos, Siuan, puesto que nos atenemos a su cumplimiento, por ahora, pero los Juramentos no nos ayudarán contra los seanchan. Si las hermanas han de encontrarse en peligro de muerte antes de responder a un ataque, sólo será cuestión de tiempo que todas acaben muertas o con el collar ceñido al cuello. —Por un instante volvió a sentir el roce del *a'dam* en la garganta, convirtiéndola en un perro sujeto a una correa. Un perro bien entrenado y obediente. Se alegró de que la oscuridad dentro de la tienda ocultara su temblor. También ocultaba el rostro de Siuan, con excepción de la mandíbula, que se movía sin emitir sonidos.

—No me mires así, Siuan. —Resultaba más fácil estar enfadada que asustada; más fácil enmascarar el miedo con la ira. ¡Jamás volverían a subyugarla de ese modo!—. Has sacado el máximo provecho desde que te liberaste de los Juramentos. Si no hubieses mentido descaradamente, seguiríamos en Salidar, sin un ejército, cruzadas de brazos y esperando que ocurriese un milagro. Bueno, lo estarías tú. Jamás me habrían convocado para que fuese Amyrlin sin tu mentira sobre Logain y las Rojas. Elaida gobernaría con pleno poder y al cabo de un año nadie recordaría cómo había usurpado la Sede Amyrlin. Ella sí destruiría la Torre, sin lugar a dudas. Sabes que llevaría mal todo el asunto de Rand. No me sorprendería que hubiese intentado secuestrarlo a estas alturas, de no ser porque está preocupada por nuestra causa. Bueno, quizá secuestrarlo no, pero sí habría hecho algo. Probablemente, las Aes Sedai estarían luchando con los Asha'man, sin importar que el Tarmon Gai'don esté a la vuelta de la esquina.

—Mentí cuando pareció necesario hacerlo —manifestó Siuan—. Cuando pareció oportuno. —Sus hombros se hundieron; hablaba como si estuviese confesando un delito que ni siquiera admitía para sus adentros—. A veces pienso que se ha vuelto muy fácil para mí decidir lo que es necesario y oportuno. He mentido a casi todo el mundo. Excepto a vos. Pero no creáis que no lo he pensado. Para empujaros hacia una decisión o para apartaros de otra. No fue el deseo de conservar vuestra confianza lo que me frenó. —Siuan tendió una mano en la oscuridad, suplicante—. La Luz sabe cuánto significan para mí vuestra amistad y vuestra confianza, pero no fue por eso. Tampoco el hecho de saber que me arrancaríais la piel a tiras o me echaríais si lo descubríais. Comprendí que debía cumplir los Juramentos con alguien o me perdería completamente. De modo que no os miento ni a vos ni a Gareth Bryne, cueste lo que cueste. Y tan pronto como sea posible, madre, volveré a prestar los Tres Juramentos con

la Vara Juratoria.

—¿Por qué? —inquirió quedamente Egwene. ¿Que Siuan se había planteado mentirle? Desde luego que le habría arrancado la piel por eso. Sin embargo, su ira había desaparecido—. No apruebo la mentira, Siuan. No por costumbre. Pero a veces es realmente necesario mentir. —La época pasada con los Aiel surgió de manera fugaz en su mente—. Siempre y cuando estés dispuesta a pagar por ello, claro. He visto hermanas cumplir castigos por cosas menos importantes. Eres una de las primeras de una nueva clase de Aes Sedai, Siuan, libre y sin ataduras. Te creo cuando dices que no me mentirás. —¿Ni a lord Bryne? Eso era muy curioso—. ¿Por qué renunciar a la libertad?

—¿Renunciar? —Siuan se echó a reír—. No renunciaré a nada. —Irguió la espalda y su voz empezó a cobrar firmeza, y luego pasión—. Los Juramentos son los que nos convierten en algo más que un simple grupo de mujeres entrometiéndose en los asuntos del mundo. O que siete grupos. O que cincuenta. Los Juramentos nos mantienen unidas, son una serie de creencias establecidas que nos vinculan a todas, un único hilo ensartado a través de cada hermana, viva o muerta, hasta la primera que puso las manos en la Vara Juratoria. Son los que hacen de nosotras Aes Sedai, no el *Saidar.* Cualquier espontánea puede encauzar. Puede que las personas examinen desde seis direcciones distintas lo que decimos, pero cuando una hermana manifiesta «esto es así», *saben* que es verdad y confían. Por los Juramentos. Por ellos, ninguna reina temerá que las hermanas destruyan sus ciudades. El peor villano sabe que su vida no corre peligro con una hermana a menos que intente hacerle daño. Oh, los Capas Blancas los denominan mentiras, y hay quienes tienen ideas muy peregrinas sobre lo que conllevan, pero existen muy pocos sitios donde no pueda ir una Aes Sedai o no se escuche lo que tenga que decir, gracias a los Juramentos. Los Tres Juramentos representan lo que significa *ser* Aes Sedai. Arrojadlos a un montón de basura y sólo seremos arena arrastrada por la marea. ¿Renunciar, decís? Lo que haré será ganar.

—¿Y los seanchan? —Egwene frunció el entrecejo. Lo que significaba ser Aes Sedai. Casi desde el primer día que llegó a Tar Valon se había esforzado para convertirse en Aes Sedai, pero nunca se había planteado realmente qué era lo que convertía a una mujer en Aes Sedai.

De nuevo Siuan rió, aunque en esta ocasión había un timbre cansado, agrio en su risa.

—Lo ignoro, madre. La Luz me asista, no lo sé. Pero hemos sobrevivido a la Guerra de los Trollocs, a los Capas Blancas, a Artur Hawkwing y a todo lo demás habido entremedias. Podemos encontrar un modo de ocuparnos de esos seanchan sin destruirnos a nosotras mismas.

Egwene no lo tenía tan claro. Muchas de las hermanas del campamento consideraban a los seanchan un peligro tan grande como para que el asedio a Elaida esperase. Como si esperar no cimentara la posición de Elaida en la Sede Amyrlin. Muchas otras parecían pensar que por el simple hecho de volver a unir a la Torre, costase lo que costase, los seanchan se desvanecieran sin más en el aire. La supervivencia perdía gran parte de su atractivo si significaba sobrevivir subyugada, y Elaida no sería mucho menos restrictiva que los seanchan. Lo que significaba ser Aes Sedai.

—No es preciso mantener a distancia a Gareth Bryne —dijo de repente Siuan—. Ese hombre es una tribulación andante, cierto. Si no cuenta como penitencia por mis mentiras, entonces ser desollada viva tampoco me redimirá. Cualquier día de éstos voy a empezar a darle de bofetadas una vez por las mañanas y dos por las tardes, como norma general, pero podéis contarle todo. Sería una ayuda si lo entendiese. Se está fiando de vos, y se le hace un nudo en el estómago por la incertidumbre de si sabréis lo que estáis haciendo. No lo deja traslucir, pero sé que es así.

De repente, todas las piezas encajaron en la mente de Egwene como las de un rompecabezas de herrero que un momento antes se encontraban desmontadas. Piezas conmocionantes. ¡Siuan estaba enamorada de ese hombre! El concepto que tenía sobre esa relación cambió de golpe. Y no necesariamente para mejor. Una mujer enamorada dejaba a

un lado entendederas y lucidez cuando se encontraba cerca del hombre en cuestión, como ella misma sabía muy bien. ¿Dónde estaría Gawyn? ¿Se encontraría bien? ¿Se hallaba a resguardo o pasando frío? No, debía dejar de pensar en él. Sobre todo habida cuenta de lo que tenía que decir. Adoptó su mejor tono de Amyrlin, firme e imperativo.

—Puedes dar de bofetadas a Bryne o acostarte con él, Siuan, pero habrás de andarte con mucho cuidado. Que no se te escape nada que aún no debe saber. ¿Me has entendido?

Siuan se irguió bruscamente.

—No tengo costumbre de dejar suelta la lengua como una vela rota, madre —repuso acaloradamente.

—Me alegra mucho saberlo, Siuan. —A despecho de que por su aspecto no parecían llevarse muchos años, Siuan era lo bastante mayor para ser su madre. Sin embargo, en ese momento Egwene se sentía como si se hubiesen intercambiado sus edades. Ésta podía ser la primera vez que Siuan tenía que vérselas con un hombre no como Aes Sedai, sino como mujer. «Unos cuantos años creyéndome enamorada de Rand —pensó con amarga ironía—, unos pocos meses colgada de los dedos de los pies por Gawyn, y sé todo lo que hay que saber.»

»Creo que ya hemos terminado aquí —continuó mientras enlazaba su brazo con el de Siuan—. Casi. Vamos.

Aunque las paredes de lona no habían parecido ofrecer demasiada protección, al salir de la tienda los dientes del frío se clavaron de nuevo en ella. La luna brillaba casi lo suficiente para leer a su luz y se reflejaba en la nieve, pero era un brillo gélido. Bryne había desaparecido como si nunca hubiese estado allí. Leane, cuya esbelta figura quedaba desdibujada bajo capas de ropa de lana, apareció justo lo suficiente para decir que no había visto a nadie y después se alejó apresuradamente en la noche sin dejar de lanzar ojeadas alrededor. Nadie sabía que existiese una conexión entre ella y Egwene, y todo el mundo pensaba que Leane y Siuan estaban prácticamente a matar.

Sujetando la capa lo mejor que podía con una sola mano, Egwene se concentró en pasar por alto el intenso frío mientras Siuan y ella caminaban en dirección opuesta a Leane. Y también ojo avizor por si acaso había alguien fuera. Aunque, bien pensado, nadie que hubiese salido a esas horas lo habría hecho por casualidad.

—Lord Bryne tenía razón con respecto a que sería mejor que Pelivar y Arathelle creyesen esas historias —le dijo a Siuan—. O al menos que lo dudaran. Que no se sintiesen tan seguros como para luchar o hacer cualquier otra cosa salvo parlamentar. ¿Crees que acogerían bien la visita de Aes Sedai? Siuan, ¿me estás escuchando?

La otra mujer dio un respingo y dejó de mirar a lo lejos. Había ido caminando sin perder el paso, pero entonces resbaló y a punto estuvo de dar con los huesos en el helado sendero, recuperando el equilibrio justo a tiempo de no tirar también a Egwene.

—Sí, madre, por supuesto que os escucho. Quizá no se muestren exactamente acogedores, pero dudo que rechacen a unas hermanas y les hagan dar media vuelta.

—Entonces quiero que despiertes a Beonin, Anaiya y Myrelle. Saldrán a caballo y se dirigirán hacia el norte en menos de una hora. Si lord Bryne espera una respuesta a última hora de mañana, el tiempo apremia. —Lástima que no supiera la ubicación exacta del otro ejército, pero preguntárselo a Bryne habría levantado sospechas. Descubrirlo no sería demasiado difícil para unos Guardianes, y esas tres hermanas tenían cinco entre todas.

Siuan escuchó en silencio sus instrucciones. No sólo a esas tres se las iba a sacar del sueño. Para el amanecer, Sheriam, Carlinya, Morvrin y Nisao sabrían lo que tenían que decir durante el desayuno. Había que plantar semillas; semillas que no pudieron sembrarse antes por miedo a que brotaran demasiado pronto, pero ahora disponían de muy poco tiempo para crecer.

—Será un placer sacarlas de las mantas —dijo Siuan cuando Egwene terminó de hablar—. Más vale que empiece, si tengo que patear de aquí para allí sobre esta... —Soltó el brazo de Egwene e hizo intención de dar media vuelta, pero se detuvo y la miró con

expresión seria, incluso adusta—. Sé que queréis ser otra Gerra Kishar, o puede que incluso una segunda Sereille Bagand. Tenéis la condición necesaria para igualar a cualquiera de ellas. Pero id con cuidado, no vayáis a acabar siendo otra Shein Chunla. Buenas noches, madre. Que durmáis bien.

Egwene la siguió con la mirada mientras se alejaba, una figura envuelta en la capa que resbalaba de vez en cuando en el hielo y maldecía furiosamente en voz casi lo bastante alta para entender lo que decía. Gerra y Sereille eran recordadas entre las Amyrlins más grandes. Ambas habían elevado la influencia y el prestigio de la Torre Blanca a unos niveles rara vez igualados desde antes de Artur Hawkwing. También las dos controlaban la propia Torre, Gerra manipulando hábilmente una facción de la Antecámara contra otra, y Sereille por pura fuerza de voluntad. Shein Chunla era otra historia; una mujer que había abusado del poder de la Sede Amyrlin, poniendo en su contra a casi todas las hermanas de la Torre. Para el mundo, Shein había muerto ocupando su cargo, unos cuatrocientos años atrás, pero la verdad, guardada en el más absoluto secreto, era que había sido depuesta y enviada al exilio de por vida. Incluso las historias secretas pasaban muy por encima ciertos detalles, pero aun así resultaba bastante obvio leer entre líneas que, tras descubrir el cuarto complot para colocarla nuevamente en la Sede Amyrlin, las hermanas que custodiaban a Shein la habían asfixiado con la almohada mientras dormía. Egwene tuvo un escalofrío; se dijo que era por el frío.

Se dio media vuelta y echó a andar lentamente de regreso a su tienda. ¿Que durmiese bien? La henchida luna se encontraba baja en el cielo y aún faltaban horas hasta que el sol saliera, pero Egwene no estaba segura de que pudiese conciliar el sueño.

Librodot

CAPÍTULO 2

Ausencias inesperadas

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas asomaba por el horizonte, Egwene convocó a la Antecámara de la Torre. En Tar Valon, tal emplazamiento habría estado acompañado de una gran ceremonia, e incluso desde que habían partido de Salidar habían mantenido cierto grado de protocolo a pesar de las dificultades que entrañaba el viaje. En esta oportunidad, Sheriam simplemente fue de una tienda de Asentada a otra cuando todavía estaba oscuro para anunciar que la Sede Amyrlin llamaba a Sesión a la Antecámara. De hecho, no se sentaron. En la penumbra gris que precedía a la salida del sol, dieciocho mujeres se situaron en semicírculo sobre la nieve para oír a Egwene, todas ellas arrebujadas en las ropas para protegerse del frío, que convertía en vaho sus alientos.

Otras hermanas empezaron a aparecer detrás de ellas para escuchar, sólo unas pocas al principio, pero cuando nadie les ordenó que se marchasen el grupo fue aumentando y extendiéndose y empezó a oírse un apagado bisbiseo. Eran contadas las hermanas que se arriesgarían a molestar a una sola Asentada, cuanto menos a la Antecámara al completo. Entre las Aceptadas, con sus vestidos de bandas en el repulgo bajo las capas, que habían aparecido después de las Aes Sedai, el silencio era mayor, naturalmente, y entre las novicias que habían acudido al no tener quehaceres era casi absoluto a pesar de lo nutrido de su número. Para entonces había en el campamento un cincuenta por ciento más de novicias que de hermanas, tantas que eran contadas las que tenían capa blanca y la mayoría había de arreglarse con una falda blanca en lugar del vestido de novicia. Algunas hermanas todavía creían que deberían volver a los métodos antiguos y dejar que las chicas las buscaran, pero muchas más lamentaban los años perdidos, cuando el número de Aes Sedai disminuyó. La propia Egwene casi temblaba cada vez que imaginaba lo que podría haber sido la Torre. Ése era un cambio al que ni siquiera Siuan podría oponerse.

En medio de aquella concentración, Carlinya apareció por la esquina de una tienda y se detuvo en seco al ver a Egwene y a las Asentadas. Normalmente la personificación de la compostura, la hermana Blanca se quedó boquiabierta y su pálida tez enrojeció antes de que diese media vuelta y se alejara, echando ojeadas por encima del hombro. Egwene reprimió una mueca. Todas estaban demasiado preocupadas con lo que se proponía esa mañana como para darse cuenta, pero antes o después alguna caería en la cuenta y empezaría a hacerse preguntas.

Retirando hacia atrás la capa delicadamente bordada a fin de dejar a la vista la estrecha estola azul de Guardiana, Sheriam dedicó a Egwene una reverencia tan formal como se lo permitían sus abultados ropajes antes de situarse a su lado. Enfundada en capas y capas de prendas de fino paño y seda, la mujer pelirroja era la viva imagen de la inmutabilidad. A un gesto de Egwene, adelantó un paso para entonar la antigua fórmula en voz alta y clara:

—¡Aquí llega, aquí llega! La Vigilante de los Sellos, la Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin. ¡Atended todas, pues aquí llega!

Parecía fuera de lugar en ese sitio y, además, no llegaba, pues ya estaba allí. Las Asentadas guardaron silencio, esperando. Unas cuantas fruncían el entrecejo con impaciencia o toqueteaban las capas o las faldas.

Egwene se retiró la capa, descubriendo la estola de siete colores que rodeaba su cuello.

Esas mujeres necesitaban cualquier detalle que les recordara que era realmente la Sede Amyrlin.

—Todo el mundo está cansado de viajar con este tiempo —empezó, no en voz tan alta como Sheriam pero sí lo bastante para que todas la oyeran. Sentía un cosquilleo de expectación por lo que se avecinaba, casi exaltación. No se diferenciaba mucho de una sensación de mareo—. He decidido que hagamos aquí un alto de dos días, quizá tres. —Aquello consiguió que algunas cabezas se alzaran y despertó interés. Esperaba que Siuan se encontrara entre el nutrido grupo de mujeres que escuchaban. Realmente intentaba cumplir los Juramentos—. También los caballos necesitan descansar, y a muchas de las carretas les hacen falta reparaciones urgentes. La Guardiana se ocupará de hacer los arreglos oportunos. —Ahora sí que había empezado realmente.

No esperaba discusión ni discrepancia, y no las hubo. Lo que le había dicho a Siuan no eran exageraciones. Demasiadas hermanas esperaban un milagro, para de ese modo no tener que marchar contra Tar Valon a la vista de todo el mundo. Incluso entre las que estaban convencidas de que Elaida debía ser depuesta por el bien de la Torre, a despecho de todo lo que había hecho, muchas —demasiadas— se aferrarían a cualquier posibilidad de retrasarlo, cualquier oportunidad de que tal milagro ocurriera.

Una de estas últimas, Romanda, ni siquiera esperó a que Sheriam pronunciara las frases que cerraban la sesión. Tan pronto como Egwene acabó de hablar, Romanda, que parecía muy joven al llevar el moño canoso oculto bajo la capucha, se alejó sin más. Con las capas ondeando, Magla, Saroiya y Varilin corrieron en pos de ella. Es decir, hasta donde se podía correr cuando una se hundía en la nieve hasta la rodilla a cada paso. De todos modos, no les salió mal; fueran Asentadas o no, parecía que ni siquiera respirasen sin permiso de Romanda.

Cuando Lelaine vio marcharse a Romanda, reunió a Faiselle, Takima y Lyrelle del semicírculo con un gesto de la mano y se fue sin mirar atrás una sola vez, como un cisne seguido por tres ansiosas ansarinas. Si Lelaine no las tenía tan firmemente asidas en sus garras como Romanda tenía a las otras, no le andaban lejos. En realidad, las restantes Asentadas casi no esperaron a que la última frase «Id con la Luz» saliera de los labios de Sheriam. Egwene se volvió para marcharse, con su Antecámara de la Torre desperdigada ya en todas direcciones. El cosquilleo era más intenso. Y cada vez estaba más cerca de convertirse en mareo y estómago revuelto.

—Tres días —dijo Sheriam mientras ofrecía la mano a Egwene para ayudarla a bajar a uno de los surcos abiertos como senderos. Los rabillos de sus ojos rasgados se arrugaron interrogativamente—. Estoy sorprendida, madre. Disculpad, pero os habéis cerrado en banda cada vez que he propuesto detenernos durante más de uno.

—Vuelve a hablar conmigo después de que lo hayas hecho con los carreteros, los herradores y los albéitares —manifestó Egwene—. No llegaremos lejos si los caballos se caen muertos y las carretas se deshacen a pedazos.

—Como ordenéis, madre —respondió la otra mujer, no precisamente con aire sumiso, pero con perfecta aceptación.

Caminar no era más fácil esa mañana de lo que lo había sido la noche anterior, y de vez en cuando resbalaban. Agarrándose del brazo, siguieron avanzando despacio. Sheriam ofrecía más apoyo del que Egwene necesitaba, si bien lo hacía casi subrepticiamente. La Sede Amyrlin no podía caerse de nalgas a la vista de cincuenta hermanas y un centenar de criados, pero tampoco tenía por qué sujetarla como si fuera una inválida.

Casi todas las hermanas que habían jurado lealtad a Egwene, entre ellas Sheriam, en realidad lo habían hecho por miedo, simplemente, por instinto de preservación. Si la Antecámara se enteraba de que habían enviado Aes Sedai a Tar Valon para influir en las hermanas de la Torre a fin de cambiar su opinión y, lo que era peor, mantenerlo en secreto por miedo a que hubiese Amigas Siniestras entre las Asentadas, sin duda pasarían el resto de su vida sancionadas y en el exilio. Lo mismo ocurría con las mujeres que, convencidas de que de algún modo podrían manejar a Egwene como una marioneta, en cambio se encontraron

Librodot

jurándole obediencia después de que se esfumara la mayor parte de su influencia en la Antecámara. Eso ocurría rara vez, por no decir nunca, en las historias secretas; se daba por sentado que las hermanas obedecían a la Amyrlin, pero que le jurasen lealtad era otra cosa. La mayoría todavía se sentía incómoda por ello, aunque obedecía. Unas pocas lo llevaban tan mal como Carlinya; de hecho, Egwene había oído cómo le castañeteaban los dientes a Beonin la primera vez que la vio con Asentadas después de haber prestado juramento. Morvrin parecía estupefacta cada vez que sus ojos se posaban en ella, como si todavía no se lo creyera del todo, y Nisao tenía fruncido el entrecejo casi continuamente. Anaiya chasqueaba la lengua, incómoda por lo del secreto, y a Myrelle se le crispaba el gesto muy a menudo, aunque por más razones que un simple juramento. Sin embargo, Sheriam se había adaptado a su papel de Guardiana de las Crónicas de verdad, no sólo de nombre.

—Si se me permite la sugerencia, convendría aprovechar esta oportunidad para ver qué puede encontrarse de víveres y forraje por los alrededores, madre. Nuestras provisiones empiezan a escasear. —Sheriam frunció el entrecejo con ansiedad—. En especial el té y la sal, aunque dudo que encontremos nada de eso.

—Haz lo que puedas —contestó Egwene en tono tranquilizador. Le resultaba extraño pensar que en otro tiempo Sheriam la intimidaba y le daba mucho miedo incurrir en su desagrado. Por raro que pudiese parecer, ahora que había dejado de ser la Maestra de Novicias y que ya no intentaba empujarla a hacer lo que ella quería, lo cierto es que Sheriam daba la impresión de sentirse más relajada, más feliz—. Tengo plena confianza en ti.

El cumplido puso una sonrisa satisfecha en el rostro de la mujer.

A pesar de que el sol todavía no asomaba por encima de las tiendas y las carretas, el campamento bullía de actividad. En cierto modo. Acabados los desayunos, las cocineras se ocupaban de limpiar los cacharros ayudadas por una caterva de novicias. A juzgar por la energía que ponían en ello, se diría que las jóvenes entraban en calor restregando las ollas con nieve, pero las cocineras se movían trabajosamente, frotándose los riñones, parándose para suspirar y a veces para cerrar más sus capas y contemplar el blanco manto con gesto taciturno. Criados temblorosos, vestidos con casi todas las ropas que poseían, que habían empezado a desmontar tiendas y a cargar carretas automáticamente tan pronto como acabaron a toda prisa sus desayunos, ahora se afanaban en volver a levantar tiendas y en bajar arcones de los vehículos. Los animales a los que se habían puesto los arreos ahora eran conducidos de vuelta a las líneas de estacas por cabizbajos carreteros. Egwene oyó algunos rezongos de hombres que no se habían percatado de que había hermanas cerca, pero la gran mayoría de ellos parecían demasiado cansados para quejarse.

Casi todas las Aes Sedai cuyas tiendas estaban instaladas habían desaparecido dentro de ellas, pero muchas seguían dirigiendo a los trabajadores y otras recorrían a buen paso los senderos abiertos en la nieve ocupadas en sus propias tareas. A diferencia de todos los demás, aparentaban tan poco cansancio como los Guardianes, quienes de algún modo se las arreglaban para dar la impresión de que habían dormido más que suficiente para empezar una nueva jornada. Egwene sospechaba que eso era una parte de cómo una hermana obtenía de verdad energía de su Gaidin, independientemente de lo que pudiese hacer con el vínculo. Cuando un Guardián se negaba a admitir incluso ante sí mismo que estaba cansado, hambriento o con frío, a una no le quedaba más remedio que aguantar también.

Morvrin apareció en uno de los caminos, sujetando el brazo de Takima. Quizá lo hacía para apoyarse, aunque era lo bastante corpulenta para que la otra mujer, más baja, pareciese más pequeña de lo que era realmente. O quizás era para que Takima no se escabullera; cuando Morvrin se proponía un objetivo lo perseguía obstinadamente. Egwene frunció el entrecejo. Era de esperar que Morvrin buscase para ello a una de las Asentadas de su Ajah, el Marrón, pero Egwene habría pensado en Janya o Escaralde como las más probables. Las dos mujeres se perdieron de vista al pasar por detrás de una carrera cubierta, Morvrin inclinada para hablar al oído de su compañera. Imposible saber si Takima le prestaba o no atención.

—¿Ocurre algo, madre?

Librodot

Egwene esbozó una sonrisa que notó tirante.

—Nada aparte de lo habitual, Sheriam. Nada aparte de lo habitual.

Cuando llegaron al estudio de la Amyrlin, Sheriam se marchó para ocuparse de las tareas que Egwene le había encomendado, y la joven entró en la tienda, donde encontró todo preparado. Lo contrario la habría sorprendido. Selane dejaba en ese momento una bandeja con té sobre el escritorio. La delgada mujer lucía un vestido de corpiño y mangas bordados con cuentas de vivos colores, y con su aire arrogante, alzando mucho la larga nariz, a primera vista no parecía una criada, pero se había ocupado de tener listo todo lo necesario. Dos braseros llenos de brillantes ascuas habían caldeado un poco el ambiente, si bien la mayor parte del calor escapaba por el agujero de ventilación; las hierbas secas echadas a las brasas daban un aroma agradable al humo que no salía por el orificio; la bandeja de la noche anterior ya no estaba, y la linterna y las velas de sebo se habían despabilado y estaban encendidas, ya que con ese frío a nadie se le ocurriría dejar abierta una tienda para que pasase la luz del exterior.

También Siuan se encontraba ya allí, con un montón de papeles en las manos, una expresión tensa en el rostro y una mancha de tinta en la nariz. Su función como secretaria les proporcionaba una razón más para que se las viese hablando, y a Sheriam no le había importado en absoluto cederle el puesto. Sin embargo, la propia Siuan rezongaba a menudo. Para ser una mujer que rara vez había salido de la Torre desde que había entrado en ella como novicia, denotaba un profundo desagrado a estar en un sitio cerrado. En ese instante, era la viva imagen de una mujer que se muestra muy paciente y que quiere que todo el mundo lo sepa.

A pesar de sus aires altaneros, Selane esbozó tantas sonrisas tontas e hizo tantas reverencias que coger la capa y los mitones a Egwene se convirtió en toda una ceremonia. La mujer parloteó sin pausa sobre que la madre pusiera los pies en alto, y que quizá debería ir a buscar alguna otra prenda más abrigada, y que tal vez debería quedarse por si la madre quería algo más, hasta que Egwene prácticamente la echó. El té sabía a menta. ¡Con ese tiempo! Selane era un martirio, y difícilmente se la podía calificar de leal, pero intentaba cumplir con su trabajo.

Sin embargo, no había tiempo para holgazanear y tomar té. Egwene enderezó su estola y ocupó su sitio en el escritorio, dando automáticamente un tirón a la pata de la silla para que no se doblara bajo su peso, como solía ocurrir. Siuan se sentó en una banqueta destartalada al otro lado de la mesa. El té se enfrió. No hablaron de planes ni de Gareth Bryne ni de esperanzas; todo lo que podía hacerse por el momento, estaba hecho. Los informes y los problemas se habían ido amontonando mientras viajaban, y el cansancio había superado los intentos de ocuparse de ellos, y ahora que se habían parado tenían que revisarlo todo y solucionarlo. Ni siquiera tener enfrente un ejército cambiaba aquello.

A veces, Egwene se preguntaba cómo podía encontrarse tanto papel cuando todo lo demás escaseaba. Los informes que Siuan le pasó detallaban la mengua de aprovisionamientos. No sólo los que Sheriam había mencionado, sino carbón, clavos y hierro para los herradores y carreteros, cuero y bramante engrasado para los guarnicioneros, aceite de lámparas y velas y un sinfín de otras cosas, incluso jabón. Y lo que no se estaba acabando se estaba estropeando, desde zapatos hasta tiendas, todo ello anotado en la enérgica escritura de Siuan, que se volvía más agresiva cuanto más palmaria era la necesidad que consignaba. La cifra del dinero que quedaba parecía haber sido plasmada en el papel con innegable furia. Y no había nada que pudiera hacerse al respecto.

Entre los papeles de Siuan había varias notas de Asentadas sugiriendo soluciones al problema del dinero. O, más bien, informando a Egwene de la propuesta que pensaban hacer a la Antecámara. Sin embargo, había pocas ventajas en cualquiera de dichos planes y sí muchos riesgos. Moria Karentanis proponía dejar de pagar a los soldados, una idea que Egwene creía que la Antecámara ya se habría dado cuenta de que conduciría a que el ejército se desvaneciera como rocío bajo un sol de verano. Malind Nachenin presentaba una solicitud

Librodot

a los nobles de los alrededores que sonaba más como una exigencia y que muy bien podría desembocar en que toda la región se pusiera en contra de ellas, al igual que lo haría la intención de Salima Toranes de cobrar un impuesto en las ciudades y pueblos por los que pasaban.

Arrugando las tres propuestas juntas en el puño, Egwene se las tendió a Siuan. Ojalá fuesen las gargantas de las tres Asentadas las que tuviera agarradas así.

—¿Es que creen que todo debe ser como ellas quieren, y al infierno con la realidad? ¡Luz, son ellas las que se comportan como niñas!

—La Torre se las ha ingeniado para que sus deseos se hiciesen realidad muy a menudo —comentó Siuan con suficiencia—. Recordad que algunas dirían que también vos pasáis por alto la realidad.

Egwene resopló. Por suerte, ninguna de las propuestas, fuese cual fuese la que votara la Antecámara, podría llevarse adelante sin un decreto de ella. Aun en sus circunstancias, tenía algo de poder. Muy poco, pero era más que nada.

—¿La Antecámara está siempre así de mal, Siuan?

La otra mujer asintió mientras rebullía en la banqueta para buscar mejor equilibrio. No había dos patas del asiento que tuviesen la misma longitud.

—Pero podría ser peor. Recordadme que os cuente lo del Año de las Cuatro Amyrlin; eso fue unos ciento cincuenta años después de la fundación de Tar Valon. En aquellos días, los enredos de la Torre casi rivalizaban con lo que está ocurriendo hoy. Todas las manos querían agarrar el timón si podían. De hecho hubo dos Antecámaras de la Torre rivales en Tar Valon durante parte de ese año. Casi como ahora. Al final casi todo el mundo acabó mal, incluidas unas pocas que pensaban que iban a salvar la Torre. Algunas de ellas podrían haberlo hecho, si no hubiesen pisado arenas movedizas. La Torre sobrevivió de todos modos, naturalmente. Siempre lo hace.

Mucha era la historia acaecida en más de tres mil años, gran parte de ella suprimida, oculta a todos, salvo a unos pocos ojos; sin embargo, Siuan parecía conocer hasta el último detalle. Debía de haber pasado gran parte de sus años en la Torre *enterrándose* en aquellos legajos secretos. De algo sí estaba segura Egwene: evitaría acabar como Shein si podía, pero no se quedaría como ahora, poco mejor que Cemaile Sorenthaine. Desde mucho antes del final de su reinado, la decisión más importante que se había dejado en manos de Cemaile era qué vestido ponerse. Iba a tener que pedirle a Siuan que le hablara del Año de las Cuatro Amyrlin, y no lo estaba deseando precisamente.

La inclinación del haz de luz que penetraba por el respiradero del techo señalaba que la mañana se aproximaba al mediodía, pero el montón de papeles apenas había disminuido. Cualquier interrupción habría sido bienvenida, incluso un descubrimiento prematuro de sus planes. Bueno, quizás eso no.

—¿Qué es lo siguiente, Siuan? —gruñó.

Un movimiento atrajo la atención de Aran'gar, y ésta escudriñó entre los árboles, hacia el campamento del ejército, un oscuro anillo alrededor de las tiendas de las Aes Sedai. Una hilera de carretas sobre patines avanzaba lentamente hacia el este, escoltadas por hombres a caballo. El pálido sol se reflejaba en armaduras y moharras. No pudo evitar sonreír burlonamente. ¡Lanzas y caballos! Una chusma primitiva que no podía desplazarse más deprisa que un caminante, dirigida por un hombre que ignoraba lo que ocurría a cien kilómetros de distancia. ¿Aes Sedai? Podría destruirlas a todas e incluso mientras murieran no sospecharían quién las estaba matando. Claro que no las sobreviviría mucho. Esa idea la hizo estremecerse. El Gran Señor daba una segunda oportunidad de vivir muy pocas veces, y ella no pensaba desperdiciar la suya.

Esperó hasta que los jinetes se perdieron de vista en el bosque y entonces emprendió la vuelta al campamento, pensando ociosamente en los sueños de esa noche. A su espalda, la blanda nieve ocultaría lo que había enterrado hasta el deshielo de primavera, tiempo más que

suficiente. Al frente, algunos de los hombres del campamento repararon finalmente en ella y dejaron sus tareas para mirarla. A pesar de sí misma, sonrió y se alisó la falda en las caderas. Ahora le resultaba verdaderamente difícil recordar cómo había sido su vida como varón; ¿habría sido entonces un necio tan fácil de manipular? Pasar a través de ese enjambre con un cadáver sin ser vista había sido difícil, incluso para ella, pero disfrutó el paseo de regreso.

La mañana siguió transcurriendo en lo que parecía un interminable abrirse paso trabajosamente a través de papeles, hasta que ocurrió lo que Egwene había sabido que ocurriría. Ciertos acontecimientos cotidianos sucedían inevitablemente: haría un frío intenso, nevaría, habría nubes y cielos grises y viento. Y habría visitas de Lelaine y Romanda.

Cansada de permanecer sentada, Egwene estaba estirando las piernas cuando Lelaine entró en la tienda con Faolain pisándole los talones. El aire frígido penetró con ellas antes de que la lona de la entrada cayera a sus espaldas. Mirando en derredor con una actitud levemente desaprobadora, Lelaine se quitó los guantes de cuero azul mientras dejaba que Faolain le retirara de los hombros la capa orlada con piel de lince. Esbelta y majestuosa en su vestido azul intenso, con ojos penetrantes, habríase dicho que se encontraba en su propia tienda. A un gesto suyo, Faolain se retiró deferentemente a un rincón con la prenda, limitándose a echar hacia atrás su propia capa. Obviamente, estaba preparada para marcharse en el instante que la mano de la Asentada hiciese otro gesto. Sus oscuros rasgos mostraban un indicio de humildad resignada, algo que no cuadraba con su carácter.

La impasibilidad de Lelaine se resquebrajó un instante con una sonrisa sorprendentemente afectuosa a Siuan. Habían sido amigas en otros tiempos, años atrás, y le había ofrecido una especie de patronazgo que Faolain había aceptado, la protección de una Asentada y un brazo en el que refugiarse de la mofa y las acusaciones de otras hermanas. Rozando la mejilla de Siuan, Lelaine musitó algo que sonó compasivo. Siuan enrojeció y su rostro denotó una fugaz y sobresaltada incertidumbre. No era fingido, de eso no le cabía duda a Egwene. A Siuan le resultaba muy difícil aceptar lo que había cambiado realmente en ella y, más aún, la facilidad con la que se estaba adaptando a esos cambios.

Lelaine miró la banqueta colocada delante del escritorio y, como siempre, rehusó ocupar un asiento tan inestable. Sólo entonces se dio por enterada de la presencia de Egwene, con un ligerísimo cabeceo.

—Tenemos que hablar con los Marinos, madre —empezó en un tono demasiado firme para dirigirse a la Sede Amyrlin.

Hasta que desapareció la sensación de tener el corazón en un puño, Egwene no fue consciente de que había temido que Lelaine supiera ya lo que lord Bryne le había dicho. O incluso la reunión que se estaba preparando. Un instante después, el corazón volvió a darle un brinco en el pecho. ¿Los Marinos? Imposible que la Antecámara tuviese conocimiento del absurdo acuerdo que Nynaeve y Elayne habían hecho. No imaginaba qué podía haberlas conducido a tal desastre ni cómo iba a resolverlo ella.

A pesar de tener el estómago agarrotado, ocupó su sitio detrás del escritorio sin traslucir nada de lo que sentía. Y la maldita pata de la silla se dobló y estuvo a punto de darse una culada en las alfombras antes de conseguir enderezarla de un tirón. Esperaba no tener las mejillas arreboladas.

—¿Los Marinos de Caemlyn o los de Cairhien? —Sí; su tono sonaba aceptablemente sereno y compuesto.

—Los de Cairhien, por supuesto. —La penetrante voz de Romanda resonó como un repentino tañido de campanas. Su entrada hizo que la de Lelaine pareciera casi tímida en comparación, y su fuerte personalidad colmó de golpe la tienda. Nada de sonrisas afectuosas en Romanda; a pesar de ser hermoso, aquel rostro no parecía hecho para sonreír.

Theodrin entró detrás de ella y Romanda se quitó la capa con una floritura y se la echó a la esbelta hermana de mejillas de melocotón, acompañada de un gesto perentorio, de manera que Theodrin se apartó apresuradamente hacia el rincón opuesto al que ocupaba

Librodot

Faolain. Ésta se mostraba claramente sumisa, pero los ojos rasgados de Theodrin estaban muy abiertos, como denotando un sobresalto permanente, y sus labios parecían a punto de soltar una exclamación ahogada. Al igual que Faolain, su lugar apropiado en la jerarquía de Aes Sedai requería una ocupación mejor, pero no parecía probable que alguna de las dos fuese a conseguirlo pronto.

La mirada autoritaria de Romanda se detuvo un momento en Siuan, como si considerara la posibilidad de mandarla también a un rincón, después pasó casi desdeñosamente sobre Lelaine antes de detenerse en Egwene.

—Al parecer ese joven ha estado hablando con los Marinos, madre. Los informadores del Amarillo en Cairhien se muestran muy excitados por ello. ¿Tenéis alguna idea de lo que puede interesarle de los Atha'an Miere?

A pesar del título, no parecía que Romanda estuviera dirigiéndose a la Sede Amyrlin; claro que nunca lo hacía. No cabía duda de quién era «ese joven». Todas las hermanas del campamento aceptaban que Rand era el Dragón Renacido, pero cualquiera que las oyese hablar de él pensaría que se referían a un joven gañán, alborotador e indisciplinado, que podría presentarse a cenar borracho y que vomitaría sobre la mesa.

—Difícilmente puede saber ella lo que ronda por la cabeza del chico —intervino Lelaine sin dar tiempo a Egwene a abrir la boca. Su sonrisa no era en absoluto cálida en esta ocasión—. Si hay que buscar una respuesta, Romanda, será en Caemlyn. Los Atha'an Miere que se encuentran allí no están aislados en un barco, y dudo mucho que unos Marinos de ese alto rango vinieran de tan lejos con distintas misiones. Nunca he oído que hiciesen algo semejante por ninguna razón. Tal vez tienen algún interés en él. A estas alturas deben de saber quién es.

Romanda respondió con otra sonrisa, y fue un milagro que las paredes de la tienda no se cubrieran de escarcha.

—No es menester exponer lo obvio, Lelaine. La cuestión es cómo enterarnos.

—Estaba a punto de resolver eso cuando entraste y te metiste en la conversión, Romanda. La próxima vez que la madre se encuentre con Elayne o Nynaeve en el *Tel'aran'rhiod* puede darles instrucciones. Merilille podría descubrir lo que quieren los Atha'an Miere o tal vez lo que el chico está haciendo cuando llegue a Caemlyn. Lástima que a las muchachas no se les ocurriera programar encuentros regulares, pero tenemos que amoldarnos a lo que hay. Merilille puede reunirse con una Asentada en el *Tel'aran'rhiod* cuando lo sepa. —Lelaine hizo un ligero ademán; obviamente, ella era la supuesta Asentada—. Creo que Salidar sería un lugar adecuado.

Romanda resopló con sorna. Incluso en eso no había la menor calidez.

—Es más fácil dar instrucciones a Merilille que asegurarse de que obedece, Lelaine. Espero que sepa que se enfrenta a preguntas difíciles. Ese Cuenco de los Vientos debería haberse traído aquí para estudiarlo antes. Ninguna de las hermanas que hay en Ebou Dar posee mucha habilidad en la Danza de la Lluvia, creo, y ahí tienes el resultado, con estos cambios repentinos y el tiempo revuelto. Tengo pensado presentar una ponencia ante la Antecámara sobre todas las involucradas en el asunto. —De pronto la voz de la mujer canosa se tornó suave como mantequilla—. Según recuerdo, apoyaste la elección de Merilille.

Lelaine se irguió bruscamente. Sus ojos centellearon.

—Apoyé a la que el Gris propuso, Romanda, eso es todo —replicó indignada—. ¿Cómo iba a imaginar que decidiría usar el Cuenco allí? ¡Y que incluyera espontáneas de los Marinos en el círculo! ¿Cómo pudo creer que ellas sabían tanto sobre manipular el tiempo como las Aes Sedai? —Su ira desapareció de forma repentina. Se estaba defendiendo ante su más feroz rival en la Antecámara, su única adversaria de verdad. Y, lo que a su modo de ver era peor, se estaba mostrando de acuerdo con ella sobre las mujeres de los Marinos. Ni que decir tiene que lo estaba, pero expresarlo en voz alta era otra cuestión.

La fría sonrisa de Romanda se ensanchó a medida que el semblante de Lelaine palidecía de rabia. Se arregló los frunces de la falda de color bronce con minucioso cuidado,

en tanto que Lelaine buscaba un modo de darle la vuelta a las cosas.

—Veremos qué postura toma la Antecámara, Lelaine —dijo finalmente—. Hasta que la moción se delibere y haya un dictamen, creo que lo mejor es que Merilille no se reúna con *ninguna* de las Asentadas involucradas en su elección. Incluso un indicio de colusión se vería con desconfianza. No me cabe duda de que estarás de acuerdo en que debería ser yo quien hable con ella.

El semblante de Lelaine palideció de modo diferente. No estaba asustada, al menos visiblemente, pero aun así Egwene casi podía verla contar quién tendría a su favor y quién en contra. El cargo de colusión era tan grave como ser acusada de traición, y sólo requería el consenso simple. Seguramente podría evitar eso, pero el debate sería acalorado y enconado. Cabía incluso la posibilidad de que la facción de Romanda se reforzara con nuevas incorporaciones. Eso causaría indecibles problemas tanto si los propios planes de Egwene daban fruto como si no. Y ella no podía hacer nada para evitarlo, salvo que revelara lo que había ocurrido realmente en Ebou Dar. Sería tanto como pedirles que le permitieran aceptar la misma posición que Faolain y Theodrin tenían.

Egwene respiró hondo. Al menos sí estaba en su mano impedir que se utilizara Salidar como lugar de encuentro en el *Tel'aran'rhiod.* Allí era donde se reunía con Elayne y Nynaeve ahora. Es decir, cuando lo hacía; cosa que no ocurría desde hacía días. Con las Asentadas entrando y saliendo del Mundo de los Sueños constantemente, resultaba difícil dar con un sitio en el que fuera seguro que no apareciesen.

—La próxima vez que me encuentre con Elayne o Nynaeve les transmitiré vuestras instrucciones con respecto a Merilille. Y os comunicaré cuándo puede reunirse con vosotras. —Lo que no ocurriría nunca, una vez que hubiese terminado con esas instrucciones.

Las cabezas de las Asentadas se giraron bruscamente en su dirección y dos pares de ojos se prendieron en ella. ¡Se habían olvidado de su presencia! Esforzándose por mantener el gesto sereno, cayó en la cuenta de que estaba dando golpecitos con el pie en el suelo, irritada, y se detuvo de inmediato. Todavía tenía que seguir actuando como la dócil muchachita por la que la tenían durante un poco más de tiempo. Sólo un poco más. Por lo menos ya no se sentía con náuseas. Sólo encorajinada.

En aquel breve silencio, Chesa entró con la comida de Egwene en una bandeja cubierta con un paño. Morena, rellenita y guapa, la madura Chesa se las ingeniaba para expresar un respeto adecuado sin mostrarse servil. Su reverencia fue tan sobria como su vestido gris oscuro, adornado sólo con un ligero toque de puntilla en el cuello.

—Disculpadme por la interrupción, madre, Aes Sedai. Lamento la tardanza, madre, pero al parecer Meri anda por ahí, zanganeando. —Chasqueó la lengua, exasperada, mientras dejaba la bandeja delante de Egwene. Zanganear no era propio de la desabrida Meri. Aquella seca mujer era tan crítica con sus propios fallos como con los de los demás.

Romanda frunció el entrecejo, pero no dijo nada. Después de todo, difícilmente podía demostrar demasiado interés por una de las doncellas de Egwene. Sobre todo cuando la mujer era su espía; igual que Selane lo era de Lelaine. Egwene evitó mirar a Theodrin y Faolain, quienes todavía seguían plantadas en sus rincones diligentemente, como si fuesen Aceptadas en lugar de Aes Sedai.

Chesa entreabrió la boca, pero volvió a cerrarla sin decir palabra, quizás intimidada por las Asentadas. Egwene sintió un gran alivio cuando la mujer hizo otra reverencia y se marchó tras musitar «Con vuestro permiso, madre». Los consejos de Chesa eran siempre velados, como los de una hermana mayor, cuando había alguien más presente, pero justo en ese momento lo único que le habría faltado a Egwene sería incluso el recordatorio más circunspecto de que comiese antes de que se enfriara.

Lelaine continuó como si no hubiese habido una interrupción.

—Lo importante —manifestó firmemente— es descubrir qué pretenden los Atha'an Miere. O lo que el chico hace. Tal vez también quiere ser su rey. —Extendió los brazos para que Faolain volviera a ponerle la capa, cosa que la joven atezada hizo con cuidado—.

¿Recordaréis ponerme al corriente si se os ocurre algo al respecto, madre? —En su tono no había apenas indicio de petición.

—Pensaré detenidamente en ello —contestó Egwene, lo que no significaba que fuera a compartir sus ideas. Ojalá tuviese un atisbo de la respuesta. Que los Atha'an Miere consideraban a Rand su Coramoor lo sabía, ya que no la Antecámara, pero sobre qué quería él de los Marinos y viceversa no tenía la más remota idea. Según Elayne, los Atha'an Miere que estaban con ellas tampoco tenían ni idea. O eso decían. Egwene casi deseó que una de las contadas hermanas que procedían de los Marinos estuviese en el campamento. Casi. De un modo u otro, esas Detectoras de Vientos iban a ocasionar problemas.

A un gesto de Romanda, Theodrin se adelantó con la capa de la Asentada prestamente, como si la hubiesen azuzado en el trasero. Por la expresión de Romanda, no le complacía precisamente que Lelaine hubiese recuperado la sangre fría.

—Acordaos de decirle a Merilille que quiero hablar con ella, madre.

En esto ni siquiera hubo indicio de petición.

Durante un instante las dos Asentadas se sostuvieron la mirada, Egwene de nuevo olvidada por su mutua animosidad. Se marcharon sin dirigirle una palabra, casi empujándose para ser la primera en salir, aunque fue Romanda la que llegó primero al faldón de la puerta, con Theodrin pisándole los talones. Enseñando los dientes, Lelaine sacó a Faolain prácticamente a empujones.

Siuan soltó un sonoro suspiro y ni siquiera intentó disimular su alivio.

—Si dais vuestro permiso, madre. Con vuestra venia, madre. Podéis iros, hijas —masculló Egwene con sorna. Tras soltar un largo suspiro, volvió a tomar asiento en la silla, que se ladeó, y la joven cayó de nalgas en la alfombra. Se levantó lentamente y se arregló la falda, así como la estola. Por lo menos no había ocurrido estando esas dos presentes—. Ve a buscar algo de comer, Siuan. Todavía tenemos una larga jornada de trabajo ante nosotras.

—Algunas caídas duelen menos que otras —comentó Siuan como si hablase consigo misma antes de salir de la tienda. Suerte que lo hizo deprisa, evitando así que Egwene le echara un rapapolvo.

No tardó en regresar, sin embargo, y comieron panecillos duros y guiso de lentejas con zanahorias y trocitos de algún tipo de carne que Egwene prefirió no mirar con demasiado detenimiento. Sólo hubo unas pocas interrupciones, durante las que guardaron silencio y fingieron estudiar los informes. Chesa entró para llevarse la bandeja, y más tarde para reemplazar las velas, una tarea que realizó sin dejar de refunfuñar, lo que era extraño en ella.

—¿Quién habría imaginado que Selane saldría por allí también? —rezongó casi para sí misma—. Estará besuqueándose con los soldados, supongo. Eso es por la mala influencia de Halima.

Un joven delgaducho, con la nariz congestionada por el constipado, echó más carbón a los mortecinos rescoldos de los braseros —la Amyrlin tenía la tienda más caldeada que la mayoría, aunque tampoco era demasiado— y se tropezó con sus propios pies, mirando boquiabierto a Egwene de una manera que resultaba muy gratificante después de lo de las dos Asentadas. Sheriam apareció para preguntar si Egwene tenía más instrucciones que darle, nada menos, y luego pareció que quería quedarse. Tal vez los pocos secretos que sabía la ponían nerviosa; en realidad sus ojos lanzaban rápidas ojeadas a uno y otro lado, con inquietud.

Y eso fue todo; Egwene no estaba segura si era porque nadie molestaba a la Amyrlin sin necesidad o porque todo el mundo sabía que las verdaderas decisiones las tomaba la Antecámara.

—No sé qué pensar de este informe sobre soldados saliendo de Kandor en dirección al sur —comentó Siuan tan pronto como el faldón de la puerta cayó detrás de Sheriam—. Ha sido el único, y los habitantes de las Tierras Fronterizas rara vez se alejan de la Llaga, pero eso lo sabe hasta el más tonto, así que difícilmente es el tipo de historia que alguien se inventaría. —Ahora no estaba leyendo de una página.

Siuan se las había arreglado para mantener un débil control de la red de informadores de la Amyrlin hasta ese momento, de manera que informes, rumores y hablillas llegaban a ella a un ritmo constante y eran estudiados antes de que Egwene y ella decidiesen cuál pasar o no a la Antecámara. Leane tenía su propia red con la que nutrir ese flujo continuo. La mayoría se transmitía —la Antecámara debía saber ciertas cosas, y no había garantía de que los Ajahs trasladaran a las Asentadas lo que sus propios informadores descubrían—, pero todo ello había que pasarlo por el tamiz para eliminar lo que podría ser peligroso o desviar la atención del verdadero objetivo.

Últimamente, pocos de esos informes comunicaban algo bueno. Desde Cairhien habían llegado infinidad de rumores sobre Aes Sedai aliadas con Rand o, peor aún, sirviéndole, pero al menos ésos podían descartarse. Las Sabias no contaban gran cosa sobre Rand ni cualquiera relacionado con él, pero según ellas Merana estaba aguardando su regreso y, ciertamente, el hecho de que hubiese hermanas en el Palacio del Sol, donde el Dragón Renacido mantenía su primer trono, era semilla más que suficiente para que medraran tales cuentos. Otros no podían pasarse por alto tan alegremente, aun cuando una no supiera qué conclusión sacar de ellos. Un impresor de Illian aseguraba tener pruebas de que Rand había matado a Mattin Stepaneos con sus propias manos y que luego había destruido el cuerpo con el Poder Único, mientras que un trabajador del puerto afirmaba que había visto llevar al anterior rey atado, amordazado y envuelto en una alfombra, a bordo de un barco que zarpó en medio de la noche con el beneplácito del capitán de la guardia del puerto. La primera información parecía más probable que fuera cierta, pero Egwene esperaba que ningún informador de los Ajahs hubiese oído esa historia. Ya había demasiadas marcas negras junto al nombre de Rand en los libros de las hermanas.

Todo era más o menos igual. Al parecer, los seanchan estaban afianzando su dominio en Ebou Dar sin apenas resistencia. Tal cosa era de esperar en un país donde el verdadero poder de la reina terminaba a corta distancia de la capital, pero no resultaba alentador. Los Shaido parecían encontrarse en todas partes, aunque las noticias sobre ellos llegaban siempre de alguien a quien se lo había contado otro que se había enterado por un tercero. La mayoría de las hermanas opinaban que la dispersión de los Shaido era cosa de Rand a pesar de que las Sabias lo negaban, según les dijo Sheriam. Nadie quería comprobar directamente las supuestas mentiras de las Sabias, claro está. Había cientos de excusas, pero ninguna estaba dispuesta a reunirse con ellas en el *Tel'aran'rhiod*, excepto las hermanas comprometidas con Egwene, y éstas sólo lo hacían obedeciendo órdenes. Anaiya denominó los encuentros como «lecciones de humildad bastante compendiosas», y no parecía en absoluto divertida.

—No puede haber tantos Shaido —murmuró Egwene. No se habían echado hierbas olorosas a la segunda carga de carbón, que empezaba a apagarse en débiles ascuas; los ojos le escocían por el humo que flotaba en el aire. Encauzar para dispersarlo también disiparía el calor—. Parte de esto ha de ser obra de bandidos. —Después de todo, ¿quién distinguiría un pueblo vacío cuyos habitantes han huido de los forajidos de otro que se ha abandonado huyendo de los Shaido? Sobre todo si el rumor provenía de tres, cuatro o cinco bocas distintas—. Ciertamente hay bandidos de sobra por la zona para que sean responsables de algunas de esas cosas. —La mayoría de ellos se autoproclamaban Juramentados del Dragón, cosa que tampoco era una ayuda. Movió los hombros para aliviar los músculos agarrotados.

De repente se dio cuenta de que Siuan tenía la mirada fija en la nada, tan absorta que parecía a punto de caerse de la banqueta.

—Siuan, ¿te estás durmiendo? Puede que hayamos trabajado gran parte del día, pero todavía hay luz fuera. —Se veía por el agujero de ventilación, aunque daba la impresión de que iba menguando.

—Lo siento. —Siuan parpadeó—. Últimamente le estoy dando vueltas a una cosa, intentando decidir si compartirla con vos. Sobre la Antecámara.

—¡La Antecámara! ¡Siuan, si sabes algo de la Antecámara...!

—No *sé* nada —la interrumpió la otra mujer—. Es algo que sospecho. —Chasqueó la

lengua con irritación—. A decir verdad, ni siquiera es una sospecha. Al menos, no sé qué sospechar. Pero veo una pauta.

—Entonces será mejor que me lo cuentes —instó Egwene. Siuan se había mostrado muy hábil en detectar pautas donde otras sólo veían una maraña.

Rebullendo en la banqueta, Siuan se inclinó hacia adelante.

—Es lo siguiente: aparte de Romanda y de Moria, las Asentadas elegidas en Salidar son... demasiado jóvenes. —Mucho había cambiado en ella, pero hablar de la edad de otras hermanas le resultaba obviamente incómodo—. Escaralde es la mayor, y no me cabe duda de que no sobrepasa en mucho los setenta. No puedo asegurarlo sin consultar los libros de novicias en Tar Valon o sin decírselo a ella, pero estoy todo lo segura que es posible dadas las circunstancias. Rara vez la Antecámara ha tenido más de una Asentada que no sobrepasara los cien años, ¡y aquí tenemos nueve!

—Pero Romanda y Moria son nuevas —adujo suavemente Egwene mientras apoyaba los codos en la mesa. Había sido un día muy largo—. Y ninguna de ellas es joven. Quizá deberíamos dar las gracias porque las demás lo son; de otro modo no se habrían mostrado dispuestas a ascenderme. —Podría haber señalado que la propia Siuan había sido elegida Amyrlin cuando tenía la mitad de años que Escaralde, pero habría sido cruel recordárselo.

—Quizá —musitó obstinadamente la otra mujer—. Romanda era una elección segura para la Antecámara tan pronto como apareció. Dudo que haya una Amarilla que se atreva a disputarle el puesto de Asentada. En cuanto a Moria... No adhiere a Lelaine, aunque ésta y Lyrelle probablemente pensaron que lo haría. No lo sé. Pero, tened esto presente: cuando se asciende a una mujer demasiado joven, hay una razón. —Respiró hondo—. Incluyendo cuando lo hicieron conmigo. —El dolor por la pérdida pasó fugazmente por su rostro, la pérdida de su condición de Amyrlin sin lugar a dudas, y quizá de todo lo dejado atrás para siempre, pero desapareció casi al instante. Egwene creía que no conocía a otra mujer con tanta entereza como Siuan Sanche—. En este caso, había suficientes hermanas con la edad adecuada para escoger, y me cuesta imaginar que cinco Ajahs no acaben de llegar a un acuerdo para nombrar a ninguna de ellas. Hay una pauta, y me propongo descifrarla.

Egwene no estaba de acuerdo. El cambio flotaba en el aire, aunque Siuan no quisiera verlo. Elaida había roto la tradición, casi había llegado a quebrantar la ley, al usurparle el puesto. Habían huido hermanas de la Torre y habían permitido que el mundo lo supiera, y eso último ciertamente no había sucedido jamás. Cambio. Las hermanas de mayor edad serían más dadas a aferrarse a las viejas costumbres, pero incluso entre ellas tenía que haber algunas que vieran que todo estaba cambiando. Seguramente ése era el motivo de que se hubiesen elegido mujeres más jóvenes, más abiertas a lo nuevo. ¿Debería ordenar a Siuan que dejase de perder el tiempo con eso? ¿O sería un gesto compasivo dejarla continuar? ¡Era tal su deseo de demostrar que el cambio que veía no estaba ocurriendo realmente!

Antes de que Egwene tuviese tiempo de tomar una decisión, Romanda entró en la tienda y se quedó parada, manteniendo abierto el faldón de la puerta. Fuera, las largas sombras se proyectaban sobre la nieve. La noche se acercaba con rapidez. El semblante de Romanda estaba igual de sombrío y tormentoso. Clavó una dura mirada en Siuan y espetó:

—¡Fuera!

Egwene hizo un mínimo gesto de asentimiento, pero Siuan ya se había levantado de la silla. Dio un paso vacilante y luego salió casi corriendo. Se esperaba de una hermana con la posición de Siuan que obedeciese prestamente no sólo a una Asentada, sino a cualquier otra con la fuerza de Romanda en el Poder.

Romanda dejó caer el faldón y abrazó la Fuente. El brillo del *Saidar* la envolvió y la mujer tejió una salvaguardia contra oídos indiscretos en torno a la tienda, sin molestarse siquiera en fingir pedir permiso a Egwene.

—¡Eres una necia! —bramó—. ¿Durante cuánto tiempo pensabas que podrías mantenerlo en secreto? Los soldados hablan, muchacha. ¡Los hombres siempre hablan! Bryne tendrá suerte si la Antecámara no clava su cabeza en una pica.

Egwene se puso de pie lentamente, alisándose la falda. Esperaba que esto ocurriera, pero todavía tenía que ser cauta. El juego distaba mucho de haber terminado, y todo podía volverse en su contra en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que disimular inocencia hasta que pudiera permitirse el lujo de no fingir.

—¿He de recordarte que tratar groseramente a la Sede Amyrlin es un delito, hija? —preguntó en cambio. ¡Llevaba tanto tiempo fingiendo y estaba tan cerca de alcanzar su objetivo!

—La Sede Amyrlin. —Romanda acortó la distancia que las separaba cruzando a zancadas las alfombras y se paró a un metro de ella. A juzgar por su mirada fulminante, la idea de aproximarse más le pasó por la cabeza—. ¡Eres una niña! ¡Tus posaderas aún recuerdan los últimos varazos recibidos de novicia! Después de esto, tendrás suerte si la Antecámara no te castiga en un rincón y te quita tus pocos juguetes. Si quieres evitarlo, me prestarás atención y harás lo que te diga. ¡Y ahora, siéntate!

Egwene hervía de rabia por dentro, pero se sentó. Era demasiado pronto.

Con un brusco y satisfecho cabeceo, Romanda se puso en jarras. Miró a Egwene como una tía severa que echa el sermón a una sobrina que se ha portado mal. Una tía muy, muy severa. O como un degollador con dolor de muelas.

—Esa reunión con Pelivar y Arathelle debe celebrarse, ahora que se ha acordado. Esperan a la Sede Amyrlin, y la verán. Acudirás con toda la pompa y la dignidad debidas a tu título y les dirás que yo hablo en tu nombre, tras lo cual, ¡mantendrás la boca cerrada! Quitarlos de tu camino requiere una mano firme y alguien que sepa lo que hace. Sin duda, Lelaine aparecerá aquí en cualquier momento para intentar hacer lo mismo, pero recuerda el aprieto en el que está. Me he pasado el día hablando con las otras Asentadas, y parece muy probable que los fracasos de Merilille y Merana se atribuyan a Lelaine en la próxima sesión de la Antecámara. De modo que si hay para ti alguna esperanza de ganar la experiencia que necesitarás para que esa estola no te quede grande, se halla conmigo. ¿Has entendido?

—Perfectamente —repuso Egwene en un tono que confiaba sonara sumiso. Si dejaba que Romanda hablase en su nombre, ya no habría lugar a dudas. La Antecámara y el mundo entero sabría quién tenía a Egwene al'Vere agarrada por el pescuezo.

Los ojos de Romanda parecieron taladrarla antes de que la mujer hiciese un gesto brusco de asentimiento.

—Espero que sea así. Me propongo destituir a Elaida de la Sede Amyrlin, y no permitiré que todo se vaya al garete porque una chiquilla cree que sabe lo bastante para cruzar la calle sin que nadie la lleve de la mano. —Resopló, se envolvió en la capa y salió airadamente de la tienda. La salvaguardia desapareció al mismo tiempo que ella.

Egwene se sentó y miró con el entrecejo fruncido el faldón de la entrada. ¿Una chiquilla? ¡Al infierno con ella! ¡Era la Sede Amyrlin! ¡Les gustase o no, la habían investido y tendrían que aceptarlo! Con el tiempo. Cogió el tintero y lo arrojó contra el faldón de la puerta.

Lelaine tuvo que echar la cabeza hacia atrás, evitando por un pelo la rociada de tinta.

—¡Vaya, qué geniecito! —dijo burlona mientras entraba.

Sin pedir permiso, como Romanda, abrazó la Fuente y tejió una salvaguardia para que nadie más oyera lo que tenía que decir. En contraste con la ira demostrada por Romanda, Lelaine parecía muy complacida consigo misma, frotándose las enguantadas manos y sonriendo.

—Supongo que no tengo que decirte que tu pequeño secreto se ha descubierto. Mal asunto para lord Bryne, pero creo que es demasiado valioso para matarlo. Tiene suerte de que opine así. Veamos. Imagino que Romanda te dijo que la reunión con Pelivar y Arathelle se celebrará, pero que tienes que dejar que sea ella la que hable, ¿me equivoco? —Egwene rebulló en la silla, pero Lelaine agitó la mano—. No hace falta que contestes. Conozco a Romanda. Infortunadamente para ella, me enteré de esto antes y, en lugar de venir corriendo hacia aquí, he estado sondeando a las otras Asentadas. ¿Quieres saber cuál es su opinión?

Librodot

Egwene apretó los puños sobre el regazo, donde esperaba que el gesto pasara inadvertido.

—Deduzco que vas a decírmelo de todos modos.

—No estás en condiciones de adoptar ese tono conmigo —espetó secamente Lelaine, pero, al momento, su sonrisa reapareció—. La Antecámara está disgustada contigo. Muy disgustada. No sé con qué te ha amenazado Romanda, aunque no es difícil de imaginar, pero puedo superarlo. Por otro lado, Romanda ha incomodado a varias Asentadas con sus modos intimidatorios. Por lo tanto, excepto que quieras encontrarte con menos autoridad que la poca que tienes ahora, Romanda se llevará mañana una sorpresa cuando me designes a mí para hablar en tu nombre. Cuesta creer que Arathelle y Pelivar fueran lo bastante necios para poner en marcha algo así, pero se escabullirán con el rabo entre las piernas después de que haya terminado con ellos.

—¿Y cómo sé que no llevarás a cabo esas amenazas de todos modos? —Egwene confiaba en que su hablar entre dientes por la rabia sonase sólo malhumorado. ¡Luz, qué harta estaba de todo eso!

—Porque lo digo yo —espetó Lelaine—. ¿Es que no sabes a estas alturas que no tienes realmente autoridad en nada? La tiene la Antecámara, lo que significa entre Romanda y yo. Dentro de cien años quizá des la talla para llevar la estola, pero, por ahora, quédate callada, crúzate de brazos y deja que alguien que sabe lo que hace se encargue de derrocar a Elaida.

Una vez que Lelaine se hubo marchado, Egwene volvió a mirar al vacío desde su silla. Esta vez no permitió que la ira la dominara. «Quizá des la talla para llevar la estola.» Casi lo mismo que Romanda había dicho. «Alguien que sepa lo que hace.» ¿Estaría engañándose a sí misma? ¿Sería una chiquilla que podría malograr lo que una mujer con experiencia resolvería fácilmente?

Siuan entró en la tienda y se quedó parada, con expresión preocupada.

—Gareth Bryne acaba de estar aquí para informarme de que la Antecámara lo sabe —explicó amargamente—. Vino con la excusa de preguntar por sus camisas. ¡Él y sus malditas camisas! La reunión se ha acordado para mañana, en un lago situado a unas cinco horas hacia el norte. Pelivar y Arathelle ya se han puesto en camino. Y también Aemlyn. Representa a otra de las casas fuertes.

—Es más de lo que Romanda y Lelaine se han dignado contarme —dijo Egwene con idéntica acritud. No. Cien años dejándose llevar de la mano, agarrada por el pescuezo y mangoneada, o cincuenta o incluso cinco, y ya no estaría en condiciones de hacer otra cosa. Si tenía que dar la talla para llevar la estola, la daría *ahora.*

—¡Oh, rayos y centellas! —gimió Siuan—. ¡No lo soporto! ¿Qué dijeron? ¿Qué pasó?

—Como esperábamos, más o menos. —Egwene sonrió con una expresión de incredulidad que también se reflejó en su voz—. Siuan, no habrían puesto la Antecámara en mis manos mejor si les hubiese dicho cómo hacerlo.

Estaba oscureciendo cuando Sheriam llegó a su tienda, más pequeña incluso que la de Egwene. Si no hubiese sido la Guardiana, habría tenido que compartirla. Entró agachada y sólo tuvo tiempo para darse cuenta de que no estaba sola cuando se encontró escudada y derribada de bruces sobre el camastro. Aturdida, intentó gritar, pero un pico de la manta se metió dentro de su boca como una mordaza. El vestido y la ropa interior se soltaron de su cuerpo de golpe, como una pompa pinchada. Una mano le acarició la cabeza.

—Se suponía que debías informarme de todo, Sheriam. Esa chica planea algo y quiero saber qué es.

Tardó un buen rato en convencer a la persona que la interrogaba que le había contado cuanto sabía, que jamás se reservaría nada, ni una palabra. Cuando por fin se quedó sola, yació hecha un ovillo y llorando por los dolorosos verdugones, deseando amargamente no haber hablado jamás con ninguna hermana de la Antecámara.

CAPÍTULO 3

En el hielo

A la mañana siguiente, antes de amanecer, una columna salió a caballo desde el campamento de las Aes Sedai hacia el norte, en silencio, salvo por los crujidos de las sillas de montar y el de los cascos de los caballos al romper la costra de nieve. De vez en cuando uno de los animales resoplaba o tintineaba alguna pieza metálica de los arreos, que enseguida se acallaba. La luna ya se había metido, pero las estrellas brillaban en el cielo y su reflejo en el blanco manto que lo cubría todo bastaba para alumbrar la oscuridad. Cuando las primeras luces del alba asomaron por el este, llevaban una hora o más de camino, lo que no significaba que hubiesen llegado muy lejos. Por algunos tramos abiertos Egwene podía dejar que *Daishar* avanzara a medio galope, salpicando partículas blancas como si chapotease en el agua, si bien durante la mayor parte de la marcha los caballos iban al paso, y no muy deprisa, a través de florestas poco densas donde la nieve se amontonaba en profundos ventisqueros y se acumulaba sobre las ramas de los árboles. Robles y pinos, tupelos y cedros y otras especies que no conocía ofrecían un aspecto aún más deslucido que el que tenían con la sequía y el calor. Ese día se celebraba la Fiesta de Abram, pero no habría premios metidos en la masa de las tortas de miel. Sin embargo, quisiera la Luz que algunas personas encontraran sorpresas ese día.

El sol, una esfera dorada pálida que no daba calor, siguió subiendo. Con cada inhalación el aire aún pinchaba la garganta, y al exhalar, el aliento se condensaba en vaho. Soplaba un viento no muy fuerte pero cortante, y por el oeste negros nubarrones se desplazaban hacia el norte en su camino a Andor. Sintió cierta lástima por quienquiera que sufriera las consecuencias cuando aquellas nubes descargaran, y al mismo tiempo alivio porque se alejaban de ellos. Tener que esperar un día más habría sido exasperante. No había podido pegar ojo en toda la noche, y no por culpa de las jaquecas, sino por la impaciencia y la inquietud. Eso y los zarcillos del miedo que se habían deslizado por los resquicios de la tienda como un aire frío. Sin embargo, no estaba cansada. Se sentía como un muelle comprimido, como el resorte tenso de la cuerda de un reloj, rebosante de energía que necesitaba desesperadamente soltar. Luz, todo podía salir terriblemente mal aún.

Era una columna impresionante, detrás del estandarte de la Torre Blanca, la blanca Llama de Tar Valon centrada en una espiral de siete colores, uno por cada Ajah. Confeccionado secretamente en Salidar, había permanecido guardado en el fondo de un arcón desde entonces, con las llaves en poder de la Antecámara. Egwene creía que no lo habrían sacado de no haber sido por la necesaria pompa de esa mañana. La caballería pesada que les proporcionaba escolta estaba compuesta por mil jinetes vestidos con peto y cota de malla; una colección de lanzas, espadas, mazas y hachas rara vez vista al sur de las Tierras Fronterizas. Su comandante era un shienariano tuerto, con un parche de vivos colores sobre la cuenca vacía, un hombre al que había conocido tiempo atrás, lo que ahora le parecía una era. Ino Nomesta lanzaba miradas fulminantes a los árboles a través de las hendiduras de la visera del casco, como si esperase que les tendieran una emboscada en cualquier momento, y sus hombres parecían igualmente alertas, muy rectos en sus sillas.

Delante, casi fuera del alcance de la vista, marchaba un grupo de hombres a través de los árboles; llevaban peto y espaldar, pero ninguna otra pieza de armadura. Sus capas

ondeaban libremente al viento, sin ofrecerles protección contra el frío, ya que tenían ocupadas ambas manos, una sujetando las riendas y la otra sosteniendo un arco corto. También marchaban más grupos, otro millar de hombres en total, por la izquierda, por la derecha y por atrás, todos fuera de la vista de la columna, para explorar y proteger. Gareth Bryne no esperaba traición por parte de los andoreños, pero, según él mismo dijo, ya se había equivocado en ocasiones anteriores y, además, los murandianos eran otro cantar. También existía la posibilidad de asesinos a sueldo pagados por Elaida, e incluso Amigos Siniestros. Sólo la Luz sabía cuándo o por qué podría decidir asesinar un Amigo Siniestro. En realidad, aunque se suponía que los Shaido se encontraban lejos, nadie parecía saber dónde se hallaban hasta que comenzaban las matanzas. Incluso los bandidos podrían intentar probar suerte con un grupo reducido. Lord Bryne no era hombre que corriese riesgos innecesarios, de lo que Egwene se alegraba mucho. Ese día quería tener el mayor número posible de testigos.

Ella marchaba delante del estandarte, con Sheriam, Siuan y Bryne. Los tres parecían absortos en sus pensamientos. Lord Bryne se sostenía en su silla con fácil soltura; el vaho de su respiración uniforme formaba una ligera capa de escarcha en la visera del yelmo, pero Egwene podía verlo analizando mentalmente el terreno. Por si acaso tenía que combatir en él. Siuan montaba tan rígida que tendría los músculos agarrotados mucho antes de que llegasen a su destino, pero miraba fijamente hacia el norte, como si pudiese ver ya el lago, y a veces asentía o sacudía la cabeza para sí misma. No habría hecho tal cosa si no se sintiera inquieta. Sheriam ignoraba tanto como las Asentadas lo que iba a ocurrir, pero daba la impresión de estar más nerviosa incluso que Siuan, rebullendo sin parar sobre su silla y encogiéndose. Por alguna razón, en sus verdes ojos también había un brillo de ira.

Inmediatamente detrás del estandarte marchaban todas las Asentadas de la Antecámara de la Torre, en fila de a dos, luciendo sedas recamadas, ricos terciopelos, pieles y capas con el símbolo de la Llama bordado en el centro. Mujeres que por lo general no llevaban más joyas que el anillo de la Gran Serpiente, ese día lucían los más finos aderezos que guardaban los cofres de alhajas del campamento. Sus Guardianes ofrecían un espléndido despliegue simplemente con sus capas de colores cambiantes, que al agitarse con el aire creaban la ilusión de que partes de los cuerpos de los hombres desaparecían. Los seguían sirvientes, tres o cuatro por cada hermana, en los mejores caballos que habían podido proporcionarles; se habían registrado a fondo todos los baúles del campamento para vestirlos con ropas de vivos colores, de manera que habrían podido pasar por nobles de segunda fila si no hubiera sido porque algunos tiraban de las riendas de animales de carga.

Tal vez debido a que era una de las Asentadas que no tenía Guardián, Delana había llevado a Halima, que montaba una briosa yegua blanca. Las dos mujeres marchaban juntas, casi rodilla contra rodilla. A veces Delana se inclinaba para hablar en privado con Halima, aunque ésta parecía demasiado excitada para escucharla. Supuestamente, era la secretaria de Delana, pero todo el mundo consideraba la relación como un acto de caridad o una posible amistad —por improbable que pudiese parecer— entre la circunspecta hermana de cabello claro y la irascible mujer de campo de cabello oscuro. Egwene había visto la escritura de Halima, y tenía la apariencia de la de un niño que está empezando a aprender las primeras letras. En esta ocasión vestía ropas tan finas como las de la hermana, y llevaba joyas que igualaban fácilmente las de Delana, de quien debían de proceder. Cada vez que una ráfaga de aire abría su capa de terciopelo, dejaba a la vista una escandalosa porción de su generoso busto; ella se echaba a reír sin darse prisa alguna en volver a taparse, negándose a admitir que sintiese el frío más que las hermanas.

Por una vez Egwene se alegró de que le hubiesen regalado tanta ropa, que le permitía superar a las Asentadas. Su atuendo de seda verde y azul tenía cuchilladas en blanco e iba bordado con aljófares. Incluso los guantes estaban adornados con perlas. En el último minuto Romanda le había proporcionado una capa forrada con pieles de armiños, y Lelaine le facilitó un collar y unos pendientes de esmeraldas y ópalos. Las piedras de la luna que adornaban su cabello eran una aportación de Janya. La Amyrlin tenía que estar resplandeciente ese día.

Hasta Siuan parecía arreglada para asistir a un baile, con terciopelo azul y encaje de color crema, una ancha banda de perlas en la garganta y muchas más entrelazadas en el pelo.

Romanda y Lelaine encabezaban el grupo de Asentadas, tan pegadas al soldado que portaba el estandarte que el hombre echaba ojeadas nerviosas hacia atrás y a veces taconeaba su caballo para que se acercara a los que iban delante. Egwene se las arregló para no mirar atrás más que una o dos veces, pero aun así notaba sus ojos clavados en la espalda, cada una de ellas convencida de tenerla bien atada en un esmerado paquete, pero también tenían que estar preguntándose de quién era la cuerda con la que se había hecho la atadura. Oh, Luz, eso no podía salir mal. Ahora no.

Aparte de la columna, era escaso el movimiento en aquel paisaje cubierto de nieve. Un halcón giró en círculos un rato, perfilado contra el azul del cielo, antes de volar hacia el este. En dos ocasiones Egwene divisó zorros de cola negra trotando a lo lejos, todavía con el manto de verano, y una vez a un gran ciervo de majestuosa cornamenta que desapareció entre los árboles como un fantasma. Una liebre, que apareció de repente junto a las patas de *Bela* y huyó a grandes saltos, hizo que la hirsuta yegua sacudiese la cabeza arriba y abajo; Siuan chilló y agarró las riendas como si esperara que *Bela* fuera a lanzarse a galope. Por supuesto, la yegua se limitó a soltar un resoplido de reproche y siguió con su tranquilo paso. El ruano castrado de Egwene respingó más asustado, y eso que la liebre no saltó cerca de él.

Siuan empezó a rezongar entre dientes después de que la liebre se alejase corriendo, y pasó un buen rato antes de que aflojara las riendas de *Bela.* Ir a caballo la ponía siempre de mal humor —viajaba en una de las carretas cada vez que podía— pero rara vez estaba tan alterada. Sólo había que fijarse en lord Bryne o en las feroces ojeadas que ella le echaba para saber el motivo. Si el hombre advirtió las miradas de Siuan no lo demostró. Era el único que no se había engalanado; tenía la misma estampa de siempre, sencilla y ligeramente deteriorada. Por alguna razón, Egwene se alegraba de que se hubiese resistido a los intentos de vestirlo con ropas mejores. Necesitaban realmente ofrecer una imagen que causara impacto, pero aun así Egwene creía que la del hombre era excelente tal cual.

—Es una buena mañana para montar —comentó Sheriam al cabo de un rato—. No hay nada mejor que un buen paseo a caballo por la nieve para despejar la cabeza. —Su tono no era bajo, y sus ojos se posaron en la todavía rezongante Siuan a la par que esbozaba una sonrisa.

Siuan no dijo nada —difícilmente podía hacerlo delante de tantos ojos—, pero asestó a la Guardiana una dura mirada que prometía una respuesta cortante para más tarde. La mujer pelirroja se giró bruscamente, casi encogiéndose. *Alada*, su torda rodada, cabrioleó unos pasos, y Sheriam la calmó con cierta dureza. Había mostrado poca gratitud hacia la mujer que la había nombrado su Maestra de Novicias y al igual que la mayoría en su situación, buscaba razones para culpar a Siuan. Era la única falta que Egwene le encontraba desde el juramento. Bueno, había protestado porque, en su posición de Guardiana, consideraba que no debería tener que obedecer órdenes de Siuan como hacían las demás que habían prestado juramento, pero Egwene había visto de inmediato adónde conduciría eso. No era la primera vez que Sheriam había intentado clavar una pulla. Siuan insistía en manejar personalmente a Sheriam, y su amor propio era tan frágil que Egwene no tuvo valor de negárselo; a no ser que las cosas se pasaran de la raya.

Egwene deseó que hubiese alguna forma de acelerar la marcha. Siuan volvía a rezongar entre dientes, y Sheriam intentaba dar con algo que decir que no acarreara exactamente una reprimenda. Todo aquel refunfuñar y sus miradas de reojo empezaban a irritar a Egwene. Al cabo de un rato, hasta la equilibrada compostura de Bryne comenzó a resultarle cargante. La joven se sorprendió discurriendo qué podría decirle para romper su aplomo. Desgraciadamente —o quizá por fortuna— no creía que hubiese algo que lo hiciera. Pero si tenía que esperar mucho más, tal vez fuera ella la que estallara de impaciencia.

El sol ascendía hacia el cenit, y los kilómetros quedaban atrás con desesperante lentitud; por fin, uno de los jinetes de la vanguardia se volvió y levantó la mano. Tras una

precipitada disculpa a Egwene, Bryne galopó hacia él. Más bien avanzó pesadamente a través de la nieve con su robusto castrado bayo, *Viajero*, pero llegó a la altura de la avanzadilla, intercambió unas cuantas palabras y después los mandó seguir adelante y esperó a que Egwene y los demás lo alcanzaran.

Mientras volvía a ocupar su puesto junto a la joven Amyrlin, Romanda y Lelaine se reunieron con ellos. Las dos Asentadas apenas hicieron caso de Egwene y clavaron los ojos en Bryne con la fría serenidad que había hecho flaquear a tantos hombres al verse ante Aes Sedai. Salvo que de vez en cuando se echaban miradas de reojo la una a la otra. No parecían darse cuenta de lo que estaban haciendo. Egwene esperaba que estuviesen la mitad de nerviosas que ella; con eso se conformaría.

Las miradas fríamente serenas resbalaron en Bryne como la lluvia sobre una roca. Saludó a las Asentadas con una ligerísima inclinación de cabeza, pero se dirigió a Egwene.

—Ya han llegado, madre. —Eso era de esperar—. Han traído casi tantos hombres como nosotros, aunque están apostados en la orilla norte del lago. He mandado exploradores para asegurarnos de que nadie intenta rodearnos, pero en realidad no espero que lo hagan.

—Confiemos en que no os equivoquéis —repuso con acritud Romanda.

—Últimamente vuestro criterio no ha sido muy atinado, lord Bryne —añadió Lelaine en un tono mucho más frío. Cortante y gélido, a decir verdad.

—Como digáis, Aes Sedai. —Hizo otra leve inclinación sin apartar la mirada de Egwene. Como Siuan, ahora estaba vinculado claramente a ella, al menos en lo que a la Antecámara concernía. Ojalá no supieran hasta qué punto lo estaba. Ojalá pudiese estar segura ella de hasta qué punto lo estaba—. Otra cosa, madre —continuó—. Talmanes se encuentra también en el lago. Hay alrededor de cien soldados de la Compañía a cada lado. Son insuficientes para causar problemas, aunque quisieran, y en mi opinión no es probable que lo intenten.

Egwene se limitó a asentir con la cabeza. ¿Insuficientes para causar problemas? ¡Sólo Talmanes sería suficiente! Sintió un regusto a bilis en la garganta. ¡No... podía... salir... mal... ahora!

—¡Talmanes! —exclamó Lelaine, su serenidad saltando en pedazos. Debía de estar tan nerviosa como Egwene—. ¿Cómo se enteró? ¡Si habéis incluido a los Juramentados del Dragón en vuestra intriga, lord Bryne, entonces sí que sabréis lo que significa llegar demasiado lejos!

—¡Esto es vergonzoso! —gruñó Romanda, casi sin dejar que terminara de hablar—. ¿Y decís que acabáis de enteraros de su presencia? ¡Si eso es cierto, vuestra reputación está más inflada que un furúnculo!

Por lo visto, para algunas la calma Aes Sedai era una fina gasa que se rasgaba fácilmente.

Continuaron en esa línea, pero Bryne siguió cabalgando y musitando de vez en cuando «Como digáis, Aes Sedai», cuando tenía que decir algo. Esa misma mañana había tenido que aguantar cosas peores en presencia de Egwene, y su reacción había sido igual de impasible. Fue Siuan la que finalmente resopló y luego enrojeció cuando las Asentadas la miraron con sorpresa. Faltó poco para que Egwene sacudiera la cabeza. Siuan estaba enamorada, definitivamente y sin remedio. ¡Y ella tenía que hablar con esa mujer, también definitivamente y sin remedio! Por alguna razón, Bryne sonrió, pero quizá se debiera sólo a que había dejado de ser el objeto de atención de las Asentadas.

Los árboles dieron paso a un espacio abierto, más amplio que la mayoría, y ya no hubo tiempo para pensamientos frívolos.

Aparte de un ancho borde de cañizos altos y pardos y espadañas asomando entre la nieve, nada indicaba que hubiese un lago. Podría haber sido un gran prado, llano y de forma más o menos ovalada. A cierta distancia de la línea de árboles, sobre el estanque helado, se alzaba un amplio baldaquín azul, sostenido por altos postes; alrededor se arremolinaba una pequeña multitud y docenas de caballos atendidos por sirvientes. La brisa hacía tremolar un

Librodot

montón de estandartes y banderas, y acercaba gritos ahogados que sólo podían ser órdenes. Más sirvientes se adelantaron apresuradamente. Al parecer, no llevaban tiempo suficiente allí para haber terminado los preparativos.

A un kilómetro, más o menos, empezaba de nuevo la fronda, y allí, el débil brillo del sol se reflejó en metal. Mucho metal, que se extendía a lo largo de la orilla opuesta. Hacia el este, casi a la misma distancia que el pabellón, el centenar de hombres de la Compañía no hacía el menor esfuerzo por pasar inadvertido, de pie junto a sus monturas, muy cerca de donde empezaban las espadañas. Unos cuantos apuntaron cuando apareció el estandarte de Tar Valon. La gente del pabellón se paró para mirar.

Egwene no hizo pausa alguna antes de entrar en el hielo cubierto de nieve. Se imaginó a sí misma como un capullo abriéndose al sol, sin embargo; aquel viejo ejercicio de novicia. En realidad no abrazó el *Saidar*, pero la calma que llegó con él fue bienvenida.

Siuan y Sheriam la siguieron, así como las Asentadas con sus Guardianes, y los sirvientes. Lord Bryne y el portaestandarte fueron los dos únicos soldados que las acompañaron. Los gritos que se alzaron a su espalda le indicaron que Ino situaba a su caballería armada a lo largo de la orilla. Los hombres equipados con armaduras más ligeras —los que no vigilaban en previsión de un ataque traicionero— se desplegaron a los lados. Una de las razones para escoger el lago como punto de reunión era que el hielo tenía suficiente grosor para aguantar el peso de muchos caballos, pero no de cientos y menos aún de miles. Con ello se reducían las posibles argucias. Naturalmente, un pabellón fuera del alcance de las flechas no lo estaba del alcance del Poder Único, mientras se tuviese a la vista. Salvo porque hasta el hombre más vil del mundo se sabía a salvo de eso a menos que amenazase a una hermana. Egwene respiró hondo y empezó a recobrar la calma.

Un recibimiento apropiado para la Sede Amyrlin habría sido con sirvientes adelantándose presurosos con bebidas calientes y paños envolviendo ladrillos calientes, y los propios lores y ladies para tomar las riendas y ofrecer un beso en recuerdo de Abram. Cualquier visitante con cierto rango habría tenido como mínimo la asistencia de los sirvientes, pero nadie se acercó desde el pabellón. El propio Bryne desmontó y se acercó para coger la brida de *Daishar*, y el mismo joven larguirucho que había entrado en la tienda el día anterior para cargar los braseros con carbón corrió para sujetar el estribo de Egwene. Su nariz seguía congestionada, pero con la chaqueta de terciopelo rojo, sólo un poquito grande para él, y la brillante capa azul eclipsaba a cualquiera de los nobles que contemplaban la escena bajo el baldaquín. La mayoría de ellos parecían vestir con gruesa tela de lana, sin apenas bordados y aún menos puntillas o sedas. Seguramente habían pasado apuros para encontrar atuendos apropiados una vez que las nevadas habían empezado estando ellos ya en marcha. Aunque la pura verdad era que el joven sirviente habría eclipsado a un gitano.

Se habían extendido alfombras para cubrir el suelo debajo del baldaquín y había braseros encendidos, aunque el viento se llevaba el calor y el humo por igual. Se habían colocado dos hileras de sillas, una frente a la otra, para las delegaciones, ocho en cada una. No habían esperado que acudieran tantas hermanas. Algunos de los nobles intercambiaron miradas de consternación, y varios sirvientes llegaron incluso a retorcerse las manos, preguntándose qué hacer. No tendrían por qué haberse preocupado.

Las sillas eran una mezcolanza despareja, pero todas tenían el mismo tamaño y ninguna estaba notablemente más estropeada o destartalada que las otras. El joven larguirucho y otros cuantos sirvientes se adelantaron trotando y, sin dejarse impresionar por los ceños de los nobles y sin pedir permiso, trasladaron las destinadas a las hermanas fuera, sobre la nieve, y luego corrieron a ayudar a descargar los caballos albardones. Aún nadie había pronunciado una palabra.

Rápidamente, se colocaron asientos suficientes para toda la Antecámara y para Egwene. Sólo simples bancos, aunque lustrados hasta sacarles brillo, pero cada uno se alzaba sobre una amplia caja cubierta con paños del color del Ajah de la Asentada, en una fila tan larga como el baldaquín. La caja situada delante, para el banco de Egwene, estaba tapada con

Librodot

una tela de franjas, como su estola. Durante la noche había habido mucho ajetreo, empezando por encontrar cera de abeja para los bancos y buen paño de colores adecuados.

Cuando Egwene y las Asentadas ocuparon sus sitios, se hallaron un palmo más altas que todos los demás. La joven había albergado dudas al respecto, pero la ausencia de bienvenida por parte de los nobles las había borrado. Hasta el granjero más mezquino habría ofrecido una copa y un beso a un vagabundo en la Fiesta de Abram. Ellas no eran suplicantes y tampoco eran sus iguales. Eran Aes Sedai.

Los Guardianes se situaron detrás de sus Aes Sedai, y Siuan y Sheriam flanquearon a Egwene. Las hermanas se quitaron los guantes y se echaron ostentosamente las capas hacia atrás a fin de poner de relieve que el frío no las afectaba, en marcado contraste con los nobles que se arrebujaban en las suyas. Fuera, la Llama de Tar Valon ondeaba con el entumecedor viento. Únicamente Halima, de pie junto al asiento de Delana, al borde del cajón cubierto con un paño gris, estropeaba la grandiosa imagen; a decir verdad, sus verdes ojos se clavaban en andoreños y murandianos tan desafiantes que tampoco la deslucía gran cosa.

Se cruzaron unas cuantas miradas intensas cuando Egwene ocupó el asiento delantero, pero sólo unas pocas. De hecho, nadie parecía realmente sorprendido. «Supongo que todos han oído hablar de la *chica* Amyrlin», pensó con acritud. Bueno, había habido reinas más jóvenes, incluidas soberanas de Andor y Murandy. Sosegadamente, inclinó apenas la cabeza, y Sheriam hizo un gesto hacia la línea de sillas. Con independencia de quién hubiera llegado antes o hubiera proporcionado el baldaquín, no había duda de quién había convocado esa reunión. Quién estaba al mando.

Su acción no fue bien recibida, naturalmente. Se produjo un momento de silenciosa vacilación mientras los nobles intentaban discurrir un modo de recobrar una posición en igualdad de condiciones, y no fueron pocos los que torcieron el gesto al comprender que tal cosa era imposible. Ocho de ellos tomaron asiento, cuatro hombres y cuatro mujeres, hoscos los semblantes y mucho ajustar capas y arreglar faldas con aire enojado. Los de menor rango se quedaron de pie, detrás de las sillas, y resultó evidente el escaso afecto que existía entre andoreños y murandianos. De hecho, estos últimos, hombres y mujeres por igual, rezongaron y se empujaron unos a otros por cuestión de preeminencia, como hicieron sus «aliados» del norte. Las Aes Sedai recibieron también muchas miradas desabridas, y unos cuantos asestaron otras ceñudas a Bryne, que se encontraba a un lado, con el yelmo bajo el brazo. Era bien conocido a ambos lados de la frontera e incluso respetado por la mayoría de aquellos a los que les habría gustado verlo muerto. Al menos, así había sido antes de convertirse en el que dirigía el ejército de las Aes Sedai. El general hizo caso omiso de sus agrias miradas igual que había hecho con las agrias palabras de las Aes Sedai.

Había otro hombre que no se unió a ninguno de los dos grupos. Era de tez pálida, apenas un palmo más alto que Egwene, y llevaba afeitada la parte superior de la cabeza, en el inicio de la frente; vestía chaqueta oscura y peto y lucía un pañuelo rojo anudado en el brazo izquierdo. Su capa gris oscura tenía una gran mano roja bordada a un lado de la pechera. Talmanes se hallaba enfrente de Bryne, apoyado contra uno de los postes que sostenían el baldaquín, en una actitud flemática que resultaba arrogante, observándolo todo sin traslucir nada de lo que pensaba. Egwene habría querido saber qué estaba haciendo allí y qué había dicho antes de que ellas llegasen. Sea como fuere, tenía que hablar con él. Podría arreglarse para hacerlo sin que hubiese un centenar de oídos escuchando.

Un hombre delgado y curtido, con chaqueta roja, sentado en el centro de la fila de sillas, se inclinó hacia adelante y abrió la boca, pero Sheriam se le anticipó hablando con voz clara y alta:

—Madre, permitidme que os presente, por la parte de Andor, a Arathelle Renshar, Cabeza Insigne de la casa Renshar, a Pelivar Coelan, Cabeza Insigne de la casa Coelan, a Aemlyn Carand, Cabeza Insigne de la casa Carand, y a su esposo, Culhan Carand. —Los nombrados hicieron una leve inclinación de cabeza a medida que se pronunciaron sus nombres, sin borrar el gesto hosco. Pelivar era el hombre delgado; tenía unas entradas

incipientes en su oscuro cabello. Sheriam continuó sin hacer pausa alguna; menos mal que Bryne había podido facilitar los nombres de los elegidos para hablar—. Os presento, por la parte de Murandy, a Donel do Morny a'Lordeine, a Cian do Mehon a'Macansa, a Paitir do Fearna a'Conn y a Segan do Avharin a'Roos.

Los murandianos parecieron acusar la omisión de sus títulos más aún que los andoreños. Donel, que llevaba más encajes que la mayoría de las mujeres, se retorció las puntas enroscadas del bigote con aire furioso, y Paitir daba la impresión de que quisiera arrancarse el suyo a tirones. Segan apretó los gruesos labios y sus oscuros ojos llamearon, en tanto que Cian, una mujer fornida y canosa, resopló de manera audible. Sheriam no se dio por enterada de nada de ello.

—Os encontráis bajo la mirada de la Vigilante de los Sellos, ante la Llama de Tar Valon. Podéis presentar vuestras súplicas a la Sede Amyrlin.

Bien. Eso no les hizo gracia. Ni pizca. Egwene creía que antes sus semblantes estaban sombríos, pero ahora parecían haberse comido un caqui agrio. Quizás habían pensado que podrían pretender que ella no era en absoluto la Amyrlin. Ya aprenderían. Claro que antes tenía que enseñárselo a la Antecámara.

—Existen antiguos lazos entre Andor y la Torre Blanca —empezó, en voz alta y firme—. Las hermanas siempre han esperado una buena acogida en Andor o en Murandy. ¿Por qué, entonces, traer un ejército contra las Aes Sedai? Os estáis inmiscuyendo donde tronos y naciones temen intervenir. Han caído monarquías por entrometerse en asuntos de Aes Sedai.

Aquello sonaba adecuadamente amenazador, tanto si Myrelle y las demás se las habían ingeniado para prepararle el camino como si no. Con suerte, todas estarían de regreso en el campamento, sin que nadie se hubiese enterado. A menos que uno de esos nobles pronunciase el nombre equivocado. Tal cosa le haría perder ventaja con la Antecámara, pero en comparación con todo lo demás, sólo era una paja al lado de un pajar entero.

Pelivar intercambió una mirada con la mujer sentada a su lado y ésta se puso de pie. Las arrugas de su rostro no ocultaban que Arathelle había sido, de joven, una mujer bella, de delicada estructura ósea; ahora, en su cabello había abundantes hebras grises y su mirada poseía tanta dureza como la de un Guardián. Sus manos, protegidas con guantes rojos, aferraban los bordes de la capa, pero obviamente el gesto no denotaba preocupación. Prietos los labios en una fina línea, recorrió con la vista la hilera de Asentadas y sólo entonces habló, pasando por alto a Egwene, a las hermanas que se sentaban detrás. La joven apretó los dientes y adoptó una actitud atenta.

—Estamos aquí precisamente porque no queremos vernos envueltos en los asuntos de la Torre Blanca. —Su voz tenía un timbre autoritario, lo que no era de sorprender en una Cabeza Insigne de una casa poderosa. No había atisbo alguno de la deferencia que habría sido de esperar, aun tratándose de una poderosa Cabeza Insigne, en presencia de tantas hermanas, por no mencionar la Sede Amyrlin—. Si todo lo que hemos oído es cierto, entonces, en el mejor de los casos, permitiros pasar a través de Andor sin obstáculos podría interpretarse por respaldo, o incluso una alianza, a los ojos de la Torre Blanca. No presentar oposición podría ponernos en situación de entender muy bien lo que sienten las uvas en el lagar.

Varios murandianos la miraron ceñudos. Nadie en Murandy había intentado ocultar el paso de las hermanas por su territorio. Probablemente nadie había considerado las posibilidades más allá del día que pasaran a las tierras de otros. Arathelle continuó como si no lo hubiese advertido, pero Egwene dudaba mucho que fuera así.

—En el peor de los casos... Nos han llegado... informes de Aes Sedai entrando secretamente en Andor, así como soldados de la Guardia de la Torre. Sería más adecuado el término «rumores», pero proceden de muchos lugares. A ninguno de nosotros nos gustaría presenciar una batalla entre Aes Sedai en Andor.

—¡La Luz nos ampare y nos proteja! —exclamó Donel, congestionado. Paitir asintió en un gesto de ánimo mientras se deslizaba hacia el borde de su silla, y Cian parecía lista para

lanzarse al debate—. ¡Aquí tampoco quiere verla nadie! —espetó Donel—. ¡No entre Aes Sedai! ¡Hemos oído lo que ha pasado en el este, desde luego! ¡Y esas hermanas...!

Egwene respiró más tranquila cuando Arathelle lo interrumpió firmemente.

—Si hacéis el favor, lord Donel. Tendréis vuestro turno para hablar. —Se volvió hacia Egwene, o mejor dicho, hacia las Asentadas, sin esperar respuesta del hombre, dejándolo farfullando y a los otros tres murandianos mirándola ceñudos. Ella parecía muy tranquila, como si estuviera exponiendo hechos. Exponiéndolos y dando a entender que deberían verse como los veía ella—. Como estaba diciendo, ésos son nuestros peores temores, si lo que se cuenta es cierto. Y también si no lo es. Unas Aes Sedai pueden estar reuniéndose secretamente en Andor, con soldados de la Guardia de la Torre. Otras Aes Sedai, con un ejército, se disponen a entrar en Andor. Demasiado a menudo, la Torre Blanca ha dado la impresión de apuntar hacia un blanco, con el resultado de que hemos descubierto tarde que apuntaba a otro desde el principio.

»Me cuesta imaginar que incluso la Torre Blanca llegue tan lejos, pero si alguna vez hubo un blanco al que apuntar dando todas las vueltas que fuesen necesarias para no señalarlo como vuestro objetivo, es la Torre Negra. —La recorrió un ligero escalofrío, y Egwene no creyó que se debiese al frío—. Una batalla entre Aes Sedai podría acabar destruyendo el entorno en kilómetros a la redonda. *Esa* otra batalla arrasaría la mitad de Andor.

Pelivar se incorporó como impulsado por un resorte.

—Hablando lisa y llanamente, debéis ir por otro lado. —Su voz sonó sorprendentemente aguda, pero no menos firme que la de Arathelle—. Si he de morir para defender mi tierra y mi gente, mejor entonces aquí que donde también ellas podrían perecer.

Se moderó ante el gesto tranquilizador de Arathelle, y volvió a sentarse en su silla. Su dura mirada, sin embargo, denotaba que no se había aplacado. Aemlyn, una mujer metida en carnes, con un vestido de grueso paño oscuro, asintió mostrándose de acuerdo con él, al igual que su esposo.

Donel miró de hito en hito a Pelivar, como si tampoco se le hubiese ocurrido esa idea nunca, y no fue el único. Algunos de los murandianos que estaban de pie empezaron a discutir en voz alta hasta que otros los hicieron callar. A veces amenazándolos con el puño. ¿Qué habría llevado a esa gente a aunar fuerzas con los andoreños?

Egwene respiró hondo. Un capullo abriéndose al sol. No se habían dirigido a ella como la Sede Amyrlin —¡Arathelle había obviado su presencia hasta el punto de faltarle sólo apartarla de un empujón!—, si bien le había dado todo lo demás que podría haber deseado. Calma. Ahora era cuando Lelaine y Romanda estarían esperando que nombrase a una de ellas para llevar las negociaciones. Confiaba en que tuviesen un nudo en el estómago por la incertidumbre de saber cuál sería elegida. No habría negociaciones. No podía haberlas.

—Elaida es una usurpadora que ha violado la propia esencia de la Torre Blanca —empezó desapasionadamente, mirando a Arathelle y a los nobles sentados por turno—. Yo soy la Sede Amyrlin. —Le sorprendió la dignidad, la frialdad, que consiguió dar a su voz. Pero no tanto como se habría sorprendido anteriormente. La Luz la asistiera, *era* la Amyrlin—. Vamos a Tar Valon para destituir a Elaida y juzgarla, pero eso es asunto de la Torre Blanca, no vuestro, excepto en lo concerniente a saber la verdad. Esa, así llamada, Torre Negra también es de nuestra incumbencia; los hombres que encauzan siempre han sido incumbencia de la Torre Blanca. Nos ocuparemos de ellos como consideremos oportuno, cuando sea el momento propicio, pero os aseguro que ese momento aún no ha llegado. Hay asuntos más importantes a los que debe darse prioridad.

Oyó movimiento entre las Asentadas que tenía detrás: un rebullir en los bancos y el frufrú de las faldas pantalón al ser alisadas. Al menos algunas debían de estar muy alteradas. Bueno, varias habían sugerido que podía solucionarse el tema de la Torre Negra de paso. Ninguna creía que hubiese más de una docena de esos hombres, como mucho, dijesen lo que dijesen los rumores; después de todo, era imposible que *cientos* de hombres *quisieran* encauzar. Claro que la agitación también podía deberse a que hubieran comprendido que no

iba a nombrar ni a Romanda ni a Lelaine para que hablasen en su nombre.

Arathelle frunció el entrecejo, tal vez captando algo que flotaba en el aire. Pelivar se movió, a punto de volver a levantarse de la silla, y Donel se irguió, ofendido. No había más remedio que seguir adelante. Nunca había habido otra opción.

—Comprendo vuestras preocupaciones —continuó en el mismo tono formal— y voy a abordarlas. —¿Cómo era el extraño lema de la Compañía? Ah, sí: «Es hora de tirar los dados»—. Como Sede Amyrlin os garantizo esto: permaneceremos aquí, descansando, durante un mes y luego partiremos de Murandy, pero no cruzaremos la frontera de Andor. No volveremos a ser una molestia para Murandy después de eso, y no se molestará ni poco ni mucho a Andor. Estoy segura —añadió— de que los lores y las ladies murandianos accederán gustosos a abastecernos de lo que necesitamos a cambio de buena plata. Pagaremos precios justos. —No tenía sentido apaciguar a los andoreños si por otro lado los murandianos robaban los caballos y asaltaban las caravanas de suministros.

Los murandianos, mirando con incertidumbre alrededor, se encontraban claramente en un dilema. Había posibilidad de ganar dinero, y mucho, tratándose de proveer a un ejército tan grande, pero, por otro lado, ¿quién podía regatear con éxito contra la oferta que hiciese un contingente de esa magnitud? De hecho, Donel parecía a punto de vomitar, mientras Cian daba la impresión de estar sumando cifras mentalmente. Se alzaron murmullos entre los espectadores. Más que murmullos; casi lo bastante altos para que Egwene pudiese entenderlos.

Deseaba mirar atrás. El silencio entre las Asentadas resultaba atronador. Siuan miraba fijamente al frente y apuñaba la falda como para obligarse a mantener la vista en esa dirección. Al menos ella sabía lo que iba a ocurrir. Sheriam, que lo ignoraba, observaba a los andoreños y a los murandianos con aire regio, sosegado, como si hubiese esperado oír hasta la última palabra.

Egwene necesitaba que olvidaran a la muchacha que veían ante ellos, y que oyeran a una mujer que tenía las riendas del poder asidas firmemente. ¡Si no lo estaban ahora, no tardarían en estarlo! Dio entereza a su voz.

—Tened esto en cuenta. He tomado mi decisión; de vosotros depende aceptarla, o afrontar lo que sin duda acarreará vuestra negativa.

Cuando acabó de hablar, sopló una ráfaga de viento que sonó como un aullido y sacudió el baldaquín y las ropas de los presentes. Egwene se alisó sosegadamente el cabello. Algunos de los nobles tiritaron y se arrebujaron en sus capas; la joven esperó que sus temblores no se debieran exclusivamente al frío.

Arathelle intercambió una mirada con Pelivar y Aemlyn, y los tres observaron a las Asentadas antes de asentir con la cabeza. ¡Creían que ella se había limitado a pronunciar las palabras dictadas por las Asentadas! Aun así, Egwene casi soltó un suspiro de alivio.

—Será como decís —manifestó la noble de mirada dura; de nuevo, dirigiéndose a las Asentadas—. No ponemos en duda la palabra de las Aes Sedai, naturalmente, pero entenderéis que nosotros también nos quedemos. A veces, lo que uno oye no es lo que cree que ha oído. Y no es que sea así en este caso, estoy segura. Empero, nos quedaremos hasta tanto partáis.

Donel parecía estar realmente a punto de vomitar. Seguramente sus tierras se encontraban cerca. Los ejércitos andoreños estacionados en Murandy rara vez habían pagado por nada.

Egwene se puso de pie y oyó el apagado sonido de las Asentadas haciendo lo mismo a su espalda.

—Entonces, queda acordado. Todos habremos de marcharnos pronto si queremos estar en nuestros lechos antes de que haya caído la noche, pero podríamos prolongar unos minutos la reunión para conversar. Conocernos un poco mejor ahora podría evitar malentendidos más adelante. —Y ese retraso podría darle la oportunidad de llegar hasta Talmanes—. Oh, hay algo que todos deberíais saber. El libro de novicias está abierto ahora a cualquier mujer, tenga

Librodot

la edad que tenga, si demuestra que es válida. —Arathelle parpadeó. No así Siuan, aunque a Egwene le pareció oírle un ahogado gruñido. Eso no estaba planeado, pero nunca se presentaría una ocasión mejor—. Adelante, estoy segura de que todos querréis hablar con las Asentadas. Dejemos a un lado las formalidades.

Sin esperar a que Sheriam le ofreciera la mano, se bajó del cajón. Casi sintió ganas de reír. La noche anterior le atemorizaba la idea de no alcanzar jamás su objetivo, pero ya se encontraba a mitad de camino, o casi, y no había resultado tan difícil como había temido. Claro que todavía quedaba la otra mitad.

Librodot

CAPÍTULO 4

Una llamada peculiar

Durante un momento, después de que Egwene bajó del cajón, nadie se movió. Y entonces andoreños y murandianos se encaminaron hacia las Asentadas, todos a la vez. Por lo visto, una Amyrlin adolescente —una muchacha que era una marioneta, una figura decorativa— no albergaba el menor interés, sobre todo teniendo delante de ellos rostros intemporales que al menos les aseguraban que hablaban realmente con Aes Sedai. Dos o tres nobles se apiñaron alrededor de cada Asentada, algunos adelantando la barbilla en actitud exigente, otros inclinando la cabeza con deferencia, pero todos insistiendo en ser escuchados. La cortante brisa se llevaba el vaho de sus respiraciones y agitaba las capas sueltas, olvidadas por la importancia de plantear sus preguntas. Sheriam se encontró igualmente abordada por el congestionado lord Donel, que se engallaba y hacía reverencias alternativamente.

Egwene agarró a la Guardiana y la apartó del lord.

—Entérate discretamente de todo lo que puedas sobre esas hermanas y los soldados de la Guardia de la Torre que han entrado supuestamente en Andor —le susurró deprisa.

Tan pronto como le soltó el brazo, Donel la reclamó. De hecho, Sheriam pareció resentida, pero su ceño desapareció rápidamente. Donel parpadeó, inquieto, cuando la mujer empezó a hacerle preguntas a él, en lugar de a la inversa.

Romanda y Lelaine miraban a Egwene a través de la multitud; sus semblantes parecían tallados en hielo, pero cada una de ellas tenía un par de nobles que querían... algo. Confirmación de que en las palabras de Egwene no había un ardid oculto, tal vez. Cómo detestarían tener que hacer algo así, pero por esquivas y elusivas que estuvieran —¡y lo estarían!— no había realmente forma de evitar esa confirmación sin repudiarla en el acto. Ni siquiera esas dos llegarían tan lejos. No allí, no públicamente.

Siuan se acercó a Egwene, con expresión sumisa, pero sin dejar de lanzar rápidas ojeadas, quizá para ver si Romanda o Lelaine iban por ellas, sin importar ley, costumbre, corrección y quién había delante.

—Shein Chunla —siseó casi en un susurro.

Egwene asintió, pero sus ojos buscaron a Talmanes. La mayoría de los presentes, hombres y mujeres, eran lo bastante altos para taparlo, y estando todo el mundo moviéndose de un lado para otro... Se puso de puntillas. ¿Dónde se habría metido?

Segan se plantó delante de ella, en jarras, mirando dubitativamente a Siuan. Egwene plantó los talones en el suelo bruscamente. La Amyrlin no podía brincar arriba y abajo como una muchachita en un baile buscando a un chico. Un capullo de rosa abriéndose al sol. Calma. Serenidad. ¡Malditos fueran todos los hombres!

La noble murandiana, una mujer esbelta, con el cabello oscuro y largo, parecía haber nacido con aquel gesto irascible, los gruesos labios apretados en un mohín. Su vestido era de buena lana azul y pensado para abrigar, pero llevaba demasiado bordado verde intenso en la pechera, y sus guantes eran lo bastante chillones para pertenecer a un gitano. Miró a Egwene de arriba abajo, con los labios fruncidos y una expresión tan incrédula como la que había dirigido a Siuan.

—Vuestro comentario con respecto al libro de novicias —inquirió bruscamente—, ¿os referíais a cualquier mujer de cualquier edad? ¿Quiere eso decir que cualquiera puede ser Aes

Sedai?

Una pregunta que llegaba de cerca al corazón de Egwene, y una respuesta que deseaba ardientemente dar —junto con un bofetón por la duda implícita—, pero justo en ese momento se abrió una brecha entre la multitud que iba y venía y localizó a Talmanes, cerca de la parte trasera del pabellón. ¡Y hablaba con Pelivar! La actitud de ambos era tensa, como mastines no del todo dispuestos a enseñar los dientes, pero muy atentos para asegurarse de que nadie se acercaba lo bastante para oír lo que decían.

—Cualquier mujer de cualquier edad, hija —respondió absorta. ¿Pelivar?

—Gracias —dijo Segan, y añadió titubeando—, madre.

Hizo un amago de cortesía, un mínimo indicio, antes de alejarse presurosa. Egwene la siguió con la mirada. Bueno, era un comienzo. Siuan resopló.

—No me importa navegar por los Dedos del Dragón de noche si hay que hacerlo —rezongó entre dientes—. Hablamos de eso; sopesamos los peligros y, de todos modos, no parece que haya siquiera la elección de la última cena de la gaviota. Sin embargo, teníais que prender fuego en cubierta para animar más las cosas. No os bastaba con echar las redes a unas escorpinas. También teníais que meteros por el escote un espinosillo. No os contentáis con intentar nadar entre un banco de barracudas...

—Siuan —la interrumpió Egwene—, creo que debería contarle a lord Bryne que estás perdidamente enamorada de él. Es justo que él lo sepa ¿no te parece? —Los azules ojos de Siuan se desorbitaron, y su boca se abrió y se cerró, pero el único sonido que emitió fue una especie de gluglú. Egwene le dio palmaditas en el hombro—. Eres Aes Sedai, Siuan. Trata de mantener al menos un poco de dignidad. E intenta sonsacar algo sobre esas hermanas en Andor.

La multitud volvió a separarse. Egwene vio a Talmanes en un sitio distinto, pero todavía al borde del pabellón. Y ahora, solo.

Procurando no apretar el paso, caminó en su dirección, dejando a Siuan haciendo ruidos atragantados. Un sirviente guapo, de cabello negro, cuyos pantalones de grueso paño no ocultaban del todo las bien formadas pantorrillas, ofreció a Siuan una copa de plata humeante de una bandeja. Otros criados iban de un lado para otro con más bandejas plateadas. Aunque con retraso, se les ofrecía un refrigerio. Demasiado tarde ya, sin embargo, para el beso de paz. No oyó lo que Siuan dijo al coger bruscamente la copa, pero por el respingo que dio el joven criado y el modo en que empezó a hacerle reverencias, recibió al menos una muestra del mal humor de Siuan. Egwene suspiró.

Talmanes estaba cruzado de brazos, observando los tejemanejes con una sonrisa divertida que no se reflejaba en sus ojos. Parecía listo para entrar súbitamente en acción, pero su mirada reflejaba cansancio. Al verla aproximarse, hizo una respetuosa reverencia.

—Habéis cambiado la frontera hoy —dijo, con un dejo agrio en la voz. Cerró más su capa para resguardarse del cortante aire—. Siempre ha sido... inestable entre Andor y Murandy, independientemente de lo que señalen los mapas, pero Andor nunca se había desplazado al sur con una fuerza tan numerosa. Salvo en la Guerra de Aiel y en la Guerra de los Capas Blancas, en cualquier caso, pero entonces sólo iban de paso. Una vez que hayan estado aquí un mes, habrá mapas nuevos que señalarán una nueva línea. Fijaos en los murandianos; andan a la rebatiña para hablar con Pelivar y sus compañeros, adulándolos tanto como a las hermanas. Esperan hacer nuevos amigos para el nuevo día.

A Egwene, que procuraba disimular cuidadosamente que observaba a quienes podrían estar observándola a su vez, le pareció que todos los nobles, murandianos y andoreños, estaban volcados en las Asentadas, arremolinándose en torno a ellas. En cualquier caso, tenía en mente cosas ligeramente más importantes que las fronteras. Para ella al menos, ya que no para los nobles. Excepto durante breves segundos, a las Asentadas no se les veía más que la parte superior de la cabeza. Sólo Halima y Siuan parecían pendientes de ella, y un parloteo semejante al de una bandada de excitados gansos llenaba el aire. Bajó la voz y eligió las palabras cuidadosamente.

—Los amigos son siempre importantes, Talmanes. Habéis sido un buen amigo para Mat, y creo que también para mí. Confío en que eso no haya cambiado. Y espero que no hayáis dicho a nadie lo que no debíais. —Luz, estaba preocupada, o no habría sido tan directa. ¡Sólo le faltaba ir directamente al grano y preguntarle de qué habían hablado Pelivar y él!

Afortunadamente, Talmanes no se rió de ella por hablar con la franqueza de una provinciana. Aunque eso no quería decir que no lo pensara. La observó seriamente antes de hablar, en voz queda. También sabía ser cauto.

—No todos los hombres chismorrean. Decidme, ¿cuando enviasteis a Mat al sur sabíais lo que harías hoy aquí?

—¿Cómo iba a saberlo hace dos meses? No, las Aes Sedai no somos omniscientes, Talmanes. —Había esperado algo que la pusiera donde estaba, había hecho planes para que ocurriera, pero no lo había sabido tan al principio. También había confiado en que él no se fuese de la lengua. Algunos hombres no lo hacían.

Romanda echó a andar en su dirección con zancadas firmes y el semblante gélido, pero Arathelle la interceptó, agarrando a la Asentada Amarilla por el brazo y rehusando ser relegada, para estupefacción de Romanda.

—¿Me diréis al menos dónde se encuentra Mat? —preguntó Talmanes—. ¿De camino a Caemlyn, con la heredera del trono? ¿Por qué os sorprendéis? Una criada hablará con un soldado mientras cogen agua en el mismo arroyo. Incluso si ese hombre es un horrible Juramentado del Dragón —añadió secamente.

¡Luz! Los hombres eran realmente... inoportunos en ocasiones. Hasta los mejores hallaban el modo de decir justo lo más inadecuado o hacer la pregunta más inconveniente en el peor momento. Por no mencionar el engatusar criadas para que parlotearan más de la cuenta. Resultaría mucho más fácil si pudiesen mentir, simplemente, pero él le había dejado holgura suficiente para moverse en el ámbito de los Juramentos sin tener que quebrantar los límites. Bastaría la mitad de la verdad e impedir que saliese corriendo para Ebou Dar. Quizá menos incluso que la mitad.

En la esquina opuesta del pabellón, Siuan conversaba con un joven pelirrojo, alto, con las puntas del bigote retorcidas, que la observaba tan dubitativamente como había hecho antes Segan. Por lo general, los nobles conocían el aspecto de las Aes Sedai. Sin embargo, Siuan no tenía puesta en él toda su atención; sus ojos se desviaban una y otra vez hacia Egwene. Parecían gritarle, alto y claro como la voz de la conciencia. Lo más fácil. Lo conveniente. Lo que significaba ser Aes Sedai. ¡Lo de hoy no lo había sabido de antemano, sólo había esperado que ocurriera! Egwene soltó el aire con exasperación. ¡Maldita mujer!

—Lo último que supe es que seguía en Ebou Dar —murmuró—. Pero a estas alturas debería estar dirigiéndose hacia el norte a toda velocidad. Todavía cree que debe salvarme, Talmanes, y Matrim Cauthon no es de los que pierden la ocasión de estar ahí para decir «te lo advertí».

Talmanes no pareció sorprendido en absoluto.

—Es lo que imaginaba —comentó—. He... sentido algo, desde hace semanas. También les ocurre a otros de la Compañía. No es una sensación de urgencia, pero siempre está presente. Como si me necesitara. Como si debiera volverme y mirar hacia el sur, en cualquier caso. Seguir a un *ta'veren* puede resultar peculiar.

—Supongo que sí —convino Egwene, esperando que no se notase su incredulidad. Ya era bastante extraño pensar en el gandul Mat como el cabecilla de la Compañía de la Mano Roja, cuanto menos como *ta'veren*, pero en cualquier caso un *ta'veren* tenía que estar presente, o cerca al menos, para que su influencia surtiera efecto.

—Mat se equivocaba al creer que podríais necesitar ser rescatada. Jamás tuvisteis intención de acudir a pedirme ayuda, ¿verdad?

Todavía hablaba en voz baja, pero aun así Egwene echó una rápida ojeada en derredor. Siuan seguía observándolos. Y también Halima. Paitir estaba demasiado cerca de la mujer,

Librodot

pavoneándose y sacando pecho y atusándose el bigote —por el modo en que clavaba la vista en su corpiño, no la había confundido con una hermana, ¡eso seguro!— pero Halima apenas le prestaba atención, y lanzaba miradas de reojo hacia Egwene al tiempo que sonreía al hombre. Todos los demás parecían ocupados y no había nadie lo bastante cerca para oírlos.

—Sería impropio de la Sede Amyrlin acudir corriendo en busca de amparo, ¿verdad? Sin embargo, ha habido veces en que ha sido reconfortante saber que estabais ahí —admitió. De mala gana. No era de suponer que la Amyrlin necesitase un refugio, pero mientras las Asentadas no lo supieran, admitirlo no perjudicaría a nadie—. Realmente habéis sido un amigo, Talmanes, y espero que continuéis siéndolo. Lo digo de corazón.

—Habéis sido más... franca conmigo de lo que esperaba —dijo lentamente Talmanes—, así que os contaré algo. —Su gesto no varió; para cualquier observador debía de parecer que sostenía una conversación intrascendente, pero aun así bajó más el tono de voz—. He recibido propuestas del rey Roedran con respecto a la Compañía. Al parecer, alberga esperanzas de ser el primer monarca verdadero de Murandy. Quiere contratarnos. En otras circunstancias no lo habría tenido en cuenta, pero nunca hay dinero suficiente, y con esta... *sensación* de que Mat nos necesita... Quizá lo mejor sería quedarnos en Murandy. Tan claro como la luz del día, vos estáis donde queréis estar y lo tenéis todo controlado.

Guardó silencio cuando una joven criada hizo una reverencia para ofrecerles ponche caliente. La chica llevaba un vestido de paño verde, finamente bordado, y una capa forrada con piel de conejo. Otros sirvientes del campamento también estaban ayudando, sin duda para hacer algo más que seguir plantados y tiritando. La muchacha tenía la cara contraída por el frío.

Talmanes rechazó la bebida con un ademán y volvió a ajustarse la capa, pero Egwene cogió una copa de plata a fin de ganar tiempo para pensar. En realidad ya no necesitaba a la Compañía. A pesar de sus rezongos, ahora las hermanas aceptaban su presencia como algo normal y corriente, aunque fuesen Juramentados del Dragón; ya no temían un ataque, y no había sido realmente necesario de usar la presencia de la Compañía para azuzarlas a seguir adelante una vez que partieron de Salidar. Para lo único que servía en verdad *Shen an Calhar* era para atraer reclutas al ejército de Bryne, hombres que creían que la presencia de dos ejércitos significaba una batalla y querían encontrarse de parte del más numeroso. No los necesitaba, pero Talmanes había actuado como un amigo. Y ella era la Amyrlin. A veces, la amistad y el deber iban en la misma dirección.

Cuando la joven criada se hubo alejado, Egwene puso la mano sobre el brazo de Talmanes.

—No lo hagáis. Ni siquiera la Compañía puede conquistar Murandy por sí sola, y tendréis a todos en contra. Sabéis muy bien que lo único que une a los murandianos es tener extranjeros en su suelo. Seguidnos a Tar Valon, Talmanes. Mat irá allí; de eso no me cabe duda. —Mat no creería que era la Amyrlin hasta verla con la estola en la Torre Blanca.

—Roedran no es estúpido —contestó sosegadamente—. Sólo quiere que nos quedemos y esperemos. Un ejército extranjero, sin Aes Sedai, y sin que nadie sepa qué se propone. No le resultaría muy difícil unir a los nobles contra nosotros. Entonces, según él, la Compañía cruzaría la frontera sin armar jaleo. Cree que puede controlarlos después.

—¿Y qué le impide traicionaros? —Egwene no pudo evitar cierta vehemencia en su voz —. Si la amenaza desaparece sin un combate, su sueño de unificar Murandy también podría desvanecerse. —¡El muy necio parecía *divertido*!

—Tampoco yo soy estúpido. Roedran no podrá estar preparado antes de la primavera. Esos que han acudido a la reunión no habrían salido de sus casas solariegas si los andoreños no hubiesen viajado hacia el sur, y se pusieron en marcha cuando aún no habían empezado las nevadas. Antes de que llegue ese momento, Mat nos encontrará. Si viene hacia el norte, entonces tiene que saber dónde nos encontramos. Roedran habrá de conformarse con lo que haya conseguido para entonces. Así que, si Mat tiene intención de viajar a Tar Valon, quizá vuelva a veros allí.

Librodot

Egwene hizo un ruido de irritación. Era un buen plan, del tipo que Siuan discurriría, y, en su opinión, la clase de maniobra que Roedran Almaric do Arreloa a'Naloy difícilmente sería capaz de llevar a cabo. De él se decía que era tan disoluto que hacía que Mat pareciese pudoroso. Claro que tampoco habría creído capaz a Roedran de fraguar un plan así. Lo único indudable era que Talmanes había tomado una decisión.

—Quiero que me prometáis que no dejaréis que Roedran os arrastre a una guerra, Talmanes. —Responsabilidad. La estrecha estola que le rodeaba el cuello parecía pesar diez veces más que su capa—. Si actúa antes de lo que pensáis, os marcharéis tanto si Mat se ha reunido con vosotros como si no.

—Ojalá pudiera prometéroslo, pero es imposible —protestó—. Como mucho, espero la primera incursión contra mis suministros tres días después de que empiece a alejarme del ejército de Bryne. Cualquier noblecillo de tres al cuarto pensará que puede escamotear unos pocos caballos al amparo de la noche, ocasionarme un pequeño inconveniente y salir corriendo a esconderse.

—No me refiero a defenderos y lo sabéis bien —dijo firmemente—. Dad vuestra palabra, Talmanes, o no permitiré vuestro acuerdo con Roedran. —El único modo de impedirlo era traicionando el secreto que le había confiado, pero no estaba dispuesta a dejar una guerra tras de sí, un conflicto iniciado por ella al llevar allí a Talmanes.

Él la miró como si la viese por primera vez y finalmente inclinó la cabeza. Cosa extraña, aquel gesto pareció más formal que su reverencia anterior.

—Como ordenéis, madre. Decidme, ¿estáis segura de que no sois también *ta'veren*?

—Soy la Sede Amyrlin —contestó—. Eso es más que suficiente y de sobra para una sola persona. —Volvió a tocarle el brazo—. Que la Luz os acompañe, Talmanes.

La sonrisa del hombre casi se reflejó en sus ojos en esta ocasión. Inevitablemente, a pesar de haber hablado en susurros, su conversación no había pasado inadvertida. O quizá fuera por los susurros. La muchacha que afirmaba ser Amyrlin, una rebelde contra la Torre Blanca, conversando con el cabecilla de diez mil Juramentados del Dragón. ¿Habría hecho más difícil o más fácil el plan de Talmanes y Roedran? ¿La posibilidad de una guerra en Murandy era mayor o menor ahora? ¡Siuan y su maldita Ley de consecuencias no pretendidas! Mientras caminaba entre la muchedumbre, calentándose los dedos con la copa de ponche, cincuenta pares de ojos la siguieron para después apartarse rápidamente. Bueno, casi todos. Los semblantes de las Asentadas eran la serenidad intemporal Aes Sedai personificada, pero Lelaine le recordaba un cuervo de ojos castaños acechando a un pez atrapado en un bajío, en tanto que los ojos de Romanda, un poco más oscuros, habrían podido taladrar una plancha de hierro.

Procurando no perder de vista el sol, recorrió lentamente la zona protegida bajo el pabellón. Los nobles seguían importunando a las Asentadas, pero iban de una a otra como si buscasen respuestas mejores, y Egwene empezó a reparar en pequeños detalles. Donel hizo un alto en su camino de Janya a Moria para saludar con una inclinación de cabeza a Aemlyn, quien respondió con un elegante cabeceo. Cian, que se alejaba de Takima, hizo una profunda reverencia a Pelivar y recibió una ligera inclinación de cabeza a cambio. Y había más, además de ellos; siempre un murandiano mostrando deferencia a un andoreño, que respondía con igual formalidad. Los andoreños procuraban hacer caso omiso de Bryne, excepto para asestarle alguna que otra mirada ceñuda, pero varios murandianos lo buscaron, de uno en uno y muy aparte de todo el mundo, y a juzgar por la dirección de sus miradas, resultaba obvio que hablaban de Pelivar o Arathelle o Aemlyn. A lo mejor Talmanes tenía razón.

También recibió inclinaciones de cabeza y reverencias, aunque ninguna tan pronunciada como las dedicadas a Arathelle, Pelivar y Aemlyn, y mucho menos que las dirigidas a las Asentadas. Media docena de mujeres le dijeron lo agradecidas que estaban de que las cosas se hubiesen resuelto pacíficamente, aunque, a decir verdad, casi otras tantas respondieron con ruidos evasivos que no las comprometían a nada o se encogieron de hombros, inquietas, cuando ella expresó el mismo sentimiento, como si no estuviesen seguras

Librodot

de que todo fuese a acabar tan pacíficamente. Sus reiteradas garantías de que ocurriría así, fueron recibidas con un ferviente «¡La Luz os oiga!» o un resignado «Si la Luz quiere». Cuatro la llamaron «madre», una de ellas sin vacilar. Otras tres le dijeron que era encantadora, que tenía unos ojos preciosos y que tenía donaire. En ese orden; cumplidos adecuados quizá para su edad, pero no para su condición.

Al menos recibió una satisfacción realmente placentera. Segan no era la única a la que había intrigado su anuncio sobre el libro de novicias. Resultaba evidente que ése era el motivo de que la mayoría de las mujeres se decidiesen a hablarle, para empezar. A la postre, las otras hermanas se habrían revelado contra la Torre, pero ella afirmaba ser la Sede Amyrlin. Su interés tenía que ser profundo para que superasen tal cosa, si bien ninguna dejó que se notara. Arathelle hizo la pregunta con un ceño que marcó más arrugas en su rostro. Aemlyn sacudió la canosa cabeza cuando le respondió. La fornida Cian también preguntó, y la siguió una murandiana de grandes ojos, llamada Jennet, y otras. Ninguna lo preguntaba para sí misma —algunas aclararon eso rápidamente, en especial las más jóvenes— pero enseguida hasta la última noble presente había preguntado, así como varias sirvientas, aprovechando la excusa de ofrecerle más ponche. Una de ellas, una mujer enjuta llamada Nildra, había llegado desde el campamento de las Aes Sedai.

Egwene se sentía muy complacida con la semilla que había plantado allí. No lo estaba tanto con los hombres. Unos pocos le hablaron, pero sólo cuando se encontraron frente a frente con ella, dando la impresión de que no les quedaba otro remedio. Unas palabras intrascendentes sobre el tiempo, ya fuera celebrando el final de la sequía o lamentando las repentinas nevadas, una musitada esperanza de que el problema de los bandidos llegara pronto a su fin, quizá con una mirada significativa a Talmanes, y luego se escurrían como cerdos engrasados. Un andoreño, grande como un oso, llamado Macharan, tropezó con sus propios pies para evitarla. En cierto modo, no era de sorprender. Las mujeres tenían una justificación, aunque sólo fuese ante sí mismas, con lo del libro de novicias, pero los hombres sólo tenían la idea de que ser vistos conversando con ella podría cortarlos por el mismo patrón.

Resultaba realmente desalentador. No le importaba lo que los hombres pensaran sobre las novicias, pero deseaba muchísimo saber si ellos temían tanto como las mujeres que aquello acabara desembocando en un conflicto armado. Ese tipo de temores podía acabar haciéndose realidad por sí mismos con gran facilidad. Finalmente, decidió que sólo había un modo de averiguarlo.

Pelivar se giró tras coger otra copa de vino de una bandeja y reculó bruscamente, a la par que soltaba una maldición ahogada, para no tropezar con ella; si Egwene hubiese estado un palmo más cerca, le habría pisado las botas. El vino caliente salpicó su mano enguantada y resbaló por debajo de la bocamanga de la chaqueta, provocando otra maldición no tan ahogada. Más alto que Egwene, lo bastante para resultar imponente, sacó buen partido de ello. Su ceño era el de un hombre que desea apartar sin contemplaciones a una jovencita molesta. O un hombre que casi ha pisado una víbora roja. Egwene se mantuvo erguida y se lo imaginó como un chiquillo que no servía para nada; eso siempre ayudaba; la mayoría de los hombres parecían percibirlo. Él volvió a murmurar algo —podría haber sido un amable saludo u otra maldición— e hizo una leve inclinación de cabeza, tras lo cual trató de pasar por un lado. Egwene se desplazó en la misma dirección para cerrarle el paso. Él retrocedió y la joven lo siguió. La expresión del hombre empezó a tornarse acosada. Egwene decidió tranquilizarlo antes de plantearle la pregunta que le interesaba. Quería respuestas, no más balbuceos mascullados entre dientes.

—La noticia de que la heredera del trono está de camino a Caemlyn debe de haberos complacido, lord Pelivar. —Había oído mencionar ese punto a varias Asentadas.

El semblante del noble se tornó inexpresivo.

—Elayne Trakand tiene derecho a presentar su reivindicación al Trono del León —contestó con tono impasible.

Egwene abrió los ojos con sorpresa, y el hombre volvió a retroceder con inseguridad. Quizá pensaba que se había enfadado por no dirigirse a ella por su título, pero la joven apenas reparó en el detalle. Pelivar había apoyado a la madre de Elayne en su reclamación al trono, y Elayne se había mostrado convencida de que también la respaldaría a ella. Hablaba con afecto de Pelivar, como si fuese un tío favorito.

—Madre —musitó Siuan a su lado—, debemos marcharnos si queréis que lleguemos al campamento antes del ocaso. —Se las ingenió para dar un timbre de urgencia a sus quedas palabras. El sol había sobrepasado el cenit.

—Este tiempo no es para encontrarse a la intemperie al caer la noche —se apresuró a decir Pelivar—. Si me excusáis, debo prepararme para partir. —Apoyó la copa sobre la bandeja que llevaba un criado y vaciló antes de hacer una ligerísima reverencia, tras lo cual se alejó con el aire de un hombre que se ha escabullido de una trampa.

Egwene se sentía tan frustrada que le rechinaron los dientes. ¿Qué pensaban los hombres del acuerdo? Si es que podía llamarlo así, considerando que los había obligado a aceptarlo. Arathelle y Aemlyn tenían más poder que la mayoría de sus compañeros varones; sin embargo, eran Pelivar, Culhan y otros semejantes a ellos quienes dirigían soldados; podían hacer que esto les estallara en la cara como un barril de aceite de lámparas.

—Encuentra a Sheriam —gruñó— y dile que consiga que todo el mundo suba a las monturas *ya*, ¡no importa lo que tenga que hacer!

No les daría a las Asentadas una noche para reflexionar sobre lo ocurrido ese día, ni para hacer planes ni para maquinar.

Librodot

CAPÍTULO 5

La ley

Lograr que las Asentadas subieran a sus monturas no costó trabajo alguno; estaban tan deseosas de marcharse como Egwene, en especial Romanda y Lelaine, ambas más frías que el viento y con una expresión borrascosa en los ojos. Las demás eran la viva imagen de la impasible serenidad Aes Sedai, irradiando compostura como un intenso perfume, si bien se dirigieron hacia sus caballos tan prestamente que dejaron boquiabiertos a los nobles, y los criados tuvieron que cargar los albardones a toda prisa para no quedarse atrás.

Egwene puso a *Daishar* a paso rápido por la nieve, y sin más indicaciones que una mirada y un breve cabeceo por su parte, lord Bryne se aseguró de que la escolta avanzara igualmente deprisa. Siuan azuzó a *Bela* y Sheriam a *Alada* para alcanzarla. Atravesaron largos tramos, en los que las patas de los animales se hundían hasta los menudillos, casi al trote, con el estandarte de la Llama de Tar Valon flameando en el frío aire, e incluso cuando se hizo necesario aflojar la marcha porque los caballos se hundían hasta las rodillas sobre la nieve encostrada, lo hicieron a buen paso.

Las Asentadas no tuvieron más opción que mantener el ritmo, y la velocidad no les dio oportunidad de hablar en el camino. A aquel paso vivo, la falta de atención a la montura podía acabar con una pata rota para el animal y el cuello roto para su amazona. Aun así, Romanda y Lelaine se las arreglaron para reunir en torno a sí a sus partidarias, y los dos grupos avanzaron por la nieve rodeados de salvaguardias contra oídos indiscretos. Ambas parecían estar soltando invectivas. Egwene imaginó el motivo. En realidad, varias Asentadas se las ingeniaron para cabalgar juntas durante un rato, intercambiando unas palabras quedas y lanzando miradas frías a veces a ella y a veces a las hermanas aisladas tras una barrera de *Saidar.* Únicamente Delana no se sumó a aquellas breves conversaciones. Permaneció junto a Halima, quien por fin admitía que tenía frío. La mujer de campo, con el rostro tirante, se ceñía prietamente la capa, aunque seguía intentando confortar a Delana, susurrándole cosas al oído casi continuamente. Delana parecía necesitar que la reconfortaran; llevaba fruncido el entrecejo, de manera que se le marcaba una arruga en la frente, lo cual la hacía parecer mayor.

No era la única que estaba preocupada. Las demás lo ocultaban inflexiblemente, irradiando un aplomo absoluto, pero sus Guardianes cabalgaban como si esperasen lo peor a cada paso, con los ojos escudriñando en derredor en constante vigilancia, dejando ondear al viento las cambiantes capas a fin de tener libres las manos. Cuando una Aes Sedai se preocupaba, también lo hacía su Guardián, y las Asentadas estaban demasiado absortas para pensar en tranquilizar a sus Gaidin. A Egwene le alegró verlo; si las Asentadas estaban preocupadas, entonces todavía no habían formado un juicio definitivo.

Cuando Bryne se alejó para conferenciar con Ino, Egwene aprovechó la oportunidad para preguntar qué habían descubierto las dos mujeres sobre las Aes Sedai y los soldados de la Guardia de la Torre que supuestamente estaban en Andor.

—No mucho —contestó Siuan en voz tensa. La peluda *Bela* no parecía tener dificultad en mantener el paso, pero sí su amazona, que aferraba las riendas prietamente con una mano, mientras con la otra se agarraba a la perilla de la silla—. La única conclusión es que existen cincuenta rumores distintos y ningún hecho probado. Es la clase de historia que surge de no

se sabe dónde, pero aun así podría ser cierta. —*Bela* se tambaleó al hundirse profundamente las patas delanteras, y Siuan dio un respingo—. ¡La Luz se lleve a todos los caballos!

Tampoco Sheriam se había enterado de mucho. La mujer sacudió la cabeza y suspiró con irritación.

—A mí me parecen paparruchas y disparates, madre. Siempre hay rumores sobre hermanas que van y vienen a hurtadillas por cualquier parte. ¿Es que nunca aprendiste a montar, Siuan? —añadió, su voz rezumando mofa de repente—. ¡A la noche estarás demasiado dolorida para caminar!

Sheriam debía de tener los nervios de punta o de otro modo no habría saltado de ese modo. A juzgar por la forma en que rebullía sobre la silla, ya se encontraba en el estado que había predicho para Siuan. Los ojos de ésta adquirieron una expresión dura, y la mujer abrió la boca para replicar de mala manera, sin importarle quién estuviese observándolas desde atrás.

—¡Callaos las dos! —espetó Egwene. Respiró hondo para calmarse. También ella estaba algo tensa. Creyera lo que creyera Arathelle, cualquier fuerza que Elaida enviase para interceptarlas sería demasiado numerosa como para moverse subrepticiamente. Eso dejaba sólo a la Torre Negra como posible objetivo, un desastre en potencia. Se llegaba más lejos desplumando el pollo que se tenía delante que intentando empezar con uno encaramado a un árbol. Especialmente si ese árbol estaba en otro país y cabía la posibilidad de que no hubiese otro pollo.

No obstante, moderó sus palabras al darle instrucciones a Sheriam para cuando hubiesen llegado al campamento. Era la Sede Amyrlin, y eso significaba que era responsable de *todas* las Aes Sedai, incluso las que seguían a Elaida. No obstante, su voz sonó firme como una roca. Cuando se había agarrado al lobo por las orejas, ya era demasiado tarde para asustarse. Los ojos rasgados de Sheriam se abrieron como platos al oír las órdenes.

—Madre, ¿puedo preguntaros por qué...? —Enmudeció bajo la inflexible mirada de Egwene, y tragó saliva—. Se hará como decís, madre —musitó lentamente—. Qué extraño. Recuerdo el día que vos y Nynaeve llegasteis a la Torre, dos muchachitas que no sabían si brincar de alegría o encogerse de miedo. Cuántas cosas han cambiado desde entonces. Todo.

—Nada es inmutable —contestó Egwene, al tiempo que dirigía una mirada significativa a Siuan, la cual rehusó darse por enterada.

Parecía enfurruñada, como si estuviese rumiando algo. Sheriam tenía mala cara. Lord Bryne regresó entonces, y debió de percibir el ambiente cargado. Aparte de comentar que avanzaban muy deprisa, no dijo esta boca es mía. Un hombre listo.

A pesar de haber ido a buen ritmo, el sol empezaba a meterse tras las copas de los árboles cuando finalmente pasaron a través del extenso campamento del ejército. Carretas y tiendas proyectaban largas sombras sobre la nieve, y no pocos hombres trabajaban afanosos en la construcción de más cobijos con ramas y arbustos. No había, ni con mucho, suficientes tiendas ni siquiera para los soldados, y el campamento albergaba un número casi igual de guarnicioneros, lavanderas, flecheros y demás, todos aquellos que inevitablemente acompañaban a un ejército. El martilleo sobre los yunques hablaba de herradores, armeros y ferreros todavía en plena faena. Las lumbres ardían por doquier, y los soldados de caballería se despojaban de las armaduras, ansiosos de sentarse junto al fuego y de comer algo caliente, tan pronto como se atendía a sus agotadas monturas. Sorprendentemente, Bryne siguió a caballo junto a Egwene después de que ésta le diera permiso para retirarse.

—Si me lo permitís, madre, querría acompañaros un poco más —argumentó.

Sheriam se giró en la silla para mirarlo estupefacta. También Siuan miraba fijamente al frente, como si no se atreviese a volver hacia él sus ojos repentinamente abiertos de par en par.

¿Qué creía que podía hacer él? ¿Actuar como su guardia personal? ¿Contra las *hermanas*? El chico de la nariz acatarrada serviría igual. ¿Poner de manifiesto hasta qué punto estaba de su parte? Mañana habría tiempo de sobra para ello, si todo iba bien esa noche; tal

Librodot

revelación ahora podría provocar que la Antecámara se precipitase en direcciones que ni siquiera se atrevía a imaginar.

—Esta noche es una noche indicada para los asuntos de Aes Sedai —dijo firmemente. Sin embargo, por estúpida que fuera la sugerencia, él se había ofrecido a ponerse a sí mismo en peligro por ella. Imposible adivinar sus razones, pues ¿quién sabía por qué hacía *cualquier cosa* un hombre?, pero aun así estaba en deuda con él. Y no sólo por eso—. A menos que os envíe a Siuan esta noche, lord Bryne, deberéis marcharos antes de que amanezca. Si la culpabilidad de los sucesos de hoy se me atribuye a mí, podría repercutir también en vos. Quedarse resultaría demasiado peligroso. Incluso fatal. No creo que les haga falta una excusa. —No era necesario decir a quiénes se refería.

—Di mi palabra —repuso tranquilamente mientras palmeaba a *Viajero* en el cuello—. Hasta Tar Valon. —Hizo una pausa y miró a Siuan. Más que una vacilación fue un momento de consideración—. Sean cuales fueren los asuntos de esta noche —dijo finalmente—, recordad que tenéis treinta mil hombres y a Gareth Bryne respaldándoos. Eso debería tener cierto peso, incluso entre Aes Sedai. Hasta mañana, madre. —Hizo volver grupas a su bayo y añadió mirando hacia atrás—. También espero veros a vos mañana, Siuan. *Nada* cambia eso.

Siuan lo miró mientras se alejaba. En sus ojos había angustia. Egwene no pudo menos de seguirlo también con la vista. Nunca había dejado tan claro su postura, ni de lejos. ¿Por qué ahora, precisamente?

Tras cruzar los cuarenta o cincuenta pasos que separaban el campamento del ejército del de las Aes Sedai, hizo un gesto con la cabeza a Sheriam, que tiró de las riendas al llegar a las primeras tiendas. Siuan y ella siguieron adelante. Detrás se alzó la voz de la Guardiana, sorprendentemente clara y firme:

—La Sede Amyrlin convoca a la Antecámara hoy en sesión oficial. Que se hagan los preparativos a la mayor rapidez.

Egwene no miró atrás. En su tienda, una caballeriza huesuda se acercó corriendo para ocuparse de *Daishar* y *Bela.* La mujer estaba aterida, y apenas inclinó la cabeza antes de alejarse con los caballos tan rápidamente como había acudido. El calor de los ardientes braseros en el interior fue como una bofetada. Hasta ese momento Egwene no se había dado cuenta realmente del frío que hacía fuera. O de lo aterida que estaba ella misma. Chesa le cogió la capa, y al tocarle las manos exclamó:

—¡Luz, estáis helada, madre! —Sin dejar de parlotear, se afanó de aquí para allí doblando la capa de Egwene y la de Siuan, alisando las ropas ya abiertas del catre de la joven, tocando una bandeja colocada sobre uno de los baúles que se habían apartado de la pila—. Yo me metería de cabeza en la cama, rodeada de ladrillos calientes, si estuviese tan aterida. Tan pronto como hubiese comido algo, claro. Calentarse por fuera sin hacerlo por dentro no sirve de mucho. Iré a traer más ladrillos para ponéroslos bajo los pies mientras cenáis. Y también para Siuan Sedai, desde luego. Oh, si tuviese tanta hambre como debéis de tener vos, sé que sentiría la tentación de tragarme la comida, pero eso siempre me da dolor de estómago. —Se detuvo junto a la bandeja, miró a Egwene, y asintió satisfecha cuando la joven dijo que no comería demasiado deprisa.

Responder seriamente no le resultó empresa fácil. Chesa siempre era reconfortante, pero después de una jornada como la de ese día Egwene casi no podía evitar una sonrisa de alegría. Nada de complicaciones con Chesa. En la bandeja había dos cuencos blancos con guiso de lentejas, junto con una jarra alta de vino con especias, dos copas de plata y dos panecillos. De algún modo, la mujer había sabido que Siuan cenaría con ella. De los cuencos y la jarra salía humo. ¿Cuántas veces había tenido que cambiar Chesa la bandeja para asegurarse de que a Egwene la estaría esperando una comida caliente? Sencilla y sin complicaciones. Y tan atenta como una madre. O como una amiga.

—He de renunciar a la cama por ahora, Chesa. Todavía tengo trabajo que hacer esta noche. ¿Quieres dejarnos solas, por favor?

Siuan sacudió la cabeza cuando la lona de la entrada se cerró tras la oronda mujer.

Librodot

—¿Estáis segura de que no la habéis tenido a vuestro servicio desde que erais un bebé? —murmuró.

Egwene cogió un cuenco, un panecillo y una cuchara y se sentó en la silla con un suspiro. También abrazó la Fuente y aisló la tienda con una salvaguardia para no ser oídas. Por desgracia, el *Saidar* también la hizo ser más consciente de las manos y los pies medio congelados. Y el resto del cuerpo no estaba mucho más caliente. En contraste, tanto el cuenco como el panecillo parecieron quemarle las manos. ¡Oh, cómo le habría gustado tener esos ladrillos!

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó y, acto seguido, se metió una cucharada de lentejas guisadas en la boca. Estaba hambrienta, lo que no era de extrañar habida cuenta de que no había comido nada desde el desayuno, y eso fue muy temprano. Las lentejas y las leñosas zanahorias le supieron como el guiso más exquisito de su madre—. No se me ocurre nada. ¿Y a ti?

—Lo que podía hacerse, ya se ha hecho. No hay nada más, si no es que el Creador toma cartas en el asunto. —Siuan cogió su cuenco y se dejó caer en la banqueta pequeña, pero se quedó mirando fijamente el estofado de lentejas, removiéndolo con la cuchara—. No se lo diríais realmente, ¿verdad? —dijo por último—. No soportaría que lo supiera.

—¿Y por qué no?

—Se aprovecharía —contestó, sombría, Siuan—. ¡Oh, no de *ese* modo! No creo que hiciese *eso.* —Era muy mojigata en ciertas cosas—. ¡Pero haría de mi vida la Fosa de la Perdición!

¿Y lavarle la ropa interior y limpiarle las botas no lo era? Egwene suspiró. ¿Cómo podía una mujer tan sensata, tan inteligente, tan capaz, volverse una atolondrada en ese tema? Una imagen surgió en su mente como una víbora desenroscándose y siseando. Se vio a sí misma, sentada en las rodillas de Gawyn, jugueteando y besuqueándose. ¡En una taberna! La apartó con brusquedad.

—Siuan, necesito tu experiencia. Necesito tu cerebro. No puedo permitirme tenerte medio idiotizada por culpa de lord Bryne. Si no puedes serenarte, le pagaré la deuda que tienes con él y te prohibiré verlo. Lo haré.

—Prometí que trabajaría para pagar la deuda —insistió tozudamente la otra mujer—. ¡Tengo tanto honor como el maldito lord Gareth Bryne! ¡Tanto o más! ¡Él cumple su palabra, y yo la mía! Además, Min me dijo que tenía que estar cerca de él o ambos moriríamos. O algo por el estilo. —El rubor de sus mejillas la traicionó, sin embargo. Dejando a un lado su honor y la visión de Min, ¡simplemente estaba dispuesta a aguantar cualquier cosa con tal de no separarse de él!

—Muy bien. Es evidente que estás perdidamente enamorada, y si te prohíbo que te acerques a ese hombre, me desobedecerás o acabarás ahogando con tonterías el poco seso que te queda. ¿Qué piensas hacer con respecto al general?

Con un ceño de indignación, Siuan continuó rezongando un poco más sobre todo lo que le gustaría hacer con respecto al maldito Gareth Bryne. Al general no le habría gustado ninguna de sus ideas. A unas pocas ni siquiera habría podido sobrevivir.

—Siuan —advirtió Egwene—, como niegues una vez más lo que está más claro que el agua, se lo contaré y le daré el dinero.

Siuan se amohinó; hoscamente. ¡Se amohinó! ¡Hoscamente! ¡Siuan!

—No tengo tiempo para el amor. Apenas lo tengo para pensar, entre trabajar para vos y para él. Incluso si todo sale bien esta noche, tendré el doble de cosas que hacer. Además... —Su expresión se tornó decaída; rebulló en la banqueta—. ¿Y si él no... corresponde a mis sentimientos? —murmuró—. No ha intentado siquiera besarme. Lo único que le importa es si sus camisas están limpias.

Egwene pasó la cuchara por el fondo del cuenco y al levantarla se sorprendió de encontrarla vacía. Del panecillo sólo quedaban migajas sobre su vestido. Luz, y todavía sentía vacío el estómago. Miró el cuenco de Siuan con esperanza; la otra mujer sólo parecía

Librodot

interesada en remover las lentejas con la cuchara.

Se le ocurrió una idea de repente. ¿Por qué lord Bryne había insistido en que Siuan saldase su deuda trabajando, aun después de descubrir quién era realmente? ¿Sólo porque ella hubiese dicho que lo haría así? Era un arreglo ridículo. Salvo porque la mantenía unida a él cuando no lo habría conseguido de ningún otro modo. En realidad, ella misma se había preguntado a menudo por qué razón había aceptado Bryne reunir un ejército. Tenía que haber sabido de sobra que existía la posibilidad, nada remota, de que acabara con la cabeza en el tajo del verdugo. ¿Y por qué le había ofrecido el ejército a ella, una jovencísima Amyrlin sin verdadera autoridad y sin una amiga entre las hermanas excepto Siuan, que él supiera? ¿La respuesta a todas esas preguntas podría ser tan simple como que... amaba a Siuan? No; los hombres, en su mayoría, eran frívolos y superficiales, ¡pero eso era realmente ridículo! Aun así, hizo la sugerencia, aunque sólo fuera para divertir a Siuan. A lo mejor se animaba un poco.

Siuan resopló con incredulidad. Sonó extraño, viniendo de su bonita cara, pero nadie sabía dar tanta expresión a un resoplido como ella.

—No es tonto de remate —comentó secamente—. De hecho, tiene la cabeza en su sitio. Piensa como una mujer, la mayor parte del tiempo.

—Todavía no te he oído decir que enmendarás tu conducta en esta situación, Siuan —insistió Egwene—. Has de hacerlo, de un modo u otro.

—Vaya, pues claro que lo haré. No sé qué demonios ha podido pasarme. No es como si no hubiese besado a un hombre nunca. —Estrechó repentinamente los ojos, como si esperara que Egwene pusiese en duda tal cosa—. No me he pasado *toda* la vida en la Torre. ¡Esto resulta ridículo! ¡Mira que estar badajeando sobre hombres, precisamente esta noche! —Miró su cuenco y pareció darse cuenta por primera vez de que tenía comida. Llenó la cuchara y gesticuló con ella señalando a la joven—. Debéis ir con cuidado para calcular con acierto cada movimiento y ser oportuna, ahora más que nunca. Si Romanda o Lelaine cogen el timón, jamás lo tendréis en vuestras manos.

Ridículo o no, saltaba a la vista que algo había devuelto el apetito a Siuan. Engulló sus lentejas más deprisa incluso que Egwene y ni siquiera se le escapó una miguita del panecillo. La joven se dio cuenta de que había pasado los dedos por su cuenco vacío, rebañándolo; ya no tenía remedio, y lo único que podía hacer era chupar las contadas lentejas que tenía pegadas en las yemas.

Hablar de lo que podía ocurrir esa noche no servía realmente para nada. Ya habían afinado y pulido todo lo que Egwene tenía que decir —y cuándo— tantas veces que le sorprendía no haber soñado con ello. Ciertamente, habría sido capaz de hacer la parte que le tocaba en sueños. De todos modos, Siuan insistió hasta casi llegar al límite en el que Egwene habría tenido que llamarle la atención, repitiendo lo mismo una y otra vez, sacando a relucir posibilidades que ya habían discutido un centenar de veces. Cosa extraña, la mujer mayor estaba de muy buen humor. Incluso probó a bromear un poco, algo inusitado en ella últimamente, aunque en parte era humor negro.

—Sabéis que Romanda quiso ser Amyrlin en una ocasión —dijo en cierto momento—. Oí decir que el motivo fue que Tamra obtuviese la Vara y la Estola por lo que se retiró muy ofendida, como una gaviota con las plumas de la cola cortadas. Apuesto un marco de plata, que no tengo, contra una escama de pez a que sus ojos se desorbitan el doble que los de Lelaine.

Luego siguió diciendo:

—Ojalá estuviera allí para oírlas aullar. Alguien va a hacerlo a no tardar, y prefiero que sean ellas a que seamos nosotras. Nunca he tenido buena voz para el canto.

De hecho cantó un fragmento sobre estar contemplando a un chico a través del río y no tener una barca. No se equivocaba; su voz era agradable a su manera, pero nunca se ganaría la vida con ello.

Más tarde, añadió:

—Menos mal que ahora tengo una cara muy dulce. Si la cosa sale mal, nos vestirán a las dos como muñecas y nos sentarán en una estantería para que nos admiren. Claro que también podemos «sufrir accidentes». Las muñecas se rompen. Gareth Bryne tendría que buscarse a otra a quien mangonear. —Aquello la hizo reír de verdad.

Egwene sintió un gran alivio cuando el faldón de la entrada se abultó hacia dentro levemente, anunciando a alguien que sabía que no debía entrar donde había una salvaguardia. ¡Realmente no quería saber hasta dónde podía llegar el humor de Siuan!

Tan pronto como anuló la salvaguardia, Sheriam entró en la tienda, acompañada por una ráfaga de aire que parecía diez veces más frío que antes.

—Es la hora, madre. Todo está dispuesto. —Tenía muy abiertos los ojos rasgados, y se pasaba la punta de la lengua por los labios.

Siuan se incorporó de un salto y cogió su capa de encima del catre de Egwene, pero se detuvo a medio echársela por los hombros.

—He navegado por los Dedos del Dragón de noche, ¿sabéis? —empezó seriamente—. Y una vez pesqué una escorpina en la red, con mi padre. Puede hacerse.

Sheriam frunció el entrecejo mientras Siuan salía presurosa, dejando entrar más aire frío.

—A veces creo —empezó la Guardiana, pero lo que fuera que pensase a veces no lo compartió—. ¿Por qué hacéis esto, madre? —preguntó en cambio—. Todo ello, lo de hoy en el lago, el convocar a sesión a la Antecámara esta noche. ¿Por qué nos hicisteis pasarnos todo el día de ayer hablando sobre Logain con todo el mundo con el que nos encontrábamos? Creo que deberíais hacerme partícipe de ello. *Soy* vuestra Guardiana. Os *juré* fidelidad.

—Te informo de lo que necesitas saber —repuso Egwene mientras se echaba la capa sobre los hombros. No tenía por qué añadir que sólo confiaba en un juramento obligado hasta cierto punto, incluso por parte de una hermana. Y Sheriam podría encontrar una razón para dejar caer algún comentario al oído equivocado a pesar de su promesa. Después de todo, las Aes Sedai tenían fama de encontrar escapatorias en lo que habían dicho. Realmente no creía que pasara eso, pero, al igual que le ocurría con lord Bryne, no podía correr el menor riesgo a menos que no le quedara más remedio.

—He de deciros algo —manifestó amargamente Sheriam—. Creo que mañana Romanda o Lelaine, una de las dos, será vuestra Guardiana de las Crónicas, y yo estaré cumpliendo un castigo por no advertir a la Antecámara. Y puede que vos me envidiéis.

Egwene asintió con la cabeza. Era más que posible.

—¿Vamos?

El sol proyectaba una roja cúpula sobre las copas de los árboles, y sobre la nieve se reflejaba una luz cárdena.

Los criados señalaron el paso de Egwene a lo largo de las profundas sendas llevando a cabo reverencias e inclinaciones. En sus rostros se reflejaba preocupación o, si no, inexpresividad; los criados percibían el estado de ánimo de aquellos a quienes servían casi con la misma rapidez que los Guardianes.

Al principio no vio a ninguna hermana; y entonces las encontró a todas allí, una gran concurrencia agrupada de tres en fondo alrededor de un pabellón, que se había levantado en el único espacio despejado que había en el campamento lo bastante grande, la misma zona utilizada por las hermanas para Rasar hasta los palomares de Salidar y Viajar de vuelta con informes de los confidentes.

Era una extensa pieza de gruesa lona, muy remendada, sin punto de comparación con la magnificencia del baldaquín junto al lago, y montarla costaba un considerable esfuerzo. En los últimos dos meses, la Antecámara se había reunido más a menudo, como lo había hecho la víspera por la mañana, o quizás apiñándose en una de las tiendas más amplias. El pabellón se había levantado sólo dos veces desde que salieron de Salidar. En ambas ocasiones para un juicio.

Al advertir que Egwene y Sheriam se acercaban, las hermanas situadas detrás

Librodot

murmuraron algo a las que estaban delante, y se abrió un hueco para dejarlas pasar. Ojos inexpresivos las observaron a ambas, sin traslucir el menor indicio de si sabían o incluso sospechaban lo que estaba pasando. Ni indicio alguno de lo que pensaban. Egwene notó que empezaba a ponerse nerviosa. Un capullo de rosa. Tranquilidad.

Llegó hasta las alfombras extendidas sobre el suelo, tejidas con vivos colores y una docena de dibujos distintos, y avanzó a través del círculo de braseros mientras Sheriam empezaba con el consabido «¡Aquí llega, aquí llega!». No era de extrañar que su voz sonase un poquito menos solemne, un tanto nerviosa.

Los bancos lustrados y los cajones cubiertos con paños utilizados en el lago volvían a usarse. Daban una imagen mucho más formal que el montón de sillas desparejadas que habían utilizado anteriormente; aparecían colocados en dos filas —inclinadas y casi convergentes en un extremo— de nueve asientos, agrupados de tres en tres: Verde, Gris y Amarillo a un lado; Blanco, Marrón y Azul al otro. En el extremo divergente, el más alejado de la posición de Egwene, se encontraban la caja cubierta con un paño de franjas y el banco para la Sede Amyrlin. Sentada allí, sería el centro donde confluirían todas las miradas, en todo momento consciente de ser una frente a dieciocho. Por suerte no se había cambiado de ropa; todas las Asentadas todavía llevaban encima sus mejores galas lucidas en el lago, con el único añadido del chal correspondiente. Un capullo de rosa. Tranquilidad.

Uno de los bancos estaba vacío, aunque sólo fue un momento. Delana llegó apresuradamente justo cuando Sheriam terminaba de recitar la fórmula del procedimiento. Con aspecto agitado y falto de aliento, la Asentada Gris ocupó su sitio, entre Varilin y Kwamesa, con muy poca de su gracia habitual. Esbozaba una mueca forzada, enfermiza, y jugueteaba nerviosamente con las gotas de fuego que adornaban su garganta. Cualquiera habría pensado que era ella a la que se juzgaba. Tranquilidad. No se estaba procesando a nadie. Todavía.

Egwene empezó a cruzar sobre las alfombras con paso lento, entre las dos filas de bancos, con Sheriam siguiéndola muy cerca. Kwamesa se puso de pie; de pronto el brillo del *Saidar* envolvió a la esbelta y morena mujer, la más joven de las Asentadas. Esa noche no se escatimaría ninguna formalidad.

—Lo que se presenta a debate a la Antecámara de la Torre es competencia exclusiva de la Antecámara —anunció Kwamesa—. Sepa todo aquel que se inmiscuya sin mediar requerimiento, sea mujer u hombre, iniciada o extraño, venga en son de paz o con ira, que lo retendré conforme a la ley por transgredirla y ante ella dará cuenta. Ténganse por ciertas mis palabras; así se prescribe y así se hará.

Aquella fórmula era más antigua que el juramento contra la mentira, se remontaba a una época en la que las Amyrlin que morían asesinadas eran casi tantas como las que fallecían por todas las demás causas juntas. Egwene siguió avanzando con pasos mesurados. Le costó un gran esfuerzo no tocar la estola, como recordatorio, e intentó concentrarse en el banco hacia el que caminaba.

Kwamesa tomó asiento de nuevo, todavía envuelta en el brillo del Poder. En el grupo de las Blancas, Aledrin se levantó, igualmente rodeada por la reluciente aureola. Con su cabello dorado oscuro y sus grandes ojos de color avellana, resultaba realmente bella cuando sonreía, pero esa noche hasta una piedra habría tenido más expresión que ella.

—Hay concurrentes ajenas a la Antecámara que pueden oír todo lo que va a someterse a debate —manifestó en voz fría, con fuerte acento tarabonés—. Lo que se discute en la Antecámara de la Torre sólo a ella concierne, a menos que la Antecámara determine lo contrario. Nos procuraré aislamiento, garantizando la confidencialidad de lo que aquí se diga.

Tejió una salvaguardia que incomunicó todo el pabellón y luego se sentó. Se produjo cierta agitación entre las hermanas que se encontraban fuera y que ahora veían moverse a la Antecámara en el más absoluto silencio.

Resultaba extraño que entre las Asentadas hubiese tantas cosas que dependían de la edad, cuando hacer distinciones por esa causa rayaba el anatema entre las restantes Aes

Librodot

Sedai. ¿Habría podido ver Siuan alguna pauta en las edades de las Asentadas? No, fuera distracciones. Concentración. Tranquilidad y concentración.

Egwene agarró los bordes de su capa, subió al cajón cubierto con el paño rayado y se volvió. Lelaine ya estaba de pie, con el chal de flecos azules en torno a los antebrazos, y Romanda empezaba a levantarse sin esperar siquiera a que Egwene tomara asiento. No podía permitir que ninguna de las dos agarrara el timón.

—Presento una moción a la Antecámara —dijo en voz alta, firme—. ¿Quién está a favor de declarar la guerra a la usurpadora Elaida do Avriny a'Roihan?

Se retiró la capa, la dejó caer sobre el banco y tomó asiento. De pie a su lado, Sheriam se mostraba fría y muy serena, pero soltó un apagado sonido, casi un quejido; Egwene creía que nadie más lo había escuchado. O eso esperaba.

Se produjo un momento de consternación, durante el cual las mujeres se quedaron paralizadas en sus asientos, mirándola de hito en hito con estupor, quizá tanto por el hecho de que hubiese planteado una cuestión como por el tema en sí. Nadie presentaba una moción a la Antecámara antes de sondear la opinión de las Asentadas sobre el asunto; sencillamente, no se hacía, y no sólo por tradición sino por razones prácticas. Fue Lelaine la que rompió el silencio.

—Nosotras no declaramos la guerra a *personas individuales* —arguyó en voz fría—. Ni siquiera a traidores como Elaida. En cualquier caso, pido que se retire vuestra moción para discutir asuntos más urgentes que no admiten dilación. —Había tenido tiempo de recobrar la compostura durante el viaje de vuelta; ahora su expresión era dura, simplemente, no tormentosa. Se pasó los dedos por la falda azul como si quitase unas motas de polvo, dando la impresión de que con ese gesto apartaba a un lado a Elaida, o tal vez a Egwene, y pasó a concentrar su atención en las otras Asentadas—. Lo que nos trae a sesión esta noche es... Iba a decir «simple», pero no lo es. ¿Abrir el libro de novicias? Nos encontraríamos con *abuelas* pidiendo a gritos la prueba de aptitud. ¿Quedarnos aquí un mes? No es necesario enumerar las dificultades, empezando por gastar la mitad de nuestro oro sin acercarnos un paso a Tar Valon. En cuanto a no atravesar la frontera de Andor...

—Mi hermana Lelaine, en su ansiedad, ha olvidado quién tiene derecho a tomar la palabra en primer lugar —la interrumpió suavemente Romanda. Su sonrisa consiguió hacer que el semblante de la otra Asentada pareciese alegre en comparación. Aun así, se arregló el chal con toda parsimonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo—. Hay dos cuestiones que requieren la atención de la Antecámara, y en la segunda trataré los temas que preocupan a Lelaine. Desgraciadamente para ella, la primera que plantearé concierne a la discutible idoneidad de la propia Lelaine para continuar en la Antecámara. —Su sonrisa se ensanchó sin que aumentara un ápice su calidez. Lelaine se sentó lentamente sin disimular su ceño.

—Una moción sobre declaración de guerra no puede retirarse en modo alguno —anunció Egwene en tono vibrante—. Debe dársele respuesta antes de entrar en otra cuestión presentada posteriormente. Así es como lo estipula la ley.

Las hermanas intercambiaron miradas rápidas, interrogantes.

—¿Es eso cierto? —preguntó finalmente Janya. Con el entrecejo fruncido pensativamente, se giró en su banco para dirigirse a la mujer que ocupaba el de al lado—. Takima, tú recuerdas todo lo que lees, y estoy segura de haberte oído decir que habías leído la Normativa de Guerra. ¿Es como ella dice?

Egwene contuvo la respiración. La Torre Blanca había enviado soldados a varias guerras a lo largo de los últimos mil años, pero lo hacía siempre en respuesta a una petición de ayuda de, por lo menos, dos tronos, y en todos los casos habían sido guerras de ellos, no de la Torre por sí misma. La última vez que la propia Torre declaró la guerra había sido contra Artur Hawkwing. Siuan afirmaba que en la actualidad sólo unas cuantas bibliotecarias sabían algo más sobre la Normativa de Guerra aparte de que *había habido* una.

Baja, con el cabello oscuro y largo hasta la cintura y la tez del color del marfil

Librodot

envejecido, Takima hacía recordar con frecuencia un pájaro, cuando ladeaba la cabeza pensativamente. Ahora parecía un pájaro que desease salir volando, rebullendo en su asiento, ajustándose el chal, enderezando sin necesidad su tocado de perlas y zafiros.

—Lo es —dijo por fin, y cerró bruscamente la boca.

Egwene soltó con disimulo el aire que había estado reteniendo.

—Al parecer —intervino Romanda en tono cortante—, Siuan Sanche os ha estado instruyendo bien. Madre. ¿En qué argumentos apoyáis esa declaración de guerra? Contra una mujer. —Hablaba como si intentara quitarse del medio algo desagradable, y se sentó a esperar que se apartara de su camino.

De todos modos, Egwene asintió con un gesto deferente y digno y se puso de pie. Miró a los ojos a las Asentadas, una por una, firme, desapasionadamente. Takima eludió la mirada. ¡Luz, esa mujer lo sabía! Pero no había dicho nada. ¿Seguiría guardando silencio el tiempo suficiente? Ya era demasiado tarde para cambiar de plan.

—Hoy nos hallamos frente a un ejército dirigido por personas que recelan de nosotras, que nos ponen en duda. De otro modo, ese ejército no estaría allí. —Egwene había querido poner un timbre de pasión a su voz, dejar que saliera libremente, pero Siuan le había aconsejado hablar con absoluta frialdad, y finalmente había accedido. Tenían que ver a una mujer con pleno dominio de sí misma, no a una muchacha que se dejaba llevar por el corazón. Sin embargo, las palabras le salían del corazón—. Oísteis decir a Arathelle que no querían verse involucrados en asuntos de Aes Sedai. Pero sí han estado dispuestos a conducir un ejército hasta Murandy para cerrarnos el paso. Porque no están seguros de quiénes somos ni de lo que nos proponemos. ¿Alguna de vosotras notó realmente que os tomaban por Asentadas?

Malind, una mujer carirredonda y de ojos fieros, rebulló en su asiento entre las Verdes, al igual que Salima, que apuñaba el chal de flecos amarillos, aunque se las arreglaba para mantener inexpresivo su oscuro rostro. Berana, otra Asentada elegida en Salidar, frunció pensativamente el entrecejo. Egwene no mencionó la reacción hacia ella como Amyrlin demostrada por los nobles; si esa idea no estaba ya en sus cabezas, no quería recordársela.

—Hemos enumerado los delitos de Elaida a incontables nobles —continuó—. Les hemos dicho que nos proponemos destituirla. Pero lo dudan. Piensan que quizá, sólo quizá, somos quienes decimos ser. Que quizá nuestras palabras son un señuelo. Quizá sólo somos la mano ejecutora de Elaida, tejiendo algún complejo plan. La duda hace a la gente irresoluta, le causa inseguridad. La duda proporcionó coraje a Pelivar y Arathelle para plantarse ante unas Aes Sedai y decir «no podéis seguir adelante». ¿Quiénes más nos saldrán al paso o interferirán porque no están seguros y la incertidumbre los conduce a actuar en una bruma de confusión? Sólo tenemos un modo de disipar su confusión. Todo lo demás ya lo hemos hecho. Una vez que nos declaremos en guerra contra Elaida, no habrá lugar a dudas. No digo que Arathelle, Pelivar y Aemlyn emprendan el regreso tan pronto como lo hagamos, pero ellos y todos los demás sabrán quiénes somos. Nadie osará volver a manifestar sus dudas tan abiertamente cuando digáis que sois la Antecámara de la Torre. Nadie osará cerrarnos el paso, interfiriendo en los asuntos de la Torre llevado por la incertidumbre o la ignorancia. Hemos llegado a la puerta y hemos puesto la mano en el picaporte. Si tenéis miedo de cruzar el umbral, entonces estaréis pidiendo a voces al mundo que os tome por unas marionetas de Elaida, y nada más.

Se sentó, sorprendida de lo tranquila que se sentía. Más allá de las dos filas de Asentadas, se produjo movimiento entre las hermanas que estaban fuera, acercando las cabezas para hablar. Podía imaginar los murmullos excitados que la salvaguardia montada por Aledrin impedía oír. Ahora únicamente hacía falta que Takima mantuviese la boca cerrada el tiempo suficiente.

Romanda gruñó con impaciencia y se puso de pie sólo lo suficiente para preguntar:

—¿Quién se levanta en apoyo de la declaración de guerra contra Elaida? —Su mirada se volvió hacia Lelaine, y su fría y petulante sonrisa reapareció. Era obvio lo que ella

Librodot

consideraba importante, una vez que esta tontería se hubiese resuelto.

Janya se puso de pie con tanto brío que los largos flecos marrones de su chal se mecieron.

—No veo por qué no. Total, ¿qué más da? —manifestó. Se suponía que no podía hablar, pero su gesto firme y su mirada penetrante desafiaban a cualquiera que intentara hacerla callar. Normalmente no se mostraba tan resuelta, pero, como siempre, las palabras le salieron atropelladas—. Arreglar lo que el mundo ya sabe no será ni más ni menos arduo que esto. ¿Y bien? No tiene sentido esperar.

Al otro lado de Takima, Escaralde asintió y se puso de pie.

Moria casi se incorporó de un salto y lanzó una ojeada ceñuda a Lyrelle, que se recogió la falda como si fuera a levantarse, pero entonces vaciló y miró a Lelaine con expresión interrogante. Lelaine estaba demasiado ocupada en mirar hoscamente a Romanda, situada en la fila de enfrente, como para darse cuenta.

Entre las Verdes, Samalin y Malind se pusieron de pie al tiempo, y Faiselle alzó la cabeza con una sacudida. Una domani fornida, de tez cobriza, había pocas cosas que sobresaltasen a Faiselle, pero ahora sí parecía estarlo, y su rostro cuadrado se giraba a izquierda y a derecha para mirar con los ojos muy abiertos ora a Samalin ora a Malind.

Salima se levantó, arreglando cuidadosamente los flecos amarillos de su chal a la par que ponía idéntico cuidado en evitar la ceñuda mirada de Romanda. Kwamesa se incorporó, y a continuación lo hizo Aledrin al tiempo que tiraba de la manga a Berana, haciendo que se levantara también. Delana se giró completamente en su banco y dirigió una ojeada escrutadora hacia las hermanas que se encontraban fuera. A pesar del silencio, la expectación de las mujeres agrupadas en torno al pabellón se transmitía en el continuo rebullir, el acercarse unas cabezas a otras, en los ojos lanzando miradas rápidas e intensas a las Asentadas. Delana se incorporó lentamente, con ambas manos apretadas contra el estómago, con aire de estar a punto de vomitar allí mismo. Takima hizo una mueca y contempló fijamente sus manos, que tenía apoyadas sobre las rodillas. Saroiya observó a las otras dos Blancas mientras se daba tironcitos de la oreja, como acostumbraba hacer cuando estaba sumida en hondas reflexiones. Pero nadie más se movió.

Egwene sintió el sabor de la bilis subiéndole por la garganta. Diez. Sólo diez. ¡Había estado tan segura! Siuan lo había estado. Sólo con el asunto de Logain tendría que haber sido suficiente, dada la ignorancia de las hermanas con respecto a la ley implicada. El ejército de Pelivar y la negativa de Arathelle de aceptar que eran Asentadas debería haberlas levantado como el agua impulsada por una bomba.

—¡Por amor de la Luz! —barbotó Moria. Se volvió hacia Lyrelle y Lelaine, puesta en jarras. Si Janya al hablar había ido en contra de la costumbre, esto la rompía por completo. Los estallidos de ira estaban estrictamente prohibidos en la Antecámara, pero los ojos de Moria lanzaban chispas, y su acento illiano estaba saturado de rabia—. ¿A qué esperáis? ¡Elaida robó la Vara y la Estola! ¡El Ajah de Elaida hizo de Logain un falso Dragón, y sólo la Luz sabe a cuántos hombres más! ¡Ninguna mujer en la historia ha merecido más que ella esta declaración de guerra! ¡Poneos en pie o guardad silencio a partir de ahora sobre vuestro *firme propósito* de destituirla!

Lelaine no la miró de hito en hito, pero por su expresión habríase dicho que se veía sorprendida por el ataque de un gorrión.

—Esto casi no merece una votación, Moria —replicó con voz tensa—. Después hablaremos sobre decoro, tú y yo. Sin embargo, si necesitas una demostración de resolución... —Aspiró sonoramente y se puso de pie, tras lo cual hizo un gesto seco con la cabeza que impulsó a Lyrelle a incorporarse como si la hubiesen tirado de unas cuerdas.

A Lelaine pareció sorprenderle que no tirase también de Faiselle y Takima. Lejos de levantarse, ésta gruñó como si hubiese recibido un golpe. Con una expresión de incredulidad, recorrió con la mirada la fila de mujeres que estaban de pie, contándolas de manera obvia. Y volvió a contarlas por segunda vez. Takima, que había *recordado* todo desde el principio.

Librodot

Egwene respiró profundamente aliviada. Se había conseguido. Casi no podía creerlo. Al cabo de un momento, carraspeó y, de hecho, Sheriam dio un brinco de sobresalto. Con los verdes ojos abiertos como platos, la Guardiana se aclaró la garganta también.

—Alcanzado el consenso simple, se declara la guerra a Elaida do Avriny a'Roihan. —Su voz no sonaba demasiado firme, pero bastaba—. En interés de la unidad, pido que se levante toda la Antecámara para llegar al consenso plenario.

Faiselle pareció a punto de incorporarse, pero después apretó los puños sobre el regazo y siguió sentada. Saroiya abrió la boca y luego la cerró sin decir nada, con gesto preocupado. Nadie más se movió.

—No lo conseguiréis —manifestó Romanda sin alterarse. La mueca burlona que lanzó a Lelaine era tanto como proclamar por qué ella, al menos, no se levantaría—. Ahora que ese pequeño asunto está resuelto, podemos entrar en...

—Me parece que es imposible —la interrumpió Egwene—. Takima, ¿qué indica la Normativa de Guerra sobre la Sede Amyrlin?

Romanda se había quedado boquiabierta. Los labios de Takima se pusieron pálidos; la diminuta Marrón parecía más que nunca un pájaro que quisiera alzar el vuelo.

—La Normativa... —empezó, y luego respiró hondo y se sentó muy derecha—. La Normativa de Guerra consigna: «Así como unas manos han de guiar una espada, del mismo modo la Sede Amyrlin dirigirá y llevará adelante la campaña por decreto. Pedirá el consejo de la Antecámara de la Torre, pero la Antecámara ejecutará sus decretos a la mayor rapidez posible, y por bien de la unidad, sus componentes deberán... —titubeó, y resultó obvio que hubo de obligarse a continuar—, deberán aprobar cualquier decreto de la Sede Amyrlin relativo a la prosecución de la guerra por consenso plenario».

Se produjo un larguísimo silencio. Todos los ojos estaban desorbitados. Delana se giró rápidamente y vomitó sobre las alfombras, detrás de su banco. Kwamesa y Salima bajaron de los cajones y dieron un paso hacia ella, pero Delana las rechazó con un ademán y sacó un pañuelo de la manga para limpiarse la boca. Magla, Saroiya y otras cuantas de las que seguían sentadas tenían un aspecto como si fuesen a seguir su ejemplo en cualquier momento; no así otras de las que habían sido elegidas en Salidar, sin embargo. Romanda parecía a punto de comerse las uñas.

—Muy lista —dijo finalmente Lelaine en tono seco y, tras una pausa deliberada, añadió—: Madre. ¿Querréis explicarnos lo que la gran sabiduría de vuestra vasta experiencia os aconseja hacer? Con respecto a la guerra, me refiero. Quiero que quede bien claro.

—Yo también quiero dejar muy claro algo —replicó fríamente Egwene. Se echó hacia adelante y clavó una severa mirada en la Asentada Azul—. Se *exige* cierto grado de respeto hacia la Sede Amyrlin, y de ahora en adelante me lo *mostrarás*, hija. Éste no es momento de que me vea obligada a destituirte como Asentada e imponer un correctivo.

Los ojos de Lelaine se desorbitaron aún más por causa de la conmoción. ¿De verdad habría pensado esa mujer que todo iba a seguir como antes? ¿O acaso era que después de tanto tiempo de no atreverse a demostrar más que un mínimo de entereza, Lelaine había creído simplemente que carecía de ella? Egwene no deseaba realmente destituirla; casi con toda seguridad, las Azules volverían a presentarla para el puesto. Además, todavía tenía que vérselas con la Antecámara en asuntos que no podían disfrazarse de forma convincente como parte de la guerra contra Elaida. Con el rabillo del ojo Egwene advirtió que en los labios de Romanda asomaba una sonrisa al ver rebajada a Lelaine. De poco le serviría tanto esfuerzo si lo único que conseguía era que Romanda ganase más prestigio entre las demás.

—Lo que le he dicho a Lelaine es válido para todas, Romanda —anunció—. Si es preciso, Tiana puede encontrar dos varas en lugar de una.

La sonrisa de la Asentada Amarilla se borró de golpe.

—Si se me permite hablar, madre —intervino Takima mientras se levantaba despacio. Ensayó una sonrisa, pero por su aspecto seguía sintiéndose fatal—. Personalmente creo que habéis empezado bien. Es posible que sea beneficioso que nos quedemos aquí un mes. O

Librodot

más. —La cabeza de Romanda se giró con brusquedad hacia ella para mirarla fijamente, pero por primera vez Takima no pareció darse cuenta—. Si pasamos el invierno aquí, evitaremos el peor tiempo que hará más al norte, y también podremos planear cuidadosamente...

—Se acabaron los retrasos, hija —la cortó Egwene—. Se acabó dar largas al asunto. —¿Sería otra Gerra u otra Shein? Todavía podía ocurrir cualquiera de las dos cosas—. Dentro de un mes Viajaremos desde aquí. —No; ella era Egwene al'Vere, y sólo la Luz sabía lo que dirían las historias secretas sobre sus defectos y virtudes, pero serían suyos, no copias de cualquier otra mujer—. Dentro de un mes empezaremos el asedio a Tar Valon.

En esta ocasión, el silencio sólo se rompió con los sollozos de Takima.

Librodot

CAPÍTULO 6

En Andor

Elayne esperaba que el viaje a Caemlyn discurriera sin problemas, y al principio pareció que sería así. Lo creía incluso mientras Aviendha, Birgitte y ella se hallaban sentadas, agotadas hasta la médula y arrebujadas en los harapos que quedaban de sus ropas, sucias con polvo, tierra y sangre de las heridas recibidas cuando explotó el acceso. En dos semanas, como mucho, estaría preparada para presentar su derecho de reclamación al Trono del León. Allí, en lo alto de la colina, Nynaeve Curó sus numerosas heridas y apenas pronunció palabra, aunque no para reprenderlas. A buen seguro, aquélla era una agradable señal, aunque inusitada. En su semblante se reflejaba una lucha entre el alivio de hallarlas con vida y la preocupación.

Hubo que recurrir a la fuerza de Lan para arrancar el dardo de la ballesta seanchan clavado en el muslo de Birgitte antes de que pudiese Curar esa herida. Aunque el rostro de la arquera se tornó lívido y Elayne sintió un dolor intenso a través del vínculo, una punzada que la hizo querer gritar, su Guardiana apenas gimió entre los dientes apretados.

—*Tai'shar* Kandor —murmuró Lan mientras arrojaba al suelo el virote de punta cuadrada, diseñado para perforar armaduras. «Genuina estirpe de Kandor.» Birgitte parpadeó y el hombre hizo una pausa—. Discúlpame si me he equivocado. Supuse que eras kandoresa por tus ropas.

—Oh, sí, kandoresa —contestó Birgitte. Su sonrisa forzada podría deberse a las heridas.

Nynaeve apartó impacientemente a Lan para poner sus manos sobre ella. Elayne esperaba que su Guardiana supiese algo más de Kandor que el nombre; cuando Birgitte nació por última vez, por entonces no existía siquiera ese país. Debería haberlo interpretado como presagio.

Birgitte recorrió los ocho kilómetros que había hasta la pequeña casa solariega, detrás de Nynaeve, en la resistente yegua marrón de esta última —llamada *Lazo de amantes*, ¡nada menos!— y Elayne y Aviendha a lomos del enorme semental negro de Lan. La heredera del trono iba en la silla de *Mandarb*, con los brazos de la Aiel rodeándole el talle, en tanto que Lan conducía por las riendas al animal de ojos fieros. Los caballos de batalla entrenados eran un arma tanto como una espada, y monturas peligrosas para jinetes desconocidos. «Ten seguridad en ti misma, pequeña —le había dicho siempre Lini—, pero no demasiada», y ella intentaba seguir el consejo. Debería haberse dado cuenta de que tenía un control tan nulo sobre los acontecimientos como con las riendas de *Mandarb.*

En la casa de piedra de tres plantas, maese Bencorno, robusto y canoso, y la señora Bencorno, algo menos robusta y algo menos canosa, pero por lo demás increíblemente parecida a su marido, tenían a todas las personas que trabajaban en la hacienda, así como a la doncella de Merilille, Pol, y a los criados de uniforme verde y blanco que habían llegado del palacio de Tarasin, yendo y viniendo afanosamente para encontrar un sitio en el que durmieran más de doscientas personas, en su mayoría mujeres, que habían aparecido como si salieran del aire, ya caída la tarde. La tarea se realizó con sorprendente rapidez a pesar de que la gente de la hacienda se paraba para mirar boquiabierta el rostro intemporal de una Aes Sedai o la capa de colores cambiantes de un Guardián que hacía que partes de su cuerpo

desaparecieran de la vista, o a una de las mujeres de los Marinos con sus brillantes sedas, sus pendientes en las orejas y la nariz y las cadenitas con medallones. Las Allegadas habían decidido que ya no era peligroso asustarse, y chillaban por mucho que les dijeran Reanne y las mujeres del Círculo de Labores de Punto; las Detectoras de Vientos gruñían por lo lejos de la sal que se encontraban, en contra de sus deseos, como Renaile din Calon manifestaba en voz alta, y las nobles y artesanas que habían estado más que dispuestas a huir de lo que quiera que hubiese en Ebou Dar, cargando de buen grado con sus posesiones a la espalda, ahora se negaban a que las llevaran a un pajar para pasar la noche.

Todo eso ocurría cuando Elayne y los demás llegaron, con el sol muy rojo en el horizonte; había gran agitación y un remolino de gente dando vueltas de un lado a otro por la casa y los edificios con techos de paja de las dependencias, pero Alise Tenjile, sonriendo plácidamente e implacable como una avalancha, parecía tener todo bajo control mucho mejor incluso que los competentes Bencorno. Allegadas que lloraban con más ganas a pesar de los intentos de Reanne por tranquilizarlas, se secaban las lágrimas ante unas palabras susurradas de Alise y empezaban a moverse con el aire resuelto de quienes habían cuidado de sí mismas en un mundo hostil durante muchos años. Nobles altaneras, con Cuchillos de Esponsales colgando sobre los escotes ovalados de sus corpiños adornados con encaje, y artesanas que mostraban casi tanta arrogancia y casi tanto busto, ya que no seda, se encogían al ver aproximarse a Alise y se escabullían rápidamente hacia los altos graneros, abrazando los bultos de sus pertenencias y manifestando en voz alta que siempre habían pensado que sería divertido dormir sobre paja. Incluso las Detectoras de Vientos, muchas de ellas mujeres importantes y poderosas entre los Atha'an Miere, acallaban sus protestas cuando Alise se encontraba cerca. En realidad, Sareitha, que aún no poseía el aire intemporal Aes Sedai, la miraba con recelo mientras toqueteaba su chal de flecos marrones, como para recordarse a sí misma que llevaba la prenda y lo que significaba. Merilille —la imperturbable Merilille— observaba cómo la mujer realizaba su trabajo con una mezcla de aprobación y franco asombro.

Nynaeve se bajó de la yegua delante de la puerta de la casa y dirigió una mirada hosca a Alise, dio un deliberado y comedido tirón a su trenza —tirón que la otra mujer estaba demasiado ocupada para advertir— y penetró en la casa mientras se quitaba los guantes de montar azules y mascullaba entre dientes. Siguiéndola con la mirada, Lan rió quedamente, pero cortó la risa inmediatamente cuando Elayne desmontó. ¡Luz, qué fríos eran sus ojos! Por el bien de Nynaeve, esperaba que el hombre pudiera salvarse de su destino, pero, al mirar esos ojos, lo dudaba mucho.

—¿Dónde está Ispan? —preguntó en voz baja mientras ayudaba a Aviendha a desmontar. Eran tantas las mujeres que sabían que llevaban prisionera a una Aes Sedai, una hermana Negra, que la noticia estaba abocada a extenderse por la heredad como el fuego en la hierba seca, pero sería mejor que la gente de la casa estuviese un poco preparada.

—Adeleas y Vandene la llevaron a una pequeña cabaña de leñadores, a unos quinientos o seiscientos metros de aquí —contestó el hombre en tono igualmente bajo—. Con todo este jaleo, no creo que nadie reparase en una mujer con un saco sobre la cabeza. Las hermanas dijeron que se quedarían con ella esta noche.

Elayne sintió un escalofrío. Al parecer, la Amiga Siniestra iba a ser sometida a otro interrogatorio tan pronto como se pusiera el sol. Ahora estaban en Andor, y ello hacía que se sintiese aún más responsable, como si hubiese dado la orden de hacerlo.

Poco después, se hallaba en una bañera de cobre, disfrutando del jabón perfumado y de la piel limpia de nuevo, riendo y salpicando agua a Birgitte, que estaba repantigada perezosamente en otra bañera, salvo cuando respondía salpicando agua también, ambas riendo divertidas por el gesto aterrado de Aviendha, que no conseguía ocultar del todo, al verse sumergida en agua hasta el pecho. Sin embargo, la Aiel pensó que era una buena broma a su costa, y contó una historia indecente por demás sobre un hombre al que se le clavaban espinas de *segade* en el trasero. Birgitte relató otra, aún más desvergonzada, sobre una mujer

Librodot

a la que se le quedaba la cabeza atascada entre las tablillas de una valla y que hizo que incluso Aviendha se sonrojara. Sin embargo, eran divertidas. Elayne habría querido saber una para contarla.

Aviendha y ella se peinaron el cabello la una a la otra —un rito nocturno entre medio hermanas— y después se acurrucaron, agotadas, en la cama de dosel de un pequeño dormitorio. Aviendha y ella, y Nynaeve y Birgitte, y gracias que no había nadie más. Los cuartos más grandes estaban abarrotados de catres y camastros, incluidas las salas de estar, las cocinas y gran parte de los pasillos. Nynaeve se pasó la mitad de la noche rezongando sobre la indecencia de hacer dormir a una mujer separada de su marido, y la otra mitad hincándole los codos a Elayne cada vez que ésta se quedaba dormida. Birgitte se negó en redondo a cambiarle el sitio, y Elayne no podía pedirle a Aviendha que aguantara los fuertes codazos de la mujer, de modo que apenas cerró los ojos.

La heredera del trono estaba grogui cuando se prepararon para partir a la mañana siguiente, con el sol saliendo por el horizonte como una gran bola de oro fundido. La casa no podía prescindir de muchos animales a menos que quisiera dejar pelada a la hacienda, por lo que, mientras ella montaba un castrado negro, llamado *Fogoso*, y Aviendha y Birgitte también tenían nuevas monturas, las que habían ido a pie cuando huyeron de la granja de las Allegadas, siguieron a pie. Eso incluía a la mayoría de las Allegadas, a los criados que conducían por las riendas a los animales de carga y a unas veinte mujeres que obviamente lamentaban lo indecible haber acudido a la granja en busca de paz y sosiego. Los Guardianes marchaban en vanguardia para explorar el camino a través de onduladas colinas, pobladas de bosques resecos por la sequía, y el resto de la columna se extendía cual una serpiente muy peculiar, con Nynaeve, Elayne y las otras hermanas a la cabeza. Y Aviendha, por supuesto.

Formaban un grupo que difícilmente podía pasar inadvertido, con tantas mujeres viajando en compañía de tan pocos hombres de escolta, por no mencionar a veinte Detectoras de Vientos de tez oscura, que se sostenían sobre los caballos torpemente y que resultaban tan llamativas como aves de plumajes exóticos, así como nueve Aes Sedai, seis de ellas reconocibles como tales para cualquiera que supiese qué buscar. Aunque una iba con un saco de cuero tapándole la cabeza, por supuesto. Eso por sí solo bastaba para llamar la atención. Elayne había esperado llegar a Caemlyn pasando inadvertidos, pero tal cosa no parecía posible ya. Aun así, no había razón para que nadie sospechara que la heredera del trono, Elayne Trakand en persona, formase parte del grupo. Al principio, pensó que la mayor dificultad que se les podía presentar era que algún rival al trono se enterase de su presencia y enviara hombres armados con intención de tomarla bajo custodia hasta que se hubiese resuelto la sucesión.

A decir verdad, esperaba que el primer problema surgiera por parte de las nobles y artesanas, todas ellas mujeres orgullosas, y todas con los pies molidos ya que no estaban acostumbradas a patear por colinas polvorientas. Máxime cuando la doncella de Merilille tenía su propia yegua. A las contadas granjeras que había en el grupo no parecía importarles demasiado, pero casi la mitad de esas mujeres poseían tierras y casas solariegas y palacios, y gran parte de las demás se podrían haber permitido comprar una hacienda, si no dos o tres. Entre ellas había dos orfebres, tres tejedoras que eran propietarias de más de cuatrocientos telares en total, una mujer cuyas fábricas producían una décima parte de todos los artículos lacados que se manufacturaban en Ebou Dar, y una banquera. Caminaban con sus pertenencias sujetas a la espalda con correas, mientras sus caballos llevaban albardas rebosantes de provisiones. Era absolutamente necesario. Hasta la última moneda que había en las bolsas de dinero de todo el mundo había ido a parar a un fondo común que se dejó al cuidado de la agarrada Nynaeve, pero quizá no fuera suficiente para comprar comida, forraje y hospedajes para una partida tan numerosa hasta llegar a Caemlyn. No parecían entenderlo. Protestaron en voz alta e incesantemente durante el primer día de marcha. La que más se hacía oír era una noble delgada, con una fina cicatriz en la mejilla, una mujer de rostro severo llamada Malien, que casi se hundía bajo el peso de un enorme fardo que contenía una docena

o más de vestidos con las correspondientes enaguas.

Cuando acamparon esa primera noche, ya con las lumbres ardiendo bajo el crepúsculo y todo el mundo con el estómago lleno de judías y pan, ya que no muy satisfecho con el menú, Malien reunió a las nobles, cuyos vestidos de seda estaban más que sucios por el viaje. Las artesanas se les unieron también, así como la banquera, y las granjeras se quedaron cerca de ellas. Antes de que Malien tuviese tiempo de pronunciar una palabra, Reanne se aproximó al grupo. Con el rostro lleno de arrugas gestuales, el sencillo vestido de paño con la falda recogida en el lado izquierdo para dejar a la vista las enaguas de colores, podría haber pasado por una de las granjeras.

—Si deseáis volver a casa —anunció con su voz de timbre sorprendentemente agudo—, podéis hacerlo en cualquier momento. Lamento tener que quedarnos con vuestros caballos, sin embargo. Se os pagará por ellos tan pronto como pueda arreglarse. Si preferís quedaros, por favor recordad que las reglas de la granja siguen en vigor.

Varias de las mujeres se quedaron boquiabiertas; Malien no fue la única que lo hizo con gesto enfadado.

Alise apareció al lado de Reanne como por ensalmo, puesta en jarras. Ahora no sonreía.

—Dije que las diez últimas estuviesen preparadas para lavar los cacharros —empezó firmemente y, a continuación, dijo los nombres; Jillien, una orfebre metida en carnes; Naiselle, la banquera de mirada fría, y las ocho nobles. Se quedaron mirándola de hito en hito hasta que Alise dio unas palmadas y añadió—: No me hagáis invocar la norma sobre el incumplimiento de la parte que os corresponde de las tareas.

Malien, con los ojos abiertos a más no poder y farfullando con incredulidad, fue la última en salir corriendo y en empezar a recoger los cuencos sucios, pero a la mañana siguiente redujo su fardo dejando vestidos de seda con encajes y enaguas en la ladera de la colina antes de emprender la marcha. Elayne seguía esperando un estallido, pero Reanne mantenía el control con mano dura, y Alise con mayor firmeza, y si Malien y las otras lanzaban miradas hoscas y rezongaban por las manchas de grasa que cundían día a día en sus ropas, Reanne sólo tenía que decirles unas cuantas palabras para que se pusieran a la tarea; por su parte, Alise sólo tenía que dar unas palmas para lograr el mismo resultado.

Si con ello hubiese conseguido que el resto del viaje transcurriera con tranquilidad, Elayne se habría unido de buena gana a esas mujeres en sus grasientos quehaceres. Mucho antes de llegar a Caemlyn, tuvo la prueba de que sus temores no eran infundados.

Una vez que llegaron a la primera calzada, estrecha y polvorienta, poco más que un sendero de carretas, empezaron a aparecer granjas, con las casas y los graneros de piedra con techos de paja aferrados a las laderas o enclavados en hondonadas. De allí en adelante, tanto si el terreno era ondulado o llano, boscoso o despejado, rara vez pasaban muchas horas sin que tuviesen a la vista una granja o un pueblo. En estos últimos, mientras los lugareños miraban con los ojos muy abiertos a los extraños forasteros, Elayne intentaba enterarse de cuánto apoyo tenía la casa Trakand y qué era lo que más preocupaba o interesaba a la gente. Encarar esas preocupaciones sería importante a fin de consolidar su reclamación al trono lo suficiente como para que prosperara, tan importante como el respaldo de otras casas. Descubrió muchas cosas, ya que no las que le habría gustado oír. Los andoreños reclamaban el derecho a decir lo que pensaban a la propia reina; no se mostraban en absoluto cohibidos ante una joven noble, por muy peculiares que fuesen sus compañeros de viaje.

En un pueblo llamado Damelien, donde se levantaban tres molinos junto a un pequeño río, con el caudal lo bastante bajo para que las altas ruedas permanecieran secas, el posadero de Las Gavillas Doradas admitió que pensaba que Morgase había sido una buena reina, la mejor posible, la mejor que había habido.

—Su hija podría haber sido también una buena dirigente —murmuró mientras se daba golpecitos en la barbilla—. Lástima que el Dragón Renacido las haya matado. Supongo que tenía que hacerlo, por las Profecías o algo así, pero no tenía derecho a secar los ríos, ¿verdad? ¿Cuánta cebada decís que necesitan vuestros caballos, milady? Está carísima, ojo.

Librodot

Una mujer de rostro duro, con un desgastado vestido marrón que le colgaba como si hubiese perdido peso, inspeccionaba un campo rodeado por una valla baja de piedra, donde el aire caliente levantaba nubes de polvo que arrastraba hacia el bosque. Las otras granjas en los alrededores de Colina Huesa estaban en tan malas condiciones o peor.

—Ese Dragón Renacido no tenía derecho a hacernos esto, ¿a que no? ¡A vos os pregunto! —Escupió y miró ceñuda a Elayne—. ¿El trono? Oh, Dyelin es tan buena como cualquier otra, ahora que Morgase y su hija han muerto. Por aquí todavía hay quien habla de Naean o Elenia, pero yo estoy de parte de Dyelin. Sea cual fuere, Caemlyn está muy lejos, y yo tengo cosechas de las que ocuparme. Si es que vuelvo a recoger alguna cosecha.

—Oh, es cierto, milady, de veras; Elayne está viva —le dijo un viejo y sarmentoso carpintero en Mercado de Forel. Estaba completamente calvo y tenía los dedos deformados por la edad, pero el trabajo que había entre las virutas y el serrín que cubrían su taller era tan fino como cualquiera que Elayne había visto antes. En el taller sólo estaban el anciano y ella. Por el aspecto del pueblo, la mitad de sus habitantes se habían marchado—. El Dragón Renacido ha enviado a buscarla para llevarla a Caemlyn y así ponerle él mismo la Corona de la Rosa. La noticia ha corrido por todas partes. No es justo, si queréis saber mi opinión. Según he oído, él es uno de esos Aiel de ojos negros. Deberíamos marchar contra Caemlyn y echarlos a él y a todos sus Aiel de vuelta al lugar de donde vinieron. Entonces Elayne podría reclamar el trono por sí misma. Bueno, si es que Dyelin la deja.

Elayne oyó muchos comentarios sobre Rand, rumores sobre que había jurado fidelidad a Elaida, que se había coronado rey de Illian, y sobre todo tipo de cosas. En Andor se lo culpaba de todo lo malo que había ocurrido en los últimos dos o tres años, incluidos los partos de niños muertos, las piernas rotas, las plagas de langosta, los nacimientos de terneros con dos cabezas y de pollos con tres patas. E incluso la gente que pensaba que su madre había destruido el país y que en buena hora la casa Trakand ya no ocupaba en el trono, seguía considerando a Rand un invasor. Se suponía que el Dragón Renacido tenía que luchar contra el Oscuro en Shayol Ghul, y debería expulsárselo de Andor. Nada de lo que había esperado oír, ni una sola cosa. Pero se repitieron una y otra vez. No fue un viaje agradable en absoluto. Resultó una larga lección sobre uno de los dichos favoritos de Lini: «No es la piedra que ves la que te hace tropezar y caer de bruces».

Temió que otras situaciones, aparte de las nobles, causaran problemas, que algunas estallarían con tanta fuerza como el acceso. Las Detectoras de Vientos, crecidas por el acuerdo hecho con Nynaeve y con ella, se comportaban de un modo irritante, con aires de superioridad hacia las Aes Sedai, en especial después de descubrirse que Merilille había accedido a ser una de las primeras hermanas en ir a los barcos. No obstante, aunque el chisporroteo continuó como la mecha prendida de uno de los fuegos de artificios de los Iluminadores, la explosión no llegó a producirse. La situación entre las Detectoras de Vientos y las Allegadas, en particular el Círculo de Labores de Punto, ciertamente parecía a punto de saltar por el aire. Se lanzaban miradas que mataban, cuando no mostraban un abierto desprecio, las Allegadas hacia las «espontáneas llenas de ínfulas» y las Atha'an Miere por las «agachadizas costeras, lamedoras de pies Aes Sedai». Pero las cosas no llegaron más allá de muecas agresivas o manos acariciando dagas.

Ni que decir tiene que Ispan planteaba problemas que a Elayne no le cabía duda de que aumentarían; sin embargo, después de unos días, Vandene y Adeleas le permitieron cabalgar sin la cabeza tapada, aunque no sin escudar, una figura silenciosa con cuentas de colores entretejidas en las finas trencillas, con el rostro intemporal agachado y las manos inmóviles sobre las riendas. Renaile les dijo a todas las que quisieron escuchar que entre los Atha'an Miere a un Amigo Siniestro o una Amiga Siniestra se lo despojaba de sus nombres tan pronto como se demostraba su culpabilidad y a continuación se lo arrojaba por la borda, atado a lastres de piedras. Entre las Allegadas, incluso Reanne y Alise palidecían cada vez que veían a la tarabonesa. Sin embargo, Ispan se volvía más y más dócil, ansiosa por complacer y llena de sonrisas obsequiosas para las hermanas de cabello blanco, hiciesen lo que hiciesen con ella

Librodot

cuando la llevaban aparte del resto cada noche. Por otro lado, Adeleas y Vandene se sentían cada vez más frustradas. Adeleas le contó a Nynaeve, en presencia de Elayne, que la mujer estaba soltando montones de viejos complots del Ajah Negro, aquellos en los que no había tomado parte con mucho más entusiasmo que en los que sí se había visto involucrada; no obstante, y aun cuando la presionaban sin darle respiro —Elayne fue incapaz de preguntar cómo la presionaban— y se le escapaban nombres de Amigas Siniestras, la mayoría de ellas estaban muertas y ninguna era una hermana. Vandene decía que empezaban a temer que hubiese prestado un Juramento —la mayúscula resultó obvia en su tono— contra delatar a sus compinches. Siguieron aislando a Ispan todo lo posible y continuaron con los interrogatorios, pero saltaba a la vista que ahora iban a tientas y con mucho cuidado.

Y estaban Nynaeve y Lan. Todo un problema, con ella a punto de reventar por el esfuerzo de contener el genio delante de él, soñando con él cuando tenían que dormir separados —lo que ocurría casi siempre, debido a que tenían que dividirse en grupos para alojarse— y debatiéndose entre la ansiedad y el temor cuando podía escabullirse con él en un pajar. Era culpa suya haber escogido una ceremonia nupcial de los Marinos, en opinión de Elayne. Los Marinos creían en la jerarquía tan profundamente como creían en el mar, y sabían que una mujer y su esposo podían ser ascendidos uno más que otro muchas veces en su vida, de modo que sus ritos nupciales tenían ese detalle en cuenta. Aquel de los dos que tuviese derecho a mandar sobre el otro en público, debía obedecer en la intimidad. Lan nunca se aprovechaba de eso, o así lo afirmaba Nynaeve —«en realidad, no», aclaraba, significase lo que significase tal cosa. Siempre se ponía colorada cuando lo decía—, pero no dejaba de esperar que él lo hiciera, y el hombre parecía sentirse cada vez más divertido con el asunto. Esa reacción, desde luego, ponía a Nynaeve a punto de estallar. Y Nynaeve estalló, contrariamente a todos los demás conflictos que temía Elayne. Estaba que mordía y hablaba bruscamente a cualquiera que se cruzara en su camino. Excepto a Lan; con él, era toda mieles. Y tampoco a Alise. Estuvo a punto una o dos veces, pero ni siquiera Nynaeve parecía capaz de gritarle a Alise.

Elayne tuvo esperanzas, no preocupaciones, con los objetos que habían sacado del Rahad junto con el Cuenco de los Vientos. Aviendha la ayudaba en su búsqueda, y también lo hizo Nynaeve en un par de ocasiones, pero la antigua Zahorí era absolutamente lenta y cautelosa en esa tarea, y demostraba poca habilidad en hallar lo que buscaban. No encontraron más *angreal*, pero la colección de *ter'angreal* aumentó; una vez que toda la cochambre se hubo retirado, los objetos que utilizaban el Poder llenaron a rebosar cinco alforjas en los animales de carga.

Sin embargo, por mucho cuidado que tuvo Elayne, sus intentos de estudiarlos no fueron tan bien. La Energía era, de los Cinco Poderes, el más seguro de utilizar para tales menesteres —¡a menos, claro, que fuera la Energía lo que pusiera en funcionamiento el objeto!—, pero, a veces, tenía que utilizar los otros flujos, lo más finos posibles. En ocasiones, su delicado sondeo no daba resultado alguno, pero el primer roce en el objeto que parecía un rompecabezas de herrero hecho de cristal la dejó mareada e incapaz de dormir la mitad de la noche; y un hilo de Fuego al tocar lo que semejaba un yelmo hecho con suaves plumas metálicas provocó un atroz dolor de cabeza a todos los que estaban dentro de un radio de veinte pasos. Excepto a ella.

Y también estaba lo ocurrido con la vara carmesí que tenía un tacto caliente; caliente, en cierto modo.

Sentada al borde de su cama, en una posada llamada El Jabalí, se había puesto a examinar la suave vara a la luz de dos lámparas de latón pulido. Gruesa como su muñeca y más de un palmo de larga, parecía de piedra, pero su tacto era más firme que duro. Se encontraba sola; desde lo del yelmo, había intentado realizar sus investigaciones lejos de los demás. El calor de la vara le había hecho pensar en el Fuego...

Parpadeando, con los ojos abiertos, se sentó en la cama. La luz del sol penetraba por la ventana. Llevaba sólo la ropa interior, y Nynaeve, completamente vestida, se encontraba de

Librodot

pie, mirándola ceñuda. Aviendha y Birgitte observaban desde la puerta.

—¿Qué ha pasado? —demandó Elayne.

Nynaeve sacudió tristemente la cabeza.

—Preferirás no saberlo —contestó. Las comisuras de sus labios se movieron levemente.

El semblante de Aviendha no traslucía nada. La boca de Birgitte quizás estaba un poco más prieta de lo normal, pero la emoción más fuerte que Elayne había sentido a través del vínculo fue una combinación de alivio e... ¡hilaridad! ¡La arquera se esforzaba al máximo para no rodar por el suelo riendo a mandíbula batiente!

Y lo peor de todo fue que *nadie* le quiso decir lo que había ocurrido, lo que había dicho o hecho; porque estaba segura de que era eso, por las sonrisas rápidamente disimuladas de Allegadas, Detectoras de Vientos y también de las hermanas. ¡Pero nadie se lo dijo! Después de aquello, había decidido estudiar los *ter'angreal* en otra parte más cómoda que una posada. ¡Un lugar mucho más privado!

Nueve días después de la huida de Ebou Dar, unas nubes dispersas aparecieron en el cielo y unas cuantas gotas gordas salpicaron polvo del camino. Al día siguiente estuvo cayendo una llovizna intermitente, y al otro, un diluvio los hizo quedarse apiñados en las casas y los graneros de Mercado de Forel. Esa noche, la lluvia se tornó aguanieve, y por la mañana caían gruesos copos de nieve de un cielo oscuro y encapotado. A más de mitad de camino a Caemlyn, Elayne empezó a preguntarse si conseguirían llegar en dos semanas desde donde se encontraban.

Con la nieve, el tema de la ropa se volvió una preocupación. Elayne se culpó por no pensar que todos podrían necesitar atuendos más calientes antes de llegar a su destino. Nynaeve se culpaba por no pensarlo. Merilille creía que tenía la culpa, y Reanne creía que era suya. De hecho, esa mañana se encontraron plantadas en la calle principal de Mercado de Forel, cayéndoles copos de nieve en la cabeza, discutiendo quién era la culpable. Elayne no sabía cuál de ellas había caído en la cuenta primero de lo absurdo de la situación, quién se echó a reír antes, pero el alborozo era general cuando se sentaron alrededor de una mesa de El Cisne Blanco para decidir qué hacer. No obstante, hallar una solución no resultó nada divertido. Obtener una chaqueta de abrigo o una capa para todos daría un buen bocado a los fondos, si es que podían encontrarse tantos. Las joyas podían venderse o trocarse, desde luego, pero nadie en Mercado de Forel parecía estar interesado en collares o brazaletes, por magníficos que fuesen.

Aviendha resolvió esa dificultad al aportar una bolsita repleta de gemas perfectas, algunas bastante grandes. Cosa curiosa, las mismas personas que habían dicho con la educación justa para no ser descorteses que no les interesaban las alhajas, abrieron los ojos como platos ante las piedras preciosas desmontadas que Aviendha mostraba en la palma de la mano. Reanne explicó que a las primeras las veían como fruslerías, mientras que a las segundas las consideraban riquezas, pero fuera por las razones que fuera, a cambio de dos rubíes de tamaño moderado, una piedra de la luna grande y una pequeña gota de fuego, la gente de Mercado de Forel se mostró más que dispuesta a proporcionar tantas prendas de grueso paño como desearan sus visitantes, algunas de ellas bastante desgastadas.

—Muy generoso por su parte —rezongó Nynaeve con acritud mientras la gente empezaba a sacar ropas de baúles y altillos. Un continuo flujo de personas acudió a la posada con brazadas de ropas—. ¡Esas gemas podrían comprar el pueblo entero!

Aviendha se encogió de hombros; si Reanne no hubiese intervenido, habría entregado un puñado de piedras preciosas. Merilille sacudió la cabeza.

—Tenemos lo que quieren, pero ellos tienen lo que nosotras necesitamos. Me temo que eso significa que son los que marcan el precio.

Lo cual era muy semejante a la situación con las Detectoras de Vientos. El aspecto de Nynaeve era de sentirse realmente mal.

Cuando se encontraron solas, en un pasillo de la posada, Elayne le preguntó a Aviendha

dónde había conseguido semejante fortuna en piedras preciosas, y de la que parecía ansiosa de desprenderse. Esperaba que su medio hermana le dijera que era su recaudación de la Ciudadela de Tear o tal vez de Cairhien.

—Rand al'Thor me la jugó —masculló hoscamente la Aiel—. Intenté comprar mi *toh* con él. Sé que es el modo menos honorable —protestó—, pero no se me ocurría otro. ¡Y le dio la vuelta a todo! ¿Por qué será que cuando una discurre las cosas con lógica, un hombre siempre hace algo completamente ilógico y domina la situación?

—Es tal la confusión de sus bonitas cabezas que una mujer no puede esperar adivinar en qué dirección les va a patinar el caletre —contestó Elayne. No preguntó qué *toh* había intentado comprar Aviendha o cómo había acabado el intento con el resultado de que su medio hermana tuviera una bolsita llena de gemas. Hablar sobre Rand ya era bastante duro sin entrar en un tema así, que a saber dónde podía conducir.

La nieve no sólo trajo consigo la necesidad de ropas de abrigo. A mediodía, cundiendo de minuto en minutos los copos que caían, Renaile entró en el salón, proclamando que había cumplido su parte del trato y demandando no sólo el Cuenco de los Vientos, sino también a Merilille. La hermana Gris la miró consternada, al igual que muchas otras. Los bancos estaban llenos de Allegadas que comían en ese turno, y los criados corrían para servir esa tercera tanda. Renaile no habló en tono bajo, de modo que todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—Puedes empezar con tus enseñanzas ahora —le dijo a la estupefacta Aes Sedai—. Sube a mis aposentos. —Merilille empezó a protestar, pero la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos, cuyo semblante se había tornado repentinamente frío, se puso en jarras—. Cuando doy una orden, Merilille Ceandevin —dijo con voz gélida—, espero que toda la tripulación obedezca prestamente, así que ¡muévete!

Merilille no corrió, pero se levantó de la silla y se marchó, con Renaile empujándola prácticamente escaleras arriba. Habiendo dado su palabra, no le quedaba más remedio. Reanne estaba estupefacta; Alise y Sumeko, todavía luciendo los cinturones rojos, observaban pensativamente.

A partir de ese día, ya avanzaran trabajosamente a través de la nieve por la calzada, ya caminaran por las calles de un pueblo o mientras intentaban encontrar alojamiento en una granja para todo el mundo, Renaile mantuvo a Merilille pegada a sus talones excepto cuando le ordenaba que siguiese a otra Detectora de Vientos. El brillo del *Saidar* rodeaba a la hermana Gris y a su acompañante casi de manera constante, y Merilille mostraba tejidos incesantemente. La pálida cairhienina era mucho más baja que cualquiera de las Atha'an Miere de tez oscura, pero al principio se las ingenió para estar por encima merced a la dignidad Aes Sedai. Enseguida, sin embargo, empezó a exhibir una permanente expresión de sobresalto. Elayne supo que cuando todos tenían camas en las que dormir, cosa que no ocurría siempre, Merilille la compartía con Pol, su doncella, y las dos aprendizas de las Detectoras de Vientos, Talaan y Metarra. Lo que eso significara con respecto a la posición social de Merilille, Elayne no lo tenía claro. Obviamente, las Detectoras de Vientos no la ponían al mismo nivel que las aprendizas. Sólo esperaban que hiciera lo que se le ordenara, cuando se le ordenara, sin demoras ni equivocaciones.

Reanne seguía pasmada por el curso de los acontecimientos, pero Alise y Sumeko no eran las únicas Allegadas que observaban con atención, ni las únicas que asentían pensativamente. Y de repente, Elayne se encontró con otro problema entre las manos. Las Emparentadas veían a Ispan volverse más y más dócil en su cautividad, pero la mujer era prisionera de otras Aes Sedai. Las Atha'an Miere no eran Aes Sedai ni Merilille una prisionera, pero aun así empezaba a reaccionar con prontitud a una orden de Renaile o, en realidad, cuando Dorile o Caire o su hermana Tebreille le mandaban algo. Todas éstas eran Detectoras de Vientos de una Señora de las Olas de un clan, y ninguna de las otras la hacían obedecer con tanta presteza, pero con eso era suficiente. Más y más Allegadas pasaban de la estupefacción horrorizada a la observación pensativa. Quizá las Aes Sedai también eran de

Librodot

carne y hueso como todo el mundo, después de todo. Y si las Aes Sedai eran simples mujeres como ellas mismas, ¿por qué iban a someterse de nuevo a los rigores de la Torre, a la autoridad y la disciplina de las Aes Sedai? ¿Acaso no habían sobrevivido muy bien por sus propios medios, algunas durante más años de los que cualquiera de las hermanas de más edad estaba dispuesta a creer? Elayne podía ver prácticamente cómo la idea cobraba forma en sus mentes. Cuando se lo mencionó a Nynaeve, sin embargo, ésta se limitó a rezongar:

—Ya iba siendo hora de que algunas de las hermanas supieran lo que es intentar enseñar a una mujer que cree que sabe más que su maestra. Las que tienen una oportunidad de alcanzar el Chal seguirán queriendo conseguirlo; en cuanto a las otras, no veo por qué no deberían adquirir más confianza en sí mismas y demostrar más carácter.

Elayne se guardó de mencionar las protestas de Nynaeve con respecto a Sumeko, que ciertamente había desarrollado más carácter; Sumeko había criticado varios tejidos de la Curación de Nynaeve, calificándolos de «toscos», y Elayne había creído que a la antigua Zahorí iba a darle un ataque de apoplejía allí mismo.

—En cualquier caso, no hay necesidad de contárselo a Egwene. Si es que acude. Nada de nada. Bastante tiene con lo suyo.

Indudablemente, aquel «nada de nada» se refería a Merilille y a las Detectoras de Vientos. Estaban en camisón, sentadas en la cama, en el segundo piso de El Nuevo Arado, con sendos *ter'angreal* del sueño, los retorcidos anillos de piedra, colgando de sus cuellos, el de Elayne de un sencillo cordel de cuero, y el de Nynaeve, junto con el pesado sello de oro de Lan, de una fina cadena dorada. Aviendha y Birgitte, todavía vestidas, se hallaban sentados en dos baúles de ropa. Montando guardia, como lo llamaron ellas, hasta que Nynaeve y Elayne regresaran del Mundo de los Sueños. Ambas conservaron las capas echadas sobre los hombros hasta que se metieron en la cama. El Nuevo Arado no tenía nada de nuevo, definitivamente; las grietas surcaban como finas telarañas las paredes enlucidas, y había corrientes de aire por todas partes.

El cuarto en sí era pequeño, y los baúles y paquetes amontonados dejaban espacio para poco más que la cama y el lavabo. Elayne sabía que tenía que presentarse apropiadamente en Caemlyn, pero a veces se sentía culpable porque los albardones transportaran sus pertenencias, cuando la mayoría tenía que arreglarse con lo que podía cargar a la espalda. Desde luego, Nynaeve no dio señal en ningún momento de sentirse mal por *sus* baúles. Llevaban dieciséis días de viaje; al otro lado de la estrecha ventana, la luna llena brillaba sobre el manto blanco de la nieve, que haría más lenta la marcha al día siguiente aunque el cielo se mantuviera despejado, y Elayne pensó que prever otra semana para llegar a Caemlyn sería un cálculo demasiado optimista.

—Tengo bastante sentido común para no recordárselo —le contestó a Nynaeve—. No me apetece recibir otro tirón de orejas.

Ése era un modo muy suave de decirlo. No habían vuelto al *Tel'aran'rhiod* desde que informaron a Egwene, la noche siguiente de la partida de la hacienda, de que se había utilizado el Cuenco de los Vientos. A regañadientes, también le habían contado el acuerdo que se habían visto obligadas a aceptar con las Detectoras de Vientos, y se encontraron de golpe ante la Sede Amyrlin con la estola de colores sobre los hombros. Elayne sabía que había sido necesario y justo —la mejor amiga de una reina entre todos sus súbditos sabía que, además de su amiga, era reina, *debía* saberlo—, pero no le había resultado grato que su amiga les dijera en tono acalorado que su comportamiento había sido el de unas necias sin pizca de seso y que lo que habían hecho podría llevarlas al desastre a todas. No fue agradable, sobre todo teniendo en cuenta que ella estaba de acuerdo. Tampoco le había gustado oír que la única razón por la que Egwene no les imponía un castigo que les pondría los pelos de punta era que no podía permitirse el lujo de hacerles perder tiempo. Necesario y justo, sin embargo; cuando se sentase en el Trono del León, seguiría siendo Aes Sedai, y estaría sujeta a las leyes y reglas de las Aes Sedai. No para Andor —jamás entregaría su país a la Torre Blanca—, sino con respecto a sí misma. De modo que, por desagradable que hubiese sido, aceptó la

Librodot

amonestación con calma. Nynaeve se había encogido de vergüenza, balbuceando protestas y enfurruñándose, pero después se deshizo en disculpas hasta el punto que Elayne casi no podía creer que fuese la misma mujer que conocía. Como era debido, Egwene había mantenido su actitud como Amyrlin, mostrando un frío desagrado incluso mientras concedía el perdón por sus errores. En el mejor de los casos, esa noche no iba a ser agradable ni cómoda si Egwene se encontraba allí.

Sin embargo, cuando se soñaron en el Salidar del *Tel'aran'rhiod*, dentro de la habitación de la Torre Chica a la que llamaban el estudio de la Amyrlin, Egwene no se encontraba allí, y la única señal de que la había visitado desde su anterior encuentro eran unas palabras apenas visibles, marcadas en un panel de la pared roída por la carcoma, como si la mano que las había trazado no hubiese querido tomarse el trabajo de arañar más profundamente la madera.

QUEDAOS EN CAEMLYN

Y a unos cuantos palmos de distancia:

GUARDAD SILENCIO Y TENED CUIDADO

Ésas habían sido las últimas instrucciones de Egwene. Ir a Caemlyn y quedarse allí hasta que ella pudiera determinar cómo impedir que la Antecámara las pusiera a todas en salmuera dentro de un barril, con la tapa bien clavada. Un recordatorio que no había modo de borrar de la memoria.

Elayne abrazó el *Saidar* y encauzó para dejar su propio mensaje, el número quince aparentemente raspado sobre el grueso tablero de lo que había sido el escritorio de Egwene. Invertir el tejido y atarlo significaba que sólo alguien que pasara los dedos sobre los números se daría cuenta de que no estaban realmente grabados en la madera. Quizá no tardarían quince días en llegar a Caemlyn, pero sí más de una semana, de eso no cabía duda.

Nynaeve se acercó a la ventana y escudriñó a uno y otro lado, con cuidado de no asomar la cabeza a través del marco. Era de noche, igual que en el mundo de vigilia, y la luna llena brillaba sobre la nieve, si bien el aire no se sentía frío. No debía haber nadie allí salvo ellas, y si lo había, era alguien que había que evitar.

—Espero que no esté teniendo problemas con su plan —murmuró.

—Nos advirtió no mencionar eso ni siquiera entre nosotras, Nynaeve. «A un secreto dicho en voz alta le crecen alas.» —Ésa era otra de las máximas preferidas de Lini.

Nynaeve hizo una mueca y luego se volvió para atisbar el estrecho callejón.

—En tu caso es diferente. Cuidé de ella de pequeña, le cambié los pañales, le di unos azotes un par de veces. Y ahora tengo que responder prestamente cuando chasquea los dedos. Es duro.

Elayne no pudo remediarlo. Chasqueó los dedos.

Nynaeve giró sobre sí misma con tanta rapidez que su figura se tornó borrosa, igual que su rostro, con los ojos desorbitados por el terror. También su vestido se desdibujó, pasando del traje de montar de seda azul, al blanco con bandas de las Aceptadas, del cual pasó a otro oscuro del grueso y buen paño de Dos Ríos. Cuando cayó en la cuenta de que Egwene no se encontraba allí, que no la había escuchado, fue tal su alivio que por poco no se desmayó.

Una vez que hubieron regresado a sus cuerpos y se despertaron lo suficiente para decirles a las otras que podían acostarse, a Aviendha le pareció un buen chiste lo ocurrido, y Birgitte también se rió. Sin embargo, Nynaeve tuvo su venganza. A la mañana siguiente, despertó a Elayne metiéndole un carámbano en el camisón. Los chillidos de la heredera del trono despertaron a todo el pueblo.

Tres días después, se produjo el primer estallido.

Librodot

CAPÍTULO 7

Acudir al emplazamiento

Las fuertes borrascas invernales, conocidas como las cemaras, continuaron llegando desde el Mar de las Tormentas, las más violentas de que se tenía memoria. Algunos decían que ese año las cemaras intentaban recuperar los meses de retraso. Los rayos crepitaban en el cielo con suficiente intensidad para quebrar la oscuridad de la noche. El viento azotaba la tierra y la lluvia la flagelaba, convirtiendo todas las calzadas, salvo las más resistentes, en ríos de barro. A veces éste se helaba al caer la noche, pero el amanecer siempre traía el deshielo, incluso con cielos cubiertos, y el suelo volvía a tornarse un cenagal. A Rand le sorprendió hasta qué punto había obstaculizado sus planes el cambio del tiempo.

Los Asha'man que había mandado llamar acudieron pronto, a media mañana del día siguiente, saliendo a caballo por un acceso hacia un aguacero que oscurecía tanto el sol que parecía un crepúsculo. A través del agujero en el aire, se veía caer la nieve en Andor, grandes copos blancos, tan copiosos que ocultaban lo que había detrás. La mayoría de los hombres de la corta columna iban abrigados con gruesas capas negras, pero la lluvia parecía resbalar alrededor de ellos y de sus monturas. No era algo que saltase a la vista, pero cualquiera que se fijara miraría con mayor detenimiento. Mantenerse seco requería sólo un tejido sencillo, siempre y cuando no importara hacer alarde de lo que uno era. Claro que de eso ya se encargaba el círculo negro y blanco, bordado sobre fondo carmesí, en la pechera de las capas. Aun medio ocultos por la lluvia, emanaba de ellos orgullo, había arrogancia en el modo en que se sostenían sobre las sillas. Y un aire de desafío. Se enorgullecían de lo que eran.

Su comandante, Charl Gedwyn, de estatura media, era unos pocos años mayor que Rand y, al igual que Torval, lucía las insignias de la espada y el dragón en una chaqueta de excelente corte y cuello alto, de la mejor seda negra. Su espada iba suntuosamente engastada con plata, así como el talabarte, cuya hebilla, del mismo metal precioso, tenía la forma de un puño cerrado. Gedwyn se refería a sí mismo con el término Tsorovan'm'hael, vocablo de la Antigua Lengua que podía traducirse por «Líder de Asalto», ya que la palabra Tsorovan tenía una acepción habitual, «tormenta», y también una acepción militar «tomar por asalto». Al menos en el primer caso parecía muy apropiado al tiempo que hacía.

Con todo, el hombre entró en la tienda y se quedó junto a la puerta, contemplando con gesto ceñudo el fuerte aguacero. Una guardia montada de los Compañeros rodeaba la tienda, a unos treinta pasos de distancia, pero apenas se los veía. Por el modo en que hacían caso omiso del torrente de agua, habríase dicho que eran estatuas.

—¿Cómo esperáis que encuentre a nadie en esta turbonada? —masculló Gedwyn, girando la cabeza hacia atrás para mirar a Rand. Con una fracción de segundo de retraso, añadió—: Milord Dragón. —Sus ojos eran duros y desafiantes, pero siempre tenían esa expresión, ya mirasen a un hombre o a un poste—. Rochaid y yo hemos traído a ocho Dedicados y a cuarenta soldados, suficientes para destruir cualquier ejército o para acobardar a diez reyes. Incluso podrían hacer parpadear a una Aes Sedai —comentó irónicamente—. Así me abrase, él y yo solos podríamos hacer un buen trabajo. O vos. ¿Por qué necesitáis a otros?

—Lo que espero es que obedezcas, Gedwyn —replicó fríamente Rand. ¿Líder de Asalto? Y Manel Rochaid, el segundo de Gedwyn, se hacía llamar Baijan'm'hael, es decir,

Librodot

Líder de Ataque. ¿Qué pretendía Taim creando nuevos rangos? Lo importante era que creara armas. Y que esas armas conservaran la cordura el tiempo suficiente para poder utilizarlas—. No que pierdas el tiempo cuestionando mis órdenes.

—Como ordenéis, milord Dragón —murmuró Gedwyn—. Mandaré unos hombres a explorar inmediatamente.

Con un seco saludo, llevando el puño al pecho, salió a la tormenta. El diluvio se desvió a su alrededor, azotando el escudo que había tejido en torno a su cuerpo. Rand se preguntó si el hombre sospechaba lo cerca que había estado de morir cuando asió el *Saidin* sin previo aviso.

«Debes matarlo antes de que él te mate a ti. —Lews Therin soltó una risilla—. Porque lo harán, ¿lo sabes, verdad? Los muertos no pueden traicionar a nadie. —La voz que sonaba en la mente de Rand se tornó cavilosa—. Aunque a veces no mueren. ¿Estoy muerto yo? ¿Lo estás tú?»

Rand relegó la voz a los recovecos de su cerebro de manera que se redujo a un apagado zumbido casi imperceptible. Desde su reaparición dentro de la mente de Rand, Lews Therin rara vez guardaba silencio si no era por la fuerza. El hombre parecía más demente que nunca la mayor parte del tiempo, y también más furioso. Y en ocasiones más fuerte, asimismo. Esa voz invadía los sueños de Rand, y cuando se veía a sí mismo en un sueño, no siempre era él, ni por lo más remoto. Tampoco era Lews Therin, el semblante que había llegado a reconocer como el de él. A veces era una imagen borrosa, si bien vagamente familiar, y también parecía sobresaltar a Lews Therin. Ésa era una indicación de hasta dónde llegaba la demencia del hombre. O quizá la suya.

«Aún no —pensó Rand—. No puedo permitirme caer en la locura todavía.»

«¿Cuándo, entonces?», susurró Lews Therin antes de que Rand pudiera acallarlo de nuevo.

Con la llegada de Gedwyn y los otros Asha'man, su plan de empujar a los seanchan hacia el oeste se puso en marcha. Se puso en marcha y avanzó tan lentamente como un hombre caminando trabajosamente por una de aquellas calzadas embarradas. Trasladó su campamento de inmediato, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar sus movimientos. No tenía sentido esforzarse en mantenerlo en secreto. Las noticias viajaban despacio con las palomas, y aún más con los correos, desde la llegada de las cemaras, pero no tenía la menor duda de que lo vigilaban, ya fuese la Torre Blanca, los Renegados o cualquiera que considerase una ventaja o un perjuicio que el Dragón Renacido fuera aquí o allí y pudiera permitirse dar dinero bajo cuerda a un soldado. Tal vez incluso los seanchan. Si él podía seguir sus movimientos, ¿por qué no a la inversa? No obstante, ni siquiera los Asha'man sabían por qué se trasladaba.

Mientras Rand observaba ociosamente a los hombres que recogían su tienda y la cargaban en una carreta, Weiramon apareció en uno de sus numerosos corceles, un castrado blanco, un excelente purasangre tearian o. Había dejado de llover, si bien las nubes grises seguían ocultando el sol de mediodía y había tanta humedad en el aire que daba la impresión de que se le habría podido exprimir agua con las manos. El Estandarte del Dragón y la Enseña de la Luz colgaban fláccidos y empapados de los altos astiles.

Los Defensores tearianos habían reemplazado a los Compañeros, y mientras Weiramon recorría a caballo el anillo de jinetes, miró ceñudo a Rodrivar Tihera, un tipo delgado, muy atezado incluso para ser tearian o, con la barba recortada formando un pronunciado pico. Noble de escasa importancia, que había tenido que ascender a fuerza de méritos, Tihera era puntilloso en extremo. Las anchas plumas blancas que adornaban su morrión dieron mayor realce a la rebuscada inclinación de cabeza con la que saludó a Weiramon. El ceño del Gran Señor se acentuó.

No era necesario que el Capitán de la Ciudadela estuviese personalmente a cargo de la guardia de Rand, pero lo hacía con frecuencia, del mismo modo que Marcolin dirigía a menudo la guardia de los Compañeros. Existía una enconada rivalidad entre Defensores y

Librodot

Compañeros en cuanto a quién debía proteger a Rand. Los tearianos reclamaban ese derecho basándose en que había dirigido Tear durante más tiempo, en tanto que los illianos se apoyaban en el hecho de que, al fin y a la postre, era rey de Illian. Quizás habían llegado a oídos de Weiramon algunos rumores que corrían entre los Defensores acerca de que ya iba siendo hora de que Tear tuviese un monarca, y ¿quién mejor que el hombre que había tomado la Ciudadela? Weiramon estaba completamente de acuerdo en esa necesidad, pero no en la elección de quién debería llevar la corona. Y no era el único.

El hombre suavizó el gesto tan pronto como advirtió que Rand estaba observando, y bajó de la silla labrada con oro para hacerle una reverencia que hizo parecer sencilla la de Tihera. Envarado a más no poder, era capaz de pavonearse y darse aires incluso dormido. Con todo, torció un poco el gesto al plantar la lustrada bota en el barro. Llevaba una capa para la lluvia a fin de que sus excelentes ropas no se mojaran, pero hasta esa prenda iba cuajada de bordados en oro y tenía zafiros engastados en el cuello. A pesar de que Rand lucía una chaqueta de seda, en un color verde profundo, con abejas doradas a lo largo de las mangas y en las solapas, se habría podido perdonar a cualquiera el error de creer que la Corona de Espadas pertenecía a la cabeza del teariano, no a la suya.

—Milord Dragón —entonó Weiramon—. No tengo palabras para expresar lo feliz que me siento de que sean tearianos los que velan por vuestra seguridad. Sin duda el mundo lloraría si os ocurriera algo.

Era demasiado listo para decir a las claras que los illianos no eran de fiar. Listo por un pelo.

—Lo haría, antes o después —repuso secamente Rand. Después de que la mayor parte acabara de celebrarlo—. Sé cuántas lágrimas derramarías tú, Weiramon.

El tipo se pavoneó, de hecho, y se atusó la punta de su barba canosa. Sólo había oído lo que quería oír.

—Sí, milord Dragón, podéis tener por segura mi lealtad. Razón por la cual estoy preocupado a causa de las órdenes que me trajo vuestro hombre esta mañana.

Se refería a Adley; muchos de los nobles pensaban que actuando como si los Asha'man fueran simples sirvientes de Rand serían menos peligrosos de algún modo.

—Muy inteligente por vuestra parte mandar lejos a la mayoría de los cairhieninos —continuó—. Y a los illianos, por supuesto; eso se da por entendido. Puedo incluso entender que hayáis reducido las tropas de Gueyam y los otros. —Las botas de Weiramon chapotearon en el barro cuando el hombre se aproximó, y su voz adoptó un tono confidencial—. Creo que algunos de ellos... Bueno, no diré que hayan *conspirado* contra vos, pero sí creo que quizá su lealtad no siempre haya estado fuera de duda. Como lo está la mía. Incuestionable. —Su voz cambió de nuevo, adoptando un timbre fuerte, de seguridad, la de un hombre preocupado sólo de las necesidades de aquel a quien sirve. El que sin duda *lo* nombraría primer rey de Tear—. Permitidme que lleve a todos mis mesnaderos, milord Dragón. Con ellos y los Defensores, estaría en condiciones de garantizar el honor del Señor de la Mañana, así como su seguridad.

En todos los campamentos individuales que se extendían por el brezal, se cargaban carretas y carros y se ensillaban caballos. La mayoría de las tiendas ya se habían desmontado. La Gran Señora Rosana cabalgaba hacia el norte, con su estandarte desplegado a la cabeza de una columna lo bastante numerosa para dispersar a los bandidos y al menos dar que pensar a los Shaido. Pero no tanto como para darle ideas a la noble, sobre todo cuando la mitad de esos soldados eran hombres de Gueyam y Maraconn, mezclados con Defensores de la Ciudadela. Más o menos lo mismo era aplicable en el caso de Spiron Narettin, que cabalgaba hacia el este, sobre el altozano, con tantos Compañeros y hombres leales a otros miembros del Consejo de los Nueve como mesnaderos suyos, por no mencionar a los hombres que se habían rendido en el bosque, al otro lado de esa elevación, el día anterior. Un número sorprendente de ellos había decidido seguir al Dragón Renacido, pero Rand no se fiaba lo bastante para dejarlos partir juntos. Tolmeran iniciaba la marcha hacia el sur en ese momento,

Librodot

con la misma mezcolanza de fuerzas, y otros partirían tan pronto como se hubiesen cargado sus vehículos de transporte. Cada uno en una dirección distinta, y todos sin poder fiarse de los hombres que lo seguían lo bastante para hacer algo más que cumplir las órdenes impartidas por Rand. Pacificar Illian era una tarea importante, pero todos los lores y ladies lamentaban haber sido enviados lejos del Dragón Renacido, preguntándose obviamente si ello significaba que habían perdido su confianza. Aunque unos cuantos tal vez se plantearan por qué había decidido dejar a los que se quedaban, sin perderlos de vista. Ciertamente, Rosana parecía haberlo pensado.

—Tu interés me conmueve —le dijo a Weiramon—, pero ¿cuántos guardias personales necesita un hombre? No salgo a emprender una guerra. —Un matiz sutil, quizá, pero ese conflicto ya era viejo. Había empezado en Falme, si no antes—. Ocúpate de que tus hombres estén preparados.

«¿Cuántos han muerto por mi orgullo? —gimió Lews Therin—. ¿Cuántos han muerto por mis errores?»

—¿Puedo al menos saber *adónde* nos dirigimos?

La pregunta de Weiramon, no exasperada exactamente, sonó por encima de la voz que Rand oía en su mente.

—A la ciudad —respondió, cortante. Ignoraba cuántos habían muerto por sus errores, pero ninguno por su orgullo. De eso estaba seguro.

Weiramon abrió la boca, obviamente confuso en cuanto a si se refería a Tear o a Illian, o quizás incluso a Cairhien, pero Rand lo despidió con un gesto de la mano en la que sostenía el Cetro del Dragón, un movimiento brusco que hizo que el borlón verde y blanco se meciera. Casi deseó poder ensartar con él a Lews Therin.

—¡No tengo intención de quedarme aquí todo el día! ¡Ve con tus hombres!

Menos de una hora después, asió la Fuente Verdadera y se preparó para abrir un acceso para Viajar. Tuvo que combatir el mareo que lo asaltaba últimamente cada vez que aferraba o soltaba el Poder; no llegó a tambalearse en la silla de *Tai'daishar*, pero con la inmundicia fundida que flotaba en el *Saidin*, la gélida viscosidad, impregnando la Fuente faltó poco para que vomitara. Ver doble, aunque sólo durante unos instantes, hacía difícil, cuando no imposible, tejer los flujos; podía haberle dicho a Dashiva o a Flinn o a uno de los otros que lo hiciera, pero Gedwyn y Rochaid sujetaban las riendas de sus monturas, al frente de una docena, más o menos, de soldados de chaqueta negra, todos los que no habían salido de batida. Aguardando simplemente, con aire paciente. Y observándolo. Rochaid, un palmo más bajo que él y unos dos años más joven, también había alcanzado ya el grado de Asha'man, y su chaqueta era igualmente de seda negra. Un atisbo de sonrisa asomaba a su semblante, como si supiese cosas que los demás ignoraban y ello le divirtiera. ¿Qué sabía? Lo de los seanchan, sin duda, ya que no los planes que tenía Rand para ellos. ¿Qué más? Quizá nada, pero Rand no estaba dispuesto a mostrar la menor debilidad delante de esos dos. El mareo pasó enseguida, la visión doble tardó un poco más, como ocurría siempre en las últimas semanas. Acabó el tejido y luego, sin esperar, clavó talones en el caballo y cabalgó a través del acceso que se desplegaba ante él.

La ciudad a la que se había referido era Illian, aunque el acceso se abría al norte de la urbe. A pesar de la supuesta preocupación de Weiramon, no iba ni desprotegido ni solo. Casi tres mil hombres cabalgaron a través del agujero cuadrado abierto en el aire y salieron a una pradera ondulada, no muy lejos de la amplia y embarrada calzada que conducía al camino elevado de la Estrella del Norte. Aun cuando sólo se había permitido a cada noble llevar consigo un puñado de mesnaderos —para hombres acostumbrados a dirigir a un millar, si no varios millares, cien hombres eran un puñado— entre todos se alcanzaba esa cifra. Tearianos, cairhieninos e illianos, Defensores de la Ciudadela al mando de Tihera, Compañeros al mando de Marcolin, y Asha'man en pos de Gedwyn. Es decir, los Asha'man que habían ido con él, porque Dashiva, Flinn y los demás mantuvieron sus monturas detrás de *Tai'daishar*, cerca. Todos excepto Narishma, que aún no había regresado; aunque sabía dónde encontrarlo,

Librodot

no le gustaba ese retraso.

Cada grupo se mantenía lo más aislado posible de los demás. Gueyam, Maraconn y Aracome cabalgaban con Weiramon, todos ellos más pendientes de Rand que de hacia dónde se dirigían, y Gregorin Panar con otros tres miembros del Consejo de los Nueve inclinándose en las sillas para hablar en voz baja entre ellos, con aire intranquilo. Semaradrid, seguido por un grupo de lores cairhieninos de rostros tensos, observaba a Rand casi tan fijamente como los tearianos. Rand había elegido a los que irían con él con tanto cuidado como a los que había mandado lejos, no siempre por las razones que otros habrían tenido para hacerlo.

Si hubiera habido curiosos, habrían presenciado un espectáculo soberbio, con todos los estandartes y las banderas multicolores y los pequeños *con* alzándose en la espalda de algunos cairhieninos. Soberbio, multicolor y muy peligroso. Algunos *habían* conspirado contra él, y se había enterado de que la casa Maravin de Semaradrid mantenía viejas alianzas con la casa Riatin, que estaba en abierta rebelión contra él en Cairhien. Semaradrid no negaba esa relación, pero tampoco se la había mencionado a Rand antes de que éste tuviera conocimiento de ella. A los componentes del Consejo de los Nueve los conocía desde hacía muy poco, demasiado para correr el riesgo de dejarlos atrás. Y Weiramon era un necio. Dejarlo a su albedrío podría resultar desastroso; podría ocurrírsele la idea de ganarse el favor del Dragón Renacido lanzando un ejército contra los seanchan o Murandy o sólo la Luz sabía contra quién o contra qué. Demasiado necio para dejarlo atrás solo y demasiado poderoso para apartarlo a un lado, así que cabalgaba con Rand y se creía honrado con una distinción. Casi era una lástima que no fuese lo bastante estúpido para hacer algo que justificara ejecutarlo.

Detrás iban los criados y los carros —nadie entendía por qué había enviado Rand todas las carretas con los otros, y él no pensaba dar ninguna explicación; ¿a quién pertenecerían el siguiente par de orejas que escucharían?— y a continuación las largas ringleras de caballos de refresco, conducidas por los encargados de los animales, y desordenadas filas de hombres equipados con petos abollados que no les encajaban bien o coseletes de cuero, reforzados con láminas oxidadas, armados con arcos, ballestas o lanzas, e incluso unas pocas picas; más de los hombres que habían obedecido el emplazamiento de «lord Brend» y que se negaban a regresar a sus casas desarmados. Su líder era el tipo acatarrado con el que Rand había hablado al borde del bosque, Eagan Padros de nombre, y mucho más inteligente de lo que aparentaba. Para un plebeyo resultaba difícil ascender mucho en casi todas partes, pero Rand había distinguido a Padros. Éste agrupó a un lado a sus hombres, pero todos ellos se arremolinaron, apartándose entre sí a codazos para tener mejor vista hacia el sur.

El camino elevado de la Estrella del Norte se extendía, recto como una flecha, a lo largo de kilómetros del marjal que rodeaba Illian; era una amplia calzada de tierra prensada, intercalada de puentes adoquinados. El viento del sur traía olor a sal y un indicio a tenerías. Illian era una ciudad en expansión que fácilmente igualaba en tamaño a Caemlyn o Cairhien. Tejados de intensos colores y centenares de altas torres brillando bajo el sol se distinguían con dificultad al otro lado del mar de hierba anegada por el que vadeaban grullas de largas patas, y bandadas de pájaros blancos volaban bajo a la par que lanzaban estridentes chillidos. Illian nunca había necesitado murallas. Tampoco habrían servido de mucho contra él.

Causó una considerable decepción que no tuviese intención de entrar en Illian, si bien nadie articuló protesta alguna, al menos que él pudiese oír. Con todo, fueron muchos los rostros sombríos y los rezongos mientras se empezaban a levantar campamentos improvisados. Como ocurría con la mayoría de las grandes urbes, Illian tenía fama de lugar misterioso y exótico, con mozos de cervecerías generosos y mujeres complacientes. Al menos entre los hombres que nunca habían estado en ella, aun cuando fuera la capital de su país. La ignorancia siempre hinchaba la reputación de una ciudad en esos aspectos. A la postre, el único que salió a galope por el camino elevado fue Morr. Los hombres que martilleaban las clavijas de las tiendas y preparaban estacadas para atar a los caballos dejaron un momento su trabajo para mirarlo con envidia. Los nobles lo observaron con curiosidad, si

bien fingiendo que no lo hacían.

Los Asha'man que estaban con Gedwyn no hicieron caso de Morr y siguieron levantando su campamento, que consistía en una tienda negra como el azabache para Gedwyn y Rochaid, y un espacio donde la empapada hierba marrón y el barro fueron aplastados y exprimidos hasta dejar seca la zona. Lo hicieron con el Poder, naturalmente; lo hacían todo con el Poder, sin molestarse siquiera en encender lumbres. Unos cuantos hombres de los otros campamentos los observaron con los ojos muy abiertos mientras la tienda parecía levantarse por voluntad propia y los cestos salían flotando de las alforjas, pero la mayoría volvió la vista hacia cualquier otro sitio una vez que resultó obvio lo que ocurría. Dos o tres soldados de chaqueta negra parecían hablar consigo mismos.

Flinn y los otros no se unieron al grupo de Gedwyn —tenían un par de tiendas que se levantaron no lejos de la de Rand—, pero Dashiva se acercó hacia donde el «Líder de Asalto» y el «Líder de Ataque» estaban en posición de descanso y de vez en cuando impartían una seca orden. Tras unas pocas palabras, Dashiva volvió sacudiendo la cabeza y mascullando furioso. Gedwyn y Rochaid no eran unos tipos amistosos. Mejor así.

Rand se retiró a su tienda tan pronto como estuvo instalada, y se tumbó vestido en el catre, fijos los ojos en el techo. También había abejas doradas bordadas en el interior, sobre un techo falso de seda. Hopwil le llevó una jarra de peltre con ponche humeante —Rand no había llevado a sus sirvientes—, pero el vino se enfrió sobre el escritorio. Su cerebro trabajaba febrilmente. Dos o tres días más, y los seanchan habrían recibido un golpe que los tumbaría patas arriba. Luego habría que regresar a Cairhien para ver cómo habían ido las negociaciones con los Marinos, para descubrir qué pretendía Cadsuane —estaba en deuda con ella, ¡pero esa mujer buscaba algo!—, y quizás acabar con lo que quedaba de rebelión en el país. ¿Se habrían escabullido Caraline Damodred y Darlin Sisnera, aprovechando la confusión? Tener en su poder al Gran Señor Darlin tal vez pondría fin también a la rebelión en Tear. Andor. Si Mat y Elayne estaban en Murandy, como parecía, aún tendrían que pasar semanas para que Elayne pudiese reclamar el Trono del León. Una vez que eso ocurriera, tendría que mantenerse lejos de Caemlyn. Pero tenía que hablar con Nynaeve. ¿Realmente *podría* él limpiar el *Saidin*? Tal vez funcionaba. Y también podía destruir el mundo. Lews Therin parloteó dentro de su cabeza con absoluto terror. Luz, ¿dónde se había metido Narishma?

Descargó una tormenta cemara, aún más virulenta, a corta distancia del mar. Los destellos de los rayos iluminaban la entrada con su luz blanca azulada, los truenos retumbaban, semejando montañas que rodaran sobre la tierra.

Y saliendo de la tormenta, Narishma apareció y entró en la tienda, chorreando, con el oscuro cabello pegado a la cabeza. Sus órdenes habían sido evitar llamar la atención a toda costa. Nada de hacer alarde en él. Su empapada chaqueta era una prenda sencilla de color marrón, y su oscuro cabello iba recogido con una cinta en la nuca, no trenzado en coletas. Aun sin campanillas, un cabello largo casi hasta la cintura en un hombre atraía miradas. También exhibía un gesto ceñudo, y bajo un brazo llevaba un envoltorio cilíndrico, atado con una cuerda, más grueso que la pierna de un hombre, como una alfombra pequeña.

Rand se incorporó de un brinco del catre y le arrebató el paquete antes de que Narishma tuviese tiempo de tendérselo.

—¿Te vio alguien? —demandó—. ¿Por qué has tardado tanto? ¡Te esperaba anoche!

—Me costó un tiempo decidir qué tenía que hacer —replicó Narishma en tono seco—. No me contasteis todo. Casi me matasteis.

Eso era ridículo. Le había dicho todo lo que necesitaba saber. Estaba seguro. No tenía sentido confiar en el hombre hasta el punto que lo había hecho para que muriera y echara todo a rodar. Con cuidado, metió el bulto debajo del catre; sus manos temblaban de ansiedad por abrirlo, por asegurarse que el envoltorio contenía lo que Narishma había ido a buscar. De lo contrario, el hombre no habría regresado.

—Ponte una chaqueta adecuada antes de reunirte con los demás —ordenó—. Y,

Narishma... —Rand se puso de pie y clavó en él una mirada intensa—. Cuéntale a alguien esto, y entonces *sí* que te mataré.

«Mata al mundo entero —rió Lews Therin, su voz un gemido de desprecio. De desesperación—. *Yo* acabé con el mundo, y tú también puedes, si pones empeño.»

Narishma se llevó el puño al pecho con un seco golpe.

—Como ordenéis, milord Dragón —contestó agriamente.

Al día siguiente, bajo la luz de la primera hora de la mañana, mil hombres de la Legión del Dragón partieron de Illian y marcharon por el camino elevado de la Estrella del Norte, con el sonido de los tambores marcando el paso. Bueno, si no había mucha luz, sí era temprano. Densos nubarrones grises se desplazaban por el cielo, y una fuerte brisa soplaba del mar cargada de sal y sacudía capas y estandartes, anunciando otra tormenta en camino. La Legión llamó bastante la atención de los mesnaderos del campamento, con sus yelmos andoreños pintados de azul y sus largas chaquetas adornadas en la pechera con el dragón rojo y dorado. Un estandarte azul con un dragón y un número marcaba a cada una de las cinco compañías. Los legionarios eran diferentes en muchos sentidos. Por ejemplo, llevaban peto, pero debajo de la chaqueta, como para no tapar el dragón de la pechera —la misma razón de que la prenda se abotonara a un lado—, e iban armados con una espada corta a la cadera y una ballesta, ya armada, al hombro, todas exactamente en la misma posición. Los oficiales, que lucían una larga pluma roja en el casco, caminaban delante del tambor y el portaestandarte. Los únicos caballos eran el castrado pardo de Morr, a la cabeza de la columna, y los animales de carga en la retaguardia.

—Infantería —murmuró Weiramon mientras golpeaba suavemente las riendas sobre la palma de la otra mano—. Así se abrase mi alma, la infantería no vale para nada. Se dispersa a la primera carga. O antes.

La cabecera de la columna salió del camino elevado. Habían ayudado a tomar Illian, y no se habían dispersado.

—No llevan picas —masculló Semaradrid sacudiendo la cabeza—. He visto resistir a la infantería, bien dirigida, con sus picas, pero sin ellas... —Hizo un sonido gutural de desagrado.

Gregorin Panar, el tercer hombre montado a caballo cerca de Rand para ver las nuevas incorporaciones, no dijo nada. Quizá no tenía prejuicios contra la infantería —aunque, en tal caso, sería uno de los contados nobles que Rand conocía que no cojeaba del mismo pie—, si bien procuró no fruncir el entrecejo y casi lo consiguió. Todos sabían a esas alturas que los hombres con el dragón en la pechera de la chaqueta habían tomado las armas porque habían elegido seguir a Rand, al Dragón Renacido, sin otra razón que querer hacerlo. Los illianos debían de estar preguntándose adónde se dirigirían para que Rand quisiera contar con la Legión, y al Consejo de los Nueve tampoco se les había confiado esa información. De hecho, Semaradrid miraba de reojo a Rand. Sólo Weiramon era demasiado estúpido para pensar.

Rand hizo dar la vuelta a *Tai'daishar.* El bulto que había llevado Narishma había sido empaquetado de nuevo en un fardo más reducido, y lo llevaba atado debajo de la correa del estribo izquierdo.

—Levantad el campamento. Emprendemos la marcha —les dijo a los tres nobles.

Esta vez dejó que Dashiva se encargara de abrir el acceso por el que partirían todos. El tipo de rasgos toscos lo miró ceñudo y masculló entre dientes —¡Dashiva parecía ofendido por alguna razón!—, y Gedwyn y Rochaid, montados caballo contra caballo, observaron con sonrisas sarcásticas mientras la línea de luz plateada rotaba sobre sí misma hasta abrir un agujero de la nada. A decir verdad, lo observaban más a él que a Dashiva. Bueno, que miraran lo que quisieran. ¿Cuántas veces podría aferrar el *Saidin* arriesgándose a caer de bruces por el mareo antes de desplomarse de verdad? No donde ellos pudieran presenciarlo, si podía evitarlo.

En esa ocasión, el acceso los condujo a una ancha calzada abierta a través de unas estribaciones bajas y breñosas de una cordillera que había al oeste. Las montañas Nemarellin.

No igualaban a las Montañas de la Niebla, ni tenían punto de comparación con la Columna Vertebral del Mundo, pero se alzaban oscuras y sobrias contra el cielo, una muralla de picos afilados que cercaba la costa occidental de Illian. Al otro lado se encontraba la Sima de Kabal, y más allá...

Los hombres no tardaron en reconocer las cumbres. Gregorin Panar miró en derredor y asintió con repentina satisfacción. Los otros tres consejeros y Marcolin aproximaron sus monturas a la de él para hablar mientras los jinetes seguían cruzando por el acceso. Semaradrid sólo tardó un instante más en caer en la cuenta, así como Tihera, y ellos también parecieron entender.

El Camino de la Plata discurría desde la capital hasta Lugard, y por él transitaba todo el comercio interior hacia el oeste. También existía el Camino del Oro, que conducía a Far Madding. Calzadas y nombres databan de antes de la existencia de Illian como país. Ruedas de carretas, cascos y pies pasando a lo largo de siglos habían apisonado la tierra hasta hacerla dura y compacta, y las cemaras sólo conseguían levantar una fina capa de barro. Se encontraban entre las contadas carreteras de Illian por las que podían transitar grandes grupos de hombres durante el invierno. A esas alturas, todos estaban enterados de la presencia de los seanchan en Ebou Dar, si bien muchos de los comentarios que Rand había oído a los mesnaderos hacían parecer a los invasores como parientes lejanos de los trollocs. Si los seanchan se proponían caer sobre Illian, el Camino de la Plata era un buen lugar para organizar la defensa.

Semaradrid y los otros creían saber lo que planeaba: debía de haberse enterado de que los seanchan se aproximaban, y los Asha'man estaban allí para destruirlos cuando aparecieran. Dadas las historias que corrían sobre los extranjeros, nadie parecía sentirse molesto de que los hombres de chaquetas negras les dejaran poco que hacer a los demás. Por supuesto, a Weiramon tuvo que explicárselo finalmente Tihera, y él *sí* se molestó, aunque intentó ocultarlo tras una parrafada rimbombante sobre la sabiduría del lord Dragón y la genialidad militar del Señor de la Mañana, así como que él, personalmente, dirigiría la primera carga contra esos seanchan. Un idiota redomado, un perfecto asno. Con suerte, cualesquiera otros que se enteraran de una concentración de tropas en el Camino de la Plata no serían mucho más inteligentes que Semaradrid y Gregorin. Con suerte, ninguno de los que realmente importaban se enteraría antes de que fuera demasiado tarde.

Instalados para esperar, Rand calculó que sólo sería durante un día o dos, pero a medida que se sucedían las jornadas sin noticias, empezó a preguntarse si no sería un necio tan grande como Weiramon.

La mayoría de los Asha'man estaban fuera buscando por todo Illian, Tear y los llanos de Maredo al resto de los que Rand quería. Buscando a través de las cemaras. Los accesos y el Viaje estaban muy bien, pero incluso a los Asha'man les costaba dar con quien buscaban cuando los aguaceros reducían el campo visual a cincuenta metros y los barrizales frenaban los rumores casi por completo. Algunos Asha'man pasaban a un kilómetro de su presa sin advertirlo, y volvían para encontrarse con que los hombres habían seguido adelante. Otros lo tenían aún más difícil, ya que buscaban a personas que no estaban necesariamente deseosas de que se diera con ellas. Pasaron varios días antes de que el primero regresara llevando a quien se le había encomendado ir a buscar.

A Weiramon se le unió el Gran Señor Sunamon, un hombre gordo de modales untuosos, al menos en su trato hacia Rand. Blando bajo su traje de fina seda, siempre sonriente, era prolijo en sus declaraciones de lealtad, pero había conspirado contra Rand durante tanto tiempo que probablemente lo hacía incluso mientras dormía. Acudió el Gran Señor Torean, con su rostro de granjero lleno de marcas y bultos y su inmensa fortuna, balbuceando sobre el gran honor de cabalgar de nuevo junto al lord Dragón. El oro era la mayor preocupación de Torean, salvo quizá los privilegios que Rand había derogado a los nobles de Tear. Pareció muy consternado al enterarse de que no había sirvientas en el campamento, y tampoco un pueblo en las cercanías donde buscar muchachas complacientes.

Torean había conspirado contra Rand tanto como Sunamon. Tal vez más que Gueyam o Maraconn o Aracome.

Había otros. Estaba Bertome Saighan, un hombre bajo, atractivo a pesar de sus facciones duras, con la parte delantera de la cabeza afeitada. Supuestamente no lamentaba demasiado la muerte de su prima Colavaere, porque eso lo había convertido en la nueva Cabeza Insigne de la casa Saighan y porque, según los rumores, Rand la había ejecutado. O asesinado. Bertome hizo una reverencia y sonrió, pero el gesto no se reflejó en sus ojos. Algunos comentaban que había profesado un gran cariño a su prima. También llegó Ailil Riatin, una mujer majestuosa y delgada, de enormes ojos oscuros, no joven pero sí bastante bonita, declarando que tenía un Capitán de Lanzas para dirigir a sus mesnaderos y ningún deseo de participar personalmente en la campaña. También declaró su lealtad hacia el lord Dragón. Pero su hermano Toram reclamaba el trono en el que Rand quería sentar a Elayne, y se murmuraba que la mujer haría cualquier cosa por su hermano, cualquier cosa. Incluso unirse a sus enemigos, poner trabas o espiar o ambas cosas, por supuesto. También llegaron Dalthanes Annallin, Amondrid Osiellin y Doressin Chuliandred, lores que habían apoyado la ocupación del Trono del Sol por Colavaere cuando creían que Rand jamás regresaría a Cairhien.

Tearianos y cairhieninos fueron llevados de uno en uno, acompañados por cincuenta o, a lo sumo, cien asistentes. Hombres y mujeres de los que se fiaba aún menos que de Gregorin o Semaradrid. En su mayoría eran varones, no porque Rand pensara que las mujeres eran menos peligrosas —no era *tan* estúpido; ¡una mujer podía matar dos veces más rápido que un hombre y, generalmente, por la mitad de razones!— sino porque se sentía incapaz de llevar a ninguna mujer, excepto a las más peligrosas, a donde iba. Ailil era capaz de sonreír amistosamente mientras calculaba dónde clavar el cuchillo. Anaiyella, una Gran Señora esbelta, dada a soltar risitas tontas, que ofrecía una buena imitación de una belleza sin pizca de cerebro, había regresado a la Ciudadela desde Cairhien y empezaba a hablar abiertamente de sí misma como aspirante al todavía inexistente trono de Tear. Quizás *era* realmente una idiota, pero se las había ingeniado para obtener mucho apoyo, tanto entre los nobles como en las calles.

De modo que agrupó allí a todos los que habían estado mucho tiempo fuera de su vista. Le era imposible vigilarlos a todos continuamente, pero no podía permitirse que olvidaran que a veces *sí* los controlaba. Los reunió y esperó. Dos días más. Rechinando los dientes, siguió esperando. Cinco días. Ocho.

La lluvia resonaba en su tienda como el toque apagado de un tambor cuando el último hombre al que esperaba llegó finalmente.

Sacudiéndose un pequeño torrente de la capa impermeable, Davram Bashere resopló con fastidio bajo el espeso y canoso bigote y echó la capa sobre una silla. De estatura baja y con una prominente nariz ganchuda, daba la impresión de ser más alto de lo que realmente era. No porque se pavoneara, sino porque daba por hecho que era tan grande como cualquiera de los presentes, y los otros hombres lo veían así. Los hombres inteligentes. El bastón de mando de mariscal de Saldaea, hecho de marfil y con el pomo tallado a semejanza de una cabeza de lobo, que llevaba metido despreocupadamente bajo el talabarte, se lo había ganado en veintenas de campos de batalla y en otras tantas mesas de consejo. Era uno de los pocos hombres al que Rand habría confiado su vida.

—Sé que no os gusta dar explicaciones —murmuró Bashere—, pero no me vendría mal un poco de luz que esclareciese mi ignorancia. —Se ajustó la espada de hoja serpentina y se sentó despatarrado en otra silla, echando una pierna sobre el reposabrazos. Siempre parecía relajado, pero podía lanzarse a la acción con más rapidez que una serpiente atacando—. Ese Asha'man no quiso decir nada más aparte de que me necesitabais para ayer, y sin embargo insistió en que no trajera más que un millar de hombres. Sólo tenía a quinientos hombres conmigo, pero los he traído. No puede tratarse de una batalla. La mitad de enseñas que he visto ahí fuera pertenecen a tipos que se morderían la lengua si vieran a alguien a vuestra

espalda con un cuchillo, y la mayoría de los demás son hombres que intentarían manteneros distraído para que os lo clavara sin problemas. Eso, si es que no habían pagado al individuo del cuchillo.

Sentado detrás del escritorio, en mangas de camisa, Rand se frotó los párpados con los pulpejos de las manos, cansadamente. Ausente Boreane Carivin, nadie se ocupaba de despabilar adecuadamente las lámparas, y una tenue nube de humo flotaba en el aire. Además, había estado despierto gran parte de la noche, enfrascado en los mapas extendidos sobre la mesa. Mapas del sur del Altara. No coincidían apenas unos con otros.

—Si uno va a librar una batalla —dijo a Bashere—, ¿quién mejor para pagar la cuenta de la carnicería que los hombres que te quieren ver muerto? En cualquier caso, no serán soldados los que ganen este combate. Lo único que tienen que hacer es impedir que nadie sorprenda por detrás a los Asha'man. ¿Qué os parece?

Bashere resopló con tanta fuerza que su grueso bigote se agitó.

—Un guiso mortal, eso es lo que me parece. Alguien se va atragantar con él hasta ahogarse. Quiera la Luz que no seamos nosotros. —Y luego se echó a reír con ganas, como si aquello fuese un buen chiste.

Lews Therin rió también.

Librodot

CAPÍTULO 8

Nubes borrascosas

Bajo una constante llovizna, el pequeño ejército de Rand formó en columnas a lo largo de las onduladas y bajas colinas situadas frente a las Nemarellin, cuyos picos resaltaban oscuros y afilados contra el cielo occidental. No era realmente necesario mirar en la dirección hacia la que se quería Viajar, pero a Rand le resultaba extraño hacerlo de otro modo. A despecho de la lluvia, las nubes grises se abrieron rápidamente y dejaron pasar la luz del sol, asombrosamente brillante. O tal vez sólo parecía que el día era más luminoso después de la reciente penumbra.

Cuatro de las columnas iban encabezadas por los saldaeninos de Bashere, hombres de piernas arqueadas, con chaquetas cortas y sin armaduras, que aguardaban pacientemente junto a sus caballos y bajo un bosque de relucientes moharras, y las otras cinco, constituidas por hombres de chaquetas azules con el dragón en la pechera, iban a las órdenes de un tipo bajo y fornido llamado Jak Masond. Cuando éste se movía, lo hacía siempre con sorprendente rapidez, pero ahora estaba completamente inmóvil, plantado en los pies bien separados y con las manos cruzadas a la espalda. Sus hombres se encontraban en su sitio, así como los Defensores y los Compañeros, que se mostraban malhumorados por ir detrás de la infantería. Eran los nobles y sus hombres, principalmente, quienes deambulaban de un sitio a otro como si no supieran bien adónde ir. El espeso barro se agarraba a las botas y a los cascos de los caballos y encenagaba las ruedas de los carros; empezaron a alzarse gritos de maldiciones. Llevaba tiempo organizar a casi seis mil hombres empapados que se mojaban más de minuto en minuto. Y eso sin contar los carros de provisiones y los caballos de refresco.

Rand se había puesto sus mejores ropas, para destacar y ser localizado a primera vista. Una leve pasada con el Poder había lustrado la punta de lanza del Cetro del Dragón hasta hacerla resplandecer, y otra había pulido la Corona de Espadas de manera que el oro relucía. La hebilla dorada del cinturón, con forma de dragón, captaba la luz, al igual que el bordado de hilos de oro que cubría su chaqueta de seda azul. Por un instante lamentó haber quitado las gemas que antes adornaban la empuñadura de su espada y la vaina. La oscura funda de piel de jabalí era práctica, pero cualquier mesnadero podría llevar una así. Que los hombres supieran quién era. Que los seanchan supieran que había ido a destruirlos.

Situado en un amplio espacio llano, a lomos de *Tai'daishar*, observaba impaciente a los nobles que se movían de un lado a otro por las colinas. A corta distancia, en el terreno llano, Gedwyn y Rochaid aguardaban montados al frente de sus hombres, que formaban un cuadrado perfecto, con los Dedicados en primera fila y los soldados alineados detrás. Parecían listos para desfilar. Había tantos con el cabello canoso o incluso calvos como jóvenes —algunos de la edad de Hopwil o Morr— pero hasta el último de ellos era lo bastante fuerte para crear un acceso. Ése había sido un requisito. Flinn y Dashiva aguardaban detrás de Rand, agrupados sin orden con Adley, Morr, Hopwil y Narishma, y un par de portaestandartes montados que se mantenían muy erguidos, uno teariano y otro cairhienino, con los petos, los yelmos e incluso los guanteletes lustrados hasta hacerlos brillar. La carmesí Enseña de la Luz y el largo y blanco Estandarte del Dragón colgaban fláccidos y empapados. Rand había asido el Poder dentro de su tienda, donde el momentáneo tambaleo no se viera, y

Librodot

la menuda lluvia no llegaba a menos de un centímetro de él ni de su caballo, cayendo sin tocarlos.

La infección del *Saidin* se notaba particularmente fuerte ese día, un repugnante y espeso aceite que se filtraba a través de sus poros y penetraba profundamente en sus huesos. Que manchaba su alma. Creía haberse acostumbrado a esa inmundicia, hasta cierto punto, pero ese día resultaba nauseabunda, más intensa que el gélido fuego y el frío candente del propio *Saidin.* Últimamente se mantenía asido a la Fuente lo más a menudo posible, aceptando la inmundicia con tal de evitar la nueva sensación de náusea que le sobrevenía al aferrarla. Podía resultar mortal si permitía que la náusea lo distrajera de *ese* forcejeo con el Poder. Tal vez estaba relacionado con los mareos, de un modo u otro. Luz, no podía volverse loco todavía, y tampoco podía morir. Aún no. Quedaba mucho por hacer.

Apretó la pierna izquierda contra el flanco de *Tai'daishar* sólo para notar el envoltorio alargado, entre la correa del estribo y la gualdrapa. Cada vez que hacía eso, algo culebreaba en torno al vacío. Expectación, o tal vez una chispa de miedo. Bien entrenado, el caballo empezó a girar a la izquierda, y Rand tuvo que tirar de las riendas en sentido contrario. ¿Cuándo iban a ocupar sus sitios de una vez los nobles? Los dientes le rechinaron por la impaciencia.

Recordó que de niño había oído a los hombres comentar entre risas que cuando llovía y a la vez brillaba el sol significaba que el Oscuro estaba sacudiendo a Semirhage. Sin embargo, las risas sonaban un tanto nerviosas, y el viejo y escuálido Cenn Buie siempre acababa gruñendo que Semirhage estaría resentida y furiosa después y que iría por los niños que no se quitaran del medio y siguieran estorbando a sus mayores. Aquello había bastado para que Rand saliera corriendo de pequeño. Ahora deseó que Semirhage *fuese* por él, en ese mismo instante. Él la haría llorar.

«No hay nada que haga llorar a Semirhage —susurró Lews Therin—. Hace llorar a los demás, pero ella no derrama lágrimas porque no tiene corazón.»

Rand rió quedamente. Si la Renegada fuera ese día, él se las haría derramar. A ella y a todos los Renegados juntos, si aparecieran. Con seguridad, a los seanchan los haría llorar a mares.

No todos se sentían complacidos con las órdenes que había dado. La sonrisa untuosa de Sunamon se borró cuando creyó que Rand no lo veía. Torean llevaba un frasco en sus alforjas, con brandy a buen seguro, o tal vez varios frascos, porque bebía continuamente y nunca se le acababa. Semaradrid, Marcolin y Tihera se presentaron de uno en uno ante Rand, para protestar con gesto sombrío sobre el reducido número de sus tropas. Unos pocos años antes, un contingente de casi seis mil hombres habría bastado para cualquier guerra, pero ahora habían visto ejércitos de decenas de miles, de cientos de miles, como en tiempos de Artur Hawkwing, y para ir contra los seanchan querían tener muchos más. Los despidió asqueado. No comprendían que unos cincuenta Asha'man constituían un arma tan demoledora como cualquiera podría desear. Rand se preguntó qué habrían pensado si les hubiese dicho que con él bastaría y sobraría. Se había planteado la posibilidad de hacerlo solo. Puede que aún tomara esa decisión.

Weiramon se acercó; no le gustaba estar a las órdenes de Bashere ni tampoco que se dirigieran a las montañas —resultaba muy difícil lanzar una carga de caballería decente en terreno montañoso— ni varias cosas más —Rand estaba seguro de que al menos había otras cuantas— que ni siquiera le dejó plantear.

—Al parecer, los saldaeninos creen que debería cabalgar en el flanco derecho —rezongó desdeñosamente Weiramon. Movió los hombros como si el flanco derecho fuese una gran ofensa, por alguna razón—. Y en cuanto a la infantería, milord Dragón, realmente creo que...

—Y *yo* creo que deberías ocuparte de tener preparados a tus hombres —lo cortó fríamente Rand. Parte de esa frialdad se debía a encontrarse flotando en la nada vacía de emociones—. De lo contrario, es muy probable que no cabalgues en *ningún* flanco. —Se

Librodot

refería a que lo dejaría atrás si no estaba preparado a tiempo. Seguramente un necio como él no le crearía demasiados problemas si lo dejaba en un lugar tan remoto, con sólo unos pocos mesnaderos. Él habría regresado antes de que hubiese tenido tiempo de llegar a una población mayor que un pueblo. Sin embargo, el semblante del teariano se puso lívido.

—Como ordene milord Dragón —contestó con un dinamismo impropio en él, e hizo volver grupas a su caballo antes de que las palabras acabaran de salir de su boca. Montaba un bayo alto, de amplio pecho.

La pálida lady Ailil frenó su montura delante de Rand, acompañada por la Gran Señora Anaiyella, una extraña pareja para estar en compañía, y no sólo porque sus respectivas naciones se odiasen. Ailil era alta tratándose de una cairhienina, y todo en ella denotaba dignidad y precisión, desde el arco de las cejas hasta el doblez de las muñecas, pasando por su capa impermeable con el cuello tachonado de perlas y extendida sobre la grupa de su yegua gris. A diferencia de Semaradrid o Marcolin, de Weiramon o Tihera, ni siquiera pestañeó al advertir que las gotas de lluvia resbalaban sobre una barrera invisible alrededor de Rand. Anaiyella sí parpadeó. Y dio un respingo. Y soltó una risita disimulada tras la mano. Anaiyella era esbelta, una belleza morena, y lucía una capa impermeable adornada con rubíes en el cuello, además de estar bordada en oro, pero ahí acababa la similitud con Ailil. Anaiyella era toda elegancia afectada y sonrisas tontas. Cuando hacía una reverencia, su castrado blanco la hacía también, doblando las patas delanteras. El ágil animal resultaba llamativo, pero Rand sospechaba que no tenía fondo, como su dueña.

—Milord Dragón —empezó Ailil—, he de protestar una vez más contra mi inclusión en esta... expedición. —Su voz sonaba fríamente neutral, ya que no exactamente desabrida—. Enviaré a mis mesnaderos donde y cuando lo ordenéis, pero no siento el menor deseo de verme en lo más reñido de la batalla.

—Oh, no —añadió Anaiyella, con un delicado estremecimiento. ¡Incluso entonces utilizó un tono ñoño a más no poder!—. Las batallas son tan desagradables. Es lo que dice mi Maestro de los Caballos. Sin duda no nos obligaréis a ir, ¿verdad, milord Dragón? Hemos oído que mostráis una especial preocupación por la seguridad de las mujeres, ¿no es cierto, Ailil?

Rand estaba tan atónito que el vacío se vino abajo y el *Saidin* se desvaneció. Las gotas de lluvia empezaron a resbalar por su cabello y a calarle la chaqueta, pero durante un instante, aferrado a la perilla de la silla para sostenerse erguido mientras veía a cuatro mujeres en lugar de a dos, se quedó tan estupefacto que ni siquiera lo advirtió. ¿Cuánto era lo que sabían? ¿Cuánto habían *oído*? ¿Cuánto era lo que sabía todo el mundo? ¡Luz, según los rumores había asesinado a Morgase, a Elayne, a Colavaere, probablemente a cientos de mujeres, y a cada una de ellas de un modo más horrible que a la anterior! Tragó saliva para contener las ganas de vomitar. La náusea se debía al *Saidin* sólo en parte.

«Maldición, ¿cuántos espías tengo vigilándome?»

«Los muertos vigilan —susurró Lews Therin—. Los muertos jamás cierran los ojos.»

Rand se estremeció.

—Intento velar por la seguridad de las mujeres —dijo cuando pudo hablar. Más que por la de un hombre, y sin concurrir ni la mitad de razones para hacerlo—. Ése es el motivo de que quiera teneros cerca los próximos días. Pero si realmente os desagrada tanto la idea, puedo prescindir de uno de los Asha'man para que os escolte. Estaréis a salvo en la Torre Negra.

Anaiyella soltó un gritito con gran estilo, pero su semblante se tornó ceniciento.

—Gracias, pero no —rechazó Ailil tras un momento, absolutamente tranquila—. Supongo que lo mejor será que conferencie con mi Capitán de Lanzas acerca de lo que he de esperar en un campo de batalla. —No obstante, hizo una pausa antes de acabar de dar media vuelta a su montura para marcharse y miró de soslayo a Rand—. Mi hermano Toram es... impetuoso, milord Dragón. Incluso imprudente. Yo no.

Anaiyella le sonrió toda mieles y soltó una risita tonta antes de seguir a la otra mujer,

pero una vez que le hubo dado la espalda, clavó espuelas y utilizó su fusta de mango enjoyado, sobrepasando rápidamente a la noble cairhienina. El castrado blanco demostró poseer una increíble velocidad.

Por fin todo estuvo listo, las columnas formadas y extendiéndose sinuosamente sobre las bajas colinas.

—Adelante —ordenó Rand a Gedwyn, que hizo girar su montura y empezó a bramar órdenes a sus hombres. Los ocho Dedicados se adelantaron en sus caballos y desmontaron en el punto del terreno que habían memorizado, frente a las montañas. Uno de ellos le resultaba familiar, un tipo entrecano, cuya barba puntiaguda al estilo teariano resultaba extraña en su arrugado rostro de campesino. Ocho líneas verticales de luz intensamente azul giraron sobre sí mismas y se convirtieron en aberturas por las que se divisaron distintas perspectivas de un valle montañoso, largo y escasamente arbolado, que ascendía hacia un paso empinado. En Altara. En las montañas Vemir.

«¡Mátalos! —suplicó, gemebundo, Lews Therin—. ¡Son demasiado peligrosos para dejarlos vivir!»

Sin pensarlo, Rand acalló la voz. Cualquier hombre que estuviera encauzando a menudo provocaba esa reacción en Lews Therin, o incluso uno con capacidad de encauzar. Ya había dejado de preguntarse por qué.

Rand masculló una orden, y Flinn parpadeó sorprendido antes de unirse apresuradamente a los otros y tejer un noveno acceso. Ninguno era tan grande como los que Rand era capaz de hacer, pero por cualquiera de ellos podía pasar un carro, aunque bastante justo. Su intención había sido abrirlo él mismo, pero no quería correr el riesgo de asir el *Saidin* de nuevo delante de todo el mundo. Advirtió que Gedwyn y Rochaid lo observaban, exhibiendo idénticas sonrisas enteradas. También lo observaba Dashiva, éste ceñudo y moviendo los labios como si hablara consigo mismo. ¿Era su imaginación o Narishma lo estaba mirando también con recelo? ¿Y Adley? ¿Y Morr?

Rand se estremeció sin poder evitarlo. La desconfianza hacia Gedwyn y Rochaid era de pura lógica, pero ¿estaba entrando en lo que Nynaeve llamaba miedos morbosos, una especie de locura, un recelo obsesivo de todos y de todo? Había habido un Coplin, Benly, que creía que todo el mundo maquinaba contra él. Había muerto de inanición, siendo él un niño, al negarse a comer por miedo a ser envenenado.

Se agachó sobre el cuello de *Tai'daishar* y taconeó al caballo, que cruzó el acceso más grande. Resultó ser el creado por Flinn, pero en ese momento habría pasado incluso por el de Gedwyn. Fue el primero en pisar suelo altaranés.

Los demás lo siguieron prestamente, los Asha'man antes que nadie. Dashiva miró fijamente, fruncido el entrecejo, en dirección a Rand, al igual que Narishma, pero Gedwyn empezó a impartir órdenes a sus soldados de inmediato. Uno tras otro se adelantaron con rapidez, abrieron un acceso y lo cruzaron sin pausa, arrastrando tras ellos a sus monturas. En el valle, más adelante, fuertes destellos luminosos señalaban los accesos abriéndose y cerrándose. Los Asha'man podían Viajar distancias cortas sin necesidad de memorizar el punto del que partían, y así cubrir terreno mucho más deprisa que cabalgando. Al cabo de un rato, sólo quedaban Gedwyn y Rochaid, aparte de los Dedicados que mantenían abiertos los primeros accesos. Los otros estarían desplegándose hacia el oeste, buscando a los seanchan. Los saldaeninos ya habían cruzado desde Illian y estaban montados. Los legionarios se metieron entre los árboles al trote, prestas las ballestas. En ese terreno podían moverse con tanta rapidez como hombres a caballo.

Mientras el resto del ejército empezaba a aparecer, Rand cabalgó valle arriba, en la misma dirección por la que se habían marchado los Asha'man. Las montañas se alzaban imponentes a su espalda, un muro frente a la Sima, pero al oeste los picos se extendían casi hasta Ebou Dar. Azuzó al caballo para ponerlo a medio galope.

Bashere lo alcanzó antes de que hubiese llegado al paso. El bayo del general era pequeño —casi todos los saldaeninos montaban caballos de baja alzada—, pero rápido.

—Al parecer, aquí no hay seanchan —comentó casi con indiferencia mientras se atusaba el bigote con los nudillos—. Pero podría haberlos habido. Tenobia seguramente querrá clavar mi cabeza en una pica por seguir a un Dragón Renacido vivo, cuanto más si es a uno muerto.

Rand se puso ceñudo. Quizá podría coger a Flinn para que le guardara las espaldas, y a Narishma, y a... Flinn le había salvado la vida; tenía que ser fiel. Sin embargo, los hombres cambiaban. ¿Y Narishma? ¿Incluso después de que...? Le dio frío pensar en el riesgo que había corrido. Nada de miedos morbosos. Narishma había *demostrado* ser fiel, pero aun así había sido un riesgo descabellado. Tan absurdo como huir al galope de miradas intensas que ni siquiera estaba seguro de que hubieran existido, correr ciegamente hacia donde no tenía la menor idea de qué lo aguardaba. Bashere tenía razón, pero Rand no quería seguir hablando del asunto.

La pendiente que subía hacia el paso era roca pelada y peñascos de todos los tamaños, pero entre la piedra natural había pedazos erosionados de lo que antaño debió de ser una gran estatua. Algunos sólo eran reconocibles como fragmentos cincelados, pero otros eran más obvios. Una mano con anillos, casi del tamaño de su tórax, asía la empuñadura de una espada y un trozo de hoja. Una cabeza aún mayor, la de una mujer, con grietas surcando el rostro y una corona que parecía hecha de dagas enarboladas hacia arriba, algunas todavía intactas.

—¿Quién creéis que fue? —preguntó. Una reina, desde luego. Aun en el caso de que en un remoto pasado hubiesen llevado coronas hasta los mercaderes o los estudiosos, sólo a dirigentes y generales les harían estatuas. Bashere se giró en la silla para estudiar la cabeza antes de hablar.

—Apostaría que una reina de Shiota —dijo finalmente—. De una época anterior, no. Una vez vi una estatua hecha en Eharon, y estaba tan erosionada que no se distinguía si era de un hombre o una mujer. Una conquistadora; de otro modo no la habrían representado con una espada. Y creo recordar que en Shiota se otorgaban coronas así a dirigentes que expandían las fronteras. A lo mejor la llamaban Corona de Espadas, ¿eh? Una hermana Marrón podría contaros más cosas.

—No tiene importancia —respondió, irritado, Rand. La verdad es que parecían espadas.

De todos modos, Bashere continuó hablando, fruncidas las canosas cejas y con un aire serio, grave.

—Supongo que miles la aclamaron, que la llamaron la esperanza de Shiota, y puede que incluso creyeran que lo era. En su tiempo, posiblemente fue tan temida y respetada como Artur Hawkwing lo fue posteriormente, pero ahora es posible que ni siquiera las hermanas Marrones recuerden su nombre. Cuando uno muere, la gente empieza a olvidar quién eras y qué hiciste, o lo intenta. Al final todo el mundo muere, y todo el mundo es olvidado antes o después, pero no tiene sentido morir antes de que a uno le llegue la hora.

—No tengo intención de que eso me pase —manifestó Rand en tono cortante. Sabía dónde estaba destinado a morir, aunque no cuándo. O eso creía.

Con el rabillo del ojo, captó un movimiento un poco más abajo, donde la roca pelada daba paso a la maleza y unos pocos árboles pequeños. A cincuenta pasos de distancia, un hombre salió a terreno abierto, levantó un arco y tensó en un movimiento fluido la cuerda, hasta rozar con las plumas de la flecha su mejilla. Todo pareció ocurrir al mismo tiempo.

Gruñendo, Rand hizo girar a *Tai'daishar* justo en el momento de ver al arquero apuntar para disparar. Asió el *Saidin*, y la dulzura de la vida y la repulsiva infección entró a raudales en él. La cabeza le dio vueltas. Había dos arqueros. La bilis le subió a la garganta mientras luchaba contra las oleadas violentas, descontroladas, del Poder, que intentaban consumirlo hasta la médula y congelarle el cuerpo como un bloque de hielo. No podía controlarlas; sólo merced a un ímprobo esfuerzo consiguió seguir con vida. Desesperadamente, luchó para enfocar los ojos, para ver lo suficiente para tejer los flujos que apenas era capaz de formar, con la náusea inundándolo tan intensamente como el propio Poder. Creyó oír gritar a

Librodot

Bashere. Dos arqueros dispararon.

Rand tendría que haber muerto. A esa distancia, hasta un niño habría dado en el blanco. Tal vez lo salvó el ser *ta'veren.* En el mismo instante en que el arquero disparaba, unas pardas codornices alzaron el vuelo espantadas, a los pies del hombre, lanzando penetrantes chillidos. No fue suficiente para despistar a un hombre experto, y de hecho el tipo sólo se sobresaltó un pelo. Rand sintió el rebufo de la flecha en la mejilla.

Bolas de fuego del tamaño de puños alcanzaron de repente al arquero. El hombre gritó cuando el brazo se le arrancó de cuajo, con la mano asiendo todavía el arco. Otra le cercenó una pierna por la rodilla, y el tipo se desplomó chillando.

Inclinándose a un lado de la silla, Rand vomitó. Su estómago parecía querer expulsar hasta la última comida que había ingerido en toda su vida. El vacío y el *Saidin* desaparecieron con un brusco y escalofriante tirón, y Rand no cayó al suelo por poco.

Cuando pudo sentarse erguido otra vez, cogió el pañuelo blanco que Bashere le tendía en silencio y se enjugó la boca. El saldaenino tenía el entrecejo fruncido por la preocupación, y con razón. Rand sentía el estómago como si aún quisiera vomitar, a pesar de estar vacío. Supuso que tenía el rostro más blanco que el pañuelo. Respiró hondo. Perder el *Saidin* de ese modo podía acabar con uno. Sin embargo, todavía percibía la Fuente; al menos el *Saidin* no había provocado la consunción. Y también al menos podía ver bien; sólo había un Davram Bashere. Pero la enfermedad parecía un poco peor cada vez que asía el *Saidin.*

—Veamos si queda algo de ese tipo para que pueda hablar —le dijo a Bashere.

No quedaba. Rochaid estaba de rodillas, registrando tranquilamente el cuerpo despedazado, la chaqueta ensangrentada. Además del brazo y la pierna arrancados, el muerto tenía un agujero ennegrecido, del tamaño de su cabeza, en el tórax, atravesándolo de parte a parte. Era Eagan Padros; sus ojos sin vida contemplaban el cielo con sorpresa. Gedwyn no prestaba atención al cadáver tirado a sus pies, sino que observaba fijamente a Rand, tan frío como Rochaid. Ambos asían el *Saidin.* Sorprendentemente, Lews Therin sólo gimió.

En medio del trapaleo de cascos sobre la roca, Flinn y Narishma ascendieron a galope la cuesta en su dirección, seguidos por casi un centenar de saldaeninos. Al aproximarse, Rand percibió el Poder en el hombre mayor y en el más joven, quizá tanto como eran capaces de absorber. Los dos habían aumentado de golpe su fuerza a raíz de los pozos de Dumai. Así ocurría con los varones; las mujeres parecían ganar fuerza de manera paulatina, pero en los hombres era un salto brusco. Flinn era más fuerte que Gedwyn o que Rochaid, y Narishma no le andaba lejos. Por el momento; imposible saber hasta dónde se llegaría. Ninguno de ellos se acercaba ni de lejos a Rand, sin embargo. Todavía no, en cualquier caso. Tampoco había forma de saber qué ocurriría con el tiempo. Y eso no tenía nada que ver con miedos morbosos.

—Al parecer hicimos bien en seguiros, milord Dragón. —La voz de Gedwyn fingía un tono preocupado, casi ocultando la sorna—. ¿Tenéis el estómago delicado esta mañana?

Rand se limitó a sacudir la cabeza. No podía apartar los ojos del rostro de Padros. ¿Por qué? ¿Porque había conquistado Illian? ¿Porque había sido fiel a «lord Brend»?

Con una sonora exclamación, Rochaid sacó de un tirón una bolsa de gamuza que había en el bolsillo de la chaqueta de Padros y la volcó. Relucientes monedas de oro cayeron al rocoso suelo, saltando y tintineando.

—Treinta coronas —gruñó—. Coronas de Tar Valon. No cabe duda de quién le pagó. —Cogió una de las monedas y se la lanzó a Rand, pero éste no hizo el menor intento de cogerla y la pieza dorada rebotó en su brazo.

—Hay muchas monedas de Tar Valon en circulación y no es difícil encontrarlas —comentó tranquilamente Bashere—. La mitad de los hombres que están en este valle tienen algunas en sus bolsillos. Yo mismo, por ejemplo.

Gedwyn y Rochaid giraron rápidamente para mirarlo. Bashere sonrió bajo el espeso bigote, o al menos enseñó los dientes, pero algunos de los saldaeninos rebulleron intranquilos en las sillas de montar y toquetearon sus bolsas de dinero.

Librodot

Más arriba, allí donde el paso se nivelaba un tramo entre las empinadas laderas de las montañas, una línea de luz rotó hasta convertirse en un acceso, y un shienariano, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza y vestido con chaqueta negra, lo cruzó llevando su caballo por las riendas. Aparentemente se había localizado a los primeros seanchan, y no muy lejos si el hombre regresaba tan pronto.

—Es hora de ponernos en marcha —dijo Rand a Bashere. El general asintió, pero no se movió del sitio, sino que siguió estudiando a los dos Asha'man plantados junto al cadáver de Padros. Los dos hombres hicieron caso omiso.

—¿Qué hacemos con él? —demandó Gedwyn señalando el cuerpo—. Deberíamos devolvérselo a las brujas, cuanto menos.

—Dejadlo ahí —contestó Rand.

«¿Estás preparado ya para matar?», preguntó Lews Therin, que no hablaba en absoluto como un hombre demente.

«Aún no —pensó Rand—. Pronto.»

Clavó tacones en los flancos de *Tai'daishar* y descendió a galope hasta donde se encontraba su ejército. Dashiva y Flinn lo siguieron de cerca, así como Bashere y el centenar de saldaeninos. Todos ellos miraban en derredor, como si esperasen que se produjera otro atentado contra su vida. Al este empezaban a acumularse nubarrones negros encima de los picos; otra tormenta cemara. Pronto.

El campamento en la cima de la colina estaba instalado en un buen punto, con un arroyo serpentino a corta distancia para disponer de agua y una buena perspectiva del terreno circundante y las vías más adecuadas para entrar en el largo prado montañoso. Assid Bakuun no se sentía orgulloso por el campamento. Durante sus treinta años de permanencia en el Ejército Invencible había instalado cientos de campamentos, de modo que enorgullecerse por algo así sería como hacerlo por cruzar una habitación sin tropezar y caer de bruces. Tampoco era motivo de orgullo para él la posición que ocupaba. Llevaba treinta años al servicio de la emperatriz, así viviera para siempre, y aunque había habido alguna que otra rebelión alentada por un loco advenedizo con los ojos puestos en el Trono de Cristal, la mayor parte de esos años los había empleado en prepararse para esto. Durante dos generaciones, mientras se construían las grandes naves destinadas al Retorno, el Ejército Invencible se había entrenado y preparado para esto. Ciertamente, Bakuun se había sentido orgulloso al saber que sería uno de los Precursores, e indudablemente podía perdonársele que acariciara el sueño de reconquistar las tierras robadas a los legítimos herederos de Artur Hawkwing, e incluso el descabellado sueño de completar la Consolidación antes de que se produjera el Retorno. Aunque había resultado no ser un sueño tan descabellado, después de todo, si bien ni por lo más remoto del modo que él lo había imaginado.

Una patrulla de cincuenta lanceros taraboneses, con rayas rojas y verdes pintadas en los duros petos y velos de malla ocultando sus espesos bigotes, regresaba colina arriba. Cabalgaban bien e incluso combatían bien cuando tenían líderes apropiados. Otros quinientos o más ya descansaban alrededor de las lumbres o se encontraban en las hileras de caballos estacados, atendiendo sus monturas, y todavía quedaban tres patrullas más que seguían de servicio. Bakuun jamás había esperado encontrarse al mando de una fuerza en la que más de la mitad de sus efectivos eran descendientes de ladrones. Y que no se avergonzaban de ello; miraban directamente a los ojos. El jefe de la patrulla le hizo una profunda reverencia mientras los caballos, con las patas llenas de barro, pasaban a su lado, pero muchos de los demás siguieron hablando con su acento peculiar, demasiado deprisa para que Bakuun los entendiera sin tener que esforzarse al máximo. También tenían unas ideas muy peculiares sobre la disciplina.

Sacudiendo la cabeza, Bakuun se encaminó a largos pasos hacia la gran tienda de las *sul'dam*; mayor que la suya, necesariamente. Cuatro de ellas se encontraban fuera, sentadas en banquetas, con sus vestidos de color azul oscuro y los rayos en las faldas, disfrutando del

sol durante una pausa entre tormenta y tormenta. Ahora esas treguas eran contadas. Una *damane*, vestida de gris, se hallaba a sus pies; Nerith le trenzaba el pálido cabello. Y también hablaba con ella; todas las *sul'dam* tomaban parte en la conversación y reían suavemente. El brazalete unido a un extremo del plateado *a'dam* yacía en el suelo. Bakuun gruñó hoscamente. Él tenía un perro lobo favorito, en casa, e incluso hablaba con él a veces, ¡pero no esperaba que *Mordisco* mantuviera una conversación!

—¿Cómo se encuentra? —preguntó a Nerith, no por primera vez. Ni por la décima—. ¿Está bien?

La *damane* bajó los ojos y enmudeció.

—Bastante bien, capitán Bakuun. —Nerith, una mujer de cara cuadrada, dio a su voz el grado de respeto adecuado, pero ni una pizca de más. Mientras hablaba acarició con gesto tranquilizador la cabeza de la *damane*—. Fuera cual fuese la indisposición que sufrió, ahora ha desaparecido. Algo sin importancia, en cualquier caso. Nada de que preocuparse.

La *damane* estaba temblando. Bakuun volvió a gruñir. No era una respuesta muy distinta a la recibida en ocasiones anteriores. Algo había ido mal, sin embargo, en Ebou Dar, y no había afectado únicamente a esa *damane.* Todas las *sul'dam* se habían mantenido más calladas que ostras —y la Sangre no comentó nada, naturalmente; ¡no a gente como él!—, pero había oído muchos rumores. Se comentaba que todas las *damane* habían enfermado o se habían vuelto locas. Luz, no había visto utilizar ni una sola de ellas en Ebou Dar, una vez que la ciudad quedó asegurada, ni siquiera para una exhibición de Luminarias del Cielo como celebración de la victoria, y ¿cuándo había ocurrido algo semejante antes?

—Bien, espero que se... —empezó, pero se interrumpió cuando apareció un *raken* volando a través del paso oriental, casi a ras del suelo. Batió sus grandes alas coriáceas con fuerza para ganar altura y, justo encima de la colina, viró de repente y trazó un círculo cerrado, con la punta de un ala casi perpendicular al suelo. Una fina cinta roja cayó por el peso de una bola de plomo.

Bakuun masculló una maldición. Los voladores siempre hacían alardes, pero si ese par hería a uno de sus hombres al entregar su informe de exploración, lo pagarían con el pellejo, sin importar a quién tuviera que enfrentarse para conseguirlo. No querría combatir sin voladores explorando en el cielo, pero estaban tan mimados como cualquier animal favorito de la Sangre.

La cinta cayó en picado, recta como una flecha. El peso de plomo golpeó en el suelo y rebotó por la cima, casi al lado del alto y fino poste de mensajes, que era demasiado largo para bajarlo a menos que hubiera que enviar un mensaje. Además, cuando se dejaba tumbado en el suelo, siempre había alguien cuyo caballo pisaba en esa cosa, con el resultado de que el animal se rompía una articulación.

Bakuun se encaminó directamente a su tienda, pero su teniente ya lo esperaba allí, con la cinta manchada de barro y el tubo del mensaje. Tirus era un hombre huesudo, una cabeza más alto que él, y llevaba un lamentable retazo de barba en la punta de la barbilla.

El mensaje iba enrollado dentro del tubo de metal, en una tira de papel tan fino que casi se transparentaba, y había sido escrito simple y concisamente. Bakuun nunca había tenido que volar en un *raken* o un *to'raken* —¡gracias a la Luz, y alabada fuera la emperatriz, que viviera para siempre!—, pero dudaba que fuera fácil manejar una pluma sobre una silla de montar atada en el lomo de un lagarto volador. Lo que decía el mensaje lo hizo abrir rápidamente la tapa de su pequeña escribanía de campamento y redactar unas palabras a toda velocidad.

—Hay una fuerza unos ocho kilómetros al norte de aquí —le dijo a Tirus—. Nos supera cinco o seis veces en número. —Los voladores exageraban de vez en cuando, pero no mucho ni muy a menudo. ¿Cómo habían podido penetrar tantos en las montañas sin haber sido divisados? Había visto la costa por el este, y prefería pagar por sus exequias antes que intentar un desembarco allí. ¡Por todos los diablos! Los voladores se jactaban de poder ver una mosca que se moviera en la cordillera—. No hay motivo para pensar que saben que nos

Librodot

encontramos aquí, pero no me importaría contar con refuerzos.

—Bah —rió Tirus—. Les prepararemos un encontronazo con las *damane* y se acabó, aunque superaran por diez nuestros efectivos.

Su única falta era una pizca de exceso de confianza; sin embargo, era un buen soldado.

—¿Y si cuentan con unas pocas... Aes Sedai? —inquirió sosegadamente Bakuun, sin apenas trabarse con el nombre, mientras metía el informe del volador en el tubo, junto con su propio mensaje breve. Realmente no había creído que *nadie* pudiera dejar en libertad a esas... mujeres.

El semblante de Tirus denotaba que el teniente recordaba las historias sobre un arma Aes Sedai. La roja cinta ondeó al aire tras él mientras corría con el tubo del mensaje.

A no tardar, tubo y cinta estaban atados a la punta del poste de mensajes, y la débil brisa hizo ondear la larga tira roja quince pasos por encima de la cumbre. El *raken* descendió planeando hacia el extremo del palo, con las alas extendidas tan inmóviles como la muerte. De pronto, una de las voladoras se bajó de la silla y se colgó —¡cabeza abajo!— entre las patas del animal. A Bakuun se le encogió el estómago al contemplar la escena. Sin embargo, la mano de la voladora se cerró sobre la cinta, el poste se flexionó, y luego recuperó la vertical con un fuerte cimbreo cuando el tubo del mensaje se soltó de la punta; la voladora trepó de nuevo a lomos de la criatura mientras ésta ascendía en lentos círculos.

Bakuun relegó agradecido toda idea sobre voladores y *raken* mientras recorría el valle con la mirada. Era ancho y largo, casi llano, salvo por la colina que ocupaban, y lo rodeaban escarpadas laderas arboladas; sólo una cabra podría penetrar en él, excepto por los pasos que divisaba desde su posición. Con las *damane*, podía hacer pedazos a cualquiera antes de que intentaran lanzar un ataque a través de aquel prado embarrado. No obstante, había dado la voz de alerta; si el enemigo se dirigía directamente hacia ellos, llegaría antes que los refuerzos solicitados, que tardarían tres días en el mejor de los casos. ¿Cómo habían podido llegar tan lejos sin ser vistos?

Se había perdido las últimas batallas de la Consolidación por doscientos años, pero algunas de las rebeliones que había ayudado a sofocar no habían sido conflictos pequeños. Dos años combatiendo en Marendalar, treinta mil muertos, y un número cincuenta veces superior a esa cifra había sido transportado por barco al continente, como propiedad. Reparar en lo chocante mantenía con vida a un soldado. Una vez que se cumplieron sus órdenes de levantar el campamento y borrar toda huella de su paso por allí, condujo a sus fuerzas hacia las laderas arboladas. Oscuras nubes empezaban a concentrarse por el este; se acercaba otra de esas malditas tormentas.

CAPÍTULO 9

Niebla de guerra, tormenta de batalla

No llovía, por el momento. Rand guió a *Tai'daishar* alrededor de un árbol arrancado de raíz, atravesado en la ladera, y miró ceñudo al hombre muerto que yacía despatarrado, boca arriba, detrás del tronco. El tipo era bajo y fornido, con el rostro surcado de arrugas, y llevaba una armadura de placas imbricadas, lacadas en azul y verde; sin embargo, el hecho de que sus ojos muertos estuviesen clavados en las oscuras nubes le hacía parecerse bastante a Eagan Padros, incluso en la pierna que le faltaba. Saltaba a la vista que había sido un oficial. La espada tirada junto a su mano extendida tenía la empuñadura de marfil, tallada a semejanza de una mujer, y su yelmo lacado, con forma de cabeza de insecto, lucía dos largas plumas azules.

Árboles desgajados de raíz o hechos pedazos, y otros muchos ardiendo de punta a punta, sembraban la ladera de la montaña en un tramo de quinientos pasos. También estaba cubierta de cadáveres, hombres que habían sido despedazados cuando el *Saidin* surcó la ladera montañosa como un escarificador. La mayoría llevaba velos de malla cubriéndoles la cara y petos pintados con rayas horizontales. No había ninguna mujer, gracias a la Luz. Los caballos heridos habían sido sacrificados, otra cosa por la que dar gracias. Era increíble lo fuerte que podía relinchar de dolor un caballo.

«¿Es que crees que los muertos guardan silencio? —La risa de Lews Therin sonó áspera en su cabeza—. ¿De verdad lo crees? —La voz adquirió un timbre mezcla de pena y rabia—. ¡A mí me gritan!»

«También a mí —pensó tristemente Rand—. No puedo permitirme el lujo de escucharlos, pero ¿cómo se los puede hacer callar?»

Lews Therin empezó a llorar por su perdida Ilyena.

—Una gran victoria —entonó Weiramon detrás de Rand, aunque a continuación rezongó—. Pero con escaso honor. Los métodos clásicos son mejores.

El barro cubría literalmente la chaqueta de Rand, mientras que, cosa por demás sorprendente, Weiramon aparecía tan pulcro como lo había estado en el Camino de la Plata. Su yelmo y su peto relucían de limpios. ¿Cómo se las arreglaba? Al final, los taraboneses habían cargado, armados con lanzas y mucho coraje, contra el Poder Único, y Weiramon había lanzado su propia carga para destrozarlos. Sin órdenes de hacerlo y seguido por todos los tearianos con excepción de los Defensores, incluido, quién lo hubiera dicho, un Torean medio borracho. También por Semaradrid y Gregorin Panar, con la mayoría de los cairhieninos e illianos. En esos momentos, había resultado duro quedarse al margen, sin hacer nada, y todos los hombres querían enfrentarse a algo real contra lo que luchar. Los Asha'man podrían haberlo hecho más deprisa, aunque también de un modo más sucio, en cierto sentido.

Rand no había tomado parte en la lucha, excepto para situarse allí donde los hombres pudieran verlo. Le había dado miedo asir el Poder. No se atrevía a mostrar debilidad ante ellos. Ni la más mínima. Lews Therin había balbuceado espantado ante la mera idea.

Tan sorprendente como la chaqueta impoluta de Weiramon resultaba el hecho de que Anaiyella cabalgara junto a él y, por una vez, sin hacer mohines ñoños. Su semblante se mostraba crispado y desaprobador. Cosa curiosa, eso no estropeaba su belleza, ni mucho menos, tanto como lo hacían sus sonrisitas untuosas. Ni que decir tiene que la noble no había

participado en la carga, como tampoco Ailil, pero el Maestro de Caballos de Anaiyella sí lo había hecho, y el hombre estaba absoluta y definitivamente muerto, con una lanza tarabonesa atravesándole el pecho. Eso no le había hecho ninguna gracia a la noble. Pero ¿por qué ir en compañía de Weiramon? ¿Era sólo cuestión de estar agrupados los tearianos? Quizá. La última vez que Rand la había visto, se encontraba con Sunamon.

Bashere condujo a su bayo ladera arriba, sorteando los cadáveres sin que en apariencia les hiciera más caso que a un tronco astillado o a un tocón ardiendo. Llevaba el yelmo colgado de la perilla de la silla, y los guanteletes metidos debajo del cinturón. Tenía todo el lado derecho pringado de barro, al igual que su montura.

—Aracome ha muerto —informó—. Flinn intentó Curarlo, pero dudo que Aracome quisiera vivir así. Hasta ahora las bajas ascienden a cincuenta, y algunos de los heridos posiblemente no sobrevivirán.

Anaiyella palideció. Rand la había visto cerca de Aracome, vomitando. Los plebeyos muertos no parecían afectarla tanto.

Rand sintió lástima por un momento. No por ella, ni tampoco mucha por Aracome, sino por Min, a pesar de que la joven se hallaba a salvo en Cairhien. Min había predicho la muerte de Aracome en una de sus visiones, así como la de Gueyam y Maraconn. Por su bien, fuera lo que fuera lo que hubiese visto, Rand esperaba que hubiese sido lo menos parecido a la realidad.

La mayoría de los soldados Asha'man estaban de nuevo explorando; pero abajo, en el amplio pradal, los accesos tejidos por los Dedicados de Gedwyn daban paso a los carros de suministros y a los animales de remonta. Los hombres que los conducían se quedaban boquiabiertos tan pronto como salían lo bastante para ver el panorama. El suelo embarrado no estaba tan arrasado como la ladera de la montaña, aunque surcos ennegrecidos, de dos pasos de anchura y cincuenta de longitud, hendían la hierba marchita, y había agujeros que posiblemente no habría podido saltar un caballo. No habían encontrado *damane* hasta ese momento. Rand pensaba que sólo tenía que haber habido una; si hubiesen sido más habrían causado un daño mucho mayor, considerando las circunstancias.

Los hombres se movían en torno a pequeñas lumbres donde se hervía agua para hacer té, entre otras cosas. Por una vez, se mezclaban tearianos, cairhieninos e illianos. Y no sólo los plebeyos. Semaradrid compartía su frasco de licor con Gueyam, quien se pasaba cansinamente la mano por la calva cabeza. Maraconn y Kiril Drapaneos, un hombre zanquilargo y narigudo, cuya barba cuadrada resultaba chocante en su rostro alargado, se encontraban sentados en cuclillas cerca de una de las lumbres. ¡Jugando a las cartas, aparentemente! Torean tenía a un círculo de risueños noblecillos cairhieninos alrededor, aunque seguramente sus chistes no causaban tanta risa como su modo de tambalearse y de frotarse la enorme nariz de patata. Los legionarios se mantenían aparte, pero habían acogido a los «voluntarios» que habían seguido a Padros bajo la Enseña de la Luz. Ese grupo parecía más ansioso que nadie desde que se supo cómo había muerto Padros. Los legionarios de chaquetas azules les estaban enseñando cómo cambiar de dirección al tiempo para que la unidad no se deshiciera como una bandada de gansos.

Flinn estaba con los heridos, acompañado por Adley, Morr y Hopwil. Narishma sólo era capaz de Curar cortes superficiales, poco más o menos que Rand, y Dashiva ni siquiera eso. Gedwyn y Rochaid charlaban aparte de todos los demás, sujetando sus caballos por las riendas en lo alto de la colina que se alzaba en el centro del valle. La misma en la que habían esperado coger por sorpresa a los seanchan cuando salieron a la carga por los accesos, rodeándola. Casi cincuenta muertos, más los heridos que se sumarían a esas bajas, pero la cifra habría aumentado a doscientos de no ser por Flinn y los otros que podían Curar en mayor o menor grado. Gedwyn y Rochaid no habían querido mancharse las manos y habían torcido el gesto cuando Rand los obligó a hacerlo. Uno de los muertos era uno de sus soldados Asha'man, y otro de ellos, un cairhienino carirredondo, permanecía sentado junto a una lumbre, donde se había dejado caer, con cara de ido; Rand esperaba que se debiera al

Librodot

hecho de haber sido lanzado por el aire al explotarle el suelo casi a los pies.

Allá abajo, en el herboso llano roturado por los surcos del Poder, Ailil conferenciaba con su Capitán de Lanzas, un hombrecillo pálido llamado Denharad. Se encontraban tan cerca que sus caballos casi se tocaban, y de vez en cuando alzaban la vista hacia la ladera, en su dirección. ¿Qué estarían tramando?

—Lo haremos mejor la próxima vez —murmuró Bashere. El general recorrió el valle con la mirada y sacudió la cabeza—. El peor error es cometer el mismo dos veces, y no caeremos en eso.

Weiramon le oyó y repitió lo mismo, pero reiterándolo veinte veces y utilizando una prosa tan florida que habría hecho palidecer de envidia a un jardín en primavera. Y sin admitir que había habido errores por su parte, naturalmente. Eludió los errores de Rand con igual habilidad.

Rand asintió, prietos los labios. La próxima vez lo harían mejor. No les quedaba más remedio, a menos que quisiera dejar enterrados a la mitad de sus hombres en esas montañas. Se preguntó qué hacer con los prisioneros.

La mayoría de los que habían escapado de la muerte en la ladera se las habían ingeniado para retirarse entre los árboles que seguían en pie. Una retirada sorprendentemente ordenada considerando las circunstancias, afirmó Bashere, aunque no parecía probable que ahora representaran una amenaza. A no ser que tuvieran *damane* con ellos. En cualquier caso, había unos cien hombres sentados en el suelo, apiñados, despojados de armas y armaduras, bajo la atenta vigilancia de dos docenas de Compañeros y Defensores montados. En su mayor parte taraboneses, no habían combatido como hombres obligados por sus conquistadores. Un buen número de ellos mantenía alta la cabeza y se mofaba de sus guardianes. Gedwyn había querido matarlos después de someterlos a interrogatorio. A Weiramon le importaba poco si los degollaban, pero consideraba una pérdida de tiempo torturarlos. Ninguno sabría nada útil, aseguraba; ni uno solo era de noble cuna.

Rand miró a Bashere. Weiramon seguía con su grandilocuente perorata, «... limpiar de indeseables estas montañas para vos, milord Dragón. Los aplastaremos bajo los cascos de nuestros caballos, y...», mientras Anaiyella asentía con gesto sombrío.

—Seis más, media docena menos —musitó Bashere. Se quitó barro de la punta del espeso bigote con la uña—. O, como dicen algunos de mis arrendatarios, lo que no va en lágrimas va en suspiros.

¡Pues menuda ayuda! Justo entonces una de las patrullas de Bashere empeoró las cosas. Los seis hombres aparecieron empujando a una prisionera cuesta arriba, delante de sus caballos, con el extremo romo de sus lanzas. Era una mujer de cabello negro, que llevaba un vestido azul oscuro, sucio y desgarrado, con piezas de color rojo en la pechera y la falda, sobre las que aparecían rayos. También tenía sucia la cara, y llena de churretes de lágrimas. Tropezó y casi cayó, a pesar de que el aguijoneo de las lanzas era un amago que no la tocaba realmente. La mujer dirigió una mirada desdeñosa a sus captores e incluso escupió. También miró a Rand con aire despectivo.

—¿La habéis herido? —instó. Una pregunta extraña, quizá, tratándose de un enemigo, después de lo ocurrido en el valle. Tratándose de una *sul'dam.* Pero le salió sin pensar.

—Nosotros no, milord Dragón —respondió el jefe de patrulla con gesto hosco—. La encontramos así. —Se rascó la mandíbula cubierta por una negra barba y miró a Bashere, como buscando apoyo—. Afirma que matamos a su Gille. Un perro favorito o un gato o algo por el estilo, a juzgar por el escándalo que ha metido. Se llama Nerith. Es lo que hemos conseguido sacarle.

La mujer se giró y volvió a enseñarle los dientes. Rand suspiró. Nada de un perro favorito. ¡No! ¡Ese nombre no pertenecía a su lista! Sin embargo, podía oír la letanía de nombres enumerándose por sí misma dentro de su cabeza, y «Gille, la *damane*» se encontraba entre los demás. Lews Therin gimoteó por su Ilyena. Su nombre también estaba en la lista. Rand pensaba que tenía derecho.

Librodot

—¿Ésta es una Aes Sedai seanchan? —inquirió Anaiyella de repente, inclinándose sobre la perilla de la silla para mirar detenidamente a Nerith. Ésta le escupió también, con los ojos desorbitados por la indignación.

Rand explicó lo poco que sabía de las *sul'dam*, que controlaban mujeres capaces de encauzar, con la ayuda de un *ter'angreal* en forma de collar y correa, pero que ellas no podían encauzar. Para su sorpresa, la remilgada y ñoña Gran Señora manifestó fríamente:

—Si milord Dragón siente reparos, yo me encargaré de ahorcarla, en su lugar.

¡Nerith volvió a escupir a la noble! En esta ocasión, con desprecio. No le faltaba valor a la mujer.

—¡No! —bramó Rand. ¡Luz, las cosas que haría la gente para congraciarse con él! O tal vez era porque Anaiyella había mantenido una relación más estrecha con su Maestro de los Caballos que la propia entre señora y servidor. El hombre había sido un tipo robusto y algo calvo, y plebeyo, cosa que se tenía muy en cuenta entre los tearianos, pero a veces las mujeres tenían gustos raros con respecto a los hombres. Eso lo sabía él muy bien.

»Tan pronto como estemos preparados para reemprender la marcha —le dijo a Bashere—, soltad a esos hombres ahí abajo. —Llevar prisioneros cuando lanzaran el siguiente ataque quedaba descartado, y dejar a cien hombres, cien ahora, pero seguro que habría más después, para que los siguieran con los carros de suministros era arriesgarse a cincuenta percances distintos. No podían causar problemas si los dejaban atrás. Ni siquiera los que habían huido a caballo podían transmitir la alarma más deprisa de lo que se desplazaban con el Viaje.

Bashere se encogió levemente de hombros; quizá Rand tenía razón y no les causarían problemas, pero siempre existía el azar. Ocurrían cosas raras sin que hubiera necesariamente un *ta'veren* cerca.

Weiramon y Anaiyella abrieron la boca casi al tiempo, dispuestos a protestar, pero Rand los cortó.

—¡He hablado, y no hay nada más que añadir! Sin embargo, llevaremos a la mujer. Y a cualquier otra mujer que capturemos.

—¡Que me aspen! —exclamó Weiramon—. ¿Por qué? —El noble parecía atónito, y Bashere giró la cabeza bruscamente, sobresaltado. Anaiyella apretó los labios en un gesto de desprecio antes de que la mujer se las ingeniara para transformarlo en una sonrisa tonta para el lord Dragón. Obviamente, lo creía demasiado blando para abandonar a una mujer con los otros. Los aguardaba una dura caminata en aquel terreno, por no mencionar las raciones escasas. Y el tiempo no era el indicado para dejar a la intemperie a una mujer.

—Ya tengo suficientes Aes Sedai en mi contra para además dejar sueltas *sul'dam* que volverían a realizar la misma labor —les dijo. ¡La Luz sabía que era verdad! Asintieron, aunque Weiramon tardó un poco en entender; Bashere parecía aliviado, y Anaiyella decepcionada. Pero ¿qué hacer con la mujer y con las otras que capturaran? No tenía intención de convertir la Torre Negra en una prisión. Los Aiel podían ocuparse de ellas. Sólo que las Sabias quizá las degollaran en cuanto él se diera media vuelta. ¿Y las hermanas que Mat conducía a Caemlyn, con Elayne?—. Cuando esto haya acabado, se las entregaré a unas Aes Sedai escogidas por mí. —A lo mejor lo veían como un gesto de buena voluntad, un poco de miel para endulzar el mal trago de aceptar su protección.

No bien acababan de salir las palabras de su boca cuando Nerith se puso mortalmente pálida y empezó a chillar a voz en cuello. Aullando sin cesar, se lanzó cuesta abajo, saltando sobre árboles derribados, cayendo y levantándose de nuevo.

—¡Maldita sea! ¡Cogedla! —bramó Rand, y la patrulla saldaenina salió disparada en pos de la mujer, azuzando sus monturas por la ladera sembrada de árboles sin pensar en patas o cuellos rotos. La seanchan, que seguía chillando, corrió haciendo quiebros entre los caballos, aún con menos precaución.

En la boca del paso más oriental se abrió un acceso en medio de un destello de luz plateada. Un soldado de chaqueta negra lo cruzó tirando de su montura, se subió de un salto a

Librodot

la silla mientras el acceso se desvanecía, y se lanzó a galope hacia la cumbre de la colina, donde Gedwyn y Rochaid esperaban. Rand observó impasible. Dentro de su cabeza, Lews Therin bramaba sobre matar, matar a todos los Asha'man antes de que fuese demasiado tarde.

Para cuando los tres hombres empezaron a subir la ladera en dirección a Rand, cuatro de los saldaeninos tenían a Nerith tirada en el suelo e intentaban atarla de pies y manos. Y no sobraba ninguno de los cuatro, habida cuenta de las patadas y los mordiscos que les propinaba. A un divertido Bashere se le hicieron apuestas sobre si no sería ella la que los reduciría, en lugar de a la inversa. Anaiyella masculló algo sobre partirle la cabeza a la mujer. ¿Lo diría literalmente? Rand la miró ceñudo.

El soldado, que iba entre Gedwyn y Rochaid, lanzó una mirada inquieta a Nerith cuando pasaron a caballo junto a ella. Rand recordaba vagamente haberlo visto en la Torre Negra, el día que había llevado por primera vez los alfileres de espadas de plata y le dio a Taim el primer alfiler de dragón. Era un tarabonés joven, llamado Varil Nensen, que todavía llevaba un fino velo para tapar el espeso bigote. Sin embargo, no había dudado a la hora de combatir contra sus compatriotas. Ahora su lealtad era para la Torre Negra y el Dragón Renacido, como repetía Taim. La segunda parte de la frase sonaba siempre a añadido, a ocurrencia tardía.

—Se te concede el honor de presentar tu informe al Dragón Renacido, soldado Nensen —dijo Gedwyn. Con sorna.

Nensen se sentó más erguido en la silla.

—¡Milord Dragón! —bramó al tiempo que llevaba el puño al pecho—. Hay más a unos cincuenta kilómetros al oeste, milord Dragón. —Cincuenta kilómetros era la distancia máxima que Rand había indicado rastrear a los exploradores antes de regresar. ¿De qué serviría que un soldado encontrara seanchan mientras que el resto seguía desplazándose más al oeste?—. Alrededor de la mitad de los que había aquí —continuó Nensen—. Y... —Sus oscuros ojos se desviaron de nuevo, fugazmente, hacia Nerith, que ahora ya estaba atada; los saldaeninos forcejeaban para subirla a un caballo—. Y no vi señal de que hubiera mujeres, milord Dragón.

Bashere miró hacia arriba y escudriñó el cielo. Nubes oscuras se extendían como un manto de cumbre a cumbre, pero el sol debía de seguir alto.

—Hora de alimentar a los hombres antes de que los demás regresen —dijo mientras asentía con satisfacción. Nerith se las había arreglado para morder la muñeca de un saldaenino y se aferraba a ella como tejón rabioso.

—Que coman deprisa —instó, irritado, Rand. ¿Serían igual de difíciles todas las *sul'dam* que capturaran? Seguramente. Luz, ¿y si cogían a una *damane*?—. No quiero pasarme el invierno en esas montañas. —Gille la *damane.* No podía borrar un nombre una vez que había entrado en la lista.

«Los muertos nunca guardan silencio —susurró Lews Therin—. Los muertos nunca duermen.»

Rand condujo su caballo hacia las lumbres. No le apetecía comer.

Desde la punta de un saliente rocoso, Furyk Karede examinó cuidadosamente las montañas arboladas que se alzaban alrededor, picos afilados como oscuros colmillos. Su caballo, un castrado rodado, irguió las orejas como si hubiese captado un ruido que a él le hubiera pasado por alto, pero aparte de eso el animal permaneció inmóvil. Cada dos por tres, Karede tenía que interrumpir el reconocimiento y limpiar las lentes de su visor. Caía una lluvia ligera del encapotado cielo matinal. Las dos plumas negras de su yelmo estaban dobladas, en lugar de erguidas, y le corría agua por la espalda. Una lluvia ligera comparada con la de la víspera, en cualquier caso, y seguramente comparada con la del siguiente. O con la de esa tarde, tal vez. Los truenos retumbaban ominosamente por el sur. Sin embargo, la preocupación de Karede no tenía nada que ver con el tiempo.

Allá abajo, los últimos hombres de un contingente de dos mil trescientos avanzaban

Librodot

serpenteando por los pasos sinuosos, hombres reunidos de cuatro puestos avanzados. Con buenas monturas y razonablemente bien dirigidos, sin embargo apenas doscientos eran seanchan, y sólo dos, aparte de él mismo, lucían los colores rojo y verde de la Guardia. Casi todos los demás eran taraboneses —conocía su arrojo—, pero un buen tercio lo constituían amadicienses y altaraneses, demasiado nuevos en sus juramentos para estar seguro de cómo aguantarían. Algunos altaraneses y amadicienses habían cambiado su lealtad dos o tres veces ya. O lo habían intentado, en cualquier caso. La gente a ese lado del Océano Aricio no tenía pundonor. Una docena de *sul'dam* cabalgaba al frente de la columna, y Karede habría querido que las doce llevaran *damane* en correa caminando junto a sus caballos, en lugar de sólo dos.

Cincuenta pasos más allá, los diez hombres de vanguardia vigilaban las laderas que se alzaban sobre ellos, aunque no con el cuidado necesario. Demasiados hombres que cabalgaban en vanguardia contaban con los exploradores avanzados para que descubrieran cualquier clase de peligro. Karede tomó nota de hablar personalmente con ellos. Cumplirían con su deber correctamente después de eso, o los enviaría a las levas de trabajo.

Un *raken* apareció por el este, deslizándose en un vuelo raso sobre las copas de los árboles, girando y desviándose para seguir las curvas del terreno como haría la mano de un hombre al deslizarse por la espalda de una mujer. Qué curioso. A los *morat'raken*, los voladores, les gustaba volar muy alto siempre, a menos que los rayos surcaran el cielo. Karede bajó el visor para observar.

—Quizá tengamos por fin otro informe de reconocimiento del terreno —comentó Jadranka. A los otros oficiales que esperaban detrás de Karede, no a él. Tres de los diez igualaban en rango a Karede, pero eran pocos, excepto la Sangre, los que osaban molestar a un hombre con el uniforme rojo sangre y verde casi negro de la Guardia de la Muerte. Tampoco había muchos de la Sangre que lo hicieran.

Según las historias que había oído de niño, uno de sus antepasados, un noble, había seguido a Luthair Paendrag hasta Seanchan, por orden de Artur Hawkwing, pero doscientos años después, cuando sólo estaba asegurado el norte, otro antepasado había intentado forjar un reino para sí mismo y acabó vendido en subasta. Quizás ocurriera así; muchos *da'covale* afirmaban tener antepasados nobles. Al menos, lo hacían entre ellos; pocos miembros de la Sangre encontraban divertida esa clase de cháchara. En cualquier caso, Karede se había considerado afortunado cuando los Escogedores lo seleccionaron, siendo un robusto chiquillo que aún no tenía edad para que se le asignaran tareas, y todavía se sentía orgulloso de los cuervos tatuados en sus hombros. Muchos Guardias de la Muerte iban sin chaqueta ni camisa cuando las circunstancias lo permitían, a fin de exhibirlos. Los humanos, por lo menos. A los Jardineros Ogier no se los marcaba ni se los poseía, pero eso era un asunto entre ellos y la emperatriz.

Karede era *da'covale* y estaba orgulloso de ello, como cualquier hombre de la Guardia, propiedad del Trono del Cristal en cuerpo y alma. Luchaba donde la emperatriz indicaba y moriría el día que ella dijera que lo hiciera. Sólo a la emperatriz obedecía la Guardia, y allí donde aparecía lo hacía como la mano de la emperatriz, un recordatorio visible de ella. No era de extrañar que incluso entre la Sangre algunos se sintieran inquietos al ver pasar un destacamento de Guardias de la Muerte. Era una vida mucho mejor que estar limpiando los establos de un lord o sirviendo *kaf* a una lady. Sin embargo, maldecía la suerte que lo había llevado a esas montañas para inspeccionar los puestos avanzados.

El *raken* siguió volando velozmente hacia el oeste, con las dos voladoras inclinadas sobre la silla. No era un informe de exploración, ningún mensaje para él. Furyk sabía que eran imaginaciones suyas, pero tuvo la impresión de que el largo cuello de la criatura, extendido, denotaba cierta... ansiedad. Si hubiese sido cualquier otro hombre, también se habría sentido inquieto. Había habido pocos mensajes para él desde que recibió la orden, tres días antes, de asumir el mando y desplazarse hacia el este, y cada mensaje sólo había espesado la niebla en lugar de aclararla.

Los lugareños, esos altaraneses, se habían agrupado en gran número en las montañas, al

parecer, pero ¿cómo? Las calzadas a lo largo del límite septentrional de la cordillera estaban patrulladas y vigiladas casi hasta la frontera de Illian por voladores y *morat'torm* así como por partidas a caballo. ¿Qué podría haber inducido a los altaraneses a enseñar así los dientes? ¿Qué los había empujado a unirse? Un hombre podía encontrarse involucrado en un duelo con ellos por una mirada —aunque ya habían empezado a aprender que desafiar a un Guardia era sólo un modo más lento de suicidarse—, pero había visto nobles de esa mal llamada nación intentando venderse unos a otros y a su reina por la mera sugerencia de que sus propias tierras estarían protegidas y tal vez su posible expansión con la incorporación de las de su vecino.

Nadoc, un hombretón con un engañoso rostro apacible, se giró en la silla para seguir con la mirada al *raken.*

—No me gusta avanzar a ciegas —murmuró—. No cuando los altaraneses se las han apañado para situar aquí arriba cuarenta mil hombres, como poco.

Jadranka resopló tan fuerte que su alto castrado blanco se movió. Jadranka era el capitán más veterano de los tres que estaban detrás de Karede, con tantos años de servicio como el propio Furyk. Era bajo y delgado, con una nariz prominente, y se daba unos aires que cualquiera habría dicho que era de la Sangre. Ese caballo blanco destacaría a un kilómetro.

—Cuarenta mil o cien, Nadoc, están desperdigados desde aquí hasta el otro extremo de la cordillera, demasiado separados para apoyarse unos a otros. Así me arranquen los ojos, seguramente la mitad de ellos ya estarán muertos. Deben de andar enzarzados con nuestras avanzadas por todas partes. Por eso no nos llegan informes. De nosotros se espera que barramos los restos.

Karede se tragó un suspiro. Había esperado que Jadranka no fuera un imbécil además de un engreído. Las alabanzas por las victorias se propagaban con rapidez, tanto si eran sobre un ejército como sobre medio batallón. Eran las derrotas excepcionales las que se tragaban en silencio y se olvidaban. Y tanto silencio resultaba... ominoso.

—El último informe no me pareció que hablara de ningún «resto» —insistió Nadoc. Él no era estúpido—. Hay cinco mil hombres a ochenta kilómetros, delante de nosotros, y dudo que podamos quitarlos de en medio con escobas.

Jadranka volvió a resoplar.

—Los aplastaremos, con espadas o con escobas. Así la Luz me abrase, estoy impaciente por sostener un combate decente. Ordené a los exploradores que siguieran buscando hasta dar con ellos. No permitiré que se escabullan.

—¿Que hiciste qué? —inquirió suavemente Karede.

Sus palabras hicieron que todas las cabezas se volvieran hacia él. Nadoc y unos pocos más tuvieron que esforzarse para dejar de mirar boquiabiertos a Jadranka. Exploradores con la orden de seguir adelante, con la orden específica de buscar algo en concreto. ¿Qué podía haberse pasado por alto a costa de esas órdenes?

Antes de que ninguno tuviese tiempo de abrir la boca, sonaron gritos de los hombres en el paso; gritos y relinchos de caballos.

Karede se llevó el tubo de cuero del visor al ojo. A lo largo del paso, al frente, hombres y animales morían bajo una lluvia de lo que le pareció tenían que ser saetas de ballestas, a juzgar por el modo en que atravesaban petos de acero y reventaban pechos sin protección de cota de mallas. Ya habían caído cientos, y otros tantos se tambaleaban heridos en las sillas o a pie y corrían alejándose de caballos que pateaban en el suelo. Corrían demasiados. Mientras observaba por el visor, hombres todavía montados hacían volver grupas a los caballos en un intento de huir de regreso al paso. ¿Dónde infiernos estaban las *sul'dam*? No conseguía divisarlas. Se había enfrentado a rebeldes que tenían *sul'dam* y *damane*, y eran las que había que matar cuanto antes. Quizá los lugareños habían aprendido eso.

De manera repentina, espantosa, el suelo empezó a explotar en rugientes surtidores de tierra a lo largo de la serpentina columna de soldados a su mando, surtidores que lanzaban al

Librodot

aire hombres y caballos con tanta facilidad como la tierra y las piedras. Del cielo se descargaron rayos, líneas zigzagueantes de luz blanco azulada que destrozaban tierra y hombres por igual. Otros hombres simplemente estallaban en pedazos sin motivo aparente. ¿Tenían los lugareños *damane* propias? No, serían esas Aes Sedai.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Nadoc. Parecía impresionado. Y con razón.

—¿Es que piensas abandonar a tus hombres? —gruñó Jadranka—. ¡Los reagruparemos y atacaremos, pedazo de...!

La frase se cortó de golpe, con un gorgoteo, cuando la punta de la espada de Karede se hundió en su garganta. En ciertos momentos podía tolerarse a un necio. En otros, no. Al tiempo que el hombre se desplomaba de la silla, Karede limpió hábilmente su acero en la blanca crin del castrado antes de que el animal saliera disparado. También había momentos para un pequeño alarde.

—Reagruparemos lo que podamos reagrupar, Nadoc —manifestó como si Jadranka no hubiese hablado. Como si no hubiese existido—. Salvaremos lo que podamos salvar, y nos replegaremos.

Hizo dar media vuelta al caballo para descender al paso donde los rayos centelleaban y los truenos retumbaban, y ordenó a Anghar, un joven de mirada firme que montaba un caballo veloz, que cabalgara hacia el este e informara de lo que había ocurrido allí. Un volador tal vez podría verlo o tal vez no, aunque Karede creía saber ahora por qué volaban tan bajo. E imaginaba que la Augusta Señora Suroth y los generales del acuartelamiento de Ebou Dar también sabían ya lo que estaba sucediendo en las montañas. ¿Sería ése el día señalado para morir por la emperatriz? Taconeó los flancos de su caballo.

Desde la cresta llana y escasamente arbolada, Rand oteaba hacia el oeste el bosque que se extendía a sus pies. Henchido de Poder —la vida, tan dulce; la infección, oh, cuán repulsiva— podía distinguir cada hoja por separado. *Tai'daishar* pateó el suelo con un casco. Los escarpados picos que se alzaban detrás, a ambos lados y en derredor se erguían casi dos mil metros por encima de la cresta, pero ésta se encontraba muy por encima de las copas de los árboles del fondo, que cubrían un ondulado valle de más de una legua de longitud y casi otro tanto de anchura. Allí abajo todo estaba en silencio. Una quietud que igualaba la del vacío en el que él flotaba. Por el momento en silencio, al menos. Aquí y allí se alzaban columnas de humo, donde dos o tres árboles contiguos ardían como antorchas. Sólo la gran humedad que lo empapaba todo impedía que el fuego se propagara, convirtiendo el valle en una conflagración.

Flinn y Dashiva eran los únicos Asha'man que permanecían con él. Todos los demás se encontraban en el valle. Los dos se hallaban a cierta distancia, al borde de los árboles, a pie y sujetando las riendas de sus caballos, observando el bosque allá abajo. Es decir, Flinn lo observaba con igual fijeza que él; Dashiva echaba ojeadas de vez en cuando, torcía la boca y, de tanto en tanto, mascullaba entre dientes de un modo que hacía que Flinn rebullera intranquilo y lo mirara de soslayo. El Poder los henchía a los dos, casi a rebosar, pero, para variar, Lews Therin no decía nada. En los últimos días parecía que el hombre hubiera ido replegándose progresiva y paulatinamente a su escondrijo.

El cielo estaba parcialmente despejado, y entre las dispersas nubes grises se colaba la luz del sol. Habían pasado cinco días desde que Rand condujo a su pequeño ejército a Altara, cinco días desde que vio al primer seanchan muerto. Había visto muchos más desde entonces. La idea se deslizó por el exterior del vacío. A través del guante notaba la garza marcada en su palma, ceñida alrededor del Cetro del Dragón. Silencio. No se divisaba ninguna de las criaturas voladoras. Tres de ellas habían muerto, derribadas en el aire por los rayos antes de que sus jinetes aprendieran la lección y dejaran de acercarse. Silencio.

—Quizás ha terminado, milord Dragón. —La voz de Ailil sonaba fría y tranquila, pero la mujer palmeó el cuello de su yegua a pesar de que el animal no necesitaba que lo tranquilizaran. Miró de reojo a Flinn y a Dashiva y se puso erguida, no queriendo mostrar la

mínima inquietud delante de ellos.

Rand se encontró canturreando entre dientes y se interrumpió de golpe. Ésa era una costumbre de Lews Therin cuando miraba a una mujer bonita, no de él. ¡De él no! ¡Luz, si empezaba a adoptar los hábitos del hombre, y encima sin estar siquiera presente...!

De pronto, un violento estampido retumbó en el valle. Estalló una llamarada por encima de los árboles, a tres kilómetros o más de distancia, y a continuación otra, y otra más, y una cuarta. Los rayos cayeron sobre el bosque, cerca de los puntos donde habían saltado las altas llamas, destellos separados, como lanzas irregulares, de color azul blanquecino. Una ráfaga de relámpagos y fuego, y después se hizo de nuevo el silencio. En esta ocasión no se incendiaron árboles.

Parte de aquello había sido *Saidin.* Sólo parte.

Se alzaron gritos, apagados y distantes; en otra parte del valle, le dio la impresión. Demasiado lejos incluso para que su sentido del oído, aguzado por el *Saidin*, captara el vibrante choque de los aceros. A pesar de los pesares, no toda la lucha la llevaban a cabo Asha'man, Dedicados y soldados de chaqueta negra.

Anaiyella soltó el aire que debía de haber estado conteniendo desde que empezó el intercambio entre las dos partes del Poder. Los hombres combatiendo con armas de acero no le causaban incomodidad. Entonces también ella palmeó el cuello de su montura. El castrado había movido sólo una oreja. Rand había advertido que las mujeres solían hacer eso. Cuando estaban agitadas, intentaban tranquilizar a otros, tanto si lo necesitaban como si no. Un caballo podía servir para ese propósito. ¿Dónde estaba Lews Therin?

Irritado, se inclinó hacia adelante para escudriñar de nuevo el dosel del bosque. Gran parte de los árboles eran perennes —alerces, abetos y cedros— y, a pesar de la última sequía, formaban una pantalla eficaz, incluso para su vista intensificada. Como por casualidad, tocó el envoltorio alargado, metido bajo la correa del estribo. Podía intervenir. ¿Y acometer a ciegas? Pero podía cabalgar hasta el bosque. ¿Y ver a diez pasos, como mucho? Allí abajo, su actuación no sería más eficaz que la de uno de los soldados Asha'man.

Se abrió un acceso entre los árboles de la cresta, a cierta distancia; la línea plateada se ensanchó hasta formar un agujero por el que se veían otros árboles diferentes y densa maleza con los tonos marrones del invierno. Un soldado de tez cobriza, con un fino bigote y una perla pequeña en la oreja, salió a pie por él y dejó que el acceso desapareciera. Iba empujando a una *sul'dam* que iba maniatada a la espalda, una mujer de rasgos hermosos, estropeados por un chichón purpúreo a un lado de la frente. La contusión sí encajaba con su gesto ceñudo y su vestido arrugado y manchado de hojas secas. Giraba la cabeza y le gruñía al soldado cada vez que éste la empujaba para que siguiera avanzando a lo largo de la cresta hasta llegar ante Rand, y después alzó la vista hacia éste, con desdén.

El joven de la chaqueta negra saludó marcialmente.

—Soldado Arlen Nalaam, milord Dragón —bramó, fija la vista en la silla de montar de Rand—. Las órdenes de milord Dragón eran traer a su presencia a cualquier mujer capturada.

Rand asintió. Sólo era para que tuviese la impresión de que hacía algo, inspeccionar prisioneras a fin de asegurarse de que eran lo que habría resultado obvio para cualquier idiota.

—Llévala a los carros, soldado Nalaam, y después regresa a la lucha. —Casi le rechinaron los dientes al decir eso último. ¡Mandaba a luchar a otros y, mientras tanto, él, Rand al'Thor, el Dragón Renacido y rey de Illian, se quedaba sentado en su caballo contemplando las copas de los árboles!

Nalaam volvió a saludar antes de retirarse, empujando ante él a la mujer, y sin perder tiempo. Ella no dejó de echar ojeadas hacia atrás, pero no al soldado esta vez, sino a Rand. Con los ojos desorbitados y boquiabierta por la estupefacción. Por alguna razón, Nalaam no la hizo detenerse hasta que llegó al punto del que había salido. Para abrir un acceso sólo tenía que apartarse un corto trecho, sólo lo suficiente a fin de evitar hacer daño a los caballos.

—¿Qué demonios haces? —demandó Rand mientras el *Saidin* llenaba al joven.

Librodot

Nalaam se volvió a medias hacia él, vacilando un instante.

—Parece más fácil si uso un sitio en el que ya he abierto un acceso, milord Dragón. Aquí, el *Saidin* es... Lo noto... extraño.

Su prisionera se volvió y lo miró con el entrecejo fruncido. Al cabo de un momento, Rand le indicó con un gesto que procediera. Flinn simuló examinar la silla de su caballo con interés, pero esbozó un atisbo de sonrisa. Con petulancia. Y Dashiva soltó una risita tonta. Flinn había sido el primero en mencionar una sensación extraña con el *Saidin* en ese valle. Por supuesto, Narishma y Hopwil lo habían oído, y Morr contribuyó con sus historias sobre la «peculiaridad» percibida en Ebou Dar. No era de extrañar que ahora todos afirmaran notar algo, aunque ninguno sabía explicar qué, sólo que el *Saidin* se sentía... raro. Luz, con la infección que contaminaba la mitad masculina del Poder, ¿qué otra cosa podía notarse? Rand esperaba que los demás no estuviesen empezando a contraer la nueva enfermedad que lo aquejaba a él.

El acceso de Nalaam se abrió y luego desapareció tras él y su prisionera. Rand dejó que sus sentidos percibieran realmente el *Saidin.* La vida y la corrupción se mezclaban; hielo que haría parecer cálido el crudo invierno, fuego que haría parecer frías las llamas de una forja; muerte, esperando que se descuidara. Queriendo que se descuidara. No se notaba nada distinto. ¿Oh sí? Miró ceñudo hacia donde Nalaam había desaparecido. Nalaam y la mujer.

La cuarta *sul'dam* apresada esa tarde. Con ella eran ya veintitrés las *sul'dam* prisioneras en los carros. Y dos *damane*, ambas con el collar y la correa plateados todavía puestos, retenidas en un carro aparte; con esos collares no podían dar tres pasos sin sufrir unas náuseas tan fuertes como las que lo asaltaban a él al asir la Fuente. Después de todo, ya no estaba seguro de que las hermanas que iban con Mat se sintieran complacidas de que se las entregara. A la primera *damane* que le habían llevado, dos días antes, no la había visto como una prisionera. Era una mujer esbelta, con el cabello muy rubio y grandes ojos azules, y la consideró una cautiva de los seanchan a la que había que liberar. Eso creyó. Pero cuando obligó a la *sul'dam* a quitarle el collar, el *a'dam*, la mujer rubia empezó a gritar a la *sul'dam* que la ayudara y al instante se puso a arremeter con el Poder. ¡Incluso ofreció el cuello a la *sul'dam* para que volviera a ponerle el artilugio! Nueve Defensores y un soldado Asha'man murieron antes de que se la pudiera escudar. Gedwyn la habría matado en ese mismo momento si Rand no se lo hubiese impedido. Los Defensores, que se sentían casi tan incómodos en presencia de mujeres que encauzaban como los demás se sentían cerca de hombres que utilizaban el Poder, todavía querían verla muerta. Habían sufrido bajas en los combates de los últimos días, pero que sus hombres murieran a manos de una prisionera parecía ofenderlos.

Había habido más bajas de las que Rand esperaba. Más de doscientas entre legionarios y mesnaderos. Treinta y un Defensores y cuarenta y seis Compañeros. Siete soldados de chaqueta negra y un Dedicado, hombres a los que Rand no había visto nunca hasta que acudieron a su convocatoria en Illian. Demasiados, considerando que todas las heridas, excepto las muy graves, podían Curarse sólo con que un hombre aguantara hasta que hubiera tiempo para atenderle. Sin embargo, estaba empujando a los seanchan hacia el oeste. Y con dureza.

Se alzaron más gritos en algún lugar del valle, a lo lejos. El fuego estalló a unos cinco kilómetros hacia el oeste, y los rayos se descargaron, derribando árboles. Árboles y piedras saltaron por el aire en la ladera de la montaña, más adelante, extraños surtidores que se sucedían a lo largo de la pendiente. Los atronadores estallidos ahogaron los gritos. Los seanchan se retiraban.

—Id allí abajo —ordenó Rand a Flinn y a Dashiva—. Los dos. ¡Encontrad a Gedwyn y comunicadle que he dicho que presione! ¡Que presione!

Dashiva torció el gesto al mirar el bosque allá abajo y después empezó a conducir torpemente su montura a lo largo de la cresta. El hombre era desmañado con los caballos, ya fuera conduciéndolos o montándolos. ¡Incluso tropezó con la punta de su espada! Flinn miró

preocupado a Rand.

—¿Vais a quedaros solo, milord Dragón?

—No estoy solo, precisamente —replicó Rand con sequedad mientras miraba de soslayo a Ailil y a Anaiyella. Las dos mujeres habían regresado con sus mesnaderos, casi doscientos lanceros que esperaban cerca de donde la cresta empezaba a descender hacia el este. Al frente de ellos, Denharad frunció el entrecejo tras las barras de la visera. Ahora estaba al mando de los dos grupos, y si su principal preocupación era la seguridad de Ailil y Anaiyella, la mera presencia de sus hombres bastaba para disuadir a casi cualquier atacante. Además, Weiramon tenía asegurado el extremo norte de la cresta para que, según él, no pasara ni una mosca, y Bashere guardaba el flanco sur. Sin ostentación; el general saldaenino había levantado un muro de lanzas sin hablar de ello. Y los seanchan se estaban retirando—. Y, en cualquier caso, no estoy precisamente indefenso, Flinn.

El hombre mayor no pareció convencido y se rascó el ralo cabello blanco antes de saludar y conducir su montura hacia donde el acceso de Dashiva empezaba a formarse, cojeando. Flinn iba mascullando entre dientes como solía hacer Dashiva. Rand habría querido bramar de rabia. No podía volverse loco aún, y ellos tampoco.

El acceso se desvaneció tras los dos Asha'man, y Rand volvió a escudriñar las copas de los árboles. Volvía a reinar el silencio. Una quietud que se prolongó. La idea de tomar los puestos avanzados en las montañas no había sido buena; ahora estaba dispuesto a admitirlo. En ese terreno, uno podía encontrarse a un kilómetro de un ejército enemigo sin saberlo. ¡En esa frondosa maraña de allí abajo uno podía estar a diez metros de ellos sin saberlo! Necesitaba enfrentarse a los seanchan en mejor terreno. Necesitaba...

De pronto se encontró luchando contra el *Saidin*, contra aterradoras oleadas que intentaban traspasarle el cerebro, reventarle el cráneo. El vacío empezó a desvanecerse, debilitado por la violenta arremetida. Frenético, aturdido, soltó la Fuente antes de que lo matara. La náusea le atenazó el estómago. La doble visión le mostró dos Coronas de Espadas, ¡tiradas en la espesa capa de mantillo, delante de su cara! ¡Estaba tendido en el suelo! Le costaba respirar y se esforzó por llevar aire a los pulmones. Una de las doradas hojas de laurel de la corona tenía roto un trocito, y la sangre manchaba varias de las minúsculas espadas de oro. Un dolor ardiente en el costado le descubrió que aquellas heridas que nunca curaban del todo se habían vuelto a abrir. Intentó incorporarse y gritó de dolor. En un aturdido estupor vio las negras plumas de una flecha clavada en su brazo derecho. Se desplomó con un gruñido. Algo le resbalaba por la cara. Algo le goteaba delante del ojo. Sangre.

Vagamente, fue consciente de unos gritos clamorosos. Aparecieron jinetes entre los árboles, por el norte, galopando a lo largo de la cresta, algunos con las lanzas en ristre, otros manejando ballestas tan deprisa como podían cargar y disparar. Jinetes con armaduras azules y amarillas, de placas imbricadas, y yelmos semejantes a cabezas de inmensos insectos. Seanchan, varios cientos de ellos, al parecer. Procedían del norte. ¡Y eso que no pasaría ni una mosca, según Weiramon!

Rand se esforzó por asir la Fuente. Demasiado tarde ya para preocuparse por las náuseas o irse de bruces al suelo. En otro momento, quizás esa idea le habría hecho reír. Se esforzó... Pero fue como buscar un alfiler con los dedos entumecidos en la oscuridad.

«Llegó la hora de morir», susurró Lews Therin. Rand había sabido siempre que Lews Therin estaría allí al final.

A menos de cincuenta pasos, tearianos y cairhieninos vociferantes chocaron contra los seanchan.

—¡Luchad, perros! —chilló Anaiyella mientras desmontaba junto a él—. ¡Luchad!

La elegante noble, con sus sedas y sus encajes, soltó una sarta de maldiciones que habrían dejado seca la boca a un carretero. Anaiyella sujetaba las riendas de su montura, mirando ora al remolino de hombres y acero, ora a Rand. Fue Ailil quien lo volvió boca arriba. Arrodillada a su lado, lo observó con una expresión insondable en sus grandes ojos

Librodot

negros. Rand era incapaz de moverse; se sentía exhausto. Ni siquiera se creía capaz de parpadear. Los gritos y el entrechocar de las armas aún llegaban a sus oídos.

—¡Si muere estando en nuestras manos, Bashere nos colgará a las dos! —Desde luego, Anaiyella no soltaba risitas tontas ahora—. ¡Si esos monstruos de chaqueta negra nos cogen...! —se estremeció. Se inclinó hacia Ailil, gesticulando con un cuchillo en el que Rand no había reparado hasta entonces. Un rubí resplandecía en la empuñadura—. Tu Capitán de Lanzas podría apartar suficientes hombres para que nos escoltaran lejos de aquí. Podríamos estar a kilómetros de distancia antes de que lo encuentren, y de vuelta en nuestras tierras para cuando...

—Creo que puede oírnos —la interrumpió sosegadamente Ailil. Su mano enguantada fue hacia su cintura. ¿Enfundando un cuchillo? ¿O para desenvainarlo?—. Si muere aquí... —Se interrumpió tan de golpe como la otra mujer antes y su cabeza giró bruscamente.

El atronador repiqueteo de cascos a galope pasó a ambos lados de Rand. Hacia el norte, hacia los seanchan. Espada en mano, Bashere apenas sofrenó su caballo antes de bajar de un salto de la silla. Gregorin Panar desmontó más despacio, pero agitó la espada al tiempo que gritaba a los hombres que seguían pasando a caballo.

—¡A la carga, por el rey y por Illian! —gritó—. ¡Duro con ellos! ¡Por el Señor de la Mañana! ¡Por el Señor de la Mañana!

El estrépito de las armas se hizo más intenso. Y el griterío.

—*Tenía* que pasar precisamente cuando todo ha acabado —gruñó Bashere, dedicando miradas suspicaces a las dos mujeres. Sin embargo no perdió tiempo y alzó la voz por encima del fragor del combate—. ¡Morr! ¡Maldito sea tu pellejo de Asha'man! ¡Aquí, deprisa!

No gritó que el lord Dragón estaba malherido, gracias a la Luz. Con esfuerzo, Rand giró la cabeza, apenas unos centímetros. Lo suficiente para ver a illianos y saldaeninos presionando y avanzando hacia el norte. Los seanchan debían de estar cediendo terreno.

—¡Morr! —El nombre retumbó a través del bigote de Bashere, y el joven Asha'man desmontó de un caballo a galope, casi encima de Anaiyella. A la mujer pareció contrariarla que Morr no le pidiera disculpas y se arrodillara junto a Rand, retirándose el oscuro cabello de la cara. Sin embargo, al darse cuenta de que el joven Asha'man se proponía encauzar, la noble se retiró con premura, prácticamente saltando. Ailil se incorporó sin brusquedad, pero tampoco anduvo muy remisa en apartarse. Y enfundó un cuchillo con empuñadura de plata en la vaina que colgaba de su cinturón.

Curar no era un asunto complicado, aunque sí desagradable. Se partió el astil por el penacho, y la flecha se sacó por detrás con un tirón seco que hizo soltar un grito ahogado a Rand, pero eso sólo era un preámbulo necesario para despejar la zona lacerada. La arenilla y las pequeñas astillas que estuvieran incrustadas en los músculos saldrían a medida que la carne se uniera hasta cerrar la herida, pero sólo Flinn y unos cuantos más eran capaces de utilizar el Poder para extraer lo que se había clavado profundamente. Morr puso dos dedos sobre el pecho de Rand, se mordió la punta de la lengua con un gesto de concentración y empezó a tejer la Curación. Así lo hacía siempre; no le funcionaba de otra manera. No eran los complejos tejidos utilizados por Flinn. Muy pocos eran capaces de realizarlos, y ninguno tan bien como Flinn, hasta el momento. Los de Morr eran más simples. Más rudos. Oleadas de calor recorrieron el cuerpo de Rand, lo bastante fuertes para hacerlo gruñir y que transpirara por cada poro de su cuerpo; los temblores lo sacudieron violentamente de pies a cabeza. Así debía de sentirse un trozo de carne dentro de un horno.

La repentina embestida de calor disminuyó poco a poco, y Rand yació jadeante. Dentro de su cabeza Lews Therin jadeaba también, «¡Mátalo! ¡Mátalo!», una y otra vez.

Rand ahogó aquella voz hasta reducirla a un débil zumbido, le dio las gracias a Morr —¡el joven parpadeó sorprendido!— y después cogió el Cetro del Dragón, tirado en el suelo, y se obligó a ponerse de pie. Una vez erguido, se tambaleó ligeramente. Bashere hizo ademán de ofrecerle el brazo, pero lo apartó ante su gesto negativo. Rand podía sostenerse sin ayuda. A duras penas. Y encauzar le habría resultado tan imposible como echar a volar agitando los

Librodot

brazos. Cuando se tocó el costado, notó la humedad de la sangre en la camisa, y sin embargo la vieja herida redonda y el más reciente tajo que la cruzaba estaban como acorchados, apenas sensibles. Sólo curados a medias, pero nunca habían estado mejor que en ese momento desde que se los infligieron.

Durante unos segundos miró fijamente a las dos mujeres. Anaiyella murmuró algo que sonó a congratulación y le dedicó una sonrisa que Rand se preguntó si no se propondría lamerle la mano. Ailil se mostraba muy erguida, muy fría, como si no hubiese ocurrido nada. ¿Habían tenido intención de abandonarlo a su suerte para que muriera? ¿O incluso acabar con él? En tal caso, ¿por qué enviar a sus mesnaderos a la carga y la premura en comprobar su estado? Por otro lado, Ailil había *sacado* su cuchillo una vez que había empezado la conversación sobre su posible muerte.

La mayoría de los saldaeninos e illianos galopaban hacia el norte o descendían por la ladera de la cresta, persiguiendo a los últimos seanchan. Y entonces Weiramon apareció por el norte, a lomos de un caballo alto y negro como el azabache, a un medio galope lento, que aceleró al ver a Rand. Sus mesnaderos marchaban en fila de a dos detrás de él.

—Milord Dragón —entonó el Gran Señor mientras desmontaba. Increíble, pero su aspecto era tan impoluto como en Illian. Las ropas de Bashere estaban arrugadas y un tanto sucias aquí y allí, mientras que las de Gregorin aparecían pringadas de tierra y polvo, además de tener una manga de la chaqueta desgarrada. Weiramon hizo una reverencia con tantas florituras que no habría desentonado en la corte de un rey—. Perdonad, milord Dragón. Creí divisar seanchan avanzando frente a la cresta y salí a su encuentro. Ni por un momento sospeché la presencia de otra compañía. No sabéis cuánto me apenaría que os hubiesen herido.

—Oh, creo que sí lo sé —replicó secamente Rand, y Weiramon parpadeó. ¿Seanchan avanzando? Tal vez. Weiramon nunca resistiría la oportunidad de alcanzar la gloria en una carga de caballería—. Bashere, ¿qué quisisteis decir con eso de «cuando todo ha acabado?»

—Se están retirando —contestó Bashere. En el valle, fuego y rayos estallaron un instante como para contradecirlo, pero era casi en el extremo opuesto.

—Vuestros... exploradores afirman que se baten en retirada —añadió Gregorin mientras se rascaba la barba y dirigía una mirada de soslayo, incómoda, a Morr. Éste le sonrió enseñando los dientes. Rand había visto al illiano en lo más reñido de la batalla dirigiendo a sus hombres, lanzando gritos de ánimo y blandiendo desenfrenadamente su espada, pero se encogió ante la mueca de Morr.

En ese momento apareció Gedwyn, conduciendo a su caballo por las riendas con aire despreocupado e insolente. Dirigió una mirada casi de mofa a Bashere y a Gregorin, que se tornó ceñuda al posarse en Weiramon, como si supiera ya su metedura de pata, y observó a Ailil y a Anaiyella como si fuera a pellizcarlas. Las dos mujeres se apartaron rápidamente de él; claro que también lo hicieron los hombres, excepto Bashere. Incluso Morr. El saludo que dedicó a Rand se limitó a un golpecito superficial en el pecho, hecho como de pasada.

—Envié exploradores tan pronto como vi que este grupo estaba acabado. Hay otras tres columnas a menos de veinte kilómetros.

—Que se dirigen hacia el oeste —intervino sosegadamente Bashere, pero la mirada que clavó en Gedwyn habría hendido una piedra—. Lo habéis conseguido —dijo a Rand—. *Todos* se baten en retirada. Dudo que paren hasta llegar a Ebou Dar. Las campañas no siempre acaban con una entrada triunfal en la ciudad, y ésta ha terminado.

Sorprendentemente —o tal vez no— Weiramon empezó a abogar por el avance, a fin de «tomar Ebou Dar para gloria del Señor de la Mañana», según sus palabras, pero lo realmente inesperado fue oír decir a Gedwyn que no le importaría dar unos cuantos golpes más a esos seanchan y que, desde luego, tampoco le importaría ver Ebou Dar. Hasta Ailil y Anaiyella sumaron sus voces en favor de «acabar con los seanchan de una vez por todas», aunque Ailil añadió que preferiría no tener que volver otra vez para poner fin al problema y que estaba convencida de que el lord Dragón insistiría en contar con su presencia para tal fin.

Librodot

Esto último lo dijo en un tono tan seco y frío como las noches en el Yermo de Aiel.

Sólo Bashere y Gregorin hablaron a favor de regresar, y fueron levantando el tono de la voz a medida que se prolongaba el silencio de Rand.

—Llevamos a cabo lo que vinimos a hacer —insistió Gregorin—. Por amor de la Luz, ¿estáis pensando en tomar la propia Ebou Dar?

Tomar Ebou Dar, pensó Rand. ¿Por qué no? Nadie esperaría esa maniobra. Sería una sorpresa total, para los seanchan y para todos los demás.

—En ciertos momentos se aprovecha la ventaja y se sigue adelante —gruñó Bashere—. En otros, se cogen las ganancias y se vuelve a casa. Yo digo que es el momento de regresar.

«No me importaría tenerte dentro de mi cabeza si no estuvieses a todas luces loco», susurró Lews Therin de un modo que sonaba casi cuerdo.

Ebou Dar. Rand apretó con fuerza el Cetro del Dragón, y Lews Therin rió socarronamente.

Librodot

CAPÍTULO 10

El momento de las armas

Doce leguas al este de Ebou Dar, los *raken* planeaban en el amanecer de un cielo surcado de nubes, para aterrizar sobre un llano alargado, señalado como el campo de los voladores con cintas de colores en lo alto de largos palos. La hierba reseca se hallaba pisoteada y roturada desde hacía días. Toda la gracia de las criaturas en el aire desaparecía tan pronto como sus garras tocaban el suelo en una carrera torpe, manteniendo en alto los correosos remos de treinta pasos o más de envergadura, como si el animal quisiera alzar de nuevo el vuelo. Tampoco había belleza alguna en la imagen de un *raken* lanzado a una desmañada carrera por el campo y batiendo las alas nervadas, con los voladores agachados sobre la silla como para levantar a la bestia en el aire por pura fuerza, hasta que finalmente se alzaban en el aire a trancas y barrancas, con las puntas de las alas casi rozando las copas de los olivos que crecían al final del campo. Sólo a medida que ganaban altura y giraban en dirección al sol, remontándose hacia las nubes, los *raken* recuperaban su magnífica grandiosidad. Los voladores que aterrizaban no se molestaban en desmontar. Mientras una de las personas que prestaban servicios en tierra sostenía un cesto en alto para que el *raken* engullera enteras las frutas arrugadas con pasmosa rapidez, uno de los voladores entregaba su informe de reconocimiento a otra persona del servicio en tierra de más rango, y su compañero se inclinaba por el lado contrario para recibir nuevas órdenes de manos de un volador demasiado veterano para montar las bestias a menudo. De ese modo, casi inmediatamente después de haberse parado en el suelo, se hacía dar media vuelta al *raken* y se lo dirigía, caminando patosamente, hacia donde otros cuatro o cinco esperaban su turno para realizar aquella larga y desgarbada carrera hacia el cielo.

A galope tendido, esquivando formaciones de caballería e infantería en movimiento, los mensajeros llevaban los informes de reconocimiento en vuelo hasta la enorme tienda de mando, sobre la que ondeaba la bandera roja. Había altivos taraboneses lanceros e impasibles piqueros amadicienses en perfectas formaciones cuadradas, los petos con rayas horizontales de los colores de los regimientos a los que pertenecían. Los hombres de la caballería ligera altaranesa, agrupados desordenadamente, hacían cabriolear sus monturas, vanagloriándose de las franjas rojas que cruzaban en zigzag sus pechos, tan distintas a los indicativos que llevaban todos los demás. Los altaraneses ignoraban que esas franjas señalaban a las tropas irregulares de dudosa fiabilidad. Entre los soldados seanchan, tenían representación los regimientos de renombre distinguidos por dignidad y honor, procedentes de todos los rincones del imperio: hombres de ojos claros de Alqam; hombres de piel dorada oscura de N'Kon; hombres negros como el carbón de Khoweal y Dalenshar. Había *morat'torm* sobre sus monturas sinuosas, de escamas broncíneas, que hacían resoplar y piafar de miedo a los caballos, e incluso unos cuantos *morat'grolm* con sus animales achaparrados y con pico, pero algo que siempre acompañaba a un ejército seanchan brillaba por su ausencia en ese momento. Las *sul'dam* y las *damane* seguían en sus tiendas. Al capitán general Kennar Miraj le estaban dando mucho que pensar.

Desde su asiento en el estrado podía ver claramente la mesa de los mapas, donde subtenientes destocados de sus yelmos comprobaban los informes y colocaban marcas para representar las fuerzas en el campo de batalla. Una pequeña bandera de papel se erguía sobre

cada marcador, con símbolos en tinta que indicaban el tamaño y la composición de la fuerza. Encontrar mapas decentes en esas tierras era casi imposible, pero el mapa copiado sobre la gran mesa era suficiente. Y preocupante, por lo que le indicaba. Discos negros representando puestos avanzados invadidos o dispersados. Demasiados, salpicando toda la mitad oriental de las montañas Vemir. Cuñas rojas, que señalaban escuadrones en movimiento, cubrían la zona occidental casi con igual profusión, todas ellas apuntando en retroceso hacia Ebou Dar. Y dispersos entre los discos negros, destacaban diecisiete blancos. En ese momento, un joven oficial con el uniforme marrón y negro de los *morat'torm* situó cuidadosamente el decimoctavo. Fuerzas enemigas. Unos pocos podían ser los mismos avistados dos veces, pero la mayoría de ellos estaban demasiado distantes entre sí, había un desajuste en los tiempos de avistamientos.

A lo largo de las paredes de la tienda, escribientes con sencillas chaquetas marrones, marcadas únicamente con la insignia de rango entre amanuenses en los anchos cuellos, esperaban en sus escritorios, pluma en mano, a que Miraj diera órdenes que redactarían para su posterior distribución. Ya había impartido las órdenes que podía dar. Había noventa mil soldados enemigos en las montañas, casi el doble de la cifra que podría reunir allí, incluso con las tropas nativas. Un contingente increíble, sólo que los exploradores no mentían; a los mentirosos los degollaban sus propios compañeros. Demasiados, saliendo de la tierra como los gusanos trampa de Sen T'jore. Al menos aún tenían ante ellos más de ciento cincuenta kilómetros de montañas que cubrir si se proponían amenazar Ebou Dar. Casi trescientos, para los discos blancos situados más al este. Y después otros ciento cincuenta de territorio accidentado, con estribaciones y colinas. Sin duda, el general enemigo no podía tener intención de permitir que sus fuerzas dispersas se enfrentaran por separado. Reunirlas llevaría un tiempo. En ese momento, el tiempo era lo único que Miraj tenía a su favor.

Las solapas de la entrada se abrieron y la Augusta Señora Suroth entró en la tienda, con la orgullosa cresta de cabello negro cayendo por su espalda, el vestido plisado, blanco como la nieve, y la sobreveste ricamente bordada, de algún modo sin rastro del barro que había fuera. Miraj la hacía todavía en Ebou Dar; debía de haberse trasladado por aire en un *to'raken.* Iba acompañada por un pequeño séquito, pequeño comparado con el que solía llevar. Un par de Guardias de la Muerte, con los borlones negros en las empuñaduras de sus espadas, sostenían abiertos los paños de la entrada, y se veían más de ellos en el exterior, hombres de rostros pétreos, con uniformes en rojo y verde. La representación de la emperatriz, así viviera eternamente. Incluso la Sangre los tenía en cuenta. Suroth pasó ante ellos como si fueran unos servidores más, como la *da'covale* de figura exuberante, que apenas ocultaba el blanco vestido casi transparente, y dorado cabello tejido en multitud de finas trenzas, que llevaba la dorada escribanía de la Augusta Señora dos pasos detrás de ella, dócilmente. La Voz de la Sangre de Suroth, Alwhin, una mujer de gesto ceñudo, con vestido verde, la parte izquierda de la cabeza afeitada y el resto de su cabello castaño claro tejido en una trenza, seguía de cerca a su señora. Mientras Miraj descendía los peldaños del estrado, reparó, estupefacto, que la segunda *da'covale* que seguía a Suroth, una mujer de cabello oscuro, pequeña y delgada bajo el diáfano vestido, ¡era *damane*! Una *damane* con ropas de propiedad era algo inaudito, ¡pero aún más extraño era el hecho de que Alwhin la condujera por un *a'dam*!

No dejó traslucir su estupefacción mientras hincaba la rodilla en el suelo y murmuraba:

—Que la Luz sea con la Augusta Señora Suroth. Honor y gloria a la Augusta Señora Suroth.

Todos los demás se postraron sobre la lona del suelo, con la mirada baja. Miraj era de la Sangre, aunque en un grado demasiado bajo para afeitarse los laterales de la cabeza, como Suroth, y sólo llevaba lacadas las uñas de los meñiques. Demasiado bajo para manifestar sorpresa si la Augusta Señora permitía a su Voz seguir actuando como *sul'dam* después de haber sido ascendida a so'jhin. Tiempos extraños en tierras extrañas, donde el Dragón Renacido caminaba y las *marath'damane* andaban libres para matar y esclavizar a su antojo.

Suroth apenas le dedicó una mirada superficial antes de volverse para estudiar el mapa de la mesa, y si estrechó sus ojos negros por lo que vio, tenía razón para hacerlo. Bajo su mando, los Hailene habían conseguido mucho más de lo que nadie se habría atrevido a soñar, reclamando grandes extensiones de las tierras robadas. Sólo los habían enviado para preparar el camino y, después de Falme, algunos habían pensado que ni siquiera eso sería posible. Tamborileó los dedos sobre la mesa, con irritación, las largas uñas lacadas en azul de los dos primeros dedos repicando con fuerza. De haber continuado los éxitos, podría haberse afeitado completamente la cabeza y haberse pintado una tercera uña de cada mano. No habría sido la primera vez que se consiguiera la adopción en la familia imperial por logros tan grandes. Y si se sobrepasaba, si llegaba demasiado lejos, podía encontrarse con las uñas cortadas y metida en un vestido translúcido, al servicio de algún miembro de la Sangre, si no vendida a un granjero para ayudarlo a labrar sus tierras o a sudar en un almacén de mercancías. En el peor de los casos, Miraj sólo tendría que cortarse las venas.

Siguió observando a Suroth en silencio, pacientemente, pero, antes de ser ascendido a la Sangre, había sido un teniente explorador, un *morat'raken*, y no podía evitar estar pendiente de todo lo que lo rodeaba. Un explorador vivía o moría por lo que veía o dejaba de ver, y lo mismo ocurría con los demás. Los hombres seguían tendidos de bruces en el suelo; daba la impresión de que algunos de ellos casi ni respiraban. Suroth tendría que haberlo llevado aparte para dejarlos que continuaran con su trabajo. Los soldados apostados en la entrada de la tienda cerraron el paso a una mensajera y la hicieron dar media vuelta. ¿Tan funesto era el mensaje que la mujer había intentado pasar entre unos Guardias de la Muerte?

La *da'covale* que llevaba la escribanía atrajo su atención. Ceños fugaces asomaban en su bonita cara de muñeca, aunque sólo se borraban durante segundos. ¿Una propiedad denotando ira? Y había algo más. La mirada de la mujer se desviaba continuamente hacia la *damane*, que permanecía con la cabeza agachada pero, aun así, echaba ojeadas alrededor con curiosidad. El aspecto de la *da'covale* de ojos castaños y el de la *damane* de ojos claros eran completamente diferentes, aunque había algo que las hacía semejantes. Algo en sus rostros. Extraño. No habría podido calcular la edad de ninguna de ellas.

Por rápido que fue su vistazo, Alwhin reparó en ello. Dio un tirón de la correa plateada del *a'dam* que puso a la *damane* postrada boca abajo en el suelo. A continuación chasqueó los dedos, señaló la lona con la mano que no estaba obstaculizada por el brazalete del *a'dam* y luego torció el gesto cuando la *da'covale* de cabello dorado no se movió.

—¡Abajo, Liandrin! —siseó casi entre dientes.

Lanzando una mirada a Alwhin —¡una mirada feroz!— la *da'covale* se puso de rodillas, pero el malhumor se plasmaba en sus rasgos.

Realmente extraño. Aunque en absoluto importante. Esperó, manteniendo el gesto impasible a pesar de estar reventando de impaciencia. Impaciencia y no poco desasosiego. Había sido ascendido a la Sangre después de cabalgar ochenta kilómetros en una sola noche, con tres flechas clavadas en el cuerpo, para informar de que un ejército rebelde marchaba contra la propia Seandar; la espalda todavía le dolía.

Por fin Suroth se volvió de espalda a la mesa de mapas. No le dio permiso para levantarse, y menos lo abrazó como a uno de la Sangre. Tampoco había esperado que lo hiciera. Estaba muy por debajo de ella.

—¿Estás listo para marchar? —demandó secamente.

Al menos no le había hablado a través de su Voz. Delante de tantos oficiales a su mando, la vergüenza lo habría hecho ir con los ojos bajos durante meses, si no durante años.

—Lo estaré, Suroth —contestó sosegadamente, mirándola a los ojos. Era de la Sangre, por bajo que fuese su nivel—. Las tropas enemigas tardarán al menos diez días en agruparse, y pasarán otros tantos hasta que hayan salido de las montañas. Mucho antes de ese momento, yo...

—Podrían estar aquí mañana —espetó ella—. ¡Hoy! Si vienen, Miraj, lo harán mediante el antiguo arte de Viajar, y parece más que probable que vengan.

Librodot

Miraj oyó rebullir a los hombres tendidos en el suelo antes de que pudieran contenerse. ¿Suroth perdido el control sobre sus emociones y farfullando de leyendas?

—¿Estáis segura? —Las palabras le salieron antes de poder frenarlas.

Si antes pensó que la mujer había perdido el control, ahora no le cupo duda alguna. Sus ojos echaban chispas. Aferró los bordes de la sobreveste temblándole las manos, los nudillos blancos.

—¿Dudas de mí? —gruñó con incredulidad—. Baste decir que tengo mis fuentes de información. —Y estaba tan furiosa con esas fuentes como con él, comprendió el general—. Si vienen, habrá quizás unos cincuenta de esos presuntuosamente llamados Asha'man, pero no más de cinco o seis mil soldados. Al parecer no ha habido más desde el principio, digan lo que digan los exploradores.

Miraj asintió lentamente. Cinco mil hombres, desplazándose de algún modo mediante el Poder Único; eso explicaría muchas cosas. ¿*Cuáles* serían las fuentes de Suroth, que conocía con tanta precisión los números? No era tan necio como para preguntarle. Ciertamente tenía Escuchadores y Buscadores a su servicio. Y también vigilándola. Cincuenta Asha'man. La mera idea de un hombre encauzando lo hacía desear escupir de asco. Los rumores afirmaban que el Dragón Renacido, el tal Rand al'Thor, los estaba reuniendo de todas las naciones, pero jamás habría imaginado que hubiese tantos. El Dragón Renacido podía encauzar, se decía. Quizás eso fuese verdad, pero él era el Dragón Renacido.

Las Profecías del Dragón se conocían en Seanchan incluso antes de que Luthair Paendrag diera comienzo a la Consolidación. En una versión viciada, se decía, muy distinta a la real y pura interpretación divulgada por Luthair Paendrag. Miraj había visto varios volúmenes de *El Ciclo Karaethon* impresos en esas tierras, y también estaban viciados —¡en ninguno de ellos se mencionaba que estaría al servicio del Trono de Cristal!—, pero las Profecías aún ocupaban las mentes y los corazones de los hombres. No pocos esperaban que el Regreso se produjera pronto, que esas tierras fueran reconquistadas antes del Tarmon Gai'don y que así el Dragón Renacido pudiera ganar la Última Batalla para gloria de la emperatriz, así viviera eternamente. Sin duda, la emperatriz querría que se enviara a al'Thor ante su presencia, a fin de ver qué clase de hombre le servía. No habría dificultades con al'Thor una vez que se hubiese arrodillado ante ella. Pocos eran capaces de zafarse del sobrecogimiento y el temor reverencial que se experimentaba ante el Trono de Cristal, con el ansia de obedecer secando la boca. Sin embargo, parecía obvio que meter al tipo en un barco resultaría más fácil si la derrota de los Asha'man —había que acabar con ellos, ni que decir tiene— se retrasaba hasta que al'Thor se encontrara ya de camino a Seandar por el Océano Aricio.

Eso lo llevaba de nuevo al problema que había estado intentando soslayar, comprendió con un sobresalto. No era un hombre que eludiera las dificultades, cuanto menos hacer caso omiso de ellas, como si no existieran, pero ésta era totalmente diferente a cuantas se había enfrentado hasta entonces. Había combatido en dos docenas de batallas donde ambos bandos utilizaban *damane*, y conocía sus métodos. No era sólo cuestión de atacar con el Poder. *Sul'dam* experimentadas podían ver lo que las *damane* o las *marath'damane* hacían, del mismo modo que las *damane* veían lo que hacían otras y así podían defenderse. ¿Serían capaces las *sul'dam* de ver también lo que hacía un hombre? Peor...

—¿Me proporcionaréis *sul'dam* y *damane*? —preguntó. Respiró hondo, a pesar de sí mismo, y añadió—: Si siguen enfermas, será una lucha corta y sangrienta. Por nuestra parte.

Sus palabras causaron un nuevo rebullir en los hombres que esperaban tumbados boca abajo. La mitad de los rumores que corrían por el campamento se referían a la enfermedad que había confinado a *sul'dam* y *damane* en sus tiendas. Alwhin reaccionó de un modo muy obvio, algo totalmente impropio en una so'jhin, al asestarle una mirada feroz. La *damane* se encogió otra vez y empezó a temblar donde seguía postrada. Cosa extraña, a la *da'covale* de cabello dorado también la sacudió un estremecimiento.

Sonriendo, Suroth se deslizó hacia donde estaba arrodillada la *da'covale.* ¿Por qué le

sonreía a una servidora cuyo adiestramiento dejaba mucho que desear? Empezó a acariciar las trencillas de la mujer postrada, y en la boca, roja y lozana como un capullo de rosa, de la mujer apareció un mohín huraño. ¿Acaso había sido una noble de esas tierras? Las primeras palabras de Suroth respaldaron esa suposición, aunque obviamente iban dirigidas a él:

—Los fracasos pequeños acarrean consecuencias de poca importancia; los grandes fracasos se pagan cara y dolorosamente. Tendrás las *damane* que pides, Miraj. Y enseñarás a esos Asha'man que más les habría valido quedarse en el norte. Los barrerás de la faz de la tierra, Asha'man, soldados, todos ellos. Del primero al último, Miraj. He hablado.

—Se hará como decís, Suroth —contestó—. Serán destruidos. Del primero al último.

Ahora ya no había nada más que pudiera decir. Sin embargo, habría querido que le hubiese contestado si las *sul'dam* y *damane* seguían enfermas.

Rand sofrenó a *Tai'daishar* y le hizo dar media vuelta, cerca de la cresta de la pelada y rocosa colina, para ver cómo su pequeño ejército se desplegaba a medida que salía por los agujeros abiertos en el aire. Se aferraba con fuerza a la Fuente Verdadera, tanto que parecía temblar. Con el Poder hinchiéndolo, las agudas puntas de la Corona de Espadas que se hincaban en sus sienes se percibían más punzantes que nunca y, a la par, completamente disociadas, y el frío de media mañana, intenso e imperceptible a la vez. Las heridas jamás curadas de su costado eran un dolor amortiguado y lejano. Lews Therin parecía jadear de incertidumbre. O tal vez de miedo. Quizá, después de haber estado tan cerca de la muerte la víspera, ya no tenía tantas ganas de morir. Claro que no siempre quería perecer. La única constante en el hombre era el deseo de matar; y resultaba que en ese deseo se incluía a sí mismo muy a menudo.

«Muy pronto habrá muerte de sobra para cualquiera —pensó Rand—. Luz, en los últimos seis días la ha habido para hartar hasta la náusea a un buitre.» ¿Habían sido sólo seis días? Lews Therin no contestó. Sí, era el momento para corazones encallecidos. Y también para estómagos con aguante. Se inclinó un momento para tocar el bulto alargado y envuelto en un paño que llevaba bajo la correa del estribo. No. No era el momento, todavía. Tal vez no lo fuera en absoluto. La incertidumbre rieló en el exterior del vacío, y puede que algo más. Nada de eso, esperaba. Incertidumbre, sí, pero lo otro no había sido miedo. ¡No lo había sido!

La mitad de las colinas circundantes estaban cubiertas de olivos achaparrados y retorcidos, veteados por la luz del sol, por donde los lanceros ya avanzaban a lo largo de las hileras para asegurarse de que el terreno se encontraba despejado. No se veía señal alguna de trabajadores en los olivares, ni de granjas, ni estructuras de ninguna clase. Unos cuantos kilómetros al oeste, los montes eran más oscuros, más selváticos. Los legionarios, que salían al trote en filas debajo de la posición de Rand, se pusieron en formación; los seguía un irregular cuadro formado por los illianos voluntarios, ahora incorporados a la Legión. Tan pronto como las filas estuvieron alineadas, se quitaron de en medio para dejar paso a los Defensores y los Compañeros. El terreno parecía arcilloso en su mayor parte, y las botas y los cascos resbalaban en la fina capa de barro. Increíblemente, sin embargo, sólo había unas pocas nubes en el cielo, blancas y esponjosas. El sol semejaba una pálida bola amarilla. Y por el aire no volaba nada más grande que un gorrión.

Dashiva y Flinn se encontraban entre los hombres que mantenían abiertos los accesos, al igual que Adley, Hopwil, Morr y Narishma. Algunos de los accesos se hallaban fuera del alcance de la vista de Rand, detrás de las plegadas colinas. Quería que todo el mundo cruzara cuanto antes y, con excepción de unos pocos soldados que escudriñaban el cielo, todos los hombres de chaqueta negra que no habían salido ya a explorar mantenían un tejido, incluso Gedwyn y Rochaid, aunque ambos miraban con una mueca de desagrado el tejido, el uno al otro o en dirección a él. Rand suponía que ya no tenían costumbre de hacer algo tan simple como mantener abierto un acceso para que pasaran otros.

Bashere subía la cuesta a medio galope, obviamente a sus anchas consigo mismo y con su bayo de corta alzada. Llevaba la capa echada hacia atrás a pesar del frío matinal, que no

era tan intenso como en las montañas, pero aun así invernal. Saludó con un breve cabeceo a Anaiyella y a Ailil, y como respuesta sólo tuvo miradas desabridas. Bashere sonrió a través del espeso bigote, curvado en las puntas como cuernos; no fue una mueca del todo agradable. Albergaba tantas dudas sobre esas mujeres como el propio Rand. Y ellas lo sabían, al menos en lo tocante al recelo de Bashere. Apartando rápidamente la vista del saldaenino, Anaiyella volvió a acariciar el cuello de su castrado; Ailil asía las riendas con excesiva firmeza.

La pareja no se había alejado mucho de Rand desde el incidente en la cresta del risco, e incluso habían hecho instalar sus tiendas cerca de la suya la noche anterior. Enfrente, en la cara de una colina cubierta de hierba seca, Denharad giró la cabeza para mirar las mesnadas de las dos mujeres, formadas detrás de él, y luego volvió de inmediato a observar a Rand. Seguramente también atisbaba a Ailil y tal vez a Anaiyella, pero a él no le quitaba ojo, eso sin duda. De lo que Rand no estaba seguro era de si la actitud de las mujeres se debía a que aún temían cargar con la culpa si lo mataban o simplemente querían presenciarlo si ocurría. Otra cosa de la que estaba seguro era de que si querían verlo muerto no les daría esa oportunidad.

«¿Quién conoce el corazón de una mujer? —rió socarronamente Lews Therin—. A la mayoría no le dará ni frío ni calor aquello por lo que un hombre mataría, y la mayoría te matará por algo que dejaría indiferente a un hombre.»

Rand hizo caso omiso de él. El último acceso visible para Rand se cerró. Los Asha'man montados en sus caballos se encontraban demasiado lejos para que supiera con seguridad si todavía asían el *Saidin*, pero eso le daba igual mientras él estuviese en contacto con el Poder. El patoso Dashiva intentó montar rápidamente y a punto estuvo de irse de bruces al suelo, dos veces, antes de conseguir encaramarse a la silla. La mayoría de los hombres de chaqueta negra emprendieron galope hacia el norte o hacia el sur.

Los demás nobles se agruparon rápidamente con Bashere en la ladera, justo debajo de Rand, los de mayor rango y los que ostentaban más poder delante y en el centro, tras alguno que otro empujón en los casos en que la precedencia era dudosa. Tihera y Marcolin ocupaban extremos opuestos, a ambos lados del grupo de nobles, poniendo empeño en mantener el gesto impasible; cabía la posibilidad de que se les pidiera opinión, pero sabían que las decisiones finales correspondían a otros. Weiramon abrió la boca con aire grandilocuente, sin duda para lanzarse a otra espléndida perorata sobre la gloria de seguir al Dragón Renacido. Sunamon y Torean, acostumbrados a sus discursos y lo bastante poderosos para no tener que andarse con contemplaciones con él, arrimaron sus caballos y empezaron a hablar en voz baja. El semblante de Sunamon traslucía una dureza poco habitual en él, y Torean parecía presto para enzarzarse por una linde a despecho de las cuchilladas de satén rojo en las mangas de su chaqueta. Bertome y algunos de los otros cairhieninos no estaban callados en absoluto, y se reían las bromas. Todos estaban hasta la coronilla de las pomposas parrafadas de Weiramon. El ceño de Semaradrid se acentuaba cada vez que miraba a Ailil y Anaiyella —no le gustaba que permanecieran cerca de Rand, en especial su compatriota—, así que quizá su aire avinagrado tenía una causa más profunda que la pesada verborrea de Weiramon.

—A unos quince kilómetros de aquí —empezó Rand en voz alta—, sus buenos cincuenta mil hombres se preparan para marchar. —Eso lo sabían, pero consiguió que todas las miradas convergieran en él y que cesaran las conversaciones. Weiramon cerró la boca de golpe, malhumorado; le encantaba oírse. Gueyam y Maraconn, dándose tironcitos de las puntiagudas barbas ungidas, sonrieron con expectación, los muy necios. Semaradrid tenía el aspecto de quien se ha comido una fuente entera de ciruelas verdes; los semblantes de Gregorin y de los tres lores de los Nueve que lo acompañaban mostraban una sombría determinación, simplemente. Ellos no eran necios—. Los exploradores no han visto señales de *sul'dam* o *damane* —continuó Rand—, pero incluso sin ellas, incluso con los Asha'man, ese contingente basta para causarnos muchas bajas si alguien olvida el plan. Sin embargo, estoy seguro de que nadie lo olvidará.

Nada de cargas sin orden previa en esta ocasión. Eso lo había dejado más claro que el

Librodot

agua y con una rigurosidad estricta. Y tampoco nada de salir a galope a tontas y a locas porque a alguien le pareciera que quizás había visto algo. Weiramon sonrió, arreglándoselas para hacer el gesto tanto o más untuoso que los del propio Sunamon.

Era un plan sencillo, a su modo. Avanzarían hacia el este en cinco columnas, todas ellas con Asha'man, e intentarían caer sobre los seanchan al mismo tiempo. O con la mayor sincronización que fuera posible. Los planes sencillos eran los mejores, había insistido Bashere. «Si uno no se da por satisfecho con toda una carnada de gordos jabatos —había rezongado el general saldaenino—, si uno se empeña en meterse a todo correr en la maleza para encontrar a la vieja tarasca, entonces es mejor no complicarse ni pasarse de listo, o se acabará con las tripas desparramadas de una colmillada.»

«Ningún plan de batalla sobrevive al primer contacto —dijo Lews Therin. Durante un instante siguió pareciendo cuerdo. Durante un instante—. Algo va mal —gruñó de repente. Su voz empezó a ganar intensidad y luego dio paso a una violenta risotada de incredulidad—. No puede ser, pero es. Algo extraño, algo equivocado, se desliza a trompicones, brinca, se retuerce. —Sus risas se tornaron sollozos—. ¡No puede ser! ¡Debo de estar loco!»

Y desapareció antes de que Rand tuviera tiempo de hacerlo callar. Maldito, nada iba mal con el plan, o Bashere lo habría cazado al vuelo.

Lews Therin *estaba* loco, sin lugar a dudas. Pero mientras Rand al'Thor siguiese cuerdo... Una broma muy pesada para el mundo, si el Dragón Renacido perdía la chaveta antes de que la Última Batalla hubiese empezado.

—Ocupad vuestros puestos —ordenó, acompañando las palabras con un movimiento del Cetro del Dragón. Tuvo que contener las ganas de reír que le produjo esa broma.

El grupo grande de nobles se separó a su mandato, arremolinándose y murmurando mientras tomaban posiciones. El modo en que Rand los había dividido no les gustaba a muchos. Aunque hubiese habido desmoronamientos en las barreras en la conmoción del primer combate en las montañas, habían vuelto a levantarse casi de forma inmediata.

Weiramon estaba ceñudo por no haber podido hacer su discurso, pero tras realizar una rebuscada reverencia, señalando con la puntiaguda barba a Rand como una lanza, cabalgó hacia el norte seguido de Kiril Drapaneos, Bertome, Doressin y varios lores de segunda fila cairhieninos, todos ellos con semblante pétreo por el hecho de estar al mando de un teariano. Gedwyn cabalgaba al lado de Weiramon, casi como si fuese él quien dirigía el grupo, y por ello se ganó miradas funestas que fingió no advertir. También Gregorin se dirigió hacia el norte, con un sombrío Sunamon —que intentaba simular que se encaminaba en la misma dirección por casualidad— y Dalthanes, a la cabeza de cairhieninos de menor rango. Jeordwyn Semaris, otro de los Nueve, siguió a Bashere hacia el sur, con Amondrid y Gueyam. Esos tres habían aceptado al general saldaenino casi con entusiasmo por el mero hecho de que no era teariano ni cairhienino ni illiano, dependiendo de la nacionalidad de cada cual. Rochaid parecía intentar lo mismo con Bashere que Gedwyn con Weiramon, pero Bashere parecía hacer caso omiso. A cierta distancia del grupo de Bashere, avanzaban Torean y Maraconn con las cabezas juntas, sin duda echando pestes porque se hubiese puesto a Semaradrid por encima de ellos. En realidad, Ershin Netara no dejaba de echar ojeadas a Jeordwyn, y se alzaba sobre los estribos para mirar atrás en dirección a Gregorin y a Kiril, aunque era más que improbable que pudiera verlos después de sobrepasar la colina. Semaradrid, más tieso que un palo, parecía tan imperturbable como Bashere.

Era el mismo método utilizado por Rand desde el principio. Confiaba en Bashere, y creía que podía fiarse de Gregorin; en cuanto a los demás, no se atreverían a pensar siquiera en volverse contra él teniendo tantos extranjeros alrededor, tantos viejos enemigos y tan pocos amigos. Rand rió quedo mientras los veía alejarse de la ladera de la colina en la que se encontraba. Lucharían por él, y lo harían bien porque no tenían otra opción. Igual que él.

«Demencial», siseó Lews Therin. Rand rechazó la voz, furioso.

No se encontraba solo, por supuesto. Tihera y Marcolin tenían a la mayoría de los Defensores y los Compañeros montados en filas entre los olivos, en las colinas que

flanqueaban la que ocupaba él. Los demás estaban más lejos, como una pantalla contra cualquier sorpresa. Una compañía de legionarios esperaba pacientemente en la hondonada, a sus pies, bajo la atenta mirada de Masond, y detrás de ellos, otros tantos hombres vestidos con las mismas ropas que llevaban cuando se rindieron en el brezal, en Illian. Trataban de emular la tranquilidad de los legionarios —de los otros legionarios, ahora—, pero su intento no tenía mucho éxito.

Rand miró de soslayo a Ailil y Anaiyella. La teariana le dirigió una sonrisita tonta, que enseguida se borró. El rostro de la cairhienina era puro hielo. No podía olvidarlas, ni a Denharad y sus mesnaderos. Su columna, en el centro, sería la más numerosa y la más fuerte con bastante margen. Un margen muy, muy amplio.

Flinn y los hombres que Rand había escogido después de los pozos de Dumai cabalgaron colina arriba en su dirección. El hombre calvo y de mayor edad siempre iba a la cabeza, aunque todos, excepto Adley y Narishma, lucían ahora el alfiler del dragón además del de la espada, y Dashiva lo había llevado antes incluso. En parte se debía a que el hombre más joven defería en Flinn por su larga experiencia como portaestandarte en la Guardia Real andoreña, y en parte porque a Dashiva no parecía importarle. Sólo parecían divertirle los demás; es decir, cuando encontraba un momento para hacer otra cosa que hablar consigo mismo. Casi siempre daba la impresión de no percatarse de lo que pasaba ante sus narices.

Por esa razón, fue una sorpresa cuando Dashiva taconeó patosamente su montura y se adelantó a los demás. Aquel rostro poco agraciado, tan a menudo abstraído o divertido con sus propios pensamientos, mostraba una expresión ceñuda. Y fue algo más que una sorpresa cuando asió el *Saidin* tan pronto como llegó junto a Rand y tejió una barrera alrededor para que nadie los oyera. Lews Therin no malgastó saliva —si es que una voz incorpórea tenía saliva— con rezongos sobre matar; se lanzó sobre la Fuente con gruñidos amenazadores e intentó arrebatarle el Poder a Rand. Y, del mismo modo repentino, se calló y desapareció.

—Pasa algo raro con el *Saidin* aquí, algo que no va bien —dijo Dashiva, en absoluto distraído. De hecho se mostraba... preciso. Y malhumorado. Como un maestro reprendiendo a un alumno particularmente torpe. Incluso dio un golpecito a Rand con el índice—. No sé qué es. Nada puede distorsionar el *Saidin* y, si pudiera, lo habríamos notado en las montañas. Bueno, ayer había algo allí, pero muy débil... Aquí lo noto claramente, sin embargo. El *Saidin* está... ansioso. Lo sé, lo sé. El *Saidin* no está vivo. Pero... late. Es difícil de controlar.

Rand se obligó a aflojar los dedos, prietos sobre el Cetro del Dragón. Siempre había tenido la seguridad de que Dashiva estaba casi tan loco como Lews Therin. Sin embargo, generalmente el hombre mantenía mejor el control, aunque de manera precaria.

—He encauzado durante más tiempo que tú, Dashiva. Lo que te pasa es que sientes más la infección. —No podía suavizar el tono. ¡Luz, aún no podía perder la razón, y los otros tampoco!—. Vuelve a tu puesto. Nos pondremos en marcha enseguida.

Los exploradores no tardarían en regresar. Incluso en aquel terreno menos accidentado, aun limitados a la distancia que alcanzaban con la vista, no podían tardar mucho en recorrer los quince kilómetros Viajando.

Dashiva no mostró la menor intención de obedecer. Por el contrario, abrió la boca con gesto iracundo y luego la cerró de golpe. Temblando de manera visible, respiró hondo.

—Soy muy consciente de cuánto tiempo lleváis encauzando —dijo en un tono frío, casi despectivo—, pero sin duda hasta vos podéis sentirlo. ¡Sentidlo, vamos! No me gusta la palabra «raro» aplicada al *Saidin*, y no quiero morir ni... ¡Ni consumirme porque estéis ciego! ¡Mirad mi salvaguardia! ¡Miradla!

Rand no salía de su asombro. Dashiva haciéndose valer ya era muy peculiar, pero ¿Dashiva de mal genio? Y entonces miró la salvaguardia. La miró realmente. Los flujos deberían haber sido tan firmes como los hilos de una lona fuerte. Vibraban. La salvaguardia era sólida como debía ser, pero los hilos individuales del Poder titilaban con un débil movimiento. Morr había dicho que el *Saidin* se sentía raro cerca de Ebou Dar y en un radio de ciento cincuenta kilómetros. Ahora se encontraban a menos de ciento cincuenta kilómetros

Librodot

de la ciudad.

Rand se centró en sentir el *Saidin.* Aunque era consciente de él en todo momento —cualquier otra cosa habría significado la muerte o algo peor—, se había acostumbrado al forcejeo con el Poder. Luchaba por su vida, pero la lucha había pasado a ser algo tan natural como la propia vida. La lucha era la vida. Se obligó a sentir ese forcejeo, a sentir su vida. Frío que pulverizaría rocas. Fuego que las volatilizaría. Inmundicia que haría que una nauseabunda cloaca pareciera un jardín florido. Y... una especie de pulsación, como algo palpitando dentro de su puño. No era la clase de vibración que había sentido en Shadar Logoth, cuando la infección de la mitad masculina de la Fuente había resonado con la maldad de ese lugar y el *Saidin* había palpitado a su compás. Aquí, la inmundicia era intensa, pero estable. Era el propio *Saidin* el que parecía lleno de corrientes, de repentinos flujos. Ansioso, lo había descrito Dashiva, y Rand entendía por qué.

En la ladera, detrás de Flinn, Morr se pasó los dedos por el pelo y miró en derredor con inquietud. Flinn rebullía en la silla y toqueteaba la espada en la vaina alternativamente. Narishma, que escudriñaba el cielo en busca de criaturas voladoras, parpadeaba con excesiva frecuencia. En la mejilla de Adley, un músculo se contraía en un tic. Todos ellos mostraban algún signo de nerviosismo, y no era de extrañar. Rand experimentó un gran alivio. No eran señales de demencia, después de todo. Dashiva sonrió, una mueca sesgada y ufana.

—No puedo creer que no lo notaseis antes. —En su voz había un timbre rayano en el desdén y la sorna—. Habéis estado asiendo el *Saidin* prácticamente día y noche desde que emprendimos esta absurda expedición. Esto sólo es una simple salvaguardia, pero no quería formarse, y luego se unió bruscamente, como soltándose de golpe de mis manos.

La línea azul pateada de un acceso rotó en lo alto de una de las peladas colinas, casi un kilómetro al oeste; un soldado salió por él tirando de su caballo y montó rápidamente, de regreso de su exploración. Incluso a esa distancia, Rand pudo distinguir el débil brillo de los tejidos que rodeaban el acceso antes de desvanecerse. El jinete no había llegado al pie de la colina cuando se abrió otro en la cima, y lo siguieron un tercero, un cuarto, y más, uno detrás de otro, casi tan deprisa como el hombre precedente se quitaba de en medio para dejar paso al próximo.

—Pero se formó —dijo finalmente Rand. Y también los accesos de los exploradores—. Si el *Saidin* es difícil de controlar, siempre lo ha sido, y sigue haciendo lo que quieres. —Pero ¿por qué la dificultad aumentaba allí? Un interrogante para otro momento. Luz, ojalá Herid Fel no hubiese muerto; el viejo filósofo podría haber tenido la respuesta—. Regresa con los otros, Dashiva —ordenó, pero éste se quedó mirándolo sin salir de su asombro, y Rand tuvo que repetirlo para que el hombre dejara que la salvaguardia se desvaneciera para, acto seguido, hacer girar bruscamente el caballo sin saludar siquiera y taconear al animal cuesta abajo.

—¿Algún problema, milord Dragón? —dijo con una sonrisa tonta Anaiyella. Ailil se limitó a mirarlo con frialdad.

Viendo que el primer explorador se dirigía hacia Rand, los demás se desplegaron hacia el norte y el sur, donde se unirían a una de las otras columnas. Encontrarlas a la antigua usanza sería más rápido que buscarlas con accesos. Nalaam sofrenó su caballo delante de Rand y saludó golpeándose con el puño en el pecho. ¿Había una mirada desquiciada en sus ojos? Tras saludar, Nalaam presentó su informe. Los seanchan no estaban acampados a quince kilómetros, sino que se encontraban a ocho o nueve de distancia, marchando hacia el este. Y tenían decenas y decenas de *sul'dam* y *damane.*

Rand impartió órdenes mientras Nalaam se alejaba a galope, y su columna emprendió la marcha hacia el oeste. Los Defensores y los Compañeros cabalgaban a uno y otro flanco, y los legionarios iban en retaguardia, justo detrás de Denharad. Era una advertencia a las nobles y a sus mesnaderos, por si hacía falta recordárselo. De hecho, Anaiyella miraba hacia atrás cada dos por tres, y el empeño de Ailil para no hacerlo resultaba harto significativo. Rand, junto con Flinn y los demás Asha'man, formaban la fuerza ofensiva principal, igual que

ocurría en las otras columnas. Asha'man para atacar y hombres con armas tradicionales para guardarles las espaldas mientras ellos mataban. Al sol todavía le faltaba un largo trecho para llegar al cenit. Nada había cambiado para modificar el plan.

«La locura aguarda a algunos —susurró Lews Therin— y se acerca sigilosamente a otros.»

Miraj cabalgaba cerca de la cabeza de su ejército en marcha hacia el este, a lo largo de la calzada embarrada que serpenteaba entre ondulados olivares y bosques discontinuos. Cerca, pero no a la cabeza. Un regimiento completo, en su mayoría de seanchan, cabalgaba entre él y los exploradores de avanzada. Había conocido generales que querían ir al frente de las tropas. Casi todos estaban muertos. Y también casi todos habían perdido la batalla en la que murieron. El barro impedía que se levantara polvo, pero la noticia de un ejército en marcha se propagaba con tanta rapidez como un fuego arrasador en los llanos Sa'las, cualquiera que fuese el país. Aquí y allí, entre los olivos, se veía una carretilla o una podadora abandonada, pero hacía mucho que los trabajadores habían desaparecido. Con suerte, lograría pasar inadvertido a sus oponentes al igual que ellos procurarían no llamar su atención. Con suerte, y a falta de *raken*, sus oponentes no sabrían que iba a caer sobre ellos hasta que fuera demasiado tarde. A Kennar Miraj no le gustaba confiar en la suerte.

Aparte de suboficiales, listos para trazar mapas o escribir órdenes, y mensajeros dispuestos a llevarlas, sólo lo acompañaban Abaldar Yulan, un hombre fiero, negro como el carbón, lo bastante menudo para que su castrado marrón pareciera inmenso en comparación, que tenía lacadas las uñas de los meñiques en color verde y que llevaba una peluca negra para ocultar su calvicie, y Lisaine Jarath, una mujer canosa, oriunda de la misma Seandar, cuyo rostro regordete y pálido y ojos azules eran un modelo de serenidad. Todo lo contrario que Yulan; el capitán del Aire de Miraj a menudo fruncía el entrecejo por las reglas que rara vez le permitían ya montar un *raken*, pero ahora su gesto ceñudo se marcaba tanto que parecía llegarle al hueso. El cielo estaba despejado, un tiempo perfecto para los *raken*, pero por orden de Suroth ninguno de sus voladores subiría a la silla ese día, no allí. Había muy pocos *raken* como para arriesgarlos sin necesidad. La calma de Lisaine era motivo de mayor inquietud para Miraj. Más que la superiora *der'sul'dam* a su mando, era una amiga con la que había compartido muchas tazas de *kaf* y no menos partidas de guijas. Era una mujer animada, siempre parloteando con entusiasmo y buen humor. Ahora mostraba una gélida calma, tan silenciosa como todas las *sul'dam* a las que había intentado sonsacar.

Al alcance de su vista había veinte *damane* que flanqueaban a los jinetes, cada cual caminando junto a la montura de su *sul'dam.* Éstas se inclinaban en las sillas cada dos por tres para dar unas palmaditas en la cabeza de su *damane*, y se erguían para volver a agacharse al momento y acariciarle el cabello. A él le parecía que las *damane* estaban bastante serenas, pero saltaba a la vista que no ocurría lo mismo con las *sul'dam.* Y la vivaz Lisaine cabalgaba más callada que una piedra.

Un *torm* apareció al frente, corriendo columna abajo, bastante apartado a un lado, al borde de la arboleda, pero aun así los caballos cabeceaban y respingaban cuando la criatura de escamas broncíneas pasaba a su altura. Un *torm* entrenado no atacaría a un caballo —a no ser que lo acometiera el frenesí de matar, razón por la que no eran válidos para las batallas—, pero los caballos entrenados para no asustarse por la proximidad de *torm* escaseaban tanto como las propias bestias.

Miraj envió a un flaco subteniente, llamado Varek, a recoger el informe de exploración del *morat'torm.* A pie, y al infierno si Varek perdía *sei'taer* por ello. No estaba dispuesto a perder tiempo mientras Varek intentaba controlar una montura conseguida en la zona. El hombre regresó más deprisa de lo que había ido, hizo una brusca reverencia y empezó a dar el informe antes incluso de haber erguido del todo la espalda.

—El enemigo se encuentra a menos de ocho kilómetros al oeste, milord capitán general, marchando en nuestra dirección. Se ha desplegado en cinco columnas, espaciadas

Librodot

entre sí unos dos kilómetros aproximadamente.

Adiós a la suerte. Pero Miraj había considerado cómo atacaría él a cuarenta mil y cincuenta *damane* con una fuerza de sólo cinco mil. A no tardar, salían hombres a galope con órdenes de desplegarse para hacer frente a una maniobra envolvente, y los regimientos que iban tras él empezaron a virar hacia las arboledas, acompañados por *sul'dam* y *damane.*

Ajustándose la capa para resguardarse de un repentino viento helado, Miraj reparó en algo que le hizo sentir aún más frío. Lisaine observaba también a las *sul'dam* que desaparecían entre los árboles; había empezado a sudar.

Bertome cabalgaba con fácil soltura, dejando que el viento ondeara su capa hacia un lado, pero estudiaba el terreno boscoso al frente con una cautela que no se esforzaba en ocultar. De sus cuatro compatriotas que cabalgaban detrás de él, sólo Doressin era realmente experto en el Juego de las Casas. Ese necio perro teariano, Weiramon, estaba ciego. Bertome asestó una mirada fulminante a la espalda del engreído bufón. Weiramon cabalgaba bastante adelantado al resto, enfrascado en una conversación con Gedwyn, y si Bertome necesitaba más pruebas de que el teariano sonreiría incluso por lo que vomitara una cabra, la tenía en cómo toleraba a ese joven monstruo de ojos ardientes. Advirtió que Kiril lo miraba de reojo, y frenó un poco su rucio para apartarse más del imponente hombretón. No sentía animosidad hacia el illiano, pero detestaba que la gente lo mirara desde arriba. Estaba deseando volver a Cairhien, donde no tendría que estar rodeado de gigantes desgarbados. Sin embargo, Kiril sería excesivamente alto, pero no estaba ciego. También había enviado a doce exploradores por delante. Weiramon había mandado a uno.

—Doressin —llamó quedamente Bertome, y luego, un poco más alto—. ¡Doressin, zoquete!

El huesudo hombre dio un brinco de sobresalto en la silla. Al igual que Bertome y que los otros tres, se había afeitado y empolvado la parte delantera de la cabeza; el estilo caracterizado de soldado se había puesto muy de moda. Doressin debería haberlo llamado sapo a su vez, como habían hecho desde la infancia, pero en cambio azuzó a su caballo para acercarse a Bertome. Estaba preocupado y lo ponía de manifiesto con unas profundas arrugas en la frente.

—¿Te das cuenta de que el lord Dragón quiere que muramos? —susurró mientras echaba una ojeada a la columna que los seguía—. Rayos y centellas, sólo escuché a Colavaere, pero he sabido que era hombre muerto desde que la asesinó.

Durante un momento Bertome observó la columna de mesnaderos, que se extendía sinuosa hacia atrás, entre las onduladas colinas. En ese paraje los árboles raleaban más que al frente, pero bastaban para cubrir un ataque hasta no tenerlo encima. El último olivar se encontraba un kilómetro y medio más atrás. Los hombres de Weiramon cabalgaban en primer lugar, por supuesto, con aquellas chaquetas ridículas de mangas abullonadas con cuchilladas blancas, y a continuación los illianos de Kiril, en tonos verdes y rojos tan chillones que avergonzarían a un gitano. Sus propios hombres, decentemente vestidos en color azul oscuro bajo los petos, a los que aún no tenía a la vista, iban con los de Doressin y los demás, precediendo únicamente a la compañía de legionarios. A Weiramon le había sorprendido que la infantería pudiera mantener el paso, aunque no había marcado uno demasiado rápido.

Realmente no era a los mesnaderos a los que Bertome miraba, sin embargo. Siete hombres cabalgaban delante incluso de las tropas de Weiramon, hombres de rostros duros y ojos fríos como la muerte, vestidos con chaquetas negras. Uno de ellos llevaba un alfiler de plata, en forma de espada, prendido en el cuello alto de la chaqueta.

—Un modo muy complicado de llevarlo a cabo —respondió secamente a Doressin—. Y dudo que al'Thor hubiese enviado a esos tipos con nosotros si sólo fuéramos a meternos en una picadora de carne. —Aún con ceño, Doressin abrió la boca, pero Bertome se le anticipó—. Necesito hablar con el teariano. —Le desagradaba ver a su amigo de la infancia en esas condiciones. Al'Thor lo había desquiciado.

Librodot

Absortos en la conversación, ni Weiramon ni Gedwyn lo oyeron acercarse. Gedwyn jugueteaba ociosamente con las riendas, y su semblante traslucía un frío desdén, en tanto que el del teariano estaba congestionado.

—Me importa poco quién sois —decía al hombre de chaqueta negra en voz baja y dura, escupiendo saliva—. No correré más riesgos sin la orden directa de los labios de...

De repente los dos repararon en el cairhienino, y Weiramon cerró la boca de golpe. Miró a Bertome ferozmente, como si quisiera matarlo. La sonrisa siempre presente del Asha'man se borró. El viento sopló, frío y cortante, arrastrando las nubes, pero no igualaba el helor de los ojos de Gedwyn. No sin cierto sobresalto, Bertome se dio cuenta de que también él habría querido fulminarlo con la mirada.

La expresión mortífera y fría de los ojos de Gedwyn no cambió, pero el rostro de Weiramon sufrió una llamativa transformación. El enrojecimiento se difuminó lentamente mientras aparecía una repentina sonrisa, una mueca untuosa con sólo un ligerísimo atisbo de insultante prepotencia.

—He estado pensando en vos, Bertome —dijo efusivamente—. Una lástima que al'Thor estrangulara a vuestra prima. Con sus propias manos, según tengo entendido. Francamente, me sorprendió que acudieseis cuando os convocó. Lo he visto vigilándoos. Me temo que planea algo más... interesante para vos que simplemente patear el suelo con los talones mientras sus dedos se aprietan sobre vuestra garganta.

Bertome contuvo un suspiro, y no sólo por la torpeza de aquel necio. ¿Tanto pensar para salir con la idea de manipularlo con la muerte de Colavaere? Había sido su prima favorita, pero ambiciosa en extremo. Saighan tenía buena base para reclamar el Trono del Sol, pero no habría podido retenerlo contra el poderío de Riatin o Damodred, cualquiera de los dos, cuanto menos unidos ambos; no sin la abierta aprobación de la Torre Blanca o del Dragón Renacido. Con todo, había sido realmente su prima favorita. ¿Qué buscaba Weiramon? Ciertamente, no lo que parecía a primera vista. Ni siquiera ese zopenco teariano era tan estúpido.

Antes de que tuviera tiempo de formular una respuesta, un jinete apareció a galope entre los árboles, en dirección hacia ellos. Un cairhienino, y mientras el hombre sofrenaba tan bruscamente su montura que el animal se sentó en las patas traseras, Bertome reconoció a uno de sus propios mesnaderos, un tipo desdentado, con chirlos en ambas mejillas. Doile, creía recordar que se llamaba. De las heredades de Colchaine.

—Milord Bertome —jadeó el hombre al tiempo que hacía una precipitada reverencia—. Dos mil taraboneses vienen a galope pisándome los talones. ¡Y los acompañan mujeres! ¡Con rayos en los vestidos!

—Pisándole los talones —murmuró desdeñosamente Weiramon—. Veremos qué tiene que decir mi hombre cuando regrese. Ciertamente, no veo a ningún...

Un griterío a corta distancia lo hizo enmudecer, así como la trápala de cascos, y entonces aparecieron a galope lanceros, una creciente marea extendiéndose entre los árboles. Directamente hacia Bertome y los demás. Weiramon se echó a reír.

—Mata a quien quieras y donde quieras, Gedwyn —dijo mientras desenvainaba la espada con una floritura—. ¡Yo uso mis propios métodos, y no hay más que hablar! —Cabalgó hacia sus tropas, agitando el arma por encima de su cabeza y gritando—: ¡Saniago! ¡Por Saniago y la gloria!

—No era de sorprender que no añadiera un grito por su país a los lanzados por su casa y su mayor amor.

Espoleando su montura en la misma dirección, Bertome alzó su propia voz:

—¡Por Saighan y Cairhien! —Aún no era necesario blandir la espada—. ¡Por Saighan y Cairhien! —¿Qué se había traído entre manos ese hombre?

El trueno retumbó y Bertome alzó la vista al cielo, perplejo. No había muchas más nubes que antes. No; Doile —¿o era Dalyn?— había mencionado a esas mujeres. Y entonces olvidó todo sobre lo que quiera que ese necio teariano quería cuando los taraboneses de rostro

velado con malla descendieron como una avalancha por las colinas arboladas en su dirección, al tiempo que la tierra explotaba y del cielo llovían rayos.

—¡Por Saighan y Cairhien! —bramó.

El viento sopló con más fuerza.

El choque de los jinetes se produjo en lo más denso de la floresta, donde las sombras caían como un pesado manto. La luz pareció perder fuerza y las nubes espesarse allá arriba, pero resultaba difícil asegurarlo encontrándose bajo el dosel del bosque como techo. Las ensordecedoras explosiones parecían ahogar el choque metálico de las armas, los gritos de los hombres y los relinchos de los caballos. A veces el suelo se sacudía. A veces el enemigo lanzaba gritos:

—¡Den Lushenos! ¡Por den Lushenos y las Abejas!

—¡Por Annallin!

—¡Haellin! ¡Haellin! ¡Por el Gran Señor Sunamon!

El último fue el único grito que Varek entendió un poco, aunque sospechaba que a ninguno de los lugareños que se llamaban a sí mismos Grandes Señores o Grandes Señoras ni siquiera se le ofrecería la oportunidad de prestar el Juramento.

Sacó de un tirón su espada, embebida en la axila de su oponente, justo por encima del peto, y dejó que el hombrecillo pálido se desplomara. Un luchador peligroso, hasta que cometió el error de alzar su espada demasiado alto. El rucio del hombre huyó espantado entre la maleza, y Varek perdió un instante en lamentarlo. El animal tenía mejor planta que el pardo de remos blancos que se veía obligado a montar. Sólo un instante, y luego escudriñó de nuevo entre los árboles más próximos, de los que parecían colgar enredaderas de la mitad de las ramas y manojos de una planta gris y velluda en casi todas.

Los ruidos de la batalla se alzaban en todas direcciones, pero al principio no consiguió ver nada que se moviera. Entonces, una docena de lanceros altaraneses apareció a unos treinta metros, llevando al paso a los caballos y escudriñando en derredor atentamente, aunque el modo de hablar en voz alta entre ellos justificaba más que de sobra las bandas rojas que cruzaban en zigzag sus petos. Varek cogió las riendas de su caballo con el propósito de ponerse al mando del grupo. Una escolta, incluso de una chusma tan indisciplinada, podría significar la diferencia entre que el mensaje urgente que llevaba al oficial general Chianmai llegara o no a su destino.

Rayos negros salieron disparados entre los árboles y vaciaron las sillas altaranesas. Los caballos huyeron espantados en todas direcciones mientras sus jinetes caían, y luego sólo quedó una docena de cadáveres despatarrados sobre la húmeda alfombra de hojas muertas, todos atravesados, como poco, por una saeta de ballesta. Ningún movimiento. Varek se estremeció a pesar de sí mismo. Aquellos soldados de a pie con chaquetas azules le habían parecido presa fácil al principio, sin picas tras las que aguantar una carga, pero nunca salían a descubierto, sino que se ocultaban detrás de los árboles y en las honduras del terreno. Y no eran los peores. Había tenido la seguridad, tras el frenético repliegue a los barcos en Falme, que había presenciado lo peor que podría ver en la vida: el Ejército Invencible derrotado y puesto en fuga. Sin embargo, hacía menos de media hora, había visto a cien taraboneses enfrentándose a un solo hombre con chaqueta negra. Cien lanceros contra uno, y los taraboneses habían sido destrozados. Literalmente hechos trizas, hombres y caballos explotando simplemente, a una velocidad pasmosa; la carnicería había continuado después de que los taraboneses dieran media vuelta para huir, y prosiguió mientras hubo alguno a la vista. Quizá no fuera peor que sentir el suelo estallando bajo los pies, pero al menos las *damane* por lo general dejaban lo suficiente de uno para que lo enterraran.

El último hombre con el que había conseguido hablar en ese bosque, un veterano canoso procedente de Seanchan que dirigía un centenar de piqueros amadicienses, le había informado que Chianmai se encontraba en esa dirección. Al frente atisbó caballos atados a los árboles y hombres a pie. Quizás ellos pudieran darle más indicaciones. Y él les echaría una

Librodot

buena reprimenda por estar allí parados mientras se disputaba una batalla encarnizada.

Cuando llegó, olvidó toda idea de echar broncas. Había encontrado lo que buscaba, pero en absoluto lo que habría querido encontrar. Una docena de cadáveres con gravísimas quemaduras yacían en hilera. Uno de ellos, cuyo rostro de tez color melaza estaba intacto, era Chianmai evidentemente. Los hombres de pie eran todos taraboneses, amadicienses y altaraneses. También algunos estaban heridos. El único seanchan era una *sul'dam* de rostro tenso que tranquilizaba a una *damane* llorosa.

—¿Qué ha pasado aquí? —instó Varek. Le parecía inaudito que uno de esos Asha'man dejara supervivientes. Quizá la *sul'dam* lo había rechazado.

—Lo inconcebible, milord. —Un corpulento tarabonés apartó al hombre que extendía un ungüento sobre su brazo izquierdo quemado. La manga parecía haberse consumido totalmente hasta el peto; no obstante, a pesar de sus quemaduras, el tarabonés no hacía el menor gesto de dolor. El velo de malla colgaba por un pico del yelmo cónico, dejando a la vista un semblante duro, con un bigote canoso que casi le ocultaba la boca, y sus ojos eran insultantemente directos—. Un grupo de illianos cayó sobre nosotros de repente. Al principio todo fue bien. No los acompañaba ninguno de los hombres de chaqueta negra. Lord Chianmai nos dirigía valerosamente mientras las... mujeres encauzaban rayos. Entonces, justo cuando los illianos se desmoronaban, los rayos empezaron a descargarse sobre nosotros también. —Calló y dirigió una mirada elocuente a la *sul'dam.*

La mujer se incorporó al instante y, agitando el puño, se acercó al tarabonés tanto como se lo permitía la correa unida al brazalete de la otra muñeca. Su *damane* siguió sollozando, hecha un ovillo.

—¡No estoy dispuesta a oír las palabras de este perro contra mi Zakai! ¡Es una buena *damane*! ¡Una buena *damane*!

Varek gesticuló con ánimo de tranquilizar a la mujer. Había visto a *sul'dam* hacer aullar de dolor a las mujeres a su cargo por infracciones, y a algunas —pocas— lisiar a las recalcitrantes, pero la mayoría se encrespaba con quien ponía en entredicho a su favorita, incluso si era alguien de la Sangre. Ese tarabonés no era, ciertamente, de la Sangre, y a juzgar por la expresión enfurecida de la *sul'dam*, ésta parecía dispuesta a matarlo. De haber manifestado en voz alta su ridícula acusación, implícita en su gesto, Varek creía que la mujer lo habría asesinado en ese mismo instante.

—Las plegarias por los muertos habrán de esperar —manifestó Varek sin rodeos. Si lo que se proponía hacer salía mal, podía acabar en manos de los Buscadores, pero allí no quedaba ningún seanchan vivo, aparte de la *sul'dam*—. Asumo el mando. Nos retiramos, hacia el sur.

—¡Retirarnos! —exclamó el corpulento tarabonés—. ¡Tardaríamos *días*! ¡Los illianos luchan como tejones acorralados, y los cairhieninos como hurones enjaulados! Los tearianos no son tan duros como me habían dicho, pero hay una docena de esos Asha'man ¿verdad? ¡Ni siquiera sé dónde están las tres cuartas partes de mis hombres en esta trapatiesta!

Envalentonados por su ejemplo, los otros también empezaron a protestar. Varek no les hizo caso. Y se abstuvo de preguntar qué era una «trapatiesta»; sólo con observar la enmarañada floresta que los rodeaba y percibir el estruendo de la batalla, los estampidos de explosiones y rayos, podía imaginarlo.

—Reunirás a tus hombres y emprenderemos la retirada —ordenó en voz alta, cortando el parloteo—. Sin precipitaciones, actuando de forma conjunta. —Las órdenes de Miraj a Chianmai, que había memorizado por si le ocurría algo a la copia que llevaba en la alforja, decían «con la mayor rapidez posible», pero si se replegaban demasiado deprisa dejarían atrás a la mitad de los hombres, y el enemigo los haría picadillo cuando se le antojara—. ¡Vamos, moveos! ¡Lucháis por la emperatriz, así viva eternamente!

La última frase era lo que solía decirse a los nuevos reclutas pero, por alguna razón, los hombres dieron un respingo como si los hubiese golpeado a todos con su fusta. Tras rápidas y profundas reverencias, tocándose las rodillas con las manos, salieron disparados hacia los

caballos. Qué curioso. Ahora dependía de él encontrar unidades seanchan. Alguna de ellas estaría al mando de alguien con rango superior y podría pasarle la responsabilidad.

La *sul'dam* se encontraba de rodillas, acariciando el cabello de su todavía llorosa *damane* y musitando palabras consoladoras.

—Haz que se tranquilice —pidió. «Con la mayor rapidez posible.» Y le parecía haber visto un asomo de ansiedad en los ojos de Miraj. ¿Qué podría despertar zozobra en Kennar Miraj?—. Creo que vamos a depender de tu *damane* en el sur. —¡Vaya! ¿Qué había dicho para que la mujer se pusiese pálida de repente?

Bashere estaba justo detrás de la línea de árboles, con el entrecejo fruncido tras las barras de la visera ante lo que veía. Su bayo le rozó el hombro con el hocico. Se agarraba los bordes de la capa a fin de que no la agitara el viento, más para que el movimiento no llamara la atención que por el frío, aunque éste se dejaba notar. En Saldaea sólo sería una brisa primaveral, pero tantos meses en el sur lo habían ablandado. Brillando entre las nubes grises, que se desplazaban rápidamente por el cielo, el sol aún no había llegado del todo al cenit. Y lo tenía de cara. Sólo porque se iniciara una batalla con el este a la espalda no significaba que se acabaría en la misma posición. Ante él se extendía un amplio prado donde rebaños de cabras blancas y negras pastaban la reseca hierba con parsimonia, como si alrededor no se estuviese librando una cruenta batalla. Tampoco es que allí hubiese señal alguna del conflicto. Por el momento. Un hombre se arriesgaba a acabar hecho un guiñapo si atravesaba aquel prado. Y en terreno arbolado, ya fueran florestas u olivares o malezas, no siempre se veía al enemigo antes de topar con él, fueran exploradores o no.

—Si vamos a cruzar —murmuró Gueyam al tiempo que se frotaba la calva cabeza con la manaza—, hagámoslo de una vez. Tan cierto como la Luz que estamos perdiendo el tiempo.

Amondrid cerró ruidosamente la boca; a buen seguro, el cairhienino con cara de pan había estado a punto de decir lo mismo, pero se mostraría de acuerdo con el teariano cuando los caballos treparan a los árboles.

Jeordwyn Semaris resopló. Debería haberse dejado crecer la barba para taparse la estrecha mandíbula, que le daba el aspecto de una cuña.

—Pues yo digo que demos media vuelta —rezongó—. Ya he perdido demasiados hombres a manos de esas *damane* que la Luz maldiga, y... —Dejó la frase en suspenso y dirigió una mirada inquieta a Rochaid. El joven Asha'man estaba separado de los demás, prieta la boca, toqueteando el alfiler del dragón prendido en el cuello de la chaqueta. Quizá preguntándose si merecía la pena, a juzgar por su expresión. Había desaparecido por completo su aire de enterado de antes, quedando únicamente un gesto de preocupación.

Llevando a *Raudo* por las riendas, Bashere se encaminó hacia el Asha'man y lo llevó aparte, un poco más lejos en los árboles. Más bien lo empujó. Rochaid, ceñudo, se dejó conducir de mala gana. Era bastante más alto que Bashere, pero el saldaenino no estaba de humor para tonterías.

—¿Puedo contar con vosotros la próxima vez? —demandó Bashere, dándose un tirón del bigote, irritado—. ¿No más demoras?

Rochaid y sus compañeros parecían estar respondiendo cada vez con más lentitud cuando se hallaban frente a las *damane.*

—Sé lo que hago, Bashere —gruñó Rochaid—. ¿O es que os parece que no estamos matando bastantes? ¡A mi modo de ver, casi hemos terminado con ellos!

Bashere asintió lentamente, aunque no de acuerdo con lo último. Quedaban soldados enemigos a montones casi en cualquier parte donde se observara con atención. Pero muchos habían muerto. Había planteado sus movimientos basándose en lo que había estudiado de la Guerra de los Trollocs, cuando las fuerzas de la Luz rara vez sumaban un número más o menos parejo a las que tenían que enfrentarse. Atacar por los flancos y huir. Atacar la retaguardia y huir. Atacar y huir, y cuando el enemigo los perseguía, dar media vuelta y

Librodot

hacerle frente en el terreno elegido de antemano, donde los legionarios aguardaban con sus ballestas, volverse y contraatacar hasta que llegaba el momento de huir de nuevo. O hasta que se venía abajo. Hoy ya habían hecho eso último con taraboneses, amadicienses, altaraneses y esos seanchan con sus extrañas armaduras. Había visto más adversarios muertos que en cualquier otro combate desde el de la Nieve Sangrienta. Pero si él tenía Asha'man, el bando contrario tenía *damane.* Un buen tercio de sus saldaeninos yacía muerto a lo largo de los kilómetros dejados atrás. En total, casi la mitad de su fuerza había perecido, y todavía quedaban más seanchan ahí fuera, con sus malditas mujeres, y taraboneses y amadicienses y altaraneses. Nunca dejaban de llegar más, apareciendo tan pronto como había acabado con los anteriores. Y los Asha'man se mostraban progresivamente... vacilantes.

Subió a la silla de *Raudo* y regresó junto a Jeordwyn y los otros.

—Damos media vuelta —ordenó haciendo tan poco caso a los cabeceos de asentimiento de Jeordwyn como a los ceños de Gueyam y Amondrid—. Triple número de exploradores. Me propongo avanzar deprisa, pero no quiero darme de morros con una *damane.*

Nadie rió. Rochaid había reunido a los otros cinco Asha'man alrededor, uno con la espada de plata prendida en el cuello, y los otros sin insignias. Había dos más sin distintivos en el cuello cuando se habían puesto en marcha esa mañana; si los Asha'man sabían cómo matar, también sabían cómo hacerlo las *damane.* Agitando los brazos furiosamente, Rochaid parecía discutir con ellos. Su rostro estaba congestionado, y los de ellos mostraban obstinación. Bashere esperaba que fuera capaz de evitar que desertaran todos. Ese día ya estaba resultando muy costoso sin agravarlo con que hombres de esa clase anduvieran sueltos por ahí.

Caía una ligera llovizna. Rand miró con el entrecejo fruncido las densas nubes negras que anunciaban tormenta y que empezaban a ocultar el pálido sol, a mitad de camino del horizonte. ¡La llovizna se convertiría en aguacero! Irritado, volvió a estudiar el terreno que había ante él. La Corona de Espadas se le clavaba en las sienes. Con el Poder llenándolo, el paisaje se le mostraba claro como un mapa a pesar del tiempo. O suficientemente claro, en cualquier caso. Las colinas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, algunas cubiertas con olivares, otras sólo con hierba o simplemente con piedras y hierbajos. Le pareció atisbar movimiento al borde de una arboleda, y luego otro entre las hileras de un olivar, en otra colina a kilómetro y medio del bosquecillo. Pensar no era suficiente. Hombres muertos yacían sobre los kilómetros dejados atrás, enemigos muertos. También mujeres, lo sabía, pero él se había mantenido lejos de donde había *sul'dam* y *damane* muertas, negándose a verles las caras. Casi todos creían que era por el odio que sentía hacia quienes habían acabado con tantos de sus seguidores.

Tai'daishar retozó unos cuantos pasos sobre la cumbre de la colina antes de que Rand lo controlara con mano firme y presionando las rodillas. Estaría bueno que una *sul'dam* avistara su movimiento. Los pocos árboles que había alrededor no servían de mucho como cobertura. Vagamente, cayó en la cuenta de que no conocía ninguno de ellos. *Tai'daishar* sacudió la cabeza arriba y abajo. Rand metió el Cetro del Dragón en las alforjas, dejando fuera únicamente el extremo romo tallado, a fin de tener ambas manos libres por si el castrado no se contentaba con eso. Podría haber librado al animal del cansancio con el *Saidin*, pero no sabía cómo hacerle obedecer con el Poder.

No entendía cómo el caballo conservaba suficiente energía. El *Saidin* lo henchía, hervía dentro de él, pero su cuerpo, percibido como algo distante, estaba deseoso de dejarse caer por el agotamiento. Parte del cansancio se debía a la cantidad de Poder que había manejado a lo largo del día, y parte a la tensión de luchar con el *Saidin* para que hiciera lo que quería. Al *Saidin* había que dominarlo siempre, forzarlo, pero jamás hasta ese extremo. Las heridas medio curadas, siempre tiernas, del costado izquierdo le producían un intenso dolor; la más antigua era como un taladro intentando abrirse paso a través del vacío, y la más reciente

como un hierro al rojo vivo hincado en su carne.

—Fue un accidente, milord Dragón —dijo de repente Adley—. ¡Lo juro!

—¡Cállate y sigue vigilando! —replicó secamente Rand.

Los ojos de Adley bajaron a sus manos, que sujetaban las riendas, un momento, y luego se apartó el cabello empapado de la cara e irguió la cabeza, obedientemente.

Ese día, allí, controlar el *Saidin* resultaba más difícil que nunca, pero dejarlo soltarse en cualquier momento, en cualquier lugar, podía matar a uno. Adley había dejado que se le escapara y habían muerto hombres, consumidos por violentas llamaradas, no sólo los amadicienses a los que iba dirigido su ataque, sino también casi treinta mesnaderos de Ailil y otros tantos de Anaiyella.

De no ser por ese error, Adley se encontraría ahora con Morr y con los Compañeros en la espesura, a unos ochocientos metros al sur. Narishma y Hopwil estaban con los Defensores, hacia el norte. Rand quería tener a Adley a la vista.

¿Habrían ocurrido otros «accidentes» de los que no se había enterado? No podía vigilar a todo el mundo constantemente. El semblante de Flinn estaba tan lúgubre y rígido como el de un cadáver de un día, y Dashiva, lejos de mostrarse ausente, parecía a punto de empezar a sudar por la concentración. Seguía mascullando entre dientes, tan quedo que Rand no le entendía a pesar de hallarse henchido de Poder, pero el hombre se enjugaba la lluvia de la cara de forma continua con un pañuelo de lino empapado, que se había puesto mugriento a medida que transcurrían las horas. Rand no creía que ellos hubiesen dejado soltarse al *Saidin.* De todos modos, ni ellos dos ni Adley asían la Fuente en ese momento. No lo harían hasta que él les ordenara que la asieran.

—¿Se ha acabado? —preguntó Anaiyella a su espalda.

Sin importarle quién podría estar vigilando allí fuera, Rand hizo girar a *Tai'daishar* de cara a la mujer. La noble teariana reculó en la silla de manera que la capucha de su capa de lluvia ricamente bordada cayó sobre sus hombros. Una de sus mejillas se crispó con un tic nervioso. Sus ojos podían estar rebosantes de miedo, o de odio. A su lado, Ailil toqueteaba las riendas con aparente tranquilidad.

—¿Qué más podéis querer? —preguntó la mujer más baja, con voz fría, como una dama mostrándose amable con un inferior. Apenas—. Si el alcance de la victoria se mide por las bajas enemigas, creo que sólo el día de hoy pondrá vuestro nombre en las crónicas de la historia.

—¡Lo que quiero es empujar a los seanchan de vuelta al mar! —barbotó Rand. ¡Luz, tenía que acabar con ellos ahora, cuando tenía una oportunidad! ¡No podía luchar contra los seanchan, los Renegados y sólo la Luz sabía quiénes más al mismo tiempo!—. ¡Lo hice antes y volveré a hacerlo ahora!

«Vaya ¿acaso tienes el Cuerno de Valere guardado en un bolsillo esta vez?», inquirió irónicamente Lews Therin. Rand le gruñó ferozmente para sus adentros.

—Hay alguien allí abajo —dijo de repente Flinn—. Cabalga en esta dirección. Desde el oeste.

Rand hizo dar media vuelta a su montura. Los legionarios rodeaban las laderas de la colina, aunque se ocultaban tan bien que rara vez conseguía atisbar una chaqueta azul. Ninguno de ellos tenía caballo. ¿Quién osaría cabalgar por campo abierto?

El bayo de Bashere subió la cuesta trotando, casi como si fuera terreno llano. El yelmo del general saldaenino iba colgado de la silla, y él parecía agotado.

—Hemos acabado aquí —manifestó Bashere con voz inexpresiva, sin preámbulos—. Una parte de la lucha es saber cuándo marcharse, y es momento de hacerlo. He dejado casi quinientos muertos en esta batalla, y a dos de vuestros soldados para acabar de aderezar el guiso. Envié a tres de ellos a buscar a Semaradrid, Gregorin y Weiramon, con el mensaje de que regresen de inmediato y se reúnan con vos. Dudo que se encuentren en muchas mejores condiciones que yo mismo. ¿Cómo va vuestra cuenta particular para el carnicero?

Rand hizo caso omiso a la pregunta. Las bajas de su columna superaban en casi

doscientas a las de Bashere.

—No teníais autoridad para enviar órdenes a los demás. Mientras siga quedando media docena de Asha'man, ¡mientras quede yo, me basta! Tengo intención de encontrar al resto del ejército seanchan y destruirlo, Bashere. No permitiré que agreguen Altara a sus conquistas junto a Tarabon y Amadicia.

Bashere se atusó el bigote con los nudillos al tiempo que soltaba una seca risotada.

—Queréis encontrarlos. Mirad ahí fuera.

Trazó un arco en el aire con la mano enguantada que abarcaba las colinas del oeste.

—No puedo señalar un punto en particular, pero habrá diez, tal vez quince mil, lo bastante cerca para verlos desde aquí si esos árboles no estuvieran en medio. He bailado con el Oscuro para llegar hasta vos atravesando sus líneas sin ser descubierto. Debe de haber alrededor de un centenar de *damane* ahí abajo. Tal vez más. Y las que sin duda vienen de camino, así como soldados. Por lo visto, su general ha decidido concentrarse en vos. Supongo que ser *ta'veren* no siempre significa queso y cerveza.

—Si están ahí fuera... —Rand oteó las colinas. La lluvia había arreciado. ¿Dónde había movimiento? Luz, qué cansado estaba. El *Saidin* lo aporreaba, lo tenía molido. De manera inconsciente tocó el envoltorio sujeto debajo de la correa del estribo. Su mano se apartó bruscamente motu proprio. Diez mil, incluso quince mil... Una vez que Semaradrid, Gregorin y Weiramon se reunieran con él... Y, lo más importante, una vez que los restantes Asha'man llegaran...—. Si están ahí fuera, ahí será donde los destruya, Bashere. Los atacaré por todos lados, como teníamos intención de hacerlo desde el principio.

Fruncido el entrecejo, Bashere hizo que su caballo se acercara a él hasta que su rodilla casi tocó la de Rand. Flinn apartó su montura de ellos, pero Adley estaba demasiado concentrado en escudriñar a través de la lluvia para reparar en algo tan próximo a él, y Dashiva, todavía enjugándose incesantemente la cara, los observaba con interés, sin disimular. Bashere bajó la voz hasta hablar en un murmullo.

—No estáis razonando con claridad. Ése era un buen plan al principio, pero su general piensa con rapidez. Se desplegó para entorpecer nuestros ataques antes de que pudiéramos caer sobre ellos en una maniobra envolvente. Aun así, aparentemente le hemos infligido un duro castigo, y ahora está reuniendo de nuevo a todas sus tropas. No lo cogeréis por sorpresa. Lo que *quiere* es que vayáis por él. Está ahí fuera, *esperando* que ocurra. Asha'man o no Asha'man, si nos ponemos cara a cara con ese tipo, si nos encontramos a su altura, entonces creo que los buitres se darán un festín y nadie saldrá vivo.

—Nadie se encuentra a la altura del Dragón Renacido —gruñó Rand—. Los Renegados pueden decírselo a ese hombre, sea quien fuere. ¿Verdad, Flinn? ¿Dashiva? —Flinn asintió vacilante. Dashiva se encogió—. ¿Pensáis que no puedo sorprenderlo, Bashere? ¡Pues observad!

Sacó el envoltorio alargado y le quitó la tela que lo cubría; oyó exclamaciones ahogadas cuando las gotas de lluvia relucieron sobre una espada aparentemente hecha de cristal. La Espada que no es una Espada.

—Veamos si se sorprende o no con *Callandor* en las manos del Dragón Renacido, Bashere.

Apoyando la hoja translúcida en el doblez del brazo, Rand hizo que *Tai'daishar* se adelantara unos pasos. No tenía por qué hacerlo, ya que desde allí no tenía una perspectiva más clara del terreno. Sólo que... Algo se deslizaba por el exterior del vacío, una telaraña negra tejiéndose sinuosa, envolvente. Tenía miedo. La última vez que había empuñado *Callandor*, que la había usado realmente, había intentado traer de vuelta a la vida a los muertos. Entonces había estado seguro de que podía hacer cualquier cosa, lo que fuera. Como un loco creyéndose capaz de volar. Pero él era el Dragón Renacido. Podía hacer cualquier cosa. ¿Acaso no lo había demostrado repetidas veces? Intentó asir el Poder a través de la Espada que no es una Espada.

El *Saidin* pareció penetrar instantáneamente en *Callandor* antes de que él tocase la

Fuente a través de ella. Desde el pomo de la empuñadura hasta la punta de la hoja, la espada de cristal resplandeció con una luz blanca. ¡Y había creído que el Poder lo henchía antes! Ahora contenía más dentro de sí de lo que podrían diez hombres juntos sin ayuda, o un centenar, no sabía realmente cuántos. El fuego del sol, irradiando abrasador a través de su cabeza, de su mente. El frío de todos los inviernos de todas las Eras, penetrando mordiente en su corazón. En aquel torrente, la infección era la suma de todos los estercoleros del mundo vaciándose en su alma. El *Saidin* seguía intentando matarlo, intentando arrollar, abrasar, congelar hasta la última partícula de su ser, pero luchó y vivió un instante más, y otro, y otro. Quiso reír. ¡*Podía* hacer cualquier cosa!

Una vez, empuñando *Callandor*, había creado un arma que rastreó a los Engendros de la Sombra por toda la Ciudadela de Tear, los mató con rayos que los perseguían y se descargaban sobre ellos allí donde se habían parado o corrían o se escondían. Sin duda tenía que haber algo parecido para utilizarlo contra el enemigo allí. Pero cuando llamó a Lews Therin sólo le respondieron gimoteos angustiados, como si la voz incorpórea temiera el dolor infligido por el *Saidin.*

Con *Callandor* resplandeciendo en su mano —no recordaba haber enarbolado el arma— contempló intensamente las colinas donde su enemigo se ocultaba. Ahora estaban grises, con el aguacero y las espesas y negras nubes que tapaban el sol. ¿Qué era lo que le había dicho a Eagan Padros?

—Yo soy la tormenta —susurró, aunque en sus oídos sonó como un grito, como un bramido, y encauzó.

En lo alto, las nubes bulleron, se arremolinaron. Donde habían sido de color pizarroso, se tornaron negras como el hollín, como la noche más oscura. No sabía lo que estaba encauzando. Eso le ocurría a menudo, a pesar de las enseñanzas de Asmodean. Quizá Lews Therin lo estaba guiando, a despecho de sus gimoteos. Flujos de *Saidin* giraron vertiginosamente por la negra bóveda, Viento, Agua y Fuego. Del cielo llovieron rayos, cien, centenares a la vez, venablos blanco azulados que se bifurcaban y se descargaban hasta donde le alcazaba la vista. Las colinas que tenían enfrente explotaron. Algunas saltaron en pedazos bajo el torrente de relámpagos como un termitero reventado a patadas. El fuego estalló en las arboledas, los árboles convirtiéndose en antorchas bajo la lluvia, las llamas propagándose velozmente a través de los olivares.

Algo lo golpeó con fuerza y fue consciente de estar levantándose del suelo. La corona se le había caído de la cabeza, pero *Callandor* seguía resplandeciendo en su mano. Vagamente, advirtió que *Tai'daishar* se incorporaba también, tembloroso. Así que lo contraatacaban ¿verdad? Alzando más aún a *Callandor*, bramó:

—¡Venid a atacarme si os atrevéis! ¡Yo soy la tormenta! ¡Ven si te atreves, Shai'tan! ¡Soy el Dragón Renacido!

Un millar de siseantes rayos llovieron de las nubes. Algo lo golpeó otra vez. Intentó levantarse, sin éxito; un peso se lo impedía. *Callandor*, todavía brillante, estaba tirada a un metro de su mano extendida. La violenta tormenta de relámpagos resquebrajaba el cielo. De repente se dio cuenta de que el peso que tenía encima era Bashere y que el saldaenino lo sacudía. ¡Debía de haber sido él el que lo había derribado!

—¡Basta! —gritó el general. La sangre le resbalaba por la cara desde un tajo abierto en el cuero cabelludo—. ¡Nos estáis matando! ¡Parad!

Rand volvió la cabeza y una estupefacta mirada fue suficiente. Los rayos se descargaban alrededor, en todas direcciones. Uno se descargó en la ladera opuesta, donde se encontraban Denharad y los mesnaderos; se alzaron gritos de hombres y caballos. Anaiyella y Ailil estaban a pie, tratando en vano de tranquilizar las monturas encabritadas que intentaban soltarse tirando de las riendas, girando los ojos, enloquecidas. Flinn se inclinaba sobre alguien, cerca de un caballo muerto, tiesas ya las patas.

Rand soltó el *Saidin*, pero aun así siguió fluyendo dentro de él durante unos segundos, y la tormenta de rayos rugió. El flujo disminuyó, se debilitó y desapareció. El mareo lo

Librodot

inundó y ocupó el vacío dejado por el Poder. Durante otros tres segundos, dos *Callandor* brillaron donde permanecían tiradas sobre el suelo y los relámpagos se descargaron. Luego se hizo el silencio, salvo por el creciente repiqueteo de la lluvia. Y por los gritos al otro lado de la colina.

Lentamente, Bashere se quitó de encima de él, y Rand se levantó sin ayuda, tambaleándose sobre las piernas inestables, parpadeando a medida que su vista volvía a enfocarse. El saldaenino lo observaba como habría hecho con un león rabioso, toqueteando la empuñadura de su espada. Anaiyella lo miró un momento, plantado allí de pie, y se desmayó; su caballo salió disparado, las riendas colgando. Ailil, todavía forcejeando con su montura encabritada, lanzó ojeadas fugaces a Rand. Éste dejó a *Callandor* tirada en el suelo; no estaba seguro de querer cogerla. Aún no.

Flinn se incorporó, sacudió la cabeza y luego permaneció en silencio mientras Rand se acercó, todavía inestable, junto a él. La lluvia caía sobre los ojos sin vida de Jonan Adley, abiertos desmesuradamente, como aterrados. Jonan había sido uno de los primeros. Los gritos procedentes del otro lado de la colina parecían penetrarlo a través de la lluvia como cuchillos. ¿Cuántos más? ¿Cuántos Defensores? ¿Y Compañeros? ¿Y...?

La torrencial lluvia ocultaba las colinas donde se encontraban los seanchan. ¿Los habría alcanzado siquiera, al atacar a ciegas? ¿O seguirían esperando allí, con todas sus *damane*, para ver a cuántos más de los suyos podía matar por ellos?

—Organizad la guardia que creáis oportuna —dijo a Bashere. Su voz era hierro. Adley. Uno de los primeros. Su corazón era hierro—. Cuando Gregorin y los otros se reúnan con nosotros, Viajaremos al lugar donde esperan los carros tan deprisa como podamos.

Bashere asintió en silencio y se alejó bajo la lluvia.

«He perdido —pensó, embotado, Rand—. Soy el Dragón Renacido, pero, por primera vez, he perdido.»

De pronto, Lews Therin emergió enfurecido dentro de él, olvidadas por completo las retiradas a hurtadillas.

«Yo *jamás* he sido derrotado —bramó—. ¡Soy el Señor de la Mañana! ¡*Nadie* puede derrotarme!»

Rand se sentó bajo la lluvia, girando la Corona de Espadas en sus manos, mirando a *Callandor* tirada en el suelo. Dejó que Lews Therin bramara y rugiera de rabia.

Abaldar Yulan lloraba y agradecía que el aguacero ocultara las lágrimas que corrían por sus mejillas. Alguien tendría que dar la orden. Finalmente alguien tendría que pedir perdón a la emperatriz, así viviera eternamente, y quizás a Suroth antes. Pero no era ése el motivo de su llanto, ni incluso la muerte de un compañero. Se desgarró bruscamente una manga de su chaqueta y la echó sobre los ojos abiertos de Miraj para que la lluvia no cayera sobre ellos.

—Comunicad la orden de retirada —mandó Yulan, y vio que los hombres que lo rodeaban acusaban el impacto de la noticia con un respingo. Por segunda vez en esas costas del Océano Aricio, el Ejército Invencible había sufrido una derrota aplastante, y Yulan no creía ser el único que llorara.

CAPÍTULO 11

Un regreso indeseado

Sentada detrás de su escritorio dorado, Elaida toqueteaba una talla de mármol oscurecido por los años que representaba un extraño pájaro, con un pico tan largo como el cuerpo, y escuchaba con cierta sorna a las seis mujeres que estaban de pie al otro lado del escritorio. Asentadas de sus respectivos Ajahs, se miraban de reojo malhumoradas, apoyaban ora un pie ora otro en la alfombra de vivos colores que cubría gran parte de las baldosas rojizas, ajustaban los chales de manera que los flecos de colores se mecían y, en general, actuaban y hablaban como una pandilla de sirvientas malhumoradas que quisieran tener el valor suficiente para arremeter una contra otra delante de su señora. Una capa de escarcha cubría los cristales de las ventanas, de manera que era imposible ver la nieve arremolinándose en el exterior, aunque a veces el viento aullaba con gélida violencia. Elaida se sentía muy a gusto, sin pizca de frío, y no sólo por los gruesos leños que ardían en el hogar de mármol blanco. Tanto si esas mujeres lo sabían como si no —bueno, Duhara sí lo sabía, indudablemente, y quizá las otras también—, *era* su señora. El ornamentado reloj dorado, hecho por encargo de Cemaile siglos atrás, desgranaba los segundos. El sueño desvanecido de Cemaile se haría realidad: la Torre recobraría su gloria. Y lo haría firmemente, en las capaces manos de Elaida do Avriny a'Roihan.

—Jamás se ha encontrado un *ter'angreal* que pueda «controlar» el encauzamiento de una mujer —estaba diciendo Velina en una voz fría y precisa, pero con un timbre casi infantilmente agudo, una voz que contrastaba poderosamente con su nariz aguileña y sus penetrantes y rasgados ojos. Era la portavoz del Ajah Blanco, y era el prototipo de la hermana Blanca en todo, salvo en su fiera apariencia. El vestido sencillo y níveo parecía severo y rígido—. Y muy pocos los hallados que realicen la misma función. En consecuencia, lógicamente, si se encontrara un *ter'angreal* de ese tipo, o más de uno, por improbable que sea, no habría suficientes para controlar a más de dos o tres mujeres, como mucho. Ello nos lleva a deducir que los informes sobre tales seanchan son exageradísimos. Si existen mujeres «atadas con correas», entonces no pueden encauzar. Obviamente no. No niego que esas gentes dominen Ebou Dar y Amador y tal vez más lugares, pero evidentemente son una invención de Rand al'Thor, quizás a fin de atemorizar a la gente para que se una a él. Como ese Profeta suyo. Es simple lógica.

—Me alegra que al menos no niegues lo de Ebou Dar y Amador, Velina —dijo secamente Shevan. Y podía ser realmente seca cuando se lo proponía. Tan alta como la mayoría de los hombres, además de delgada en extremo, la Asentada Marrón tenía la cara angulosa y la barbilla larga, rasgos que no mejoraba el ondulado cabello. Con sus huesudos dedos se arregló el chal y alisó la falda de seda color oro viejo; su voz adquirió un tono mordaz—. Me produce incomodidad hablar de lo que puede o no puede ser. Por ejemplo, no hace mucho tiempo, todas «sabíamos» que únicamente un escudo tejido por una hermana podía impedir encauzar a una mujer. Entonces aparece una simple hierba, la horcaria, y resulta que cualquiera puede preparar una infusión que te deja tan incapacitada como una piedra para encauzar durante horas. Útil con espontáneas rebeldes o en casos semejantes, supongo, pero una desagradable sorpresa para las que piensan que lo saben todo, ¿eh? Quizá lo siguiente es que alguien aprende a hacer *ter'angreal* otra vez.

Librodot

Elaida apretó la boca. No se preocupaba por cosas imposibles, y si ninguna hermana había logrado descubrir de nuevo la creación de los *ter'angreal* durante tres mil años, nadie lo lograría, y con eso estaba todo dicho. Lo que la irritaba era que la información se filtrara entre sus dedos cuando quería tenerla más amarrada. A pesar de todos sus esfuerzos, hasta la última iniciada de la Torre estaba enterada de lo de la horcaria. A nadie le gustaba ni pizca saberlo. A nadie le hacía gracia descubrir de repente que era vulnerable a cualquiera con ciertos conocimientos sobre hierbas y un poco de agua caliente. Esa certeza era peor que el veneno, como bien claro lo habían dejado las Asentadas.

Al oír mencionar la hierba, los ojos grandes y oscuros de Duhara traslucieron inquietud en su rostro cobrizo, y la mujer adoptó una postura más envarada que de costumbre, con las manos prietas sobre la falda de color rojo tan oscuro que casi parecía negro. De hecho, Sedore tragó saliva, y sus dedos se crisparon sobre la carpeta de cuero repujado que Elaida le había entregado, aunque la carirredonda hermana Amarilla por lo general se comportaba con fría elegancia. ¡Andaya tembló! Incluso se ciñó convulsivamente con el chal de flecos grises.

Elaida se preguntó qué harían si se enteraran de que los Asha'man habían descubierto el olvidado Talento del Viaje. Tal como estaban las cosas, apenas si eran capaces de hablar sobre esos hombres. Por lo menos había conseguido que esa información la conociera sólo un puñado de hermanas.

—Creo que lo mejor sería que nos preocupáramos exclusivamente de las cosas que tenemos como ciertas, ¿no os parece? —dijo Andaya con firmeza, recobrado de nuevo el autocontrol. Su cabello castaño claro, cepillado hasta hacerlo brillar, colgaba en ondas por su espalda. Aunque su vestido azul con pliegues plateados era de estilo andoreño, la mujer todavía conservaba un fuerte acento tarabonés. A pesar de tener una constitución ni demasiado pequeña ni demasiado delgada, de algún modo a Elaida siempre le recordaba un gorrión a punto de empezar a dar saltitos en la rama. Y si a primera vista no parecía la persona indicada para llevar a cabo negociaciones, su fama como mediadora era bien merecida. Dirigió una sonrisa muy poco agradable a las otras, y hasta ese gesto reforzó su apariencia de gorrión. Tal vez se debía al modo de ladear la cabeza—. Las conjeturas inútiles son una pérdida de tiempo. El destino del mundo pende de un hilo y, en lo que a mí respecta, no quisiera malgastar horas valiosas chachareando sobre supuesta lógica o de lo que es de sobra sabido por cualquier necio y novicia. ¿Alguien tiene que decir algo que sea útil?

Para ser un gorrión, podía dar una mordacidad considerable a sus palabras. El semblante de Velina enrojeció, y el de Shevan se tornó sombrío. Rubinde torció los labios al mirar a la Gris; quizá su intención era sonreír, pero lo que consiguió fue esbozar una mueca retorcida. De cabello negro como el carbón y los ojos tan azules como zafiros, por lo general la mayeniense daba la impresión de que se proponía caminar a través de una pared de piedra, y ahora, puesta en jarras, parecía lista para atravesar no una, sino dos.

—Nos hemos ocupado de todo lo que podemos por el momento, Andaya. O de casi todo, en cualquier caso. Las rebeldes están inmovilizadas por la nieve en Murandy, y les daremos un invierno lo bastante caliente como para que en primavera vengan arrastrándose para pedir perdón y someterse a la penitencia que merecen. De Tear nos ocuparemos tan pronto como encontremos dónde se ha metido el Gran Señor Darlin, y de Cairhien, una vez que saquemos de sus escondrijos a Caraline Damodred y a Toram Riatin. Al'Thor tiene la corona de Illian por el momento, pero eso está en vías de solución. Así que, a menos que tengas un plan para reducir al hombre y traerlo a la Torre o para hacer desaparecer a esos supuestos Asha'man, hay asuntos de mi Ajah que he de atender.

Andaya se irguió, obviamente encrespada. En realidad, Duhara estrechó los ojos; se la llevaban los demonios cada vez que se hablaba de hombres que encauzaban. Shevan chasqueó la lengua como si estuviese ante unas niñas peleándose —aunque parecía que la complacía verlo— y Velina frunció el entrecejo al considerar, por alguna razón, que lo había hecho por ella. La situación resultaba divertida, pero empezaba a írseles de las manos.

—Los asuntos de los Ajahs son importantes, hijas. —Elaida no alzó la voz, pero todas

las cabezas giraron hacia ella. Puso la figurilla de marfil junto a las otras de su colección, en el cofrecillo adornado con rosas y volutas doradas, ajustó la posición de la escribanía y de la caja de correspondencia, de manera que los tres objetos lacados quedaron perfectamente alineados en la mesa, y una vez que el silencio fue absoluto, continuó—. Sin embargo, los asuntos de la Torre lo son más. Confío en que llevéis a cabo mis decretos sin demora. Aprecio demasiada indolencia en la Torre. Me temo que Silviana puede encontrarse muy atareada si las cosas no se arreglan pronto. —No expresó más amenazas; se limitó a sonreír.

—Como ordenéis, madre —murmuraron seis voces no tan firmes como sus propietarias habrían deseado. Incluso el semblante de Duhara tenía una palidez evidente cuando hizo la reverencia. Dos Asentadas habían sido destituidas del cargo, y media docena había realizado durante días el servicio de Trabajos Domésticos como castigo, lo que era bastante humillante de por sí en su posición, sin añadir la Mortificación del Espíritu; Shevan y Sedore tenían apretados los labios, demasiado fresco el recuerdo de fregar suelos y trabajar en la lavandería, pero ninguna había sido enviada ante Silviana para la Mortificación de la Carne. Y ninguna quería que la enviaran. La Maestra de Novicias recibía dos o tres visitas a la semana de hermanas a las que había castigado su Ajah o que se habían impuesto una penalización ellas mismas, por dolorosa que fuera, una dosis de correa acababa mucho antes que rastrillar paseos del jardín durante un mes, pero Silviana mostraba bastante menos clemencia con las hermanas que con las novicias o las Aceptadas a su cargo. Más de una hermana se había pasado unos cuantos días preguntándose si un mes manejando un rastrillo no habría sido preferible, después de todo.

Se escabulleron hacia la puerta, ansiosas por salir. Asentadas o no, nadie pondría los pies en ese piso alto de la Torre sin ser convocado personalmente por Elaida. Toqueteando su estola de rayas, Elaida acentuó la sonrisa, que se tornó complacida. Sí, era la señora de la Torre Blanca. Como le correspondía a la Sede Amyrlin.

Antes de que el grupo de Asentadas llegara a la puerta, la hoja izquierda se abrió y dio paso a Alviarin; la blanca estola de Guardiana casi pasaba inadvertida con el níveo vestido de seda, que hacía parecer sucio el de Velina en comparación.

Elaida sintió que su sonrisa se torcía y empezaba a borrarse de su rostro. Alviarin llevaba una única hoja de papel en su esbelta mano. Era extraño en lo que una se fijaba en un momento así. La mujer había estado ausente casi dos semanas, desapareciendo de la Torre sin decir nada ni dejar una nota, y nadie la había visto siquiera marcharse; Elaida había empezado a albergar vanas ilusiones, imaginando a la Blanca tendida en un ventisquero o arrastrada por las aguas de un río, debajo de una capa de hielo.

Las seis Asentadas se frenaron de golpe, indecisas, cuando Alviarin no se apartó del umbral. Ni siquiera una Guardiana con la influencia de la Blanca obstruía el paso a las Asentadas. No obstante, Velina, por lo general la mujer más dueña de sí misma de toda la Torre, se encogió por alguna razón. Alviarin miró primero a Elaida, con frialdad, después estudió a las Asentadas un momento, y lo entendió todo.

—Creo que deberías dejarme eso a mí —le dijo a Sedore en un tono sólo una fracción más cálido que la nieve del exterior—. A la madre le gusta considerar cuidadosamente sus decretos, como sabes. No sería la primera vez que cambia de opinión después de haberlos firmado.

Tendió la esbelta mano y Sedore, cuya arrogancia era notable incluso entre las Amarillas, apenas vaciló antes de entregarle la carpeta de cuero.

Elaida rechinó los dientes de rabia. Sedore había detestado pasar cinco días con los brazos metidos hasta los codos en agua caliente y fregando suelos, pero encontraría algo menos cómodo para ella la próxima vez. Quizá, después de todo, una visita a Silviana. ¡Incluso limpiar pozos negros!

Alviarin se apartó a un lado sin decir palabra y las Asentadas salieron ajustándose chales, murmurando entre dientes, recuperando la dignidad de la Antecámara. La Guardiana cerró enérgicamente la puerta a sus espaldas y se encaminó hacia Elaida al tiempo que

hojeaba los papeles guardados en la carpeta, los decretos que había firmado confiando en que Alviarin estuviera muerta. Por supuesto, no lo había dejado todo a la esperanza. No había hablado con Seaine, por si acaso alguien la veía y se lo contaba a Alviarin cuando regresara, pero indudablemente Seaine estaba actuando según las instrucciones, siguiendo el camino de la traición que irremediablemente la llevaría hasta Alviarin Freidhen. Pero realmente había tenido esperanzas. ¡Oh, sí, cómo había esperado que se cumplieran sus vanas ilusiones!

—Esto puede tramitarse, supongo —murmuró para sí Alviarin mientras revolvía la carpeta—. Pero esto no. Ni esto. ¡Y, por supuesto, esto ni pensarlo! —Arrugó un decreto, firmado y sellado por la Sede Amyrlin, y lo tiró al suelo con desdén. Se detuvo junto al sillón dorado de Elaida, cuyo alto respaldo estaba rematado con la Llama de Tar Valon hecha en piedras de la luna incrustadas, y soltó bruscamente la carpeta y la hoja que había llevado sobre el escritorio. Después abofeteó a Elaida tan fuerte que ésta vio motitas negras.

»Creía que habíamos dejado esto bien claro, Elaida. —La voz de la monstruosa mujer hacía que la ventisca del exterior pareciera cálida—. Sé cómo salvar a la Torre de tus errores garrafales, pero no permitiré que cometas otros a mi espalda. Si persistes en esta actitud, ¡ten por seguro que haré que se te destituya, se te neutralice y se te haga aullar bajo la vara delante de todas las iniciadas e incluso de toda la servidumbre!

No sin esfuerzo, Elaida logró no llevarse la mano a la mejilla. No necesitaba un espejo para saber que la tenía enrojecida. Debía ser prudente. Seaine no había encontrado nada todavía, o en caso contrario habría acudido al despacho. Alviarin podía abrir la boca y revelar a la Antecámara todo el desastroso secuestro del chico al'Thor. Podía conseguir que la destituyeran, la neutralizaran y la varearan sólo con eso, pero la Blanca tenía otra cuerda en su arco. Toveine Gazal conducía a cincuenta hermanas y doscientos hombres de la Guardia de la Torre contra la Torre Negra que, en el momento de dar la orden, Elaida había estado convencida de que sólo albergaba dos o tres varones capaces de encauzar. Con todo, y aunque fuesen cientos —¡cientos!; bajo la fría mirada de Alviarin, esa idea todavía le revolvía el estómago—, aun siendo cientos de esos Asha'man, tenía esperanzas en la misión de Toveine. Había tenido la Predicción que la Torre Negra sería arrasada con fuego y sangre y que las hermanas caminarían por su recinto. A buen seguro, eso significaba que, de algún modo, Toveine triunfaría. Más aún, el resto de la Predicción le había revelado que la Torre recobraría toda su antigua gloria bajo su dirección y que al propio al'Thor le daría pavor su ira. Alviarin había oído las palabras saliendo de su boca cuando la Predicción se apoderó de ella. Pero no lo había recordado después, cuando empezó a hacerle chantaje, no había comprendido su propia perdición. ¡Lo pagaría con creces! Pero debía tener paciencia. Por ahora.

Sin intentar siquiera disimular su desdén, Alviarin apartó a un lado la carpeta y colocó la hoja suelta delante de Elaida. A continuación abrió la escribanía verde y dorada, mojó la pluma de Elaida en el tintero y se la tendió bruscamente.

—Firma.

Elaida cogió la pluma preguntándose en qué locura plasmaría su nombre esta vez. ¿Otro incremento de la Guardia de la Torre, cuando las rebeldes serían aplastadas antes de que los soldados fueran de utilidad? ¿Otro intento de hacer que los Ajahs revelaran públicamente qué hermana dirigía cada uno de ellos? ¡Eso sí que se había estrellado por su propio peso! Leyó rápidamente la hoja y, a medida que lo hacía, sintió un nudo en el estómago que crecía conforme avanzaba en la lectura. Dar a cada Ajah autoridad absoluta sobre cualquier hermana que se encontrara en su área, sin importar a qué Ajah perteneciera, había sido la peor barbaridad hasta ese momento —¿de qué modo podía salvar a la Torre cortar en pedazos su propia estructura?—, pero ¡esto!

> «Sepa el mundo que Rand al'Thor es el Dragón Renacido. Sepa el mundo que es un varón que puede tocar el Poder Único. Hombres así han sido y son competencia de la Torre, que ha ejercido esa potestad desde tiempos

inmemoriales. Al Dragón Renacido se le garantiza la protección de la Torre, pero aquellos que intenten una aproximación a él sin la mediación de la Torre son convictos de traición contra la Luz, y se pronuncia anatema contra ellos ahora y para siempre. El mundo puede descansar tranquilo sabiendo que la Torre Blanca guiará sin peligro al Dragón Renacido a la Última Batalla y al inevitable triunfo.»

Aturdida, añadió «de la Luz» a continuación de «triunfo» de manera automática, pero entonces su mano se quedó paralizada. Que se reconociera públicamente a Rand al'Thor como el Dragón Renacido, pase, puesto que lo era, y ello quizás indujera a muchos a aceptar como cierto el rumor de que ya se había arrodillado ante ella, lo cual resultaría muy útil, pero en cuanto al resto, le parecía increíble que pudiera derivarse tanto daño de tan pocas palabras.

—Que la Luz tenga piedad de nosotras —imploró fervientemente—. Si esto se proclama, será imposible convencer a al'Thor de que su secuestro no fue sancionado. —Sin eso ya resultaría difícil, pero no sería la primera vez que veía convencido a alguien de que no había ocurrido lo que había ocurrido hallándose presente mientras ocurría—. Y estará diez veces más alerta contra cualquier otro intento. Alviarin, en el mejor de los casos, esto asustará y hará huir a algunos de sus seguidores. ¡En el mejor! —Probablemente, muchos se habrían implicado tan a fondo con él que no se atreverían a dar marcha atrás. Y, por supuesto, ¡menos aún si creían que el anatema ya pendía sobre sus cabezas!—. ¡Firmar esto sería tanto como prender fuego a la Torre con mis propias manos!

Alviarin suspiró con impaciencia.

—No habrás olvidado tu catecismo, ¿verdad? A ver, recítalo para que yo te oiga.

Los labios de Elaida se apretaron motu proprio. Uno de sus placeres en ausencia de esa mujer —no el mayor, pero sí un verdadero placer— había sido no verse obligada a repetir aquella asquerosa letanía a diario.

—Haré lo que se me mande —empezó finalmente, con voz inexpresiva. ¡Era la Sede Amyrlin!—. Diré lo que tú ordenes que diga y nada más. —Su Predicción estipulaba su triunfo, pero, ¡oh, Luz, que llegara pronto!—. Firmaré lo que me ordenes que firme. Me... —Se atragantó sin poder remediarlo—. Me someto a tu voluntad.

—Lo dices como si necesitaras que se te recuerde la verdad de esas palabras —manifestó Alviarin con otro suspiro—. Supongo que te he dejado sola demasiado tiempo. —Dio unos golpecitos perentorios con el dedo en el documento—. Firma.

Elaida lo hizo, arrastrando la pluma sobre el papel. No tenía opción. Alviarin apenas esperó a que la punta de la pluma se levantara para coger el decreto.

—Yo misma lo sellaré —dijo mientras se encaminaba a la puerta—. No tendría que haber dejado el sello de la Amyrlin donde pudieras encontrarlo. Quiero hablar contigo más tarde. Verdaderamente, te he dejado a tu libre albedrío demasiado tiempo. Asegúrate de estar aquí cuando regrese.

—¿Más tarde? —preguntó Elaida—. ¿Cuándo? ¡Alviarin!

La puerta se cerró detrás de la mujer, dejando a Elaida consumida por la rabia. ¡Que estuviera allí cuando regresara! ¡Confinada en sus aposentos como una novicia en una celda de castigo!

Durante un rato, toqueteó la caja de correspondencia, con sus halcones dorados luchando entre nubes blancas en un cielo azul, pero fue incapaz de abrirla. En ausencia de Alviarin, esa caja había empezado de nuevo a contener cartas e informes importantes, no sólo las sobras del mantel que la Blanca le echaba, pero con su regreso, habría dado igual que hubiese estado vacía. Se levantó del sillón y se puso a arreglar las rosas en los jarrones blancos, cada uno de ellos colocado encima de un pedestal de mármol del mismo color, en las cuatro esquinas de la estancia. Rosas azules; las más raras.

De pronto se dio cuenta de que miraba fijamente el tallo roto de una rosa en sus manos, partido en dos. Había otra media docena caída sobre las baldosas. Emitió un sonido gutural. Había estado imaginando sus manos rodeando el cuello de Alviarin. No era la primera vez

que se planteaba la idea de asesinar a la mujer. Pero la Blanca habría tomado precauciones, a buen seguro. Documentos sellados que deberían abrirse si le pasaba algo, y sin duda se los habría entregado a la última hermana en la que ella pensaría. Aquélla había sido su única preocupación de verdad durante la ausencia de Alviarin, que alguien más pensara que había muerto y sacara a relucir la prueba que la despojaría de la estola. Antes o después, sin embargo, de uno u otro modo, Alviarin acabaría tronchada, como esas rosas...

—No respondíais a mi llamada a la puerta, madre, así que entré —dijo ásperamente una mujer a su espalda.

Elaida se volvió, dispuesta a reconvenirla con dureza, pero al ver a la baja y fornida mujer de rostro cuadrado, con chal de flecos rojos, que se encontraba en el cuarto, se quedó pálida.

—La Guardiana me dijo que queríais hablar conmigo —continuó en tono irritado Silviana— con respecto a una penitencia privada. —Aun tratándose de la Sede Amyrlin, no hizo esfuerzo alguno por disimular su desagrado. Silviana consideraba que la penitencia privada era una afectación ridícula. La penitencia era algo público; sólo el castigo ocurría en privado—. También me pidió que os recordase algo, pero se marchó rápidamente sin decirme qué. —Terminó con un resoplido. Silviana consideraba cualquier cosa que le restase tiempo de sus novicias y Aceptadas como una interrupción innecesaria.

—Creo que lo recuerdo —contestó Elaida en tono apagado.

Cuando Silviana se hubo marchado finalmente —sólo media hora después, según el toque del reloj de Cemaile, aunque le pareció una eternidad— lo único que frenó a Elaida de convocar a la Antecámara de inmediato a fin de exigir que se le quitase la estola de Guardiana a Alviarin, fue la certeza de su Predicción y el convencimiento de que Seaine seguiría el rastro de traición hasta la Blanca. También el hecho indudable de que tanto si Alviarin caía en la confrontación como si no, ella sí caería. En consecuencia, Elaida do Avriny a'Roihan, Vigilante de los Sellos, la Llama de Tar Valon, a buen seguro la dirigente más poderosa del mundo, yació boca abajo en su cama lloriqueando contra la almohada, segura de que cuando Alviarin regresara insistiría en que estuviera sentada durante toda la entrevista. Lloriqueó y rezó para que la caída de la Blanca ocurriera pronto.

—No te ordené que hicieses... varear a Elaida —manifestó la voz cristalina—. ¿Te has excedido en tus atribuciones?

Alviarin, puesta de rodillas, se postró boca abajo en el suelo ante la mujer que parecía hecha de sombras y luz plateada. Cogió el repulgo del vestido de Mesaana y lo cubrió de besos. El tejido de Ilusión —tenía que serlo, aunque no veía un solo hilo de *Saidar* ni tampoco percibía la habilidad de encauzar en la mujer— fluctuó, inestable, con su desesperado toqueteo del borde de la falda. Seda de color broncíneo, con un estrecho remate de volutas bordadas en negro, se hizo visible en parpadeos intermitentes y fugaces a través de la Ilusión creada.

—Vivo para serviros y obedeceros, Insigne Señora —jadeó Alviarin entre beso y beso—. Sé que estoy entre los más bajos de los bajos, un gusano en vuestra presencia, y sólo aspiro a merecer vuestra sonrisa.

Ya había sido castigada una vez por «excederse en sus atribuciones», no por desobediencia, ¡gracias al Gran Señor de la Oscuridad!, y sabía que aunque Elaida estuviese chillando en ese momento, no sería ni la mitad de fuerte que lo que había chillado ella. Mesaana dejó que el besuqueo del repulgo continuara unos segundos más y finalmente le puso fin empujando la barbilla de Alviarin con la puntera del escarpín para que levantase la cabeza.

—El decreto ha sido despachado.

—Sí, Insigne Señora. —Se apresuró a contestar a pesar de que no era una pregunta—. Se enviaron copias a Puerto del Norte y Puerto del Sur antes incluso de que Elaida lo firmara. Los primeros correos han salido, y ningún mercader partirá de la ciudad sin copias para

Librodot

distribuirlas. —Mesaana estaba enterada de eso, naturalmente. Lo sabía todo. Alviarin sintió un calambre en la nuca por la postura forzada del cuello, pero no se movió. Mesaana le diría cuándo podía hacerlo—. Insigne Señora, Elaida es una cáscara vacía. Con toda humildad, ¿no sería mejor no tener que utilizarla? —Contuvo el aliento. Con los Elegidos, hacer preguntas podía resultar peligroso.

Un dedo de sombras y luz plateada dio golpecitos sobre los labios plateados, fruncidos en una sonrisa divertida.

—¿Quieres decir que sería mejor si tú llevases la estola de Amyrlin, pequeña? —dijo por último—. Una ambición lo bastante insignificante para que sea apropiada para ti, pero cada cosa a su tiempo. Por el momento, tengo una pequeña tarea que encomendarte. A pesar de los muros que se han alzado entre los Ajahs, sus cabezas parecen encontrarse con sorprendente frecuencia. Hacen que parezca como por casualidad. Al menos todas, excepto la Roja; lástima que Galina hiciera que la mataran, porque te habría dicho lo que se traen entre manos. Casi con toda seguridad será algo trivial, pero has de enterarte por qué enseñan los dientes en público y después intercambian susurros en privado.

—Escucho y obedezco, Insigne Señora —repuso Alviarin, agradecida de que Mesaana lo considerase poco importante. El gran «secreto» de quién dirigía cada Ajah no era tal para ella, hasta a una hermana Negra se le exigía transmitir al Consejo Supremo todo lo que se comentaba en su supuesto Ajah, pero de ellas sólo Galina había sido Negra. Eso significaba preguntar a las hermanas Negras que había en la Antecámara, lo que a su vez significaba pasar por todas las capas existentes entre esas mujeres y ella. Llevaría tiempo, y el éxito no estaba asegurado. Con excepción de Ferane Neheran y Suana Dragand, que *eran* cabezas de sus Ajahs, las Asentadas rara vez parecían saber qué pensaba la cabeza de su Ajah hasta que se les comunicaba—. Os informaré tan pronto como me entere, Insigne Señora.

Pero archivó un dato. Fuese o no trivial, Mesaana no sabía todo lo que pasaba en la Torre Blanca. Y ella estaría muy pendiente por si veía a una hermana con falda de color bronce y el repulgo bordado en volutas negras. Mesaana se ocultaba en la Torre, y el conocimiento era poder.

Librodot

CAPÍTULO 12

Un pequeño detalle adicional

Seaine deambulaba por los pasillos de la Torre con una creciente sensación de estar perdida a cada paso. La Torre Blanca era muy grande, cierto, pero aquello duraba varias horas. Ansiaba encontrarse en su acogedor cuarto. A pesar de las vidrieras que aislaban todas las ventanas, había corrientes en los anchos corredores adornados con tapices que hacían titilar las llamas de las lámparas de pie. Corrientes frías, y no resultaba fácil hacer caso omiso de ellas cuando se colaban por debajo de la falda. En sus aposentos estaba caliente, cómoda y segura.

Las doncellas saludaban con reverencias y los criados inclinaban la cabeza a su paso, sin que apenas reparara en ellos. La mayoría de las hermanas se encontraban en los sectores de sus Ajahs, y las pocas que habían salido de ellos caminaban con cauteloso orgullo, a menudo en parejas y siempre del mismo Ajah, con los chales bien extendidos por los brazos, exhibiéndolos como una bandera. Sonrió y saludó con la cabeza a Talene, pero la escultural Asentada de cabello dorado le dirigió una mirada dura que convirtió su belleza en una talla de hielo, y después se alejó ajustándose el chal de flecos verdes.

Demasiado tarde ya para plantear a la Verde tomar parte en la investigación, aun en el caso de que Pevara hubiese estado de acuerdo. Pevara aconsejó ir con precaución, mucha precaución, y, a decir verdad, Seaine estaba más que dispuesta a hacerle caso considerando las circunstancias. Sólo que Talene era una amiga. Había sido una amiga.

La reacción de la Verde no era de las peores. Varias hermanas se habían mostrado desdeñosas con ella, sin disimulo. ¡A una Asentada! Ninguna Blanca, por supuesto, pero ser de otro Ajah no justificaba tal comportamiento. Las normas debían observarse, fuese cual fuese la situación que atravesara la Torre. Juilaine Madome, una mujer alta y atractiva, con el oscuro cabello corto, que había ocupado un asiento en la Antecámara en representación de las Marrones hacía menos de un año, le rozó al pasar a su lado y continuó adelante con aquellas zancadas hombrunas, sin disculparse siquiera. Saerin Asnobar, otra Asentada Marrón, le lanzó una mirada ceñuda y hosca mientras toqueteaba el cuchillo curvo, que siempre llevaba metido debajo del cinturón, antes de desaparecer por un pasillo lateral. Saerin era altaranesa; unos leves toques blancos en las sienes resaltaban una fina y desvaída cicatriz que le cruzaba la tez olivácea, y sólo un Guardián podía igualar su expresión ceñuda.

Quizá todo aquello era de esperar. Se habían producido varios incidentes desafortunados recientemente, y ninguna hermana olvidaría haber sido echada sin contemplaciones de los pasillos adyacentes al sector de otro Ajah, y mucho menos lo que a veces acompañaba a eso. Corría el rumor de que las Rojas habían herido algo más que el orgullo de una Asentada —¡una Asentada!—, aunque no quién era. Lástima que la Antecámara no pudiera obstaculizar el absurdo decreto de Elaida, pero un Ajah detrás de otro se habían lanzado a aprovechar las nuevas prerrogativas, y pocas Asentadas estaban dispuestas a derogarlas ahora que se habían instaurado; el resultado era una Torre dividida casi en campamentos armados. Si anteriormente Seaine había pensado que el ambiente de la Torre era un hervidero de murmuraciones y desconfianza, ahora, además, estaba aderezado con acritud.

Chasqueó la lengua, irritada, y se ajustó el chal de flecos blancos mientras Saerin

desaparecía. Era ilógico dar un respingo porque una altaranesa mirase ceñuda —ni siquiera Saerin llegaría más lejos; seguro que no— y aún más ilógico preocuparse por lo que no estaba en sus manos cuando tenía una tarea que llevar a cabo.

Y entonces, después de toda una mañana de infructuosa búsqueda, dio un paso y vio a la mujer que intentaba localizar caminando hacia ella. Zerah Dacan era una joven delgada, de cabello negro y aire orgulloso, adecuadamente dueña de sí misma y, a juzgar por las apariencias, inmune a las corrientes encrespadas que corrían por la Torre en esos días. Bueno, no era exactamente una joven, pero Seaine estaba convencida de que aún no hacía cincuenta años que llevaba el chal de flecos blancos. Era inexperta. Relativamente. Eso podría ser de ayuda.

Zerah no hizo intención de eludir a una Asentada de su propio Ajah, e inclinó respetuosamente la cabeza cuando Seaine llegó a su altura. Las mangas de su níveo vestido, así como una ancha banda al borde de la falda, llevaban mucho bordado en oro, una ostentación poco corriente entre las hermanas del Ajah Blanco.

—Asentada —saludó. ¿Había en sus azules ojos un atisbo de preocupación?

—Te necesito para algo —dijo Seaine más tranquila de lo que se sentía. Probablemente estaba trasladando sus propios sentimientos a los ojos de Zerah—. Ven conmigo.

No había nada que temer; no en pleno corazón de la Torre Blanca. Pero mantener las manos enlazadas a la altura de la cintura, sin crisparlas, requirió un gran esfuerzo por su parte. Como era de esperar, Zerah la siguió con sólo un murmullo de aquiescencia. Caminó al lado de Seaine con notable gracia mientras bajaban amplias escaleras de mármol y anchas rampas curvadas; sólo frunció ligeramente el entrecejo cuando Seaine abrió una puerta de la planta baja, que daba a una escalera estrecha que descendía en espiral hacia la oscuridad.

—Tú primero, hermana —dijo Seaine mientras encauzaba una pequeña esfera de luz. Según el protocolo, debería haber precedido a la otra mujer, pero se sentía incapaz de hacer tal cosa.

Zerah empezó a bajar sin vacilación. Lógicamente, no tenía nada que temer de una Asentada, una Asentada Blanca. Lógicamente, Seaine le diría lo que quería cuando llegara el momento oportuno, y no sería nada que ella no pudiese hacer. Ilógicamente, Seaine sintió un cosquilleo en el estómago, como si tuviese dentro una enorme polilla revoloteando. Luz, estaba asiendo el *Saidar*, y la otra mujer, no. En cualquier caso, Zerah era más débil que ella. No había nada que temer. Pero eso no sirvió para que cesara el nervioso cosquilleo en su estómago.

Bajaron más y más, cruzaron puertas que llevaban a sótanos y subsótanos, hasta que llegaron al nivel más profundo, debajo incluso del lugar donde las Asentadas pasaban las pruebas. El oscuro corredor sólo estaba alumbrado por la pequeña esfera luminosa de Seaine. Llevaban recogidas las faldas, pero sus escarpines levantaban pequeñas nubes de polvo a pesar del cuidado con que pisaban. Puertas de madera lisas jalonaban las suaves paredes de piedra, muchas de ellas con grandes pegotes de herrumbre en lugar de goznes y cerraduras.

—Asentada, ¿qué nos trae aquí abajo? —preguntó Zerah, mostrando finalmente cierta duda—. No creo que nadie haya venido a este sitio desde hace años.

Seaine estaba segura de que su visita, unos cuantos días antes, había sido la primera a ese nivel durante el último siglo. Ésa era una de las razones por la que Pevara y ella habían elegido el lugar.

—Es aquí —dijo mientras empujaba una puerta, que se abrió rechinando sólo un poco. No se conseguiría quitar toda la herrumbre por mucho aceite que se le echara, y los intentos de utilizar el Poder habían sido infructuosos. Su habilidad con la Tierra era mejor que la de Pevara, pero eso no quería decir que fuera mucha.

Zerah entró y parpadeó con sorpresa. En un cuarto, por lo demás vacío, Pevara estaba sentada detrás de una raída aunque sólida mesa, con tres pequeñas banquetas alrededor. No había resultado fácil bajar esos pocos muebles, sobre todo cuando no podía confiarse en los sirvientes. Quitar el polvo había sido más sencillo, aunque no menos desagradable, y eliminar

Librodot

el polvo del corredor, cosa necesaria después de cada visita, era sencillamente oneroso.

—Estaba a punto de renunciar a seguir sentada en la oscuridad —gruñó Pevara. El brillo del *Saidar* la rodeó mientras alzaba una linterna que había debajo de la mesa y la encendía, proporcionando tanta luz como el antiguo almacén de toscas paredes merecía. En cierto modo regordeta y generalmente bonita, la Asentada Roja semejaba un oso con dolor de muelas—. Queremos hacerte unas preguntas, Zerah.

Acto seguido escudó a la mujer al tiempo que Seaine cerraba la puerta. El semblante de Zerah conservó la calma, pero ella tragó saliva de manera audible.

—¿Sobre qué, Asentadas? —También había un leve temblor en su voz. Sin embargo, podía deberse simplemente al ambiente de la Torre.

—Sobre el Ajah Negro —repuso fríamente Pevara—. Queremos saber si eres una Amiga Siniestra.

La estupefacción y la indignación rompieron la calma de Zerah. La mayoría habría considerado aquello suficiente como negativa, pero la mujer más joven espetó:

—¡No tengo por qué aguantar eso de ti! ¡Vosotras, las Rojas, habéis estado creando falsos Dragones durante años! ¡Si queréis saber mi opinión, no tenéis que salir del sector de las Rojas para encontrar hermanas Negras!

La ira ensombreció el rostro de Pevara. Su lealtad a su Ajah era fuerte, ni que decir tiene, pero lo peor es que su familia había muerto a manos de Amigos Siniestros. Seaine decidió intervenir antes de que Pevara recurriese a la fuerza bruta. No tenían pruebas contra Zerah. Todavía.

—Siéntate, Zerah —dijo con toda la afabilidad posible—. Siéntate, hermana.

Zerah se giró hacia la puerta como si pudiese desobedecer la orden de una Asentada —¡y de su propio Ajah!— pero finalmente tomó asiento en uno de los bancos, muy tiesa, justo al borde.

Antes de que Seaine hubiese acabado de sentarse, dejando a Zerah entre las dos, Pevara soltó la Vara Juratoria de marfil blanco sobre el estropeado tablero de la mesa. Seaine suspiró. Eran Asentadas, con pleno derecho a utilizar el *ter'angreal* que quisieran, pero había sido ella quien lo había escamoteado —no podía evitar pensar en ello como un escamoteo al no haber seguido ninguno de los procedimientos marcados— y todo el tiempo, en el fondo de su mente, había tenido la certeza de que se daría media vuelta y se encontraría con Sereille Bagand, muerta mucho tiempo antes, plantada delante de ella, dispuesta a sacarla del estudio de la Maestra de Novicias cogida por la oreja. Irracional, pero no menos real.

—Queremos asegurarnos de que dices la verdad —manifestó Pevara, que todavía parecía un oso enfurecido—, así que prestarás juramento con esto y después volveré a preguntártelo.

—No debería someterme a esto —replicó Zerah, lanzando una mirada acusadora a Seaine—, pero volveré a prestar todos los Juramentos, si es lo que hace falta para satisfaceros. Y luego exigiré una disculpa a las dos. —No hablaba como una mujer que estaba escudada y a la que se le había hecho semejante pregunta. Casi con desprecio, extendió la mano hacia la fina vara, que brillaba a la débil luz de la linterna.

—Jurarás obedecernos a las dos sin reservas —dijo Pevara, y la mano de la mujer más joven se retiró rápidamente, como si la vara fuese una víbora enroscada. Pevara continuó al tiempo que empujaba el *ter'angreal* hacia ella, con dos dedos—. De ese modo, podemos pedirte que respondas sinceramente y sabremos que así lo harás, y si das la respuesta equivocada, sabemos que obedecerás y nos ayudarás a dar caza a tus hermanas Negras. La Vara puede utilizarse para liberarte del juramento, si das la respuesta correcta.

—*¿Liberarme?* —exclamó Zerah—. No sé de nadie que se haya *desvinculado* de un juramento prestado sobre la Vara Juratoria.

—Ése es el motivo por el que tomamos estas precauciones —intervino Seaine—. Lógicamente, una hermana Negra tiene que poder mentir, lo que significa que debe haberse desvinculado al menos de ese Juramento y probablemente de los otros dos también. Pevara y

Librodot

yo hicimos pruebas y descubrimos que el procedimiento es muy semejante a prestar juramento. —No mencionó lo doloroso que había sido, sin embargo; tanto como para hacerlas llorar a ambas. Tampoco mencionó que a Zerah no se la liberaría del nuevo juramento, fuese cual fuese su respuesta; no hasta que la búsqueda del Ajah Negro llegase a su fin. Para empezar, no podían dejarla que saliera de allí para ir a protestar por el interrogatorio, cosa que sin duda haría, y con toda razón, si no era una Negra. Si no lo era.

¡Luz, cómo deseaba Seaine haber encontrado a una hermana de otro Ajah que encajase con los criterios que habían establecido! Una Verde o una Amarilla habría ido de perillas. Las unas y las otras eran altaneras en el mejor de los casos, ¡y últimamente...! No. No iba a caer presa de la enfermedad que se extendía por toda la Torre. Sin embargo, no podía evitar que ciertos nombres le pasaran por la cabeza, los de una docena de Verdes y el doble de Amarillas, y todas ellas sobrepasando con creces el punto en que se hacía necesario bajarles los humos y ponerlas en su sitio. ¡Mira que demostrar desdén a una Asentada!

—¿Decís que os habéis *liberado* de uno de los Juramentos? —Zerah parecía escandalizada, inquieta y sobresaltada al mismo tiempo. Reacciones perfectamente razonables.

—Y lo prestamos de nuevo —contestó Pevara, impaciente. Asió la fina vara y encauzó un pequeño flujo de Energía hacia uno de los extremos, todo ello manteniendo el escudo de Zerah—. Por la Luz, juro no pronunciar una sola palabra que no sea verdad. Por la Luz, juro no crear armas para que un hombre mate a otro. Por la Luz, juro no utilizar el Poder Único como arma excepto contra los Engendros de la Sombra o como último recurso en defensa de mi vida, la vida de mi Guardián o la de otra hermana. —No torció el gesto en la parte referente al Guardián; las nuevas hermanas destinadas a integrarse en el Ajah Rojo a menudo lo hacían cuando prestaban el juramento—. No soy una Amiga Siniestra. Espero que eso te satisfaga. —Enseñó los dientes a Zerah, pero no quedó muy claro si se trataba de una sonrisa o de una especie de gruñido.

A su vez, Seaine prestó de nuevo los Juramentos, y cada uno de ellos le produjo una leve y momentánea presión en todo su cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta las plantas de los pies. En realidad, apenas si notó la presión, teniendo aún la sensibilidad a flor de piel por haber mentido después de repetir el Juramento de no decir mentiras. Afirmar que Pevara tenía barba o que las calles de Tar Valon estaban pavimentadas con queso había resultado extrañamente regocijador durante un rato —incluso Pevara había reído—, pero ahora no merecía la pena el malestar. Hacer esa prueba no había sido realmente necesario, a su entender. Lógicamente, tenía que ser así. Decir que no era una Negra casi le enredó la lengua —le parecía repugnante verse obligada a negar tal cosa— pero le tendió la Vara Juratoria a Zerah con un firme cabeceo.

Rebullendo en el banco, la esbelta mujer giró la suave vara blanca entre sus dedos y tragó saliva con esfuerzo. La pálida luz de la linterna le daba un color enfermizo a su tez. Las miró alternativamente, con los ojos muy abiertos, y después sus manos se cerraron sobre el *ter'angreal* al tiempo que asentía.

—Exactamente como he dicho —gruñó Pevara al tiempo que volvía a encauzar Energía en la Vara—, o repetirás el juramento hasta que lo hagas correctamente.

—Juro obedeceros a las dos sin reservas —pronunció Zerah con voz tensa, y después se estremeció cuando el juramento ejerció su control. Siempre se notaba más presión con el primero—. Peguntadme sobre el Ajah Negro —exigió; sus manos temblaban sobre la Vara—. ¡Preguntad sobre el Ajah Negro! —La intensidad de la mujer reveló la respuesta a Seaine antes de que Pevara soltara el flujo de Energía e hiciera la pregunta, ordenando absoluta sinceridad—. ¡No! —gritó Zerah—. ¡No soy del Ajah Negro! ¡Y ahora, cancelad este juramento! ¡Libradme de él!

Seaine se hundió con desaliento, apoyando los codos en la mesa. Ciertamente no había querido que Zerah respondiese que sí, pero había tenido la seguridad de que la pillarían en una mentira. Una mentira descubierta, o eso había parecido, tras semanas de investigación.

Librodot

¿Cuántas semanas más de búsqueda tenían por delante? ¿Y de mirar hacia atrás desde que se despertaba hasta que se dormía? Cuando conseguía conciliar el sueño.

Pevara señaló a la mujer más joven con aire acusador.

—Les dijiste a otras que venías del norte.

—Cierto —contestó lentamente Zerah, cuyos ojos se habían abierto mucho otra vez—. Bajé por la orilla del Erinin hasta Jualdhe. ¡Ahora, liberadme de este juramento!

—En la sudadera de tu montura se encontraron ajonjeras y cardos estrellados. Ninguna de esas dos plantas se ven a ciento cincuenta kilómetros al *sur* de Tar Valon.

Zerah se puso de pie bruscamente.

—¡Siéntate! —espetó Pevara.

La mujer se dejó caer en el banco pesadamente, pero ni siquiera se encogió. Estaba temblando. No, tiritaba. Tenía la boca prieta; de otro modo, a Seaine no le cabía duda de que sus dientes habrían castañeteado. Luz, la pregunta sobre el norte o el sur la asustaba más que una acusación de ser Amiga Siniestra.

—¿Desde dónde partiste? —preguntó lentamente—. ¿Y por qué? —Su intención era aclarar por qué había estado dando un rodeo, lo que obviamente había hecho, sólo para ocultar de qué dirección procedía, pero las respuestas salieron a borbotones de la boca de Zerah.

—Desde Salidar —chirrió. No había un término mejor para el sonido de su voz. Todavía asiendo la Vara Juratoria, se retorció en el banco. Las lágrimas desbordaron sus ojos, que estaban desorbitados y clavados en Pevara. Las palabras fluyeron imparables, aunque ahora los dientes le castañeteaban de verdad—. Vi-vine para ase-asegurarme de que todas las hermanas su-supieran lo de las R-Rojas y Logain, y que así dep-depusieran a Elaida y la T-Torre pueda recobrar la unidad. —Con un gemido, empezó a gritar sin parar, con la vista prendida en la Asentada Roja.

—Bien —dijo Pevara. Luego repitió en tono más severo—. ¡Bien! —Su semblante era la viva imagen de la compostura, pero el brillo de sus oscuros ojos distaba mucho del travieso que Seaine recordaba de la época en que una era novicia y la otra Aceptada—. Así que tú eres la fuente de ese... rumor. ¡Vas a presentarte ante la Antecámara y lo confesarás como la mentira que es! ¡Admite que es una mentira, muchacha!

Los ojos de Zerah, ya abiertos de par en par, casi se salieron de las órbitas. La Vara cayó de sus manos y rodó sobre el tablero de la mesa, y la joven Blanca se asió la garganta. Un sonido ahogado salió de su boca abierta. Pevara la miraba estupefacta, pero de repente Seaine comprendió.

—Por la Luz bendita —exclamó—. No tienes que mentir, Zerah. —Las piernas de Zerah se sacudían debajo de la mesa como si la Blanca intentara ponerse de pie y le resultara imposible—. Díselo, Pevara. ¡Cree que es verdad! Le has ordenado decir la verdad y mentir. ¡No me mires así! ¡Ella lo cree! —Los labios de Zerah habían adquirido un tinte azulado. Sus párpados aletearon. Seaine alzó las manos en un gesto tranquilizador—. Pevara, le diste la orden así que, al parecer, debes retirarla, o se asfixiará ante nuestros ojos.

—Es una *rebelde* —masculló la Roja, que dio a esa palabra todo el desprecio que pudo. Pero luego suspiró—. Aún no se le ha sometido a la prueba. No tienes que... mentir, muchacha.

Zerah se desplomó hacia adelante, con la mejilla contra el tablero, inhalando entre sollozos entrecortados.

Seaine sacudió la cabeza, asombrada. No había considerado la posibilidad de juramentos *contradictorios.* ¿Y si el Ajah Negro no se limitaba a anular el Juramento contra la mentira, sino que lo reemplazaba por otro propio? ¿Y si reemplazaban los Tres, por los suyos? Pevara y ella tendrían que ir con mucho cuidado si daban con una hermana Negra, o podrían provocar su muerte antes de saber cuál era el conflicto. ¿Quizás, ante todo, una renuncia a *cualquier* juramento prestado —imposible llevarlo a cabo con más precisión al ignorar qué juraban las hermanas Negras— y a continuación prestar nuevamente los Tres?

Librodot

Luz, el dolor de ser liberada de todos a la vez no distaría mucho de someterla a interrogatorio. Quizá no se diferenciara ni poco ni mucho. Pero, ciertamente, una Amiga Siniestra merecía eso y mucho más. Si es que conseguían encontrar una.

Pevara contemplaba a la mujer jadeante sin el menor atisbo de compasión en su rostro.

—Cuando se la someta a juicio por rebelión, me propongo formar parte del tribunal.

—Después de haberla sometido a la *prueba* —adujo pensativamente Seaine—. Sería una lástima perder la ayuda de una que sabemos que no es Amiga Siniestra. Y, puesto que *es* una rebelde, no debería preocuparnos mucho utilizarla. —Habían tenido varias discusiones, sin llegar a una conclusión en ninguna, con respecto a la segunda razón para mantener operativo el nuevo juramento. A una hermana sujeta por juramento a obedecer se la podía compeler, Seaine rebulló inquieta; aquello se parecía demasiado a la execrable Compulsión, una práctica prohibida, se la podía *inducir* a ayudar en la búsqueda, siempre y cuando no importara obligarla a aceptar el peligro, tanto si quería como si no—. No creo que enviaran sólo a una —continuó—. Zerah, ¿cuántas vinisteis a propagar esa historia?

—Diez —farfulló la mujer contra el tablero de la mesa; entonces se irguió bruscamente y las miró desafiante—. ¡No traicionaré a mis hermanas! ¡No les...! —Enmudeció de golpe y sus labios se fruncieron en un gesto de amargura al caer en la cuenta de que acababa de hacerlo.

—¡Nombres! —bramó Pevara—. ¡Dame sus nombres o te desollaré en este mismo momento!

Los nombres salieron de los labios de Zerah en contra de su voluntad. Obedeciendo la orden, ciertamente, más que por la amenaza. No obstante, ante la expresión severa del rostro de Pevara, Seaine tuvo la certeza de que la Roja no necesitaba mucha provocación para arrancarle la piel a tiras como a una novicia a la que se sorprende robando. Cosa curiosa, ella no sentía la misma animosidad. Repulsa sí, pero ni mucho menos tan fuerte. La mujer era una rebelde que había contribuido a romper la unidad de la Torre Blanca, cuando lo que una hermana debía hacer era aceptar cualquier cosa con tal de mantenerla íntegra. Sin embargo... Muy extraño.

—¿Estás conforme, Pevara? —preguntó cuando acabó la lista. La tozuda mujer sólo respondió con un seco cabeceo—. Muy bien. Zerah, traerás a Bernaile a mis aposentos esta tarde. —Había dos de cada Ajah, excepto del Azul y del Rojo, al parecer, pero mejor sería empezar con la otra Blanca—. Dirás únicamente que quiero hablar con ella de un asunto privado. No le advertirás por ningún medio, ni de palabra, acción u omisión. Después guardarás silencio y dejarás que Pevara y yo hagamos lo que es necesario. Has sido reclutada para una causa mejor que vuestra equivocada rebelión, Zerah. —Pues claro que era equivocada; a pesar de que Elaida estuviese llevando a extremos su poder—. Vas a ayudarnos a dar caza al Ajah Negro.

Zerah, con el rostro afligido, asintió involuntariamente a cada mandato, pero ante la mención de descubrir al Ajah Negro dio un respingo. ¡Luz, tenía que estar totalmente desquiciada por sus experiencias para no haberlo adivinado!

—Y dejarás de propagar esas... historias —añadió severamente Pevara—. A partir de este momento, no mencionarás al Ajah Rojo ni a falsos Dragones asociados. ¿Me has entendido?

El semblante de Zerah adoptó una expresión de hosca obstinación, pero su boca respondió:

—Os he entendido, Asentada. —Parecía a punto de romper a llorar otra vez de pura frustración.

—Entonces, quítate de mi vista —le espetó Pevara, soltando al mismo tiempo el escudo y el *Saidar*—. ¡Y recobra la compostura! ¡Límpiate la cara y arréglate el cabello! —Esto último lo dijo cuando la mujer más joven ya se había vuelto y se alejaba rápidamente de la mesa. Zerah tuvo que retirar las manos del cabello para abrir la puerta. Cuando ésta se cerró tras ella en medio de chirridos, Pevara resopló—. La creo completamente capaz de haberse

Librodot

presentado ante esa tal Bernaile toda desaliñada, con la esperanza de así advertirla.

—Tienes razón —admitió Seaine—. Pero ¿a quién pondremos sobre aviso si vamos por ahí lanzando miradas ceñudas a esas mujeres? En el mejor de los casos, llamaríamos la atención.

—Tal como están las cosas, Seaine, no llamaríamos la atención aunque fuésemos dándoles patadas por todo el recinto de la Torre—. Por su tono, habríase dicho que la idea le resultaba atractiva—. ¡Son *rebeldes*, y me propongo tenerlas atadas tan corto que chillarán si a una de ellas se le ocurre siquiera tener un mal pensamiento!

Siguieron dando vueltas sobre lo mismo. Seaine insistió en que bastaba con tener cuidado al dar las órdenes para no dejar abiertas escapatorias. Pevara hizo hincapié en que estaban dejando que diez rebeldes —¡diez!— se pasearan por la Torre sin recibir el merecido castigo. Seaine dijo que finalmente tendrían su castigo, y Pevara gruñó que finalmente no era lo bastante pronto para ella. Seaine siempre había admirado la fuerza de voluntad de la otra mujer, pero, sinceramente, a veces sólo era pura tozudez.

El débil chirrido de un gozne fue toda la advertencia que Seaine necesitó para poner la Vara en su regazo, ocultándola entre los pliegues de la falda, mientras la puerta se abría de par en par. Pevara y ella abrazaron la Fuente al unísono.

Saerin entró en el cuarto sosegadamente, sosteniendo una linterna, y se apartó a un lado para dejar paso a Talene; a ésta la siguió Yukiri, con otra luz, y Doesine, delgada como un muchacho y alta para ser cairhienina, la cual cerró la puerta con bastante contundencia para después apoyar la espalda en la hoja, como para impedir que alguien saliera. Cuatro Asentadas, representando a todos los otros Ajahs de la Torre. Parecieron pasar por alto el hecho de que Seaine y Pevara asieran el *Saidar.* La Blanca tuvo la repentina sensación de que el cuarto estaba muy abarrotado. Imaginación suya, irracional, pero...

—Qué extraño veros juntas a vosotras dos —comentó Saerin. Su semblante estaría sereno, pero sus dedos acariciaron la empuñadura del cuchillo curvo metido en el cinturón. Había conservado su asiento en la Antecámara durante cuarenta años, más tiempo que ninguna otra hermana, y todas habían aprendido a tener cuidado con su temperamento.

—Lo mismo podríamos decir de vosotras —replicó secamente Pevara. A ella nunca le impresionó el genio de Saerin—. ¿O es que habéis bajado aquí para ayudar a Doesine a intentar recuperar algo que ha perdido? —El repentino sonrojo de la Amarilla acentuó más si cabe la apariencia de muchachito guapo a pesar de su porte elegante, y reveló a Seaine qué Asentada se había aventurado demasiado cerca del sector de las Rojas con resultados lamentables—. Sin embargo, jamás habría pensado que algo así lograra reuniros. Las Verdes a la gresca con las Amarillas, las Marrones con la Grises... ¿O acaso las has traído aquí únicamente para sostener un duelo discreto, Saerin?

Seaine trató desesperadamente de encontrar la razón que había empujado a esas cuatro a bajar a lo más profundo de los cimientos rocosos de Tar Valon. ¿Qué podía vincularlas? Sus Ajahs —todos los Ajahs— estaban realmente como perro y gato. Elaida les había impuesto una penitencia a las cuatro. A ninguna Asentada le hacía gracia cumplir un castigo de Trabajos Domésticos, en especial cuando todo el mundo sabía por qué estaba fregando suelos o restregando ollas, pero algo así difícilmente podía considerarse un vínculo. ¿Qué otra cosa podía ser? Ninguna era de noble cuna. Saerin y Yukiri eran hijas de posaderos, Talene de granjeros, en tanto que el padre de Doesine había sido cuchillero. A Saerin la habían instruido en primer lugar las Hijas del Silencio, siendo la única de ese grupo que había alcanzado el chal. Todo un montón de tonterías absolutamente inútiles. De pronto, se le ocurrió algo que le dejó la boca seca: Saerin a menudo controlaba a duras penas el temperamento; Doesine había huido tres veces siendo novicia, si bien nunca había llegado más lejos de los puentes; Talene con seguridad había sido merecidamente castigada en más ocasiones que cualquier otra novicia en la historia de la Torre; Yukiri era siempre la última Gris en sumarse al consenso de sus hermanas cuando quería hacer las cosas de otra manera. A decir verdad, siempre era la última en sumarse a las decisiones de la Antecámara. A las

cuatro se las consideraba rebeldes en cierto modo, y Elaida las había humillado a todas ellas. ¿Se habrían planteado que habían cometido un error apoyando la destitución de Siuan y el nombramiento de Elaida? ¿Habrían descubierto lo de Zerah y las otras? De ser así, ¿qué se proponían hacer?

Mentalmente, Seaine se preparó para tejer el *Saidar*, aunque sin demasiada esperanza de conseguir escapar. Pevara igualaba en fuerza a Saerin y a Yukiri, pero ella era más débil que cualquiera de las presentes, con excepción de Doesine. Se preparó. Y Talene adelantó un paso e hizo pedazos todas sus deducciones lógicas.

—Yukiri advirtió que vosotras dos andáis a hurtadillas de aquí para allí y queremos saber por qué. —El timbre de su voz, sorprendentemente profundo, denotaba un dejo iracundo a pesar de que su rostro parecía una máscara de hielo—. ¿Acaso las cabezas de vuestros Ajahs os han encomendado alguna tarea secreta? Públicamente, las cabezas de los Ajahs están a la greña más que cualesquiera de las demás, pero al parecer han estado escondiéndose por los rincones para hablar. Sea lo que fuere que estén tramando, la Antecámara tiene derecho a saberlo.

—Oh, ya está bien, Talene. —La voz de Yukiri era siempre aún más sorprendente que la de Talene. La mujer parecía una reina minúscula, con su atuendo de oscura seda plateada y encaje marfileño, pero hablaba como una acomodada granjera. Ella afirmaba que el contraste ayudaba en las negociaciones. Sonrió a Seaine y a Pevara como haría una soberana quizás insegura de hasta qué punto debía mostrarse deferente—. Os vi a las dos husmeando como hurones a la puerta de un gallinero, pero me callé. Podríais ser amigas «íntimas», que yo sepa, un asunto exclusivamente de vuestra incumbencia. Sí, me callé hasta que Talene empezó a alborotar sobre quiénes se escondían en los rincones. Yo misma he visto bastantes corrillos, y sospecho que algunas de esas mujeres podrían ser también cabezas de sus Ajahs, de modo que... A veces seis y seis suman doce, y a veces dan un resultado erróneo. Decídnoslo si lo sabéis, ahora. La Antecámara está en su derecho.

—Y nadie se mueve de aquí hasta que lo digáis —intervino Talene aún más acaloradamente que antes.

Pevara resopló y se cruzó de brazos.

—Si la cabeza de mi Ajah habla conmigo, no veo razón para que os cuente qué me dice. En cualquier caso, lo que Seaine y yo estábamos discutiendo no tiene nada que ver con el Rojo o el Blanco. Id a fisgonear a otro sitio. —Pero no soltó el *Saidar.* Y tampoco Seaine.

—Esto no sirve para un carajo, y así me condene si no lo sabía —rezongó Doesine desde su posición junto a la puerta—. ¿Por qué puñetas me dejé convencer para meterme en...? Igual que lo sabía jodidamente bien todo el mundo, o ya nos habríamos llevado una somanta de palos en presencia de toda la jodida Torre.

A veces también tenía tan mala lengua como un muchacho; un muchacho al que habría que lavarle la boca con jabón. Seaine se habría levantado para marcharse si no hubiese temido que las rodillas no la sostuvieran. Pevara se puso de pie y enarcó una ceja con gesto impaciente hacia las mujeres que se interponían entre ella y la puerta. Saerin toqueteó la empuñadura de su cuchillo y les clavó una mirada entre inquisitiva y perpleja, sin moverse un centímetro.

—Un acertijo —murmuró. De repente se adelantó y con la mano libre hurgó en los pliegues de la falda de Seaine tan súbitamente que ésta dio un respingo.

Seaine intentó mantener oculta la Vara, con el resultado de que Saerin acabó sosteniendo el *ter'angreal* por un extremo, a la altura de la cintura. mientras ella agarraba la otra punta y un puñado de la falda.

—Me encantan los acertijos —dijo Saerin.

Seaine soltó y se arregló el vestido; no creía que pudiera hacer otra cosa. La aparición de la Vara provocó un momentáneo alboroto cuando casi todas se pusieron a hablar a la vez.

—Rayos y centellas —gruñó Doesine—. ¿Estáis aquí abajo ascendiendo al jodido chal a nuevas hermanas?

—Oh, déjalo ya, Saerin —rió Yukiri, interrumpiéndola—. Sea lo que fuere lo que se traen entre manos, es asunto suyo.

—¿Y por qué otra cosa están reuniéndose en secreto, si no es algo relacionado con las cabezas de los Ajahs? —bramó Talene, casi sin dejar que acabara de hablar.

Saerin agitó una mano y, al cabo de unos instantes, consiguió que se callaran. Todas las presentes eran Asentadas, pero ella tenía derecho a hablar primero en la Antecámara, y sus cuarenta años en el puesto también tenían su peso.

—Ésa es la clave del acertijo, creo —manifestó mientras acariciaba la Vara con el pulgar—. ¿Por qué este *ter'angreal*, después de todo? —De repente la envolvió el brillo del *Saidar* y encauzó Energía en la Vara—. Por la Luz, juro no pronunciar una sola palabra que no sea verdad. No soy una Amiga Siniestra.

En el silencio que siguió, hasta el estornudo de un ratón habría sonado fuerte.

—Se trata de eso, ¿no es así? —dijo Saerin mientras soltaba el Poder para, a continuación, tenderle la Vara a Seaine.

Por tercera vez, Seaine repitió el Juramento contra la mentira, y por segunda vez repitió que no pertenecía al Ajah Negro. Pevara hizo otro tanto con gélida dignidad. Y con unos ojos penetrantes como los de un águila.

—Esto es ridículo —argumentó Talene—. No *hay* un Ajah Negro.

Yukiri tomó la Vara de manos de Pevara y encauzó.

—Por la Luz, juro que no pronunciaré una sola palabra que no sea verdad. No pertenezco al Ajah Negro.

El brillo del *Saidar* que la envolvió parpadeó y desapareció; luego le tendió la Vara a Doesine. Talene frunció el entrecejo con desagrado.

—Apártate, Doesine. Yo, desde luego, no pienso aguantar esta sórdida insinuación.

—Por la Luz, juro que no pronunciaré una sola palabra que no sea verdad —entonó Doesine casi reverentemente, mientras el brillo la envolvía como un halo—. No soy del Ajah Negro.

Cuando las cosas estaban serias, su lenguaje era todo lo correcto que cualquier Maestra de Novicias podría desear. Le tendió la Vara a Talene. La mujer rubia retrocedió como haría ante una serpiente venenosa.

—Incluso sugerir algo así es injurioso. ¡Peor que injurioso! —Algo salvaje asomaba en sus ojos. Una idea irracional, quizá, pero eso fue lo que Seaine vio—. Quitaos de en medio y dejadme paso —demandó con toda la autoridad de una Asentada en la voz—. ¡Me marcho!

—Creo que no —dijo sin alterarse Pevara, y Yukiri asintió lentamente, de acuerdo con ella. Saerin no acarició el puño de su cuchillo; lo aferró tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos.

Cabalgando a través del profundo manto de nieve que cubría todo Andor, avanzando a trancas y barrancas por él, Toveine Gazal maldijo el día que nació. Baja y ligeramente regordeta, con una tersa piel cobriza y largo y lustroso cabello, a muchos les había parecido bonita a lo largo de los años, pero nadie la había llamado hermosa. Ahora, desde luego, ninguno lo haría. Sus ojos, que antes fueron francos, ahora traspasaban aquello sobre lo que se posaban. Eso cuando no estaba furiosa. Y ese día lo estaba. Cuando Toveine se sentía furiosa, hasta las serpientes huían.

Otras cuatro Rojas cabalgaban —avanzaban a trancas y barrancas— detrás de ella, y a continuación veinte soldados de la Guardia de la Torre, con chaquetas y capas oscuras. A los hombres no les hacía gracia que sus armaduras viajaran empaquetadas en los animales de carga, y vigilaban el bosque que flanqueaba la calzada como si esperasen un ataque en cualquier momento. ¿Cómo esperaban cruzar quinientos kilómetros de territorio andoreño sin llamar la atención llevando chaquetas y capas con la Llama de Tar Valon destacando llamativamente en la tela? Sin embargo, el viaje casi había llegado a su fin. Al cabo de un día, tal vez dos, con una capa de nieve en las calzadas que les llegaba hasta las rodillas a los

Librodot

caballos, se reuniría con otros nueve grupos iguales al suyo. Por desgracia, no todas las hermanas que había en ellos eran Rojas, pero eso no le preocupaba demasiado. Toveine Gazal, antaño una Asentada de las Rojas, entraría en la historia como la mujer que había destruido la Torre *Negra.*

Estaba segura de que Elaida pensaba que agradecía la oportunidad concedida, haciéndola volver del exilio y el oprobio, para redimirse. Esbozó una mueca burlona, y si un lobo hubiese estado observando bajo la profunda capucha de su capa, seguramente habría aullado despavorido. Lo que había hecho hacía veinte años era necesario, y la Luz abrasara a todas las que murmuraban que el Ajah Negro tenía que haber estado involucrado en ello. Había sido necesario y justo, pero a Toveine Gazal la habían expulsado de su asiento en la Antecámara, la habían hecho aullar pidiendo clemencia bajo la vara, con todas las hermanas reunidas para presenciar el castigo, e incluso las novicias y las Aceptadas habían sido testigos de que también las Asentadas estaban sometidas a la ley, aunque no se les dijo a qué ley. Y después la habían enviado a las Colinas Negras, a trabajar los últimos veinte años a la granja aislada de la señora Jara Espigo, una mujer que no consideraba distinta a una Aes Sedai cumpliendo castigo en exilio de cualquier otro jornalero trabajando bajo el sol o la nieve. Las manos de Toveine se movieron sobre las riendas; podía sentir las callosidades de las palmas. La señora Espigo —ni siquiera ahora podía pensar en esa mujer sin anteponer al nombre el tratamiento que había exigido recibir— creía en el trabajo duro. ¡Y una disciplina tan estricta como la que una novicia debía afrontar! No tenía compasión con quien trataba de eludir el trabajo agotador que ella misma compartía, y aún menos con una mujer que se hubiera escabullido para consolarse con un chico guapo. Ésa había sido la vida que Toveine había llevado las últimas dos décadas. Entretanto, Elaida se había escabullido sin que la pillaran, de rositas, y había maniobrado para llegar a la Sede Amyrlin, algo con lo que Toveine había soñado para sí misma. No, no se sentía agradecida. Pero había aprendido a esperar su oportunidad.

De repente, un hombre alto, de cabello oscuro y largo hasta los hombros, vestido con chaqueta negra, salió del bosque en un caballo a la calzada, levantando rociadas de nieve.

—No tiene sentido presentar resistencia —anunció firmemente a la par que levantaba una mano enguantada—. Rendíos pacíficamente y ninguno de vosotros saldrá herido.

Ni su aspecto ni sus palabras fueron el motivo de que Toveine sofrenara su montura, dejando que las demás hermanas se reunieran con ella.

—Cogedlo —ordenó tranquilamente—. Será mejor que os vinculéis. A mí me ha escudado.

Al parecer, uno de esos Asha'man había salido a su encuentro. Qué amable de su parte. De pronto cayó en la cuenta de que no estaba ocurriendo nada y apartó la vista del tipo para mirar ceñuda a Jenare. El rostro cuadrado de la mujer se había quedado muy pálido.

—Toveine —dijo con voz temblorosa—, también yo estoy escudada.

—Y yo —abundó Lemai, sin dar crédito a lo que pasaba.

Las demás repitieron lo mismo, cada vez con un timbre más frenético. Todas escudadas.

Más hombres de chaquetas negras aparecieron entre los árboles, conduciendo lentamente sus caballos, por todos lados. Toveine dejó de contarlos al llegar a quince. Los soldados de la Guardia mascullaban furiosos, esperando la orden de una hermana. Aún no sabían nada salvo que una banda de delincuentes los había asaltado. Toveine chasqueó la lengua, irritada. Todos esos hombres no podían encauzar, desde luego, pero al parecer hasta el último Asha'man que podía hacerlo había salido a su encuentro. No se asustó. A diferencia de algunas hermanas que la acompañaban, no eran los primeros varones que encauzaban a los que se había enfrentado. El hombre alto empezó a acercarse con su caballo hacia ella, sonriente, por lo visto creyendo que habían obedecido su ridícula pretensión.

—A mi orden —dijo en voz baja—, huiremos en distintas direcciones. En cuanto estéis lo bastante apartadas para que el hombre pierda el control del escudo, regresad y ayudad a los

Librodot

soldados. —Los varones que encauzaban creían que tenían que ver sus tejidos para mantenerlos, lo que significaba que debían verlos—. Preparaos. —Entonces gritó—. ¡Guardias, atacadlos!

Con un rugido, los soldados se lanzaron al ataque blandiendo espadas, sin duda con la idea de rodear a las hermanas para protegerlas. Tirando de las riendas hacia la derecha, Toveine clavó talones y se agachó sobre el cuello de *Gorrión*, pasando entre los estupefactos soldados primero, y luego entre dos jóvenes de chaquetas negras que la miraron boquiabiertos por el asombro. Enseguida se encontró entre los árboles, azuzando su montura para que acelerase más, levantando montones de nieve, sin importarle si el animal se rompía una pata; lo apreciaba, pero ese día habría más muertes que la de un caballo. A su espalda se oían gritos. Y una voz, bramando por encima de la batahola. La del hombre alto.

—¡Cogedlas vivas, por orden del Dragón Renacido! ¡Haced daño a una Aes Sedai y tendréis que responder por ello ante mí!

Por orden del Dragón Renacido. Por primera vez, Toveine sintió el miedo atenazándole las entrañas como unas garras de hielo. El Dragón Renacido. Azotó el cuello de *Gorrión* con las riendas. ¡Todavía la rodeaba el escudo! ¡Indudablemente había suficientes árboles entre los hombres y ella para tapar el radio de visión del condenado individuo! ¡Oh, Luz, el Dragón Renacido!

Soltó un gruñido cuando algo le golpeó el estómago, una rama que no era tal y que la desmontó de la silla. Se quedó colgada allí, viendo a *Gorrión* alejándose al galope, todo lo rápido que le permitía el profundo manto de nieve. Se quedó colgada. En el aire, con los brazos pegados y sujetos contra el cuerpo y los pies a un metro o más del suelo. Tragó saliva, con esfuerzo. Tenía que ser la parte masculina del Poder lo que la sostenía. Nunca había sentido el *Saidin.* Podía percibir una mínima ancha banda ceñida prietamente en su tronco. Le pareció notar la infección del Oscuro. La sacudió un escalofrío y tuvo que realizar un gran esfuerzo para contener los gritos que pugnaban por salir de su garganta.

El hombre alto frenó su caballo delante, y ella descendió flotando hasta quedar sentada de lado, en la parte anterior de su silla. Sin embargo, el hombre no parecía muy interesado en la Aes Sedai que había capturado.

—¡Hardlin! —gritó—. ¡Norley! ¡Kajima! ¡Uno de vosotros, malditos pardillos, que venga aquí ahora mismo!

Era muy alto, con unos hombros tan anchos como el mango de un hacha. Así sería como lo habría dicho la señora Espigo. Debía de rondar la madurez, y era apuesto de una manera inquietante, con sus rasgos duros. En absoluto parecido a los chicos guapos que le gustaban a Toveine, tan fáciles de controlar. Un alfiler de plata, en forma de espada, adornaba el cuello alto de su chaqueta de paño negro, y otro, representando una criatura peculiar, en oro y esmalte rojo, brillaba en el lado contrario. Era un varón que podía encauzar. Y la tenía escudada y prisionera.

El chillido que brotó de su garganta la sobresaltó incluso a ella misma. Lo habría contenido si hubiera podido, pero un segundo siguió a ése, todavía más penetrante, y un tercero aún más agudo, y otro y otro más. Pateando salvajemente, se sacudió de un lado a otro. Esfuerzo inútil, contra el Poder. Lo sabía, pero sólo en un pequeño y remoto rincón de su mente. El resto de su ser sólo podía aullar a voz en cuello, clamando súplicas ininteligibles que la rescataran de la Sombra. Sin dejar de chillar, forcejeó como una bestia enloquecida.

Vagamente, fue consciente de que el caballo cabrioleaba y corcoveaba al sentir las patadas que ella le daba en el hombro. Vagamente, oyó hablar al hombre.

—¡Tranquilo, saco de carbón con orejas! Calmaos, hermana. No voy a... ¡Tranquilo, pedazo de penco con esparaván! ¡Luz! Disculpadme, hermana, pero éste es el modo en que hemos aprendido a hacerlo.

Y entonces la besó. Toveine sólo dispuso de un instante para darse cuenta de que los labios del hombre tocaban los suyos, y luego todo se borró y una oleada cálida la inundó de pies a cabeza. Más que cálida. Se sentía por dentro como miel derretida, miel burbujeando, a

punto de romper a hervir. Era una cuerda de arpa que vibraba más y más deprisa, hasta hacerse invisible, y la vibración seguía aumentando. Era un jarrón de fino cristal, trepidando y a punto de hacerse añicos. La cuerda del arpa se rompió el jarrón saltó en pedazos.

—¡Aaaaaaaaaaaah!

Al principio no se dio cuenta de que aquel sonido salía de su boca. Durante un momento fue incapaz de pensar con coherencia. Jadeando, alzó los ojos hacia el rostro masculino, preguntándose a quién pertenecía. Sí. El hombre alto. El hombre que podía...

—Podría haberme pasado sin ese pequeño detalle adicional —suspiró al tiempo que daba palmaditas en el cuello del caballo; el animal resopló, pero había dejado de brincar—. Sin embargo, supongo que era necesario. No sois precisamente una esposa. Tranquilizaos. No intentéis escapar, no ataquéis a nadie con chaqueta negra y no toquéis la Fuente a menos que os dé permiso. Bien, ¿cómo os llamáis?

¿A menos que le diera permiso? ¡Qué desfachatez!

—Toveine Gazal —respondió, y parpadeó. ¡Vaya! ¿Por qué demonios le había contestado?

—Ah, aquí estás —dijo otro hombre de chaqueta negra que se acercó a ellos a través de la nieve. Éste encajaba mucho más con sus gustos; si no encauzara, se entiende. Dudaba que ese muchacho de mejillas sonrosadas se afeitase más de dos veces por semana—. ¡Luz, Logain! —exclamó el chico guapo—. ¿Has tomado una *segunda*? ¡Al M'Hael no le hará gracia! ¡Creo que no le gusta que ninguno tome una siquiera! Sin embargo, quizá no importe, ya que los dos estáis tan unidos y todo lo demás.

—¿Unidos, Vinchova? —inquirió secamente Logain—. Si fuera por el M'Hael, estaría cosechando nabos con los chicos nuevos. O enterrado en el huerto —añadió en un susurro que Toveine dudaba que él hubiera querido que se oyera.

Fuera lo que fuese que escuchara, el chico guapo se echó a reír con evidente incredulidad. Toveine apenas le prestó atención. Tenía la mirada prendida en el hombre alto. Logain. El falso Dragón. ¡Pero si estaba muerto! ¡Amansado y muerto! Y la sujetaba con una mano, despreocupadamente, en la parte delantera de su silla. ¿Por qué no gritaba ni lo golpeaba? Incluso su cuchillo del cinturón bastaría, a tan corta distancia. Sin embargo, no sentía el menor deseo de llevar la mano a la empuñadura de marfil. Y cayó en la cuenta de que podía hacerlo. La banda que antes le ceñía el tronco había desaparecido. Al menos podría deslizarse del caballo y tratar de... Pero tampoco sentía ningún deseo de intentar eso.

—¿Qué me has hecho? —demandó. Tranquilamente. ¡Por lo menos, se las había arreglado para conservar la calma!

Mientras giraba el caballo para regresar a la calzada, Logain se lo dijo, y Toveine apoyó la cabeza contra el ancho pecho del hombre, sin importarle en absoluto lo grande que era, y rompió a llorar. Elaida se las iba a pagar. ¡Juraba que pagaría por ello! Si Logain la dejaba alguna vez, Elaida lo pagaría con creces. Esta última idea fue especialmente amarga.

Librodot

CAPÍTULO 13

El compromiso

Sentada con las piernas cruzadas en el sillón de respaldo alto y profusamente dorado, Min intentó ensimismarse en el ejemplar encuadernado en cuero de *Razón* y *sinrazón*, de Herid Fel. No era cosa fácil. Oh, el libro en sí resultaba fascinante; la obra de maese Fel la sumergía siempre en mundos del pensamiento que jamás habría imaginado cuando trabajaba en establos. Lamentaba muchísimo la muerte del hombre mayor, tan encantador. Esperaba encontrar una pista en sus libros del motivo por el que había sido asesinado. Los oscuros rizos de la joven se mecieron cuando sacudió la cabeza e intentó concentrarse.

El libro era fascinante, pero el cuarto la agobiaba. La pequeña sala del trono de Rand en el Palacio del Sol estaba cargada de dorado, desde las anchas cornisas hasta los espejos de las paredes, que reemplazaban los que Rand había destrozado; desde las dos hileras de sillones, iguales al ocupado por ella, hasta el estrado y el Trono del Dragón instalado en él. Éste era una monstruosidad, al estilo de Tear según lo imaginaban los artesanos cairhieninos; el asiento descansaba sobre los lomos de dos dragones, otro par formaba los brazos y varios más trepaban por el respaldo, todos con grandes piedras del sol como ojos; todos reluciendo con el pan de oro y el esmalte rojo.

El enorme y dorado Sol Naciente de rayos ondulados, embutido en el suelo de piedra pulida, incrementaba la sensación de pesadez. Al menos, las lumbres encendidas en las dos grandes chimeneas, lo bastante altas para meterse en ellas sin agacharse, proporcionaban un agradable calor, sobre todo habida cuenta de la nieve que caía copiosamente en el exterior. Además, eran los aposentos de Rand; el bienestar de este hecho superaba por sí solo la sensación de agobio, por abrumadora que fuese. Una idea irritante. Muy irritante. ¡Estar enamorada de un hombre parecía consistir sobre todo en admitir ante una misma un montón de cosas irritantes!

Rebullendo en un vano intento de sentirse cómoda en el duro sillón, procuró leer, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia las altas puertas, ambas adornadas de arriba abajo con dorados Soles Nacientes. Esperaba ver entrar a Rand; temía ver a Sorilea o a Cadsuane. En un gesto inconsciente se ajustó la chaqueta de color azul pálido, toqueteando las minúsculas florecillas blancas bordadas en las solapas. También en las mangas se había bordado el mismo motivo, y los pantalones eran tan ajustados que tenía que embutírselos. No había mucha diferencia con los atuendos que había usado siempre. No realmente. Hasta entonces había evitado ponerse vestidos, por abundantes que fueran los bordados de sus ropas, pero mucho se temía que, si hubiera dependido de Sorilea, la Sabia la habría metido en un vestido, aunque para ello hubiese tenido que quitarle con sus propias manos lo que llevaba puesto.

Esa mujer lo sabía todo sobre Rand y ella. *Todo.* Sintió enrojecer sus mejillas. Sorilea parecía estar intentando decidir si Min Farshaw era una... amante adecuada para Rand al'Thor. Esa palabra la hacía sentirse tontamente mareada; ¡ella no era una cabeza de chorlito! Esa palabra la hacía desear mirar hacia atrás, con culpabilidad, buscando a las tías que la habían criado. «No —pensó mordazmente—, no eres una cabeza de chorlito. ¡Un chorlito tiene juicio, comparado contigo!»

O quizá Sorilea quería saber si Rand era adecuado para ella; a veces daba esa impresión. Las Sabias la aceptaban como una de ellas, o casi, pero en las últimas semanas

Sorilea la había exprimido como un rodillo de la lavandería. La Sabia de cabello blanco y tez curtida como cuero viejo quería saber hasta el mínimo detalle de ella, y de Rand. ¡Darles la vuelta a los bolsillos para sacar hasta la más pequeña pelusilla que hubiese en ellos! En dos ocasiones Min había intentado eludir el incesante interrogatorio, ¡y en ambas ocasiones Sorilea había echado mano a una vara! Esa terrible anciana se limitó a empujarla sobre un lado de la mesa más cercana, y después le había dicho que quizás *eso* le refrescaría la memoria y se acordaría de otro pequeño detalle. ¡Ninguna de las otras Sabias pronunció una sola palabra de conmiseración! ¡Luz, las cosas que una tenía que aguantar por un hombre! ¡Y ni siquiera podía tenerlo para ella sola!

Cadsuane era absolutamente otro cantar. A la enormemente circunspecta Aes Sedai, de cabello tan entrecano como blanco era el de Sorilea, no parecía importarle un pimiento Min ni Rand, pero se pasaba casi todo el día en el Palacio del Sol, de manera que evitarla por completo era del todo imposible; al parecer, se movía por el palacio como si fuese su casa, yendo allí donde le apetecía. Y cuando Cadsuane la miraba, aunque lo hiciera brevemente, Min no podía evitar verla como una mujer capaz de enseñar a bailar a los toros y a cantar a los osos. Siempre esperaba que la mujer la señalara mientras manifestaba que era el momento de que Min Farshaw aprendiera a sostener una pelota en equilibrio sobre la punta de la nariz. Antes o después, Rand tenía que encontrarse con Cadsuane de nuevo, y la mera idea le producía un nudo en el estómago.

Se obligó a poner atención en el libro. Una de las puertas se abrió y Rand entró con el Cetro del Dragón apoyado en el doblez del brazo. Llevaba una corona dorada, un ancho aro de hojas de laurel —debía de ser la Corona de Espadas de la que todo el mundo hablaba—, calzas que hacían lucir al máximo sus piernas, y una chaqueta de seda verde, bordada en oro, que le sentaba estupendamente. Estaba guapísimo.

Marcó la hoja con la nota que maese Fel había escrito diciendo que era «demasiado bonita», cerró tranquilamente el libro y lo soltó con igual tranquilidad en el suelo, a un lado del sillón. Luego se cruzó de brazos y esperó. Si se hubiese encontrado de pie, habría dado golpecitos impacientes en el suelo, pero no estaba dispuesta a que el hombre pensara que se levantaba de un brinco porque *finalmente* se dignaba aparecer.

Él se quedó un momento parado, sonriendo y dándose tironcillos del lóbulo de la oreja por alguna razón —¡parecía estar canturreando entre dientes!— y después se giró bruscamente para mirar ceñudo hacia las puertas.

—Las Doncellas que montan guardia fuera no me dijeron que estabas aquí. En realidad, apenas pronunciaron palabra. Luz, parecían a punto de velarse el rostro cuando me vieron.

—Quizá se sienten molestas —contestó con calma—. Quizá se preguntaban dónde te habías metido. Igual que yo. Quizá *se preguntaban* si estarías herido, o enfermo o congelado. —«Igual que yo», pensó amargamente. ¡Y encima parecía desconcertado!

—Te escribí —contestó despacio, y ella resopló.

—¡Dos veces! Dos notas despachadas por Asha'man, Rand al'Thor. ¡Si a eso llamas escribir!

Él se tambaleó como si lo hubiese abofeteado —no, como si le hubiese atizado una patada en la tripa— y parpadeó. Min se controló y se recostó en el respaldo del sillón. Si una se mostraba comprensiva con un hombre en el momento equivocado nunca recuperaba el terreno perdido. Una parte de su ser deseaba arrojarse en sus brazos, consolarlo, compartir sus penas, aliviar sus angustias. Tenía muchas, pero rehusaba admitir una sola. Pero ella no iba a saltar del sillón y correr hacia él, ni a inquirir anhelante qué iba mal o... Luz, tenía que encontrarse bien.

Algo la tomó suavemente por las axilas y la levantó del sillón. Colgando en el aire, flotó hacia él. El Cetro del Dragón se apartó flotando de Rand. Vaya, de modo que creía que con una sonrisa se arreglaba todo, ¿verdad? ¿Pensaba que con eso la haría cambiar de humor? Abrió la boca para decirle lo que opinaba. Sin andarse con contemplaciones. Rodeándola con los brazos, la besó.

Cuando la joven pudo respirar de nuevo, alzó los ojos hacia él.

—La primera vez... —Tragó saliva para aclararse la voz—. La primera vez, Jahar Narishma entró, intentando traspasar con la mirada el cráneo de todo el mundo, del modo que él sabe hacer, y desapareció después de entregarme un trozo de papel. Veamos. Decía: «He reclamado la corona de Illian. No confíes en nadie hasta que regrese. Rand». No puede decirse que fuera una carta de amor, exactamente.

Él volvió a besarla.

En esta ocasión, recobrar el aliento le costó un poco más de tiempo. Aquello no estaba saliendo como había esperado, ni mucho menos. Por otro lado, tampoco iba demasiado mal.

—La segunda vez, Jonan Adley me entregó un trocito de papel que decía: «Regresaré cuando termine aquí. No confíes en nadie. Rand». Por cierto, Adley entró en mi baño —añadió—, y no sintió ningún apuro en echar una buena ojeada.

Rand siempre fingía que no se sentía celoso —como si hubiese un solo hombre en el mundo que no lo fuera—, pero ella se había fijado en las miradas ceñudas que lanzaba a los que la miraban. Y también que su ya considerable ardor era aún más intenso después. Se preguntó cómo sería el siguiente beso. Tal vez debería sugerirle que se retiraran al dormitorio. Ni hablar; no pensaba ser tan descarada, por mucho que...

Rand la soltó en el suelo; su semblante se había tornado sombrío de repente.

—Adley ha muerto —anunció.

De pronto la corona salió disparada de su cabeza y cruzó toda la sala, como si la hubiesen lanzado por el aire. Justo cuando Min creía que iba a estrellarse contra el respaldo del Trono del Dragón, quizás a atravesar el mueble, el ancho aro de oro se frenó de golpe y se posó suavemente sobre el asiento.

La joven se quedó sin aliento cuando miró a Rand. La sangre brillaba en los mechones rojizos, encima de la oreja izquierda. Sacó un pañuelo de puntillas de la manga y alzó la mano hacia su sien, pero él le agarró la muñeca.

—Lo maté —musitó.

Su voz sonó de un modo que le produjo un escalofrío. Tan quedo. Como la quietud de la tumba. Tal vez lo de ir al dormitorio era una estupenda idea. Por atrevida que fuera. Obligándose a sonreír —y enrojeciendo al darse cuenta de la facilidad con que había esbozado la sonrisa al pensar en la enorme cama— agarró la pechera de la camisa, dispuesta a arrancarle camisa y chaqueta en ese mismo momento.

Alguien llamó a la puerta.

Las manos de Min se retiraron prestamente de la camisa de Rand. Y también ella se apartó de un salto. Se preguntó, irritada, quién sería. Las Doncellas entraban para anunciar las visitas cuando Rand estaba allí o simplemente las hacían pasar.

—Adelante —contestó él en voz alta al tiempo que le dirigía una sonrisa apesadumbrada. Lo cual la hizo enrojecer de nuevo.

Dobraine asomó la cabeza por la puerta antes de entrar y la cerró tras de sí al ver que estaban de pie, juntos. El noble cairhienino era un hombre pequeño, poco más alto que ella, con la parte delantera de la cabeza afeitada y el resto del cabello, gris en su mayor parte, cayéndole sobre los hombros. Franjas azules y blancas decoraban la pechera de su chaqueta negra hasta más abajo de la cintura. Incluso antes de ganarse el favor de Rand, había sido una figura poderosa en el país. Ahora lo gobernaba; al menos hasta que Elayne pudiese reclamar el trono.

—Milord Dragón —saludó, haciendo una reverencia—. Milady *Ta'veren.*

—Es una broma —murmuró Min cuando Rand la miró enarcando una ceja.

—Quizá —dijo Dobraine al tiempo que se encogía levemente de hombros—. Sin embargo, la mitad de las nobles de la ciudad llevan ahora colores vivos, a imitación de lady Min. Y calzas que les marcan las piernas, y muchas con chaquetas que ni siquiera les cubren las... —Tosió discretamente al reparar en que la chaqueta de Min tampoco le tapaba del todo las caderas.

A la joven se le pasó por la cabeza decirle que él tenía unas piernas muy bonitas, aunque en realidad eran huesudas, pero después cambió de idea. Los celos de Rand podían arder en una llama maravillosa cuando se encontraban solos, pero no quería que arremetiera contra Dobraine. Y mucho temía que era muy capaz de hacerlo. Además, sería realmente una equivocación. Lord Dobraine Taborwin no era la clase de hombre al que se podía gastar una broma grosera ni por asomo.

—Tú también estás cambiando el mundo, Min. —Sonriente, Rand le dio un golpecito en la punta de la nariz. ¡Habríase visto! ¡Como si fuese una niña que le hiciera gracia! ¡Encima ella le sonrió, como una idiota!—. Y de una manera mejor que la mía, al parecer —continuó. Aquella breve sonrisa de niño se desvaneció como niebla.

—¿Todo va bien en Tear e Illian, milord Dragón? —inquirió Dobraine.

—En Tear e Illian va todo bien —contestó sombríamente Rand—. ¿Qué tenéis para mí, Dobraine? Sentaos, hombre, sentaos. —Señaló uno de los sillones colocados en hilera y tomó asiento a su vez en otro.

—He obrado conforme a todas vuestras misivas —empezó Dobraine, sentándose enfrente de Rand—, pero me temo que hay mucho de lo que informaros.

—Prepararé algo de beber —se ofreció Min con voz tensa. ¿Misivas? No resultaba fácil caminar indignada con las botas de tacón alto; se había acostumbrado, pero esas malditas cosas la hacían balancearse caminara como caminara. No era fácil, pero la rabia hacía posible casi todo. Se dirigió, pisando fuerte, hacia la pequeña mesa dorada, situada debajo de uno de los enormes espejos de pared, en la que había una jarra de plata y copas. Se puso a servir ponche, con tanta furia que el líquido salpicó fuera. Los sirvientes siempre dejaban copas de más, por si había visitas, aunque rara vez las había, con excepción de Sorilea o alguna estúpida noble. El vino apenas estaba caliente, pero era más que suficiente para lo que se merecía ese par. ¡De modo que ella había recibido dos notas, pero apostaba que Dobraine había recibido diez cartas por lo menos! ¡O veinte! Mientras manipulaba jarra y copas dándoles golpes, prestó atención a lo que hablaban. ¿Qué se habían traído entre manos a su espalda, con sus docenas de cartas?

—Al parecer, Toram Riatin ha desaparecido —decía Dobraine—, aunque según los rumores, al menos, sigue vivo. ¡Qué se le va a hacer! También se rumorea que Daved Hanlon y Jeraal Mordeth, o Padan Fain como vos lo llamáis, lo han abandonado. Por cierto, he instalado a la hermana de Toram, lady Ailil, en unos espléndidos aposentos, atendida por sirvientes que son... de confianza. —Por su tono, resultaba obvio que eran de su confianza. La noble no podría ni cambiarse de vestido sin que él lo supiera—. Entiendo que se la haya traído aquí, así como a lord Bertome y a los demás, pero ¿por qué a lord Weiramon o a la Gran Señora Anaiyella? Naturalmente, huelga decir que también la servidumbre que los atiende es de confianza.

—¿Cómo sabe uno cuando una mujer quiere matarte? —caviló Rand.

—¿Cuando ella sabe el nombre de uno? —Dobraine no hablaba como si bromease.

Rand ladeó pensativamente la cabeza y luego asintió. ¡Asintió! Min esperaba que no siguiese oyendo voces. Rand gesticuló como descartando a las mujeres que querían matarlo. Una actitud peligrosa, estando ella cerca. No quería matarlo, naturalmente, ¡pero no le importaría ver a Sorilea ir hacia él con aquella vara! Las calzas no ofrecían mucha protección.

—Weiramon es un necio que comete demasiados errores —contestó Rand, y Dobraine asintió seriamente, de acuerdo con él—. Y mi error fue haber pensado que podía utilizarlo. En cualquier caso, parece contentarse con estar cerca del Dragón Renacido. ¿Qué más hay?

Min le tendió una copa, y él le sonrió a despecho de que el ponche le resbaló por la muñeca. A lo mejor pensaba que había sido por accidente.

—Poco más y, a la vez, demasiado —empezó Dobraine, y luego se echó prestamente hacia atrás en el sillón para evitar salpicaduras de vino mientras Min le tendía otra copa con brusquedad. A la joven no le había gustado el breve período que trabajó como camarera—.

Librodot

Muchas gracias, milady Min —murmuró cortésmente, pero la miró con recelo mientras cogía la copa. Min regresó tranquilamente hacia la mesita para coger la suya. Tranquilamente.

»Me temo que lady Caraline y el Gran Señor Darlin se encuentran en el palacio de lady Arilyn, aquí, en la ciudad —prosiguió el noble cairhienino—, bajo la protección de Cadsuane Sedai. Quizá «protección» no sea el término correcto. Se me ha negado permiso para entrar a verlos, pero he oído que han intentado abandonar la ciudad y que se los ha traído de vuelta como a sacos. De hecho, uno de los rumores afirma que los trajeron dentro de sacos. Conociendo a Cadsuane, casi lo daría por cierto.

—Cadsuane —murmuró Rand, y Min sintió frío. Su tono no sonaba asustado, precisamente, pero aun así Rand parecía inseguro—. ¿Qué crees que debería hacer con Caraline y Darlin, Min?

La joven, que se había sentado dejando un sillón vacío entre los dos, dio un respingo al incluirla tan de improviso en la conversación. De mala gana, contempló fijamente el vino que había salpicado su mejor blusa de seda, de color crema, y también las calzas.

—Caraline apoyará a Elayne en su pretensión de ocupar el Trono del Sol —contestó con desánimo. Para ser ponche la sensación contra su piel era fría, y dudaba que la mancha saliera de la blusa—. No es una visión, pero la creo.

No miró hacia Dobraine, aunque el noble asintió sabiamente. Ahora ya todo el mundo estaba enterado de lo de sus visiones. El único resultado había sido un chorreo continuo de damas nobles que deseaban conocer su futuro, y también las reacciones malhumoradas cuando contestaba que no podía decírselo. A la mayoría no le habría hecho gracia lo poco que había visto; nada funesto, pero en absoluto las halagüeñas perspectivas pronosticadas por las adivinas en las ferias.

—En cuanto a Darlin —siguió—, aparte del hecho de que se casará con Caraline, después de que lo haya retorcido y tendido en la cuerda para secarse, lo único que puedo añadir es que algún día será rey. Vi la corona en su cabeza, algo con una espada en el centro de la frente, pero ignoro a qué país pertenece. Oh, sí. Y que morirá en el lecho, y ella lo sobrevivirá.

Dobraine se atragantó con el ponche; tosió y se enjugó los labios con un sencillo pañuelo de lino. La mayoría de los que estaban enterados de su don no creían en él. Muy satisfecha consigo misma, Min apuró el poco ponche que quedaba en su copa, y entonces le tocó a ella atragantarse y toser mientras sacaba el pañuelo de la manga para limpiarse la boca. ¡Luz, mira que tragarse los posos!

Rand se limitó a asentir, sin apartar la vista de su copa.

—Así que vivirán para darme problemas —murmuró. Fue un sonido muy suave para unas palabras tan duras. Oh, sí, su pastor era duro como el acero—. ¿Y qué hago con respecto a...?

Se calló de golpe y se giró hacia las puertas. Una de las hojas se abría. Tenía un oído finísimo. Min no había oído nada.

Ninguna de las dos Aes Sedai que entraron era Cadsuane, y Min sintió que sus hombros perdían tensión. Mientras Rafela cerraba la puerta, Merana hizo una profunda reverencia a Rand, aunque los ojos color avellana de la hermana Gris abarcaron a Min y a Dobraine, tomando nota. Un momento después, la carirredonda Rafela extendía la falda de color azul profundo y se inclinaba también. Ninguna se incorporó hasta que Rand hizo un gesto. Se deslizaron hacia él haciendo gala de una fría serenidad, aunque la regordeta Azul toqueteó fugazmente su chal como para recordarse que estaba allí. Min ya había visto ese gesto con anterioridad, en otras hermanas que habían jurado fidelidad a Rand. No debía de resultar fácil para ellas esa situación. Sólo la Torre Blanca mandaba en las Aes Sedai, pero Rand movía un dedo y ellas acudían, apuntaba, y se marchaban. Las Aes Sedai hablaban a reyes y reinas como a iguales, quizá ligeramente como sus superiores, pero las Sabias las llamaban aprendizas y esperaban que obedecieran con el doble de prontitud de la que pedía el propio Rand. Nada de eso se traslucía en el sosegado semblante de Merana.

—Milord Dragón —saludó respetuosamente—. Acabamos de enterarnos de vuestro regreso y pensamos que quizás estuvieseis impaciente por saber cómo fueron las cosas con las Atha'an Miere. —Se limitó a mirar de soslayo a Dobraine, pero el noble se puso de pie inmediatamente. Los cairhieninos estaban acostumbrados a que la gente quisiera hablar en privado.

—Dobraine puede quedarse —manifestó secamente Rand.

¿Se había notado en él cierta vacilación? No se levantó; sus ojos semejaban dos pedazos de hielo. Estaba siendo el Dragón Renacido, sin la menor concesión. Min le había dicho que esas mujeres eran suyas de verdad, que las cinco que lo habían acompañado al barco de los Marinos eran suyas, absolutamente leales a su juramento y, en consecuencia, obedientes a su voluntad; aun así parecía resultarle difícil confiar en ninguna Aes Sedai. La joven lo entendía, pero Rand iba a tener que aprender a hacerlo.

—Como queráis —contestó Merana con una ligera inclinación de cabeza—. Rafela y yo hemos llegado a un compromiso con los Marinos. El Compromiso, lo llaman ellos. —La diferencia resultaba obvia al oído. A pesar de que sus manos reposaban relajadamente sobre la falda verde con cuchilladas grises, la mujer respiró hondo. Lo necesitaba—. Harine din Togara Dos Vientos, Señora de las Olas del clan Shodein, hablando en nombre de Nesta din Reas Dos Lunas, Señora de los Barcos de los Atha'an Miere, ha prometido proporcionar tantos barcos como el Dragón Renacido necesite, para navegar cuando y donde lo necesite, con cualesquiera propósitos que requiera. —Merana parecía mostrarse un tanto pomposa al no haber Sabias presentes; éstas no permitían tal cosa—. A cambio, Rafela y yo, hablando en vuestro nombre, prometimos que el Dragón Renacido no cambiará ninguna ley de los Atha'an Miere, como ha hecho con los... —Vaciló un momento—. Disculpadme. Estoy acostumbrada a comunicar los acuerdos exactamente como se han hecho. La locución que utilizaron fue «confinados en tierra», pero se referían a lo que habéis hecho en Tear y Cairhien. —Un interrogante apareció en sus ojos y desapareció al momento. Quizá se preguntaba si habría hecho lo mismo en Illian. Había expresado su alivio porque no hubiese realizado cambios en su Andor natal.

—Supongo que puedo aguantar eso —murmuró Rand.

—En segundo lugar —tomó la palabra Rafela, que enlazó las regordetas manos a la altura de la cintura—, tenéis que ceder tierras a los Atha'an Miere, un área de un kilómetro y medio de lado, en todas las ciudades con aguas navegables que están bajo vuestro control ahora o que controléis en el futuro. —Hablaba con menos pomposidad que su compañera, pero sólo un poco. Tampoco parecía muy complacida con lo que estaba diciendo. Era teariana, después de todo, y pocos puertos tenían un control tan férreo sobre su comercio como Tear—. Dentro de esa área, las leyes de los Atha'an Miere prevalecerán por encima de cualesquiera otras. Este acuerdo ha de ser ratificado por los dirigentes de dichos puertos a fin de que... —Ahora le tocó a ella vacilar, y sus mejillas atezadas adquirieron un leve tinte ceniciento.

—¿De que el acuerdo me sobreviva? —dijo secamente Rand, que a continuación soltó una risotada—. Eso también puedo sobrellevarlo.

—¿Todas las ciudades portuarias? —exclamó Dobraine—. ¿Se refieren también a ésta? —Se puso de pie bruscamente y empezó a pasear, tan agitado que derramó aún más ponche que Min, aunque no pareció darse cuenta—. ¿Un kilómetro y medio cuadrado? ¿Y bajo sólo la Luz sabe qué leyes? He viajado en un barco de los Marinos, ¡y sólo puedo decir que resultó muy peculiar! ¡Sin incluir en ello las piernas desnudas! ¿Y qué pasa con los derechos arancelarios, las tasas de atraque y...? —De pronto se volvió hacia Rand; miró ceñudo a las Aes Sedai, que no le hicieron el menor caso, pero fue a Rand a quien se dirigió, y en un tono que rayaba la aspereza—. Arruinarán Cairhien en un año, milord Dragón. Arruinarán cualquier ciudad portuaria en la que les permitáis hacer eso.

Min asintió en silencio, pero Rand se limitó a agitar una mano y volvió a reír.

—Puede que lo crean así, pero yo no soy un pardillo en negociaciones, Dobraine. No

han especificado quién elige el trozo de tierra, de modo que no tiene por qué ser al borde del agua, en absoluto. Os tendrán que comprar sus provisiones y aceptar vuestras leyes cuando se marchen, así que no pueden mostrarse demasiado arrogantes. En el peor de los casos, podréis cobrar vuestros impuestos cuando las mercancías salgan de su... refugio. En cuanto a lo demás... Si yo puedo aguantarme con ello, vosotros también podéis. —Ahora no había regocijo en su voz, y Dobraine inclinó la cabeza. Rand se dirigió entonces a las Aes Sedai—. «En segundo lugar» implica que hay más.

Merana y Rafela intercambiaron una mirada mientras toqueteaban inconscientemente las faldas y los chales. La que habló fue Merana, y sin el menor asomo de pomposidad en su voz. De hecho, sonó ligera en exceso:

—En tercer lugar, el Dragón Renacido accede a mantener una embajadora, elegida por las Atha'an Miere, a su lado en todo momento. Harine din Togara se ha nombrado a sí misma para el puesto. Irá acompañada por su Detectora de Vientos, su Maestro de Espadas y una escolta.

—¿Qué? —bramó Rand al tiempo que se incorporaba de un salto.

—Y en cuarto lugar —se apresuró a intervenir Rafela, continuando como si temiera que él la cortara—, el Dragón Renacido accede a acudir prontamente al emplazamiento de la Señora de los Barcos, pero no más de dos veces en tres años consecutivos. —Finalizó jadeando un poco, tratando de que lo último sonase como agotamiento.

El Cetro del Dragón se alzó del suelo, detrás de Rand, y éste lo asió en el aire sin mirar. Sus ojos ya no eran pedazos de hielo, sino fuego azul.

—¿Una embajadora de los Marinos pegada a mis talones? —gritó—. ¿Que obedezca a emplazamientos? —Sacudió el fragmento de lanza en su dirección, y los borlones verdes y blancos se mecieron en el aire—. ¡Ahí fuera hay gentes que quieren conquistarnos a todos, y cabe la posibilidad de que lo consigan! ¡Los Renegados andan sueltos por el mundo! ¡El Oscuro está al acecho! ¿Por qué no accedisteis también a que les calafatee las quillas de sus barcos, ya puestas?

Normalmente, Min intentaba aplacar sus estallidos de ira, pero en esta ocasión se sentó echada hacia adelante y lanzó una mirada furibunda a las Aes Sedai. Estaba completamente de acuerdo con él. ¡Habían regalado el establo para vender un caballo!

Rafela se sacudió por la embestida, pero Merana se irguió; sus propios ojos hicieron una buena imitación de fuego marrón moteado en oro.

—¿Nos censuráis a nosotras? —espetó en un tono tan gélido como abrasadores eran sus ojos. Era la Aes Sedai tal como una Min niña las había visto: más regias que una reina, poderosas por encima de cualquier poder—. Estabais presente al inicio de la negociación, un *ta'veren*, y las ahormasteis a vuestro antojo. ¡Podríais haberlas tenido a todas de hinojos ante vos! ¡Pero os marchasteis! No les hizo gracia saber que habían bailado al son de un *ta'veren.* En alguna parte han aprendido a tejer escudos, y antes de que hubieseis abandonado el barco, Rafela y yo fuimos escudadas. Para que no sacásemos ventajas con el Poder, adujeron. En más de una ocasión, Harine nos amenazó con colgarnos por los dedos de los pies en las vergas hasta que entrásemos en razón, y, al menos en lo que a mí respecta, ¡la creí muy capaz de hacerlo! Consideraos afortunado de que podáis contar con los barcos que queréis, Rand al'Thor. ¡Si hubiera sido por Harine, sólo os habría cedido un puñado! ¡Daos por satisfecho de que no quisiera vuestras botas nuevas y también ese horrendo trono vuestro! Oh, y por cierto, os reconoció formalmente como el Coramoor, ¡así os dé un dolor de barriga por ello!

Min la miró de hito en hito. Rand y Dobraine la miraron de hito en hito, el cairhienino boquiabierto. Rafela la miró de hito en hito, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonido alguno. A decir verdad, el fuego se extinguió en los ojos de Merana, que empezó a abrirlos más y más al darse cuenta de lo que había dicho.

El Cetro del Dragón temblaba en la mano crispada de Rand. Min lo había visto enfurecerse, a punto de estallar, por mucho menos. Rezó para encontrar un modo de contener el estallido, pero no se le ocurrió nada.

—Al parecer —dijo Rand finalmente—, las palabras que un *ta'veren* hace soltar a la gente no son siempre las que desea escuchar. —Daba la impresión de estar... tranquilo; Min no quería pensar en la palabra «cuerdo»—. Lo habéis hecho bien, Merana. Os pasé un asunto espinoso, pero Rafela y tú os habéis esforzado para que saliese bien.

Las dos Aes Sedai se tambalearon ligeramente y por un instante Min creyó que iban a desplomarse de puro alivio.

—Al menos conseguimos ocultar los detalles a Cadsuane —dijo Rafela a la par que se alisaba la falda de manera vacilante—. Era imposible guardar en secreto completamente que habíamos hecho *algún* tipo de acuerdo, pero al menos hemos logrado que no se enterara del contenido.

—Sí —abundó Merana, falta de aliento—. Incluso nos abordó cuando veníamos hacia aquí. Es difícil ocultarle nada, pero lo hicimos. Pensamos que no querríais que ella... —Dejó la frase en el aire ante la expresión pétrea de Rand.

—Otra vez Cadsuane —dijo él con voz monótona. Contempló ceñudo el fragmento de lanza que sostenía en la mano y luego lo arrojó sobre un sillón, como si no se fiara de lo que podría hacer con él—. Se encuentra en el Palacio del Sol, ¿verdad? Min, diles a las Doncellas que hay en la puerta que lleven un mensaje a Cadsuane. Que se presente de inmediato ante el Dragón Renacido.

—Rand, no creo que... —empezó, inquieta, Min, pero él la interrumpió. No con dureza, pero sí firmemente.

—Hazlo, Min, por favor. Esa mujer es como un lobo observando el aprisco. Me propongo descubrir qué es lo que quiere.

Min se levantó con lentitud y caminó hacia la puerta como si le costase trabajo andar. No era la única que pensaba que era una mala idea. O, al menos, que quisiera hallarse en cualquier otro sitio cuando el Dragón Renacido y Cadsuane Melaidhrin se encontraran cara a cara. Dobraine se le adelantó en el camino hacia la puerta, haciendo una precipitada reverencia sin apenas una pausa, e incluso Merana y Rafela abandonaron la sala antes que ella, si bien lo hicieron de manera que no pareciera que se apresuraban; al menos, dentro de la sala, porque cuando Min asomó la cabeza al pasillo, las dos hermanas habían alcanzado a Dobraine y se alejaban casi al trote.

Curiosamente, el número de Doncellas —media docena— que montaban guardia fuera cuando Min entró un rato antes, había aumentado al punto de cubrir el corredor en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista; filas de mujeres altas, de rostros duros, con los *cadin'sor* pardos, los *shoufa* enrollados en la cabeza y los velos negros colgando por una punta. Muchas portaban las lanzas y las adargas, como si esperaran una batalla. Algunas se entretenían con el juego de dedos «cuchillo, papel, piedra», y las demás las observaban atentamente.

No tan atentamente como para no verla, sin embargo. Cuando transmitió el mensaje de Rand, el lenguaje de manos corrió por las filas y después dos larguiruchas Doncellas se marcharon trotando. Las otras volvieron a enfrascarse en el juego enseguida, ya fuera participando u observando.

Min regresó a la sala, rascándose la cabeza con desconcierto. A menudo las Doncellas la ponían nerviosa, pero siempre le decían algo, a veces con respeto, como si fuese una Sabia, y a veces bromeando, aunque su sentido del humor era extraño, y se quedaba corta. Jamás habían hecho caso omiso de ella de esa forma.

Rand se encontraba en el dormitorio. Ese simple hecho consiguió que el corazón le latiera más deprisa. Se había quitado la chaqueta, y llevaba desanudados los lazos del cuello y los puños de la blanquísima camisa, con los faldones por fuera de las polainas. Min se sentó a los pies de la cama, recostó la espalda en uno de los gruesos pilares y alzó las piernas, cruzándolas por los tobillos. No había tenido ocasión de ver desnudarse a Rand, y se proponía disfrutar de ello. Sin embargo, en lugar de continuar, él se quedó quieto, mirándola.

—¿Qué demonios puede enseñarme Cadsuane? —preguntó inopinadamente.

—A ti y a todos los Asha'man —contestó ella. Ésa había sido la visión que había tenido—. Lo ignoro, Rand. Sólo sé que tienes que aprenderlo. Todos vosotros. —No parecía que tuviese intención de llegar más allá de sacarse la camisa de las calzas. Suspirando, la joven siguió—. La necesitas, Rand. No puedes permitirte el lujo de enfurecerla. No puedes permitirte el lujo de echarla de tu lado. —En realidad, no creía que medio centenar de Myrddraal y un millar de trollocs pudieran echar a Cadsuane de ningún sitio, pero el fondo del asunto no tenía vuelta de hoja.

En los ojos de Rand apareció una expresión ausente, como si contemplase algo lejano, y al cabo de un momento sacudió la cabeza.

—¿Por qué habría de hacer caso a un loco? —rezongó entre dientes. Luz, ¿de verdad creía que Lews Therin hablaba dentro de su cabeza?—. Deja que alguien sepa que lo necesitas, Min, y te tendrá agarrado. Con una correa, para llevarte hacia donde quiera. No pondré un dogal en mi propia garganta por ninguna Aes Sedai. ¡Ni por nadie! —Lentamente, relajó los puños—. A ti sí te necesito, Min —dijo simplemente—. No por tus visiones. Te necesito a ti.

¡Luz, ese hombre era capaz de hacerle perder el seso con unas pocas palabras!

Con una sonrisa tan anhelante como la de ella, Rand agarró los faldones de la camisa con las dos manos y se inclinó ligeramente para empezar a sacarse la prenda por la cabeza. Enlazando los dedos sobre el estómago, Min se recostó para observar.

Las tres Doncellas que entraron en el dormitorio ya no llevaban los *shoufa* que les había tapado el corto cabello en el corredor. Venían con las manos vacías, y tampoco llevaban los largos cuchillos del cinturón. Eso fue todo lo que le dio tiempo a ver a Min.

Rand seguía con la cabeza y los brazos metidos en la camisa a medio sacar, y Somara, rubísima y alta incluso para ser Aiel, agarró el blanco lino y lo retorció, dejándolo atrapado dentro. Casi en el mismo momento, le atizó una patada en la entrepierna. Con un gemido estrangulado, Rand se dobló más, tambaleándose.

Nesair, de cabello rojo como el fuego y hermosa pese a las blanquecinas cicatrices en ambas mejillas morenas, le asestó un puñetazo en el costado derecho, tan contundente que lo hizo trastabillar.

Min gritó y saltó de la cama. No sabía a qué venía aquella locura, aquel sin sentido, pero sus cuchillos salieron velozmente de cada una de las mangas y se abalanzó contra las Doncellas.

—¡Socorro! —gritó al tiempo—. ¡Oh, Rand! ¡Que alguien me ayude!

O, al menos, eso fue lo que intentó gritar. La tercera Doncella, Nandera, se giró como una serpiente y Min recibió una patada en el estómago. El aire salió de sus pulmones como el soplido de un fuelle. Los cuchillos le desaparecieron de las manos en un abrir y cerrar de ojos, dio una vuelta de campana por encima del pie de la Doncella, yendo a caer de espaldas, y el batacazo acabó sacándole el poco aire que le quedaba en los pulmones. Intentando moverse, intentando respirar —¡intentando comprender!— sólo pudo yacer allí y presenciar la escena.

Las tres mujeres actuaban concienzudamente. Nesair y Nandera descargaban puñetazos mientras Somara lo mantenía doblado y atrapado con su propia camisa. Una vez, y otra, y otra, asestaban golpes intencionados en el duro estómago de Rand, en el lado derecho. Min habría reído histéricamente si hubiese tenido resuello. Intentaban matarlo a golpes y ponían buen cuidado en no dar cerca de la tierna cicatriz redonda, con el tajo medio curado que la cruzaba, del costado izquierdo.

Ella sabía muy bien lo duro que era el cuerpo de Rand, lo fuerte, pero nadie podía aguantar aquello. Lentamente, las rodillas se le doblaron, y cuando se clavaron en el suelo, Nandera y Nesair se apartaron. Ambas asintieron en silencio, y Somara soltó la camisa. Rand cayó de bruces. Min lo oía jadear, tratando de contener los gemidos que brotaban de su garganta a pesar de sus esfuerzos. Somara se arrodilló a su lado y le retiró la camisa casi con ternura. Él permaneció tendido, con la mejilla contra las baldosas, los ojos desorbitados,

luchando para llevar aire a sus pulmones.

Nesair se inclinó para agarrarlo por el cabello y tiró hacia atrás.

—Nos ganamos el derecho a esto —gruñó—, pero todas las Doncellas deseaban ponerte las manos encima. Dejé mi clan por ti, Rand al'Thor. ¡No permitiré que me escupas!

Somara movió una mano como si fuese a retirarle los mechones que le caían sobre la cara, pero luego los agarró y tiró.

—Así es como tratamos a un primer hermano que nos deshonra, Rand al'Thor —manifestó firmemente—. La primera vez. A la próxima, utilizaremos correas.

Nandera permanecía erguida junto a Rand, con el pie plantado sobre su cadera y el semblante pétreo.

—Llevas el honor de las Far Dareis Mai, hijo de una Doncella —dijo seriamente—. Prometiste llamarnos a la danza de las lanzas por ti, y luego corres a la batalla y nos dejas atrás. No volverás a hacerlo.

Pasó por encima de él, pisándolo, para dirigirse a la puerta, y las otras dos la siguieron. Sólo Somara miró atrás, y si en sus azules ojos asomó algo de compasión, no ocurrió lo mismo en su voz cuando habló.

—No hagas necesario esto otra vez, hijo de una Doncella.

Rand se había incorporado trabajosamente sobre manos y rodillas para cuando Min consiguió gatear hasta él.

—Deben de haberse vuelto locas —dijo con voz ronca. ¡Luz, cómo le dolía el estómago!—. ¡Rhuarc les...! —No sabía qué podría hacer Rhuarc. Pero no sería bastante, fuese lo que fuese—. Sorilea. —¡Sorilea las pondría a secar al sol! ¡Eso, para empezar!—. Cuando se lo contemos...

—No se lo contaremos a nadie —acotó él. Casi hablaba como si hubiese recobrado el resuello, aunque aún tenía los ojos algo desorbitados. ¿Cómo lo hacía?—. Tenían derecho. Se lo habían ganado.

Min reconocía ese tono más que de sobra. ¡Cuando un hombre decidía ser testarudo, se sentaría desnudo en un rodal de ortigas y negaría que le escocía el culo! Casi se alegró de oírlo gemir cuando lo ayudó a levantarse. Es decir, cuando se ayudaron mutuamente. ¡Si el muy idiota iba a comportarse como un necio, merecía unos cuantos cardenales!

Rand se tendió en la cama, recostado sobre el montón de almohadas, y Min se acurrucó a su lado. No era lo que había esperado, pero no iba a pasar nada más, de eso no le cabía duda.

—No era así como esperaba usar la cama —murmuró él.

Min no estaba segura de que el comentario estuviese destinado a sus oídos. Se echó a reír.

—Disfruto cuando me tienes abrazada tanto como... como con lo otro. —Cosa extraña, él sonrió como si supiera que mentía. ¡Pues su tía Miren afirmaba que ésa era una de las tres mentiras que cualquier hombre creería a una mujer!

—Si interrumpo, supongo que puedo volver cuando sea más conveniente —dijo una fría voz femenina desde la puerta.

Min se retiró bruscamente de Rand como si se hubiese quemado, pero cuando él la atrajo de nuevo hacia sí, volvió a acurrucarse a su lado. Reconocía a la Aes Sedai plantada en el umbral, una cairhienina baja y regordeta, con cuatro finas franjas de color cruzándole el amplio busto y cuchilladas blancas en la falda oscura. Daigian Moseneillin era una de las hermanas que habían llegado con Cadsuane. Y era casi tan autoritaria como ella, en opinión de Min.

—No sé en qué casa te criaste ni a qué estamento pertenecías —dijo perezosamente Rand—. Pero ¿nadie te enseñó a llamar a las puertas?

A pesar de su aparente calma, Min notaba todos los músculos del brazo con el que la rodeaba tensos como cables. La piedra de la luna que colgaba de una cadenilla de plata sobre la frente de Daigian se meció cuando la mujer sacudió lentamente la cabeza. Obviamente, no

se sentía complacida.

—Cadsuane Sedai recibió vuestra petición —anunció en un tono aún más frío que antes—, y me pide que transmita sus excusas. Está ansiosa por terminar el bordado en el que trabaja. Quizá pueda veros otro día. Si encuentra un rato libre.

—¿Es eso lo que dijo? —preguntó Rand en un tono peligroso.

Daigian resopló con desprecio.

—Os dejaré para que prosigáis con... lo que quiera que estuvieseis haciendo.

Min se preguntó si podría abofetear a una Aes Sedai sin sufrir después las consecuencias. Daigian le dirigió una gélida mirada, como si hubiese oído su pensamiento, y se volvió para salir del cuarto. Rand se sentó, ahogando un gemido.

—¡Dile a Cadsuane que puede irse a la Fosa de la Perdición! —bramó a la espalda de la hermana—. ¡Dile que puede pudrirse!

—Eso no servirá de nada, Rand —musitó Min. Aquello iba a ser más duro de lo que había pensado—. Necesitas a Cadsuane. Ella no te necesita a ti.

—Conque no, ¿eh? —dijo quedamente él.

Min se estremeció. Ahora sí que había un timbre peligroso en su voz.

Rand volvió a vestirse despacio, evitando movimientos bruscos, y envió a Min con mensajes para que las Doncellas los transmitieran. Al menos eso lo harían todavía. Las costillas del costado derecho le dolían casi tanto como las heridas del lado izquierdo, y la zona abdominal la sentía como si se la hubiesen molido a golpes con un palo. Les había hecho una promesa. Asió el *Saidin* en el dormitorio, cuando se encontró solo; no quería que ni siquiera Min lo viera tambalearse otra vez. Tenía que ser fuerte, por el bien de ella. Tenía que ser fuerte, por bien del mundo. Aquel puñado de emociones en el fondo de su mente que era Alanna le recordó el precio de descuidarse. Justo en ese momento, Alanna estaba enfurruñada. Tenía que haber excedido el límite de paciencia de una Sabia, porque, si estaba sentada, debía de haberlo hecho suavemente y con mucha precaución.

—Aún pienso que es una locura, Rand al'Thor —insistió Min mientras él se ponía la Corona de Espadas con cuidado; no quería que las minúsculas hojas se le clavaran, haciéndolo sangrar—. ¿Me estás escuchando? Bien, si te propones seguir adelante con ello, te acompaño. Has admitido que me necesitas, ¡y me necesitarás más que nunca para esto! —Estaba muy engallada, puesta en jarras, daba golpecitos en el suelo con el pie y sus ojos casi echaban chispas.

—Tú te quedas aquí —repuso firmemente. Todavía no tenía muy claro lo que intentaba hacer, no del todo, y no quería que ella lo viera dar un traspié. Temía darlo. No obstante, esperaba una discusión.

La joven lo miró ceñuda y dejó de dar golpecitos con el pie. El brillo furioso de sus ojos se apagó para dar paso a la preocupación, si bien desapareció en un visto y no visto.

—Bien, supongo que eres lo bastante mayor para cruzar el patio del establo sin que te lleven de la mano, pastor. Además, me estoy retrasando en la lectura.

Se dejó caer en uno de los sillones dorados, con las piernas cruzadas debajo, y cogió el libro que había estado leyendo cuando él entró. Unos segundos después, parecía totalmente absorta en la página.

Rand asintió. Eso era lo que quería, que se quedase allí, a salvo. Con todo, no tenía que olvidarse de él tan completamente.

Había seis Doncellas acuclilladas en el pasillo, al otro lado de la puerta. Lo miraron fríamente, sin decir palabra. La mirada de Nandera era la más fría de todas; aunque la de Somara y la de Nesair no le andaban lejos. Le parecía recordar que Nesair era Shaido; tendría que vigilarla estrechamente.

También esperaban los Asha'man —Lews Therin murmuró algo sobre matar dentro de su cabeza—, todos ellos salvo Narishma con el alfiler del dragón en el cuello de la chaqueta, así como el de la espada. Secamente, ordenó a Narishma que montara guardia a la puerta de

sus aposentos, y el hombre saludó formalmente, con aquellos oscuros y enormes ojos que veían demasiado trasluciendo un velado reproche. Rand no creía que las Doncellas trasladaran su desagrado en contra de Min, pero no quería correr ningún riesgo. Luz, le había dicho a Narishma todo lo referente a las trampas que había tejido en la Ciudadela cuando lo envió a recoger a *Callandor.* El hombre se imaginaba cosas. Así lo abrasara la Luz, aquello había sido un riesgo absurdo.

«Sólo los locos nunca se fían.» Lews Therin parecía divertido. Y bastante ido. Las heridas del costado le daban punzadas; parecían resonar una en la otra en un dolor distante.

—Mostradme dónde puedo encontrar a Cadsuane —ordenó.

Nandera se incorporó sin brusquedad y echó a andar sin mirar atrás. Rand la siguió, y los otros —Dashiva, Flinn, Morr y Hopwil— fueron en pos de él. Les dio instrucciones mientras caminaban. Flinn —¡quién lo habría pensado!— intentó protestar, pero Rand lo cortó de manera rotunda; no era momento de acobardarse. Era el último de quien habría esperado algo así. De Morr y de Hopwil, quizá. Aunque ya habían perdido la ingenuidad, aún eran lo bastante jóvenes para no utilizar sus cuchillas de afeitar la mitad de los días. Pero no Flinn. Las suaves botas de Nandera no hacían el menor ruido, en tanto que las de ellos resonaban en el alto techo, ahuyentando a cualquiera con el más leve motivo para tener miedo. Las heridas no dejaban de darle punzadas.

A esas alturas, todos en el Palacio del Sol conocían de vista al Dragón Renacido, y también sabían quiénes eran los hombres de chaqueta negra. Sirvientes con uniforme negro hacían profundas reverencias antes de alejarse apresuradamente. La mayoría de los nobles ponían distancia entre ellos y los cinco hombres que encauzaban casi con igual precipitación, dirigiéndose hacia donde fuera con un gesto decidido en sus semblantes. Ailil los vio pasar con una expresión indescifrable. Anaiyella sonrió tontamente, ni que decir tiene, pero cuando Rand miró hacia atrás vio que la mujer lo observaba con un gesto que no tenía nada que envidiar al de Nandera. Bertome sonrió al tiempo que hacía una reverencia; un gesto en el que no había nada de risueño ni de grato.

Nandera ni siquiera pronunció palabra cuando llegaron a su destino, limitándose a señalar, con una de las lanzas, una puerta cerrada, tras lo cual giró sobre sus talones y emprendió el regreso por donde habían llegado. El *Car'a'carn* sin una sola Doncella de escolta. ¿Consideraban que cuatro Asha'man bastaban para protegerlo? ¿O la marcha de Nandera era otra muestra de su desagrado?

—Haced lo que os he dicho —advirtió Rand.

Dashiva dio un respingo, como si de repente tomara conciencia de dónde se encontraba, y entonces asió la Fuente. La ancha puerta, tallada en líneas verticales, se abrió violentamente, empujada por un flujo de Aire. Los otros tres asieron el *Saidin* y siguieron a Dashiva al interior, con los rostros sombríos.

—El Dragón Renacido —anunció Dashiva en voz alta, amplificada ligeramente por el Poder—, rey de Illian, Señor de la Mañana, viene a ver a la mujer llamada Cadsuane Melaidhrin.

Rand entró majestuosamente, la cabeza alta. No reconocía el otro tejido creado por Dashiva, pero el aire parecía cargado de amenaza, una sensación de algo inexorable aproximándose, cada vez más cerca.

—Os mandé llamar, Cadsuane —dijo Rand. No utilizó tejidos; su voz sonaba dura e impasible de sobra, sin necesidad de ayudas.

La hermana Verde se encontraba sentada junto a una mesita, con el bastidor de bordar en las manos y un cestillo de costura abierto sobre el pulido tablero, las madejas de hilos de vivos colores rebosando de alguno de sus numerosos compartimientos. Estaba exactamente como la recordaba, el rostro de rasgos firmes coronado por un moño gris acerado, adornado con pequeños colgantes dorados en forma de peces, pájaros, estrellas y lunas. Aquellos oscuros ojos, que parecían casi negros en contraste con la blanca tez. Unos ojos fríos, calculadores. Lews Therin soltó un gemido y desapareció al verla.

Librodot

—Vaya —dijo mientras dejaba el bastidor en la mesa—, he de decir que he visto mejores entradas en escena sin pagar. Con todo lo que he oído sobre ti, muchacho, lo menos que esperaba eran truenos, relámpagos surcando el cielo y toques de trompeta empíreos. —Contempló con calma a los cinco hombres de semblante pétreo, varones que encauzaban, lo que habría bastado para que cualquier Aes Sedai se encogiera. Contempló con calma al Dragón Renacido—. Confío en que uno de vosotros haga al menos juegos malabares. O que trague fuego. Siempre me ha gustado ver a los juglares tragando fuego.

Flinn soltó una carcajada antes de poder contenerse, e incluso entonces se pasó la mano por el ralo cabello, al parecer haciendo un esfuerzo para reprimir la risa. Morr y Hopwil intercambiaron una mirada entre desconcertada e indignada. Dashiva esbozó una sonrisa desagradable y el tejido que sujetaba se hizo más fuerte, hasta el punto de que Rand sintió deseos de mirar hacia atrás para ver qué se le echaba encima.

—Basta con que sepáis que soy quien soy —respondió Rand—. Dashiva, todos vosotros, esperad fuera.

Dashiva abrió la boca como para protestar. La orden no formaba parte de las instrucciones impartidas por Rand, pero no iban a intimidar a la mujer; no de ese modo. El hombre se marchó, sin embargo, mascullando para sí. De hecho, Hopwil y Morr salieron a buen paso, lanzando ojeadas de soslayo a Cadsuane. Flinn fue el único que hizo una retirada digna, a pesar de su cojera. ¡Y todavía parecía regocijado!

Rand encauzó y un sillón pesado, con tallas de leopardos, flotó por el aire desde su lugar junto a la pared, dando vueltas y vueltas antes de posarse como una pluma delante de Cadsuane. Al mismo tiempo, una jarra de plata se alzó de una mesa alargada que había al otro lado del cuarto, soltando un chasquido metálico, seco y breve, como si se hubiese calentado de golpe; el vapor salió por la boca del recipiente y se volcó, girando y girando lentamente como un trompo, a la par que una copa de plata salía disparada de la mesa para coger, por muy poco, el oscuro líquido que se vertía.

—Demasiado caliente, creo —dijo Rand, y los revestimientos de cristal saltaron de los altos ventanales. Los copos de nieve entraron arremolinados en una ráfaga helada, y la copa flotó a través de una de las ventanas y después volvió al interior, directamente a su mano, mientras él tomaba asiento. A ver si ahora se mostraba tan tranquila, con la mirada de un hombre demente clavada en ella. El oscuro líquido era té, demasiado fuerte después de haberlo hecho cocer, y tan amargo como para darle dentera; sin embargo, la temperatura era perfecta. Se le había puesto carne de gallina a causa de las ráfagas que penetraban en la estancia, sacudiendo los tapices contra las paredes, pero dentro del vacío era una sensación lejana, el frío de otra persona.

—La Corona de Laurel es más bonita que otras —comentó Cadsuane con una leve sonrisa. Los adornos del cabello se mecían cada vez que soplaba una ráfaga, y algunos mechones sueltos del moño se agitaban, pero su única reacción a las acometidas de aire fue coger el bastidor de bordar justo antes de que lo tirara de la mesa—. Prefiero ese nombre. Pero no esperarás impresionarme con coronas. He azotado los traseros de dos reyes y tres reinas gobernantes, aunque no pudieron sentarse en sus tronos en dos o tres días cuando hube acabado con ellos, ya me entiendes. Pero sí conseguí que me prestaran atención. Comprenderás por qué no me impresionan las coronas.

Rand aflojó las mandíbulas. Rechinar los dientes no le serviría de nada. Abrió mucho los ojos, esperando que su aspecto fuera el de un demente o el de un hombre furioso, simplemente.

—Casi todas las Aes Sedai evitan el Palacio del Sol —empezó—. Salvo aquellas que me han jurado lealtad. Y las que tengo prisioneras. —Luz, ¿qué iba a hacer con ésas? Mientras las Sabias se ocuparan de ellas y se las quitasen de encima, la cosa no iba mal.

—Al parecer los Aiel creen que puedo ir y venir a mi antojo —contestó distraídamente, mirando el bastidor que tenía en la mano como si estuviera pensando en coger la aguja de nuevo—. Algo relacionado con la insignificante ayuda que le presté a cierto muchacho.

Aunque me cuesta encontrar una razón por la que cualquier persona, excepto su madre, lo consideraría merecedor de ello.

Rand tuvo que esforzarse de nuevo para no rechinar los dientes. La mujer le había salvado la vida. Ella y Damer Flinn, así como otros muchos involucrados en el asunto, Min entre ellos. Pero aun así seguía estando en deuda con Cadsuane. Maldita mujer.

—Quiero que seáis mi consejera. Ahora soy rey de Illian, y los reyes tienen consejeras Aes Sedai.

La mujer dirigió una mirada desdeñosa a la corona.

—De ninguna manera. Demasiado a menudo para mi gusto, una consejera tiene que ver cómo la persona a su cargo mete la pata sin poder hacer nada para evitarlo. También debe acatar órdenes, algo que a mí no se me da muy bien hacer. ¿No te serviría alguna otra? ¿Alanna, tal vez?

A despecho de sí mismo, Rand se puso tieso en el sillón. ¿Sabía lo del vínculo? Merana había dicho que no era nada fácil ocultarle algo. No; ya se preocuparía después sobre lo que sus «fieles» Aes Sedai le estaban contando a Cadsuane. Luz, ojalá Min estuviera equivocada, para variar. Sin embargo, antes creería que era capaz de respirar en el agua.

—Yo... —Le resultaba imposible decirle que la necesitaba. ¡Nada de correas ni ronzales!—. ¿Y si no tuvieseis que prestarme ningún juramento?

—Supongo que eso podría funcionar —contestó, dubitativa, sin apartar la vista de la maldita costura. Alzó los ojos hacia él. Calculadora—. Pareces... inquieto. No me gusta decirle a un hombre que está asustado ni siquiera cuando tiene motivos para estarlo. ¿Inquieto por la posibilidad de que una hermana a la que no has convertido en un perrillo faldero amaestrado te esté tendiendo algún tipo de trampa? Veamos. Puedo hacerte algunas promesas; quizás eso te tranquilice. Espero que atiendas mis consejos, naturalmente; hazme gastar saliva en balde, y lo sentirás. Sin embargo, no te obligaré a hacer lo que quiera. Huelga decir que no tolero que nadie me mienta; ésa es otra cosa que te traería consecuencias desagradables. Pero tampoco espero que me cuentes los anhelos más íntimos de tu corazón. Ah, sí. Haga lo que haga, será por tu propio bien; no por el mío ni por el de la Torre Blanca, sino por el tuyo. Bien, ¿mitiga esto tus temores? Perdona. Tu inquietud.

Preguntándose si se suponía que tenía que reírse, Rand la miró de hito en hito.

—¿Os enseñan cómo hacer eso? —demandó—. Conseguir que una promesa suene a amenaza, me refiero.

—Oh, entiendo. Quieres reglas. Casi todos los chicos las quieren, digan lo que digan. Muy bien. Veamos. No aguanto los malos modales, así que serás debidamente cortés conmigo, con mis amigos y mis invitados. Eso incluye no encauzar en ellos, por si acaso no lo habías adivinado, y controlar tu genio, que tengo entendido es memorable. Y lo mismo reza para tus... compañeros de chaqueta negra. Sería una lástima que tuviera que darte una zurra por algo que hubiera hecho uno de ellos. ¿Son suficientes reglas? Puedo estipular más, si las necesitas.

Rand soltó la copa junto al sillón. El té se había quedado frío, además de amargo. La nieve empezaba a amontonarse debajo de las ventanas.

—Se supone que soy yo quien va a volverse loco, Aes Sedai, pero vos ya lo estáis. —Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta.

—Confío sinceramente en que no hayas intentado utilizar *Callandor* —dijo con suficiencia a su espalda—. He oído que ha desaparecido de la Ciudadela. Conseguiste escaparte una vez, pero puede que no lo logres una segunda.

Rand se frenó en seco y miró hacia atrás. La mujer estaba empujando esa maldita aguja a través de la tela estirada en el bastidor. ¡Tan tranquila! Sopló una ráfaga de viento que arremolinó la nieve alrededor, pero ella ni siquiera levantó la cabeza.

—¿Escapar? ¿A qué os referís?

—¿Cómo? —No levantó la vista de la costura—. Oh. Muy pocas personas, incluso en la Torre, sabían lo que era *Callandor* antes de que la blandieses, pero hay cosas sorprendentes

Librodot

escondidas en rincones recónditos y mohosos de la biblioteca de la Torre. Estuve rebuscando hace algunos años, cuando sospeché por primera vez que podrías estar mamando del pecho de tu madre, justo antes de decidir volver a retirarme. Los bebés son algo muy sucio, y no se me ocurría cómo dar contigo antes de que dejaras de gotear por uno u otro sitio.

—¿A qué os referís? —demandó bruscamente.

Cadsuane alzó la vista entonces, y a pesar de los mechones ondeando y la nieve posándose en su vestido, parecía una reina.

—Te dije que no aguanto los malos modales. Si vuelves a pedirme ayuda, espero que lo hagas *con educación.* ¡Y espero una disculpa por tu comportamiento de hoy!

—¿Qué quisisteis decir con respecto a *Callandor*?

—Es defectuosa —replicó, cortante—, le falta el amortiguador que hace que otros *sa'angreal* puedan usarse sin peligro. Y aparentemente acrecienta la infección, provocando el desenfreno de la mente. Siempre y cuando la utilice un varón, en cualquier caso. El único modo seguro de utilizar La Espada que no es una Espada, el único modo de usarla sin correr el riesgo de matarte a ti mismo o intentar hacer sólo la Luz sabe qué locura, es vincularte con dos mujeres y que una de ellas sea la que dirija los flujos.

Tratando de no encorvar los hombros, se alejó de ella. Así que no había sido sólo el extraño comportamiento del *Saidin* en Ebou Dar lo que había matado a Adley. Él lo había matado ya en el momento en que envió a Narishma a buscar esa cosa.

—Recuerda, muchacho —sonó tras él la voz de Cadsuane—. Debes pedirlo con mucha educación y disculparte. Puede que acceda a tu petición si tu disculpa suena realmente sincera.

Rand apenas la escuchó. Había esperado utilizar de nuevo a *Callandor*, había confiado en que fuera bastante fuerte. Ahora sólo quedaba una opción, y le aterraba. Le pareció oír la voz de otra mujer; la voz de una mujer muerta: «Podrías desafiar incluso al Creador».

Librodot

CAPÍTULO 14

Espino carminita

No parecía precisamente el escenario para que se produjera el estallido que Elayne había temido. Puente Harlon era un pueblo moderadamente grande, con tres posadas y suficientes casas para que nadie tuviese que dormir en un pajar. Cuando Elayne y Birgitte bajaron la escalera hacia la sala esa mañana, la señora Eneldo, la oronda posadera, les sonrió afablemente y les hizo una reverencia todo lo pronunciada que le permitía su corpulencia. Su deferencia no se debía únicamente al hecho de que Elayne fuese una Aes Sedai. La señora Eneldo se sentía tan contenta de que su posada estuviese llena, al estar las calzadas atestadas de nieve, que hacía reverencias a casi todo el mundo. Cuando entraron en la sala, Aviendha se tragó rápidamente el último bocado de pan y queso de su desayuno, se sacudió unas miguitas que habían caído en su vestido verde y cogió su capa oscura para reunirse con ellas.

Fuera, el sol empezaba a asomarse por el horizonte, semejando una cúpula de color amarillo pálido. Sólo unas pocas nubes rompían la uniformidad de un hermoso cielo azul, y eran blancas y esponjosas, no de la clase que traía nieve. Parecía un día estupendo para viajar.

Salvo porque Adeleas caminaba por la nevada calle, abriendo un camino, y arrastraba por el brazo a una de las Allegadas, Garenia Rosoinde. Ésta era una saldaenina de caderas estrechas que había pasado los últimos veinte años ejerciendo el oficio de mercader, a pesar de que por su aspecto parecía poco mayor que Nynaeve. Normalmente, su nariz ganchuda le daba el aspecto de una mujer enérgica, dura en los tratos comerciales, que no se echaba atrás. Ahora sus oscuros ojos rasgados estaban desorbitados y su ancha boca se abría en un lamento mudo. Un grupo de Allegadas, que aumentaba progresivamente, las seguía, remangándose las faldas para evitar la nieve y murmurando entre sí, en tanto que más mujeres acudían corriendo de todas direcciones para unirse a ellas. Reanne y las restantes componentes del Círculo de Labores de Punto iban al frente, todas exhibiendo semblantes sombríos, con excepción de Kirstian, que parecía aún más pálida de lo habitual. También estaba Alise, con el gesto impávido.

Adeleas se paró delante de Elayne y empujó a Garenia tan bruscamente que la mujer cayó a gatas en la nieve, donde se quedó gimiendo. Las Allegadas se reunieron detrás de ella, el grupo cada vez más numeroso.

—Acudo a ti con este asunto porque Nynaeve está ocupada —anunció a Elayne la hermana Marrón. Lo que quería decir realmente era que Nynaeve disfrutaba de un rato a solas con Lan en alguna parte, pero, por una vez, ni el más leve indicio de sonrisa asomaba a sus labios—. ¡Cállate, muchacha! —espetó a Garenia, cuyos gemidos se cortaron de inmediato, y Adeleas asintió satisfecha—. Ésta no es Garenia Rosoinde. Por fin la reconocí: Zarya Alkaese, una novicia que huyó justo antes de que Vandene y yo decidiésemos retirarnos y escribir nuestra historia del mundo. Lo ha admitido, cuando he ido directamente al grano enfrentándome a ella. Me sorprende que Careane no la haya reconocido; ambas fueron novicias al mismo tiempo, durante dos años. La ley es clara, Elayne. A una fugitiva se la debe vestir de blanco nuevamente, cuanto antes, y mantenerla sometida a una estricta disciplina hasta que pueda regresar a la Torre y recibir el castigo adecuado. ¡No volverá a pensar en huir después de eso!

Elayne asintió lentamente, tratando de discurrir qué decir. Tanto si Garenia —Zarya—

pensaba huir de nuevo como si no, no se le daría la oportunidad de hacerlo. Era muy fuerte en el Poder, y la Torre no la dejaría marchar aunque tardara el resto de su vida en alcanzar el chal. Sin embargo, Elayne recordaba ahora algo que la mujer había dicho el día que se conocieron. Entonces no había caído en la cuenta del significado, pero sí lo hizo en ese momento. ¿Cómo afrontaría Zarya verse de nuevo con el blanco de novicia después de vivir durante setenta años dueña de sí misma? Y, lo que era peor, los susurros entre las Allegadas empezaban a sonar como un sordo runrún. Mas no dispuso de mucho tiempo para pensar. De repente, Kirstian cayó de hinojos, asiendo la falda de Adeleas con una mano.

—Me entrego voluntariamente —anunció con voz tranquila, un tono sorprendente viniendo de aquel semblante demudado—. Estuve inscrita en el libro de novicias hace casi trescientos años, y huí antes de que hubiese transcurrido el primero. Me someto y... y pido clemencia.

Entonces fue Adeleas la que abrió los ojos desmesuradamente. ¡Kirstian estaba diciendo que había huido de la Torre Blanca cuando ella era un bebé o puede que antes de que hubiese nacido! La mayoría de las hermanas no se creían aún las edades declaradas por las Allegadas. De hecho, Kirstian parecía que acababa de entrar en la edad madura.

Con todo, Adeleas se recobró rápidamente. Por mayor que fuera esa mujer, ella había sido Aes Sedai casi tantos años como había vivido la persona más longeva. Irradiaba un halo de autoridad, de vetustez.

—Si es así, muchacha —hubo un leve titubeo en su voz al decir eso último—, me temo que habrá que vestirte de blanco también. Se te castigará, pero entregarte voluntariamente será un atenuante.

—Por eso lo he hecho. —El timbre firme de Kirstian se malogró un poco cuando tragó saliva ruidosamente. Era casi tan fuerte como Zarya; en realidad, no había ninguna débil en el Círculo de Labores. También a ella se la ataría corto—. Sabía que me encontraríais antes o después.

Adeleas asintió con la cabeza como si tal cosa fuese obvia, aunque Elayne no imaginaba cómo se habría podido descubrir a la mujer, ya que dudaba mucho de que Kirstian Chalwin fuera su verdadero nombre. No obstante, casi todas las Allegadas creían en la omnisciencia de las Aes Sedai. O habían creído, al menos.

—¡Tonterías! —La voz ronca de Sarainya Vostovan se alzó sobre el parloteo de las Allegadas. Aunque no era lo bastante fuerte para convertirse en Aes Sedai ni, con mucho, lo bastante mayor para ocupar una posición relevante entre las Allegadas, salió del grupo en actitud desafiante—. ¿Por qué habríamos de entregarlas a la Torre Blanca? ¡Hemos ayudado a huir a mujeres, y con toda la razón! ¡Entregarlas no forma parte de las reglas!

—¡Contrólate! —instó secamente Reanne—. Alise, llama al orden a Sarainya, por favor. Al parecer se olvida de muchas de las reglas que afirma conocer.

Alise miró a Reanne; su rostro seguía sin traslucir nada. Alise, que hacía cumplir las reglas de las Allegadas con mano firme.

—No forma parte de nuestras reglas entregar a las fugitivas, Reanne —manifestó.

La Rectora se sacudió como si hubiese recibido un golpe.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? —demandó, desafiante—. Siempre hemos mantenido alejadas a las fugitivas hasta estar seguras de que ya no se las perseguía, y si daban con ellas antes, dejábamos que las hermanas se las llevaran. Ésa es la regla, Alise. ¿Cuál otra propones que violemos? ¿Acaso sugieres que nos pongamos en contra de las Aes Sedai? —Su tono ponía de manifiesto lo ridícula que consideraba tal idea, pero Alise siguió mirándola, en silencio.

—¡Sí! —gritó una voz entre la multitud de Allegadas—. ¡Somos muchas y ellas son pocas!

Adeleas contempló al grupo con incredulidad. Elayne abrazó el *Saidar*, aunque sabía que la voz tenía razón: las Allegadas eran muchas. Sintió que Aviendha abrazaba el Poder y que Birgitte se aprestaba para un posible enfrentamiento. Sacudiéndose como para obligarse a

Librodot

reaccionar, Alise hizo algo mucho más práctico y sin duda mucho más eficaz.

—Sarainya —empezó en voz alta—, te presentarás ante mí cuando nos detengamos esta noche, con una vara que cortarás tú misma antes de que partamos esta mañana. Tú también, Asra; ¡he reconocido tu voz! —Y después, sin bajar el tono, le dijo a Reanne—: Me presentaré ante ti para que me impongas el correctivo que juzgues oportuno cuando paremos esta noche. ¿A qué esperáis? ¡Vamos, no veo preparándose a nadie para la marcha!

Entonces las Allegadas se disolvieron rápidamente, encaminándose en una u otra dirección para recoger sus cosas; sin embargo, Elayne vio que algunas de ellas hablaban en voz baja mientras caminaban. Cuando pasaron sobre el puente tendido sobre el helado arroyo que serpenteaba junto al pueblo, con Nynaeve sin dar crédito a lo que se había perdido y lanzando miradas furibundas en derredor para encontrar a alguien a quien llamar la atención, Sarainya y Asra portaban varas recién cortadas —al igual que Alise—, y Zarya y Kirstian llevaban vestidos blancos, que hubo que buscar a toda prisa, debajo de las oscuras capas. Las Detectoras de Vientos las señalaban y reían a mandíbula batiente, pero muchas de las Allegadas aún charlaban en grupos, que enmudecían cada vez que una hermana o una de las componentes del Círculo las miraba. Y en sus ojos había una expresión sombría cuando se posaban en las Aes Sedai.

Ocho días más de avanzar trabajosamente a través de la nieve amontonada, o bajo nuevas nevadas, y de rechinar los dientes en la posada cuando había una. Ocho días más de silencio malhumorado de las Allegadas, de miradas frías de las hermanas, de pavoneos de las Detectoras de Vientos, dándose aires ante las Allegadas y las Aes Sedai por igual. En la mañana del noveno día, Elayne empezó a desear que todas se enzarzaran en una gresca, simplemente.

Se preguntaba si podrían cubrir los últimos quince kilómetros que las separaban de Caemlyn sin que se produjera un asesinato, cuando Kirstian llamó a su puerta y entró precipitadamente sin esperar a recibir respuesta. El sencillo vestido de paño de la mujer no tenía la blancura adecuada para una novicia, y ella había recobrado gran parte de su dignidad en cierto sentido, como si supiera que su futuro había allanado su presente, pero ahora hizo una reverencia con precipitación, casi tropezando con la capa, y sus oscuros ojos parecían llenos de ansiedad.

—Nynaeve Sedai, Elayne Sedai, lord Lan dice que debéis venir de inmediato —comunicó, falta de aliento—. Me advirtió que no hablara con nadie, y que tampoco lo hiciese ninguna de vosotras.

Elayne y Nynaeve intercambiaron una mirada con Aviendha y Birgitte. La antigua Zahorí masculló algo entre dientes respecto a que el hombre no sabía distinguir entre lo privado y lo público, pero resultaba obvio, incluso antes de que enrojeciera, que no creía lo que había dicho. Elayne percibió la concentración de Birgitte, como una flecha en la cuerda tensa, buscando una diana.

Kirstian ignoraba lo que quería Lan, sólo sabía adónde tenía que conducirlas: la pequeña choza en las afueras de Travesía de Cullen, donde Adeleas había llevado a Ispan la noche anterior. Lan esperaba fuera, con los ojos gélidos como el aire, y no permitió que Kirstian entrara. Cuando Elayne pasó al interior de la choza, comprendió por qué.

Adeleas yacía de costado, junto a una banqueta volcada; había una copa en el tosco suelo de madera, cerca de su mano extendida. Sus ojos estaban abiertos y había un charco de sangre coagulada, debajo del profundo tajo que le hendía la garganta de lado a lado. Ispan estaba tendida en un pequeño catre, mirando sin ver el techo; tenía los labios atirantados en una mueca que dejaba los dientes a la vista y en sus ojos desorbitados parecía haber quedado plasmada una expresión de terror. Y con razón, ya que una estaca de madera, gruesa como una muñeca, sobresalía entre sus senos. El martillo que obviamente se había utilizado para clavarla estaba tirado junto al catre, al borde de un oscuro charco que se extendía por debajo del camastro. Elayne se obligó a no pensar en vomitar allí mismo.

—Luz —musitó—. ¡Luz! ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Cómo ha podido hacerlo?

Librodot

Aviendha sacudió la cabeza, desconcertada, y Lan ni siquiera se molestó en dar esa mínima respuesta. Se limitaba a mirar en nueve direcciones a la vez, como si esperase que quienquiera —o lo que quiera— que hubiese cometido esos asesinatos entrara por uno de los dos ventanucos o incluso a través de las paredes. Birgitte desenfundó su cuchillo y, a juzgar por su gesto, habría deseado tener su arco. La flecha presta a volar que percibía Elayne en su mente estaba más tensa que nunca.

Al principio, Nynaeve se quedó parada en un punto, examinando el interior de la choza. Había poco que ver, aparte de lo evidente: otra banqueta de tres patas; una mesa tosca sobre la que titilaba la luz de una lámpara; una gran tetera y una segunda taza; una burda chimenea de piedra, con cenizas frías en el hogar. Eso era todo. La choza era tan pequeña que Nynaeve sólo tuvo que dar un paso para llegar a la mesa. Metió el índice en la tetera, se lo llevó a la punta de la lengua y después escupió con fuerza antes de vaciar la tetera sobre el tablero, esparciendo líquido y hojas de té. Elayne parpadeó, desconcertada.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió fríamente Vandene desde la puerta. Lan hizo intención de adelantarse para cerrarle el paso, pero ella lo frenó con un leve gesto. Elayne empezó a rodearla con un brazo, y también recibió una mano alzada para detenerla. Los ojos de Vandene seguían prendidos en su hermana, en su rostro la calma de la serenidad Aes Sedai. La mujer muerta en el catre podría no haber existido, por el caso que le hizo—. Cuando os vi a todas viniendo hacia aquí, pensé... Sabíamos que no nos quedaban muchos años, pero... —Su voz era la encarnación de la serenidad, pero sin duda era una máscara—. ¿Qué has descubierto, Nynaeve?

La compasión resultaba extraña en el rostro de Nynaeve. Se aclaró la garganta y señaló las hojas de té, sin tocarlas. O, mejor dicho, señaló las virutas blancas que se mezclaban con las apelmazadas hojas negras.

—Esto es raíz de espino carminita —contestó, en un vano intento de hablar con naturalidad—. Contiene sustancias venenosas pero dulzonas, así que puede pasar inadvertido en el té, a menos que se sepa lo que es, sobre todo si se toma con mucha miel.

Vandene asintió, sin apartar un solo momento los ojos de su hermana.

—Adeleas se aficionó al té dulce en Ebou Dar.

—En dosis pequeñas es analgésico —continuó Nynaeve—. Una dosis tan grande como ésta mata, pero lentamente. Incluso unos pocos sorbos bastarían. —Tras respirar hondo, añadió—: Podrían haber permanecido conscientes durante horas. Paralizadas, pero conscientes. O quienquiera que hizo esto no quería correr el riesgo de que alguien llegara a tiempo con un antídoto, y yo no sé de ninguno para una dosis tan fuerte, o quería que la una o la otra supiera quién las estaba matando.

Elayne dio un respingo por la brutal franqueza de su amiga, pero Vandene se limitó a asentir.

—Ispan, creo, puesto que parece que empleó más tiempo con ella. —La Verde de cabello blanco casi parecía estar pensando en voz alta, discurriendo un enigma. Se tardaba menos en degollar que en clavar una estaca en el corazón. Su calma ponía la piel de gallina a Elayne—. Adeleas jamás habría aceptado nada de beber de alguien que no conociera, no aquí fuera, con Ispan. Esos dos hechos señalan a su asesino, en cierto modo. Una Amiga Siniestra, alguien de nuestro grupo. Una de nosotras.

Elayne sintió dos escalofríos, el suyo y el de Birgitte.

—Una de nosotras —convino tristemente Nynaeve.

Aviendha empezó a pasar el pulgar por el filo de su cuchillo y, por una vez, Elayne no sintió reparos. Vandene pidió que la dejaran sola con su hermana unos minutos, y se sentó en el suelo para acunarla en sus brazos antes de que los demás hubiesen salido. Jaem, el viejo y nudoso Guardián, aguardaba fuera junto a una temblorosa Kirstian.

De repente, un penetrante grito sonó dentro de la choza, el lamento desgarrado de una mujer que lo ha perdido todo. Nynaeve giró sobre sus talones para volver a la choza, pero Lan la sujetó por el brazo y Jaem se plantó en la puerta, su mirada casi tan fría como la de

Librodot

Lan. No podían hacer otra cosa que dejarlos solos, a Vandene dando rienda suelta a su dolor, y a Jaem guardando su intimidad. Y compartiendo su angustia, comprendió Elayne, consciente del cúmulo de emociones en su cabeza que era Birgitte. Tiritó, y la arquera le rodeó los hombros con su brazo. Aviendha hizo otro tanto por el otro lado, e indicó con una seña a Nynaeve que se uniese a ellas, cosa que la mujer hizo al cabo de un momento. El asesinato en el que Elayne había pensado tan a la ligera se había producido; una de sus compañeras de viaje era una Amiga Siniestra, y de repente el día parecía tan frío que penetraba en los huesos, pero contaba con el calor de la proximidad de sus amigas.

Los últimos y fúnebres quince kilómetros hasta Caemlyn les costaron dos días de viaje a través de la nieve, un grupo muy apagado, incluso las Detectoras de Vientos. Ello no quería decir que no exigiesen menos de Merilille, ni que las Allegadas no hablaran y se callaran cada vez que una hermana o una mujer del Círculo se acercaba. Vandene, con la silla repujada con plata de su hermana puesta en su montura, se mostraba tan serena como lo había estado junto a la sepultura de Adeleas, pero en los ojos de Jaem se advertía una silenciosa promesa de muerte que sin duda también alentaba en el corazón de Vandene. Elayne no habría podido ser más feliz de ver las murallas y las torres de Caemlyn si su mera aparición le hubiese puesto en las manos la Corona de la Rosa y hubiese devuelto la vida a Adeleas.

Ni siquiera Caemlyn, una de las grandes urbes del mundo, había visto jamás un grupo como el suyo, y una vez dentro de las murallas de piedra gris, de quince metros de altura, la gente empezó a fijarse en ellos mientras cruzaban la Ciudad Nueva a lo largo de amplias avenidas enfangadas de nieve medio derretida y bulliciosas con el ajetreado ir y venir de personas, carros y carruajes. Los tenderos salían a las puertas de los establecimientos y miraban boquiabiertos. Los carreteros frenaban las yuntas para observarlos de hito en hito. Altos Aiel y altas Doncellas los seguían con la mirada desde todos los rincones, al parecer. La gente no parecía reparar en los Aiel, pero Elayne sí lo hizo. Amaba muchísimo a Aviendha, pero no le gustaba que hubiese un ejército de Aiel caminando por las calles de Caemlyn.

La Ciudad Interior, circunvalada por murallas y torreones de piedra blanca con vetas plateadas, fue un delicioso recuerdo recobrado, y finalmente Elayne empezó a sentir que se encontraba de vuelta en casa. Las calles seguían la curvatura de las colinas, y cada alto de una cuesta ofrecía un nuevo panorama de parques cubiertos de nieve y monumentos diseñados para ser contemplados tanto desde arriba como de cerca, con torres revestidas de tejas en llamativos colores, brillando con cientos de tonalidades bajo el sol de la tarde. Y entonces el propio Palacio Real apareció ante ellos, un conjunto de pálidas y esbeltas torres, doradas cúpulas y mamposterías con intrincadas tracerías. La bandera de Andor, el León Blanco sobre campo rojo, flameaba en casi todas las atalayas del conjunto, y en otras lo hacían el Estandarte del Dragón o la Enseña de la Luz.

A las altas y doradas puertas del palacio, Elayne siguió adelante sola, con su traje de montar gris, sucio por el viaje. La tradición y la leyenda decían que las mujeres aspirantes al trono que se dirigían por primera vez a palacio con boato y esplendor siempre fracasaban en su propósito. Había dejado claro que tenía que hacerlo sola, si bien casi deseó que Aviendha y Birgitte hubiesen impuesto su criterio en contra del de ella. La mitad de las dos docenas de guardias apostados en las puertas eran Doncellas Aiel, y el resto, hombres con yelmos y chaquetas azules, con pecheras adornadas con un dragón rojo y dorado, cruzado de lado a lado.

—Soy Elayne Trakand —anunció en voz alta, sorprendida de que sonase tan tranquila. Sus palabras se oyeron en la gran plaza, y la gente se volvió para mirarla a ella y a sus compañeros de hito en hito. La antigua fórmula salió de su boca con fluidez—. En nombre de la casa Trakand y por el derecho que me asiste como descendiente de Ishara, vengo a reclamar el Trono del León de Andor, si así lo quiere la Luz.

Las puertas se abrieron de par en par.

No iba a ser así de sencillo, por supuesto. Ni siquiera la posesión del palacio

Librodot

garantizaba la del trono. Dejando a sus compañeros al cuidado de una estupefacta Reene Harfor —y muy complacida de que la entrecana doncella primera, oronda y tan majestuosa como una reina, siguiera teniendo en sus capacitadas manos la organización de palacio— y de un corrillo de criados en uniformes rojos y blancos, Elayne se dirigió apresuradamente hacia el gran Salón del Trono de Andor. Sola otra vez. Esto no era parte del rito, todavía. Debería haber ido a cambiarse de ropa, ponerse el vestido de seda roja con el corpiño bordado de perlas y leones blancos subiendo por las mangas, pero no pudo contener el impulso. Esta vez, ni siquiera Nynaeve intentó oponerse.

Columnas blancas, de veinte pasos de altura, se sucedían a ambos lados de la gran sala. El Salón del Trono estaba desierto; eso no duraría mucho. La clara luz de la tarde se filtraba por los altos ventanales de las paredes, mezclándose con los haces multicolores que se proyectaban desde las grandes ventanas del techo, donde el León Blanco de Andor se alternaba con escenas de victorias andoreñas y los rostros de las antiguas reinas del país, empezando por Ishara, de tez tan oscura como cualquier Atha'an Miere, tan rebosante de autoridad como cualquier Aes Sedai. Ninguna soberana de Andor podía olvidar quién era y qué se esperaba de ella con sus antecesoras, que habían forjado esa nación, contemplándola fijamente desde arriba.

Una cosa temía ver: la inmensa monstruosidad de un trono, todo él dragones dorados, que había contemplado sobre el estrado, al fondo del salón, en el *Tel'aran'rhiod.* No se encontraba allí, gracias a la Luz. Tampoco el Trono del León descansaba ya sobre un alto plinto, como un trofeo expuesto, sino que ocupaba su lugar, sobre el estrado; era un sillón grande, tallado y dorado, pero del tamaño adecuado para una mujer. El León Blanco, formado con piedras de la luna sobre un campo de rubíes, quedaría justo por encima de cualquier mujer que se sentase en el solio. Ningún hombre se sentiría a gusto sentado en ese trono porque, así lo decía la leyenda, sabría que con ese gesto había firmado su sentencia de muerte. Elayne creía que lo más probable era que los artesanos que lo habían construido se hubieran asegurado, simplemente, de que un hombre no *cupiese* bien en él.

Subió las gradas blancas del estrado y posó una mano en uno de los brazos del trono. No tenía derecho a sentarse en él; aún no. No hasta que fuera reconocida como reina. Pero hacer juramentos ante el Trono del León era una costumbre tan antigua como el propio Andor. Tuvo que resistir el deseo de caer de hinojos y ponerse a llorar sobre el asiento. Que se hubiese resignado a la idea de que su madre había muerto no significaba que el dolor de la pérdida hubiese desaparecido, y aquello lo reavivó con toda la intensidad del primer momento. Sin embargo, ahora no podía venirse abajo.

—Juro por la Luz que honraré tu memoria, madre —susurró en voz queda—. Que honraré el nombre de Morgase Trakand e intentaré que todos mis actos reporten mayor gloria y honor a la casa Trakand.

—He ordenado a los guardias que no dejen acercarse a los curiosos y buscadores de favores. Supuse que querías estar sola aquí un rato.

Elayne se giró lentamente para mirar a Dyelin Taravin al tiempo que la mujer rubia recorría la longitud de la sala en dirección a ella. Dyelin había sido una de las primeras en apoyar a su madre cuando ésta aspiraba al trono. Su cabello tenía más hebras grises de las que recordaba Elayne, y había más arrugas en los ángulos externos de sus ojos, pero seguía siendo muy hermosa. Una mujer fuerte. Y poderosa, ya fuera como amiga o como enemiga.

Se detuvo al pie del estrado y alzó la vista hacia la joven.

—Llevo dos días oyendo rumores de que estabas viva, pero no lo creí realmente hasta ahora. ¿Has venido a aceptar el trono de manos del Dragón Renacido, pues?

—Reclamo el trono por derecho propio, Dyelin, sin recibirlo de manos de nadie. El Trono del León no es una bujería para aceptarlo como regalo de un hombre. —Dyelin asintió como ante una verdad manifiesta; cosa que era así, para cualquier andoreño—. ¿Cuál es tu postura, Dyelin? ¿A favor de la casa Trakand o en contra? He oído tu nombre a menudo en mi camino hacia aquí.

Librodot

—Puesto que reclamas el trono por derecho propio, a favor.

Pocas personas podían hablar de un modo tan seco como ella. Elayne se sentó en la última grada e hizo un gesto para que la otra mujer lo hiciera junto a ella.

—Hay unos pocos obstáculos, naturalmente —continuó Dyelin al tiempo que se recogía la falda para sentarse—. Ya se han presentado varios aspirantes, como sin duda sabrás. A Naean y Elenia los tengo encerrados a buen recaudo. Bajo el cargo de traición, que la mayoría de la gente parece estar dispuesta a aceptar. Por el momento. El esposo de Elenia sigue trabajando de forma activa en su favor, aunque sin meter ruido, y Arymilla ha anunciado su pretensión, esa estúpida mentecata. Está obteniendo cierto respaldo, pero nada por lo que debas preocuparte. Tus verdaderos problemas, aparte de haber Aiel por toda la ciudad, esperando que el Dragón Renacido regrese, son Aemlyn, Arathelle y Pelivar. Por el momento, Luan y Ellorien te apoyan, sin embargo, podrían pasarse a respaldar a cualquiera de esos tres.

Una lista muy sucinta, presentada en un tono adecuado para una conversación sobre un posible negocio de caballos. Elayne sabía lo de Naean y Elenia, pero no que Jarid siguiera pensando que su esposa tenía una oportunidad de ocupar el trono. Arymilla era una mentecata si pensaba que sería aceptada, tuviese el respaldo que tuviese. Sin embargo, los últimos cinco nombres eran preocupantes. Cada uno de ellos había sido un apoyo tan fuerte para su madre como la propia Dyelin, y todos dirigían casas poderosas.

—De modo que Arathelle y Aemlyn quieren el trono —murmuró—. De Ellorien no puedo creerlo, no para sí misma. —Pelivar podía estar actuando en favor de sus hijas, pero Luan sólo tenía nietas, ninguna de ellas con edad suficiente para ocupar el trono—. Hablas como si existiera la posibilidad de que se unieran, las cinco casas. ¿Respaldando a quién? —Eso sí que sería una amenaza grave.

Sonriendo, Dyelin apoyó la barbilla en la mano.

—Parecen pensar que yo debería ocupar el trono. Bien, ¿qué intenciones tienes con respecto al Dragón Renacido? No ha vuelto por aquí desde hace tiempo, pero al parecer puede aparecer de repente, como si saliese del aire.

Elayne cerró los ojos con fuerza un momento, pero cuando volvió a abrirlos continuaba sentada en las gradas del estrado del Salón del Trono, y Dyelin seguía sonriéndole. Su hermano luchaba por Elaida, y su hermanastro era un Capa Blanca. Ella había llenado el palacio con mujeres que podían emprenderla unas contra otras en cualquier momento, por no mencionar el hecho de que una de ellas era una Amiga Siniestra, quizás incluso del Ajah Negro. Y la mayor amenaza a la que se enfrentaba en sus aspiraciones al trono, la mayor con diferencia, respaldaba a una mujer que afirmaba que la apoyaba a ella. El mundo estaba completamente loco. ¿Por qué no contribuir con su granito de arena?

—Tengo intención de vincularlo como mi Guardián —contestó, y siguió antes de que a la otra mujer le diera tiempo de hacer algo más que parpadear con estupor—. También espero casarme con él. Sin embargo, ninguna de esas cosas tiene que ver con el Trono del León. Lo primero que me propongo hacer es...

A medida que continuó exponiendo sus ideas, Dyelin empezó a reír. Elayne hubiera querido saber si el regocijo de la mujer era por sus planes o porque Dyelin veía que su propio camino hacia el Trono del León se estaba despejando de obstáculos. Ahora al menos sabía a qué se enfrentaba.

Mientras recorría Caemlyn en su caballo, Daved Hanlon no pudo evitar pensar que la ciudad era estupenda para entrar a saco en ella. En sus años de servicio como soldado había visto muchos pueblos y ciudades saqueadas, y una vez, hacía cuatro lustros, una gran urbe, Cairhien, después de que los Aiel se marcharan. Era curioso que todos esos Aiel hubieran dejado Caemlyn tan intacta, aparentemente; claro que si las más altas torres de Cairhien no hubiesen sido incendiadas, habría resultado difícil descubrir lo que guardaban; montones de oro, entre otras cosas, esperando que alguien lo cogiera, y montones de hombres para

Librodot

recolectar tan espléndida cosecha. Podía imaginar esas anchas avenidas llenas de jinetes y gentes huyendo, gordos mercaderes que entregarían su oro antes de que los rozase un cuchillo, con la esperanza de que se les perdonaría la vida; esbeltas muchachas y mujeres rellenitas tan aterradas cuando se las arrastrara a un callejón que casi no podrían chillar de miedo, cuanto menos resistirse. Había visto esas cosas y las había hecho, y esperaba volver a hacerlas. Pero no en Caemlyn, admitió para sus adentros con un suspiro. Si las órdenes que lo habían llevado allí hubiesen sido de las que podía incumplir, se habría dirigido a donde quizás el botín no fuera tan rico, pero decididamente sí más fácil de echarle la zarpa.

Sus instrucciones habían sido claras. Tras dejar su caballo en el establo de El Toro Rojo, en la Ciudad Nueva, caminó más de un kilómetro hasta llegar a una alta casa de piedra, en una calle lateral, propiedad de una acaudalada mercader, muy discreta con respecto a su caudal, y que estaba marcada con un pequeño símbolo pintado en las puertas, un corazón rojo en una mano dorada. El hombretón que le dio acceso a la casa no era el criado de una mercader, considerando sus nudillos hundidos y sus ojos huraños. Sin pronunciar palabra, el corpulento tipo lo condujo hacia el interior del edificio, y luego hacia abajo, a los sótanos. Hanlon soltó la trabilla que sujetaba su espada a la vaina. Entre las cosas que había visto, estaban hombres y mujeres, responsables de fiascos, conducidos a sus propias y minuciosas ejecuciones. No creía que él hubiese fallado, pero tampoco podía decirse que hubiera tenido éxito. Sin embargo, había seguido órdenes; lo que no siempre bastaba.

En el tosco sótano de piedra, iluminado por lámparas doradas colocadas en derredor, sus ojos fueron primero hacia una bonita mujer ataviada con un vestido de seda escarlata y encaje. Ignoraba quién era la tal lady Shiaine, pero sus órdenes eran que le obedeciera. Hizo su mejor reverencia, sonriendo. Ella se limitó a mirarlo, como si quisiera que se fijara en algo más que había en el sótano.

Difícilmente podría haberlo pasado por alto, ya que, con excepción de unos pocos barriles, en el cuarto sólo había una enorme y pesada mesa, decorada de un modo por demás singular. Se habían cortado dos óvalos al tablero, y por uno de ellos asomaban la cabeza y los hombros de un varón, con la cabeza doblada hacia atrás en una postura forzada, contra la superficie de madera, y sujeta con correas de cuero, clavadas en el tablero por los extremos; una de ellas sujetaba un trozo de madera encajado entre los dientes del hombre. Una mujer, preparada del mismo modo, era la otra mitad de la decoración. Estaban arrodillados debajo de la mesa, con las muñecas atadas a los tobillos. Una postura que no debía resultar muy placentera. El hombre tenía algunas hebras grises en el cabello y el rostro de un noble, pero sus ojos, muy hundidos, giraban frenéticamente en las órbitas, cosa en absoluto sorprendente. El cabello de la mujer, extendido en el tablero, era oscuro y lustroso, pero su cara era un poco alargada para el gusto de Hanlon.

De repente vio realmente su rostro, y la mano se le fue a la espada antes de poder contenerse. Soltar la empuñadura fue todo un esfuerzo, que procuró ocultar no sin dificultad. Era un rostro de Aes Sedai, pero una Aes Sedai que se dejaba atar así no representaba una amenaza.

—De modo que tienes luces —dijo Shiaine. Por su modo de hablar debía de ser una noble, y desde luego tenía un aire autoritario; rodeó la mesa para contemplar el rostro del hombre atado—. Pedí al Gran Amo Moridin que me enviara a un hombre con cerebro. Aquí, el pobre Jaichim, tiene muy poco.

Hanlon frunció el entrecejo, pero enseguida borró el gesto. Sus órdenes venían de la propia Moghedien. ¿Quién, en nombre de la Fosa de la Perdición, era ese Moridin? Daba igual. Sus órdenes eran de Moghedien, y eso bastaba.

El tipo corpulento le tendió un embudo a Shiaine, quien lo metió en un agujero practicado en el trozo de madera que estaba encajado entre los dientes del tal Jaichim. Los ojos del hombre parecieron a punto de saltar de las órbitas.

—El pobre Jaichim ha fracasado estrepitosamente —dijo Shiaine, que sonreía como un zorro mirando a una gallina—. Moridin quiere que sea castigado. Al pobre Jaichim le encanta

su brandy.

Se apartó, pero no tanto como para no ver claramente, y Hanlon dio un respingo cuando el hombretón se acercó a la mesa con uno de los barriles. Hanlon creía que habría sido capaz de levantarlo sin ayuda, pero el tipo lo inclinó con una facilidad pasmosa. El hombre atado chilló una vez, y entonces un chorro de oscuro líquido se vertió desde el barril al embudo, convirtiendo su grito en un gorgoteo. El intenso olor a brandy nuevo, sin madurar, impregnó el aire. A pesar de estar atado, el hombre se revolvió, sacudiéndose frenéticamente, e incluso consiguió levantar la mesa hacia un lado, pero el brandy siguió cayendo. En el embudo aparecieron burbujas cuando intentó gritar, pero no hubo variación en el chorro continuo. Y entonces sus sacudidas perdieron fuerza y cesaron. Los ojos, desorbitados y vidriosos, permanecieron fijos en el techo, y el brandy se escurrió por los orificios de la nariz. El tipo grande no dejó de verter el líquido hasta que las últimas gotas cayeron del barril vacío.

—Me parece que finalmente el pobre Jaichim se ha pasado con el brandy —comentó Shiaine, que rió muy complacida.

Hanlon asintió con la cabeza. Suponía que se podía enfocar así. Se preguntó quién habría sido ese hombre.

Shiaine no había terminado. A un gesto suyo, el hombretón arrancó de un tirón una de las correas que sujetaban la brutal mordaza de madera de la Aes Sedai. Hanlon pensó que el zoquete quizá le habría aflojado unos cuantos dientes al salir de su boca tan bruscamente, pero si fue así la mujer no perdió tiempo en ello. Empezó a balbucear antes incluso de que el tipo hubiese soltado la correa.

—¡Te obedeceré! —aulló—. ¡Obedeceré lo que ordene el Gran Amo! ¡Arregló que el escudo que me había puesto se desvaneciera para poder obedecerle! ¡Me lo dijo! ¡Deja que demuestre mi fidelidad! ¡Me arrastraré! ¡Soy un gusano y tú eres el sol! ¡Oh, por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

Shiaine sofocó los balbuceos, ya que no los gemidos, poniendo una mano sobre la boca de la Aes Sedai.

—¿Y cómo sé que no volverás a fallar, Falion? Has fracasado antes, y Moridin dejó tu castigo en mis manos. Me ha entregado otra, ¿acaso necesito a dos de vosotras? Podría darte una segunda oportunidad para abogar en tu favor, Falion, pero si lo hago, tendrás que convencerme. Esperaría *verdadero* entusiasmo por tu parte.

Falion volvió a gritar súplicas, haciendo promesas extravagantes, en el momento en que Shiaine retiró la mano, pero enseguida quedaron reducidos a chillidos inarticulados y a lágrimas cuando la mordaza fue reemplazada, el clavo remachado de nuevo en el tablero, y el embudo de Jaichim colocado sobre su garganta abierta. El gigantón soltó otro barril en la mesa, junto a su cabeza. La Aes Sedai pareció volverse loca, girando los ojos desorbitados, sacudiéndose debajo de la mesa hasta que el mueble se zarandeó.

Hanlon estaba impresionado. Tenía que ser más difícil quebrantar a una Aes Sedai que a una mercader regordeta o a su hija de redondas mejillas. Con todo, al parecer la mujer había tenido ayuda de uno de los Elegidos. Al darse cuenta de que Shiaine lo estaba observando, dejó de mirar a Falion y borró la sonrisa. Su primera regla en la vida era no ofender jamás a aquellos que los Elegidos habían puesto por encima de él.

—Dime, Hanlon —empezó Shiaine—, ¿te gustaría ponerle las manos encima a una reina?

Él se lamió los labios a despecho de sí mismo. ¿Una reina? Eso no lo había hecho nunca.

Librodot

CAPÍTULO 15

Una copa de sueño eterno

—No seas un redomado majadero, Rand —dijo Min. Obligándose a permanecer sentada, cruzó las piernas y balanceó el pie con aire despreocupado, aunque no pudo evitar un tono exasperado en la voz—. ¡Ve con ella! ¡Habla con ella!

—¿Por qué? —espetó él—. Ahora sé cuál de las cartas era verdad. Mejor así. Ahora está a salvo. De cualquiera que quiera herirme. ¡A salvo de mí! ¡Es mejor!

Sin embargo, no dejaba de pasear arriba y abajo entre las dos hileras de sillones situadas ante el Trono del Dragón, con los nudillos blancos de tanto apretar los puños y una expresión más tormentosa que la de los negros nubarrones que cubrían el cielo, descargando otra copiosa nevada sobre Cairhien.

Min intercambió una mirada con Fedwin Morr, quien se encontraba junto a las puertas adornadas con soles tallados. Las Doncellas dejaban pasar ahora a cualquiera que no fuese una evidente amenaza, sin anunciarlo antes, pero aquellos a los que Rand no deseaba ver esa mañana serían rechazados por el fornido joven. Lucía el dragón y la espada en el cuello de la chaqueta negra, y Min sabía que ya había presenciado más batallas —más horrores— que muchos hombres que le triplicaban la edad, pero era un muchacho. En ese momento, mientras lanzaba ojeadas inquietas a Rand, parecía más joven que nunca. A los ojos de Min, la espada que colgaba de su cintura todavía resultaba chocante, fuera de lugar.

—El Dragón Renacido es un hombre, Fedwin —dijo—. Y, como cualquier hombre, se enfurruña porque cree que una mujer no quiere volver a verlo.

Abriendo los ojos como platos, el chico dio un respingo como si Min le hubiese pellizcado el trasero, en tanto que Rand interrumpió su ir y venir para mirarla hoscamente. Lo único que frenó a Min de soltar una carcajada fue la certeza de que estaba ocultando un dolor tan real como una puñalada. Eso y saber que se sentiría igualmente herido si ella hubiese hecho lo que se había hecho; naturalmente, Min Farshaw nunca habría tenido la posibilidad de arrancar sus estandartes, pero el ejemplo servía para su razonamiento. Rand se había quedado de una pieza al principio con las noticias que Taim le llevó de Caemlyn al amanecer, aunque tan pronto como el hombre se hubo marchado, salió de su estupefacción para empezar... ¡con esa actitud!

Min se puso de pie, se arregló la chaqueta verde, se cruzó de brazos y se encaró con él.

—¿Qué otra cosa puede ser? —preguntó tranquilamente. Bueno, intentó mostrarse tranquila, y casi lo logró. Amaba a ese hombre, pero después de aguantar una mañana como ésa deseaba darle de bofetadas—. No te has referido a Mat más que de pasada, y ni siquiera sabes si está vivo.

—Mat está vivo —gruñó Rand—. Si hubiese muerto, lo sabría. ¿Y a qué viene eso de que estoy...? —Cerró la boca de golpe, como si fuese incapaz de pronunciar la palabra.

—Enfurruñado —apuntó Min—. Y a no tardar, habrás cogido un berrinche. Algunas mujeres creen que los hombres están más guapos cuando se amohínan. No soy una de ésas. —Bueno, sería mejor dejarlo así. Rand tenía el rostro enrojecido, y no a causa del rubor—. ¿Acaso no has hecho todo lo habido y por haber para que ella ocupara el trono de Andor? Que es suyo por derecho, dicho sea de paso. ¿Acaso no dijiste que querías que tuviese un Andor intacto, no desgarrado y escindido como Cairhien o Tear?

—¡Lo dije, sí! —bramó—. ¡Y ahora es suyo, y me quiere fuera de él! ¡Pues por mí, de acuerdo! ¡Y no me digas otra vez que deje de gritar! ¡No estoy...! —De nuevo cerró la boca de golpe al darse cuenta de que sí estaba gritando. Un sordo gruñido resonó en su garganta.

Morr se puso a examinar uno de los botones de su chaqueta con profundo interés, dándole la vuelta a uno y otro lado. Había hecho lo mismo en varias ocasiones esa mañana. Min mantuvo el gesto sereno. No iba a abofetearlo, y era demasiado mayor para darle unos azotes en el trasero.

—Andor es suyo, como tú querías —manifestó. Tranquilamente. Casi—. Ninguno de los Renegados va tras ella, ahora que ha quitado tus estandartes. —Un brillo peligroso asomó en sus ojos de color gris azulado—. Exactamente como querías. Y no pensarás que se está aliando con tus enemigos. Andor seguirá al Dragón Renacido, y lo sabes. Así que la única razón de que estés encorajinado es porque crees que no quiere verte. ¡Ve con ella, necio! —Lo siguiente fue lo que más le costó decir—. Antes de que hayas pronunciado dos palabras, te estará besando. —Luz, amaba a Elayne casi tanto como a Rand, o puede que igual, aunque de un modo diferente, pero ¿cómo podía competir con una hermosa y rubia reina que tenía un poderoso país a su entera disposición?

—No estoy... enojado —repuso Rand con voz tensa. Y empezó de nuevo a pasear arriba y abajo.

Min se planteó atizarle una patada en el trasero. Muy fuerte. Una de las puertas se abrió y dio paso a la canosa y arrugada Sorilea, que apartó de un empellón a Morr cuando el joven todavía miraba a Rand para ver si éste quería dejarla entrar o no. Rand abrió la boca —enojado, por mucho que lo negara—, y cinco mujeres vestidas con gruesas ropas negras, húmedas con la nieve derretida, siguieron a la Sabia al interior de la estancia, con la mirada baja y las manos enlazadas; las amplias capuchas no ocultaban del todo sus rostros. Llevaban los pies envueltos en andrajos.

A Min se le puso el pelo de punta. A sus ojos, imágenes y halos aparecían y desaparecían sucesivamente en torno a las seis mujeres, al igual que alrededor de Rand. Min había esperado que él se hubiera olvidado de la existencia de esas cinco. ¿Qué demonios estaba haciendo esa retorcida vieja?

Sorilea hizo un gesto acompañado del tintineo de los brazaletes de oro y marfil, y las cinco se colocaron apresuradamente en línea, sobre el Sol Naciente encastrado en el suelo. Rand caminó a lo largo de aquella línea, retirando las capuchas, dejando al descubierto unas caras a las que miró fríamente.

Todas las mujeres de negro estaban sucias, con el cabello apelmazado por el sudor. Elza Penfell, una hermana Verde, buscó ansiosa aquella mirada, con una chocante expresión de fervor. Nesune Bihara, una Marrón esbelta, lo contempló con igual intensidad que él a ella. Sarene Nemdhal, tan hermosa que a pesar del polvo y la suciedad una pensaría que su aparente juventud era natural, daba la impresión de estar manteniendo sólo por un pelo la frialdad propia de su Ajah Blanco. Beldeine Nyram, demasiado nueva con el chal para poseer los rasgos intemporales, ensayó una sonrisa insegura que se borró ante la fija mirada del hombre. Erian Boroleos, pálida y casi tan bella como Sarene, se encogió y después se obligó a sostener aquella frígida mirada. Las dos últimas también eran Verdes, y las cinco formaban parte de las hermanas que lo habían raptado por orden de Elaida. Algunas habían estado entre las que lo habían torturado mientras lo llevaban camino de Tar Valon. A veces Rand todavía se despertaba sudoroso y jadeante, farfullando sobre estar confinado, ser golpeado. Min esperaba no ver la muerte en su mirada.

—A éstas se las declaró *da'tsang*, Rand al'Thor —anunció Sorilea—. Creo que ahora sienten su vergüenza hasta la médula. Erian Boroleos fue la primera en pedir que se la golpeara como hicieron contigo, al amanecer y al anochecer, pero todas han hecho la misma petición a estas alturas. Una petición que se les ha concedido. Todas han pedido también que se les permita servirte en lo que puedan. El *toh* por su traición no puede saldarse. —Su voz se tornó severa un momento; para los Aiel, el rapto era mucho peor que lo que habían hecho

después—. No obstante, saben su vergüenza y quieren intentarlo. Hemos decidido dejar la decisión en tus manos.

Min frunció el entrecejo. ¿Dejarle a él la decisión? Las Sabias rara vez dejaban a otros una decisión que podían tomar ellas. Sorilea no lo hacía *jamás.* La nervuda Sabia se ajustó despreocupadamente el chal y observó a Rand como si aquello no tuviera la menor importancia. Sin embargo, lanzó una rápida y fría mirada a Min, y ésta comprendió de repente que si decía lo que no debía la anciana la despellejaría. Y no fue una visión. Simplemente, a estas alturas conocía a Sorilea mejor de lo que hubiese querido.

Resueltamente, se puso a estudiar lo que aparecía y desaparecía alrededor de las mujeres, tarea nada fácil al encontrarse tan cerca unas de otras que no tenía la seguridad de si una imagen en particular pertenecía a una de ellas o a la que estaba a su lado. Al menos los halos eran seguros siempre. ¡Luz, que fuera capaz de entender al menos algo de lo que veía!

Rand recibió el anuncio de Sorilea con tranquila frialdad, aparentemente. Se frotó lentamente las manos y después examinó las garzas grabadas en sus palmas con detenimiento. A continuación hizo lo mismo con los rostros de las Aes Sedai. Por último, detuvo la mirada en Erian.

—¿Por qué? —le preguntó suavemente—. Maté a dos de tus Guardianes. ¿Por qué?

Min se encogió. Rand era muchas cosas, pero rara vez suave. Y Erian era una de las pocas que lo había golpeado en más de una ocasión.

La pálida illiana se irguió. Las imágenes y los halos surgieron y desaparecieron en rápida sucesión. Nada que Min pudiese interpretar. A pesar de la cara sucia y el largo y negro cabello apelmazado, Erian hizo acopio de la autoridad Aes Sedai y sostuvo su mirada sin vacilar. Sin embargo, su respuesta fue simple y directa.

—Nos equivocamos al capturarte. Hemos reflexionado largamente sobre ello. Debes librar la Última Batalla, y nosotras debemos ayudarte. Si no me aceptas, lo entenderé, pero si me lo permites, te ayudaré como quieras y en lo que requieras.

Rand siguió contemplándola con gesto inexpresivo. Después hizo la misma pregunta a cada una de ellas, y las respuestas fueron tan distintas como lo era cada mujer.

—El Verde es el Ajah de Batalla —respondió, orgullosa, Beldeine, y a despecho de los churretes en sus mejillas y las ojeras marcadas en los párpados, realmente parecía la reina de las batallas. Claro que las mujeres saldaeninas parecían poseer ese rasgo como algo natural en ellas—. Cuando vayas al Tarmon Gai'don, las Verdes deben estar allí. Yo te seguiré, si me aceptas.

¡Luz, iba a vincular a un Asha'man como Guardián! ¿Cómo...? No; eso no era importante ahora.

—Lo que hicimos era lógico en ese momento. —La serenidad mantenida férreamente por Sarene dio paso a una obvia preocupación, y la mujer sacudió la cabeza—. Digo esto para explicarlo, no para disculparlo. Las circunstancias han cambiado. Para ti, podría parecer que el curso lógico sería... —Hizo una inhalación decididamente inestable.

Imágenes y halos; ¡una aventura amorosa apasionada, nada menos! Esa mujer era puro hielo, por muy hermosa que fuese. ¡Y no había nada útil en saber que algún hombre iba a derretirla!

—Sería devolvernos a la cautividad —concluyó la Blanca— o, incluso, ejecutarnos. Para mí, la lógica dice que debo servirte.

Nesune ladeó la cabeza y sus ojos oscuros parecieron tratar de almacenar hasta la última brizna de Rand. Un halo rojo y verde hablaba de honores y fama. Un edificio inmenso apareció sobre su cabeza y desapareció. Una biblioteca que fundaría.

—Quiero estudiarte —manifestó simplemente—. Y difícilmente puedo hacer eso acarreando piedras o excavando agujeros. Con ese tipo de trabajo se tiene tiempo a montones para pensar, pero servirte me parece un precio justo a cambio de lo que podría aprender.

Rand parpadeó por la franqueza de la Marrón, pero, aparte de ello, su expresión no cambió.

La respuesta más sorprendente la dio Elza, más por el modo que por las palabras en sí. Se hincó de rodillas y alzó los ojos febriles hacia Rand. Todo su rostro parecía iluminado por el fervor. Los halos resplandecieron y surgió una cascada de imágenes alrededor, que no revelaron nada a Min.

—Eres el Dragón Renacido —manifestó, falta de aliento—. Tienes que estar allí para la Última Batalla. ¡He de ayudarte a estar allí! ¡Haré todo lo que sea necesario! —Y se inclinó para besar el suelo delante de sus botas. Incluso Sorilea pareció sorprendida, y Sarene se quedó boquiabierta. Morr también la miró boquiabierto, y enseguida se puso a darle vueltas al botón de la chaqueta. A Min le pareció que reía quedamente, nervioso.

Girando sobre sus talones, Rand echó a andar hacia el Trono del Dragón, donde su cetro y la corona de Illian reposaban encima de la chaqueta roja con bordados de oro, pero se detuvo a mitad de camino. Su semblante era tan inexpresivo que Min deseó correr hacia él sin importarle quién había delante, pero siguió estudiando a las Aes Sedai. Y a Sorilea. Nunca había visto nada realmente útil alrededor de aquella vieja bruja.

De pronto Rand se volvió, y se dirigió hacia la línea de mujeres con tanta premura que Beldeine y Sarene dieron un paso atrás. Un seco gesto de Sorilea las hizo volver a su lugar en la línea.

—¿Aceptaríais que se os confinara en un cajón? —Su voz sonaba rechinante, como una piedra al rozar el suelo helado—. ¿Pasar todo el día metidas dentro de un baúl y ser golpeadas cuando se os sacara de él y antes de volver a encerraros en su interior? —Eso era lo que le habían hecho a él.

—¡Sí! —gimió Elza, con el rostro pegado al suelo—. ¡Haré lo que sea necesario!

—Si es lo que quieres, sí —se las ingenió para contestar Erian, con voz temblorosa.

Las demás asintieron lentamente, dejando traslucir una expresión aterrada.

Min no salía de su asombro; apretó los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta. Que él quisiera desquitarse haciéndoles pasar por lo mismo que él había pasado parecía casi lógico, pero tenía que impedirlo de algún modo. Lo conocía mejor que él mismo; sabía en qué era duro como el acero y en qué era vulnerable por mucho que lo negara. Jamás se perdonaría a sí mismo algo así. La ira crispaba su cara y sacudía la cabeza como solía hacer cuando discutía con esa voz que oía. Masculló una sola palabra que Min alcanzó a entender: *ta'veren.* Sorilea lo examinaba con tanta intensidad como Nesune. Ni siquiera la amenaza del baúl alteró a la Marrón. Con excepción de Elza, que seguía gimiendo y besando el suelo, las otras tenían los ojos desorbitados, como si se viesen a sí mismas dobladas y atadas como lo había estado él.

Entre el torrente de imágenes que se sucedían en torno a Rand y a las mujeres, de repente surgió un halo azul y amarillo, teñido de verde, que los abarcó a todos. Y Min supo su significado. Soltó una exclamación ahogada, entre sorprendida y aliviada.

—Te servirán, cada cual a su manera, Rand —se apresuró a comunicarle—. Lo he visto. —¿Que *Sorilea* le serviría? De pronto Min se preguntó qué significaría exactamente «a su manera». Las palabras surgían junto con el conocimiento, pero ella no siempre entendía su significado. No obstante, le *servirían*; de eso no cabía duda.

La ira abandonó el semblante de Rand mientras estudiaba en silencio a las Aes Sedai. Alguna que otra echó una ojeada a Min, enarcando una ceja, obviamente maravilladas de que unas pocas palabras suyas tuvieran tanto peso, pero la mayoría no apartó los ojos de Rand, sin apenas respirar. Hasta Elza levantó la cabeza para mirarlo. Sorilea lanzó una fugaz ojeada a Min e hizo un mínimo gesto de asentimiento. Aprobador, le pareció a la joven. Así pues, la vieja bruja sólo fingía que le daba igual una cosa que otra, ¿no? Finalmente, Rand habló.

—Podéis prestarme el mismo juramento que Kiruna y las otras. Es eso o volver a dondequiera que os hayan tenido retenidas las Sabias. No aceptaré otra cosa.

Cruzado de brazos, con aire impaciente, a pesar del indicio imperativo en su voz, parecía que tampoco a él le importaba. El juramento que exigía fue prestado de inmediato.

Min no esperaba objeciones después de su visión, pero aun así fue una sorpresa cuando

Librodot

Elza se apresuró a ponerse de rodillas y las otras se agacharon para hacer lo mismo. Pronunciándolo a la par, cinco Aes Sedai más juraron por la Luz y por su esperanza de salvación servir lealmente al Dragón Renacido hasta que la Última Batalla llegara y finalizara. Nesune pronunció las palabras como si las examinara de una en una; Sarene como si expusiera un principio de lógica; Elza, exhibiendo una gran sonrisa victoriosa. Cada una a su estilo, pero todas juraron. ¿Cuántas Aes Sedai reuniría alrededor?

Una vez prestado el juramento, Rand pareció perder interés.

—Encontradles ropas y que se unan con tus otras «aprendizas» —le dijo a Sorilea distraídamente. Tenía fruncido el entrecejo, pero no con ella ni por las Aes Sedai—. ¿Cuántas crees que acabarás teniendo?

Min casi dio un brinco al oír en sus labios la idea que se le acababa de ocurrir a ella.

—Las que sean necesarias —replicó secamente la Sabia—. Creo que acudirán más.

Dio una palmada, seguida de un gesto, y las cinco hermanas se incorporaron sin tardanza. Sólo Nesune pareció sorprenderse por la rapidez con que habían obedecido. Sorilea sonrió —una sonrisa muy complacida para provenir de una Aiel— y a Min no le pareció que se debiera a la obediencia de las otras mujeres.

Rand asintió con la cabeza y se dio media vuelta. Había empezado de nuevo a pasear y a fruncir el entrecejo por el tema de Elayne. Min volvió a sentarse en el sillón, deseando tener el libro de maese Fel para leer y el de otra persona para arrojárselo.

Sorilea condujo a las hermanas fuera de la sala, pero ya en la puerta se paró, sujetándola con la mano, y miró a Rand, que se alejaba hacia el trono dorado. Apretó los labios, pensativamente.

—Esa mujer, Cadsuane Melaidhrin, se encuentra bajo este techo hoy otra vez —dijo finalmente—. Me parece que cree que le tienes miedo, Rand al'Thor, por el modo en que la evitas.

Sin más, salió al pasillo. Durante unos largos segundos, Rand permaneció inmóvil, mirando el trono. Luego, bruscamente, se sacudió y recorrió la distancia que lo separaba del trono, de donde cogió la Corona de Espadas. A punto de ponérsela, sin embargo, vaciló y después la soltó de nuevo en el sillón. Se metió la chaqueta y dejó cetro y corona donde estaban.

—Me propongo descubrir qué pretende Cadsuane —anunció—. No viene a palacio a diario sólo porque le guste darse un paseo a través de la nieve. ¿Quieres acompañarme, Min? A lo mejor tienes una visión.

La joven se puso de pie más deprisa que las Aes Sedai antes. Una visita a Cadsuane sería tan placentera como una a Sorilea, pero cualquier cosa le parecía mejor que quedarse sentada allí, sola. Además, quizá sí tuviera una visión. Fedwin salió tras Rand y ella, con una expresión alerta en los ojos.

Las seis Doncellas que montaban guardia en el pasillo se levantaron, pero no los siguieron. Somara era la única a la que Min conocía; le sonrió brevemente a Min y le dedicó una mirada fría y desaprobadora a Rand. Las de las otras fueron fulminantes. Las Doncellas habían aceptado su explicación sobre la razón de que se hubiese marchado sin ellas, para que cualquiera que estuviese vigilándolo pensara que seguía en Cairhien el mayor tiempo posible, pero aun así exigían saber por qué no había enviado a buscarlas después, y para eso Rand no tenía respuesta. Él masculló algo entre dientes y apretó el paso de manera que Min tuvo que esforzarse para no quedarse atrás.

—Observa atentamente a Cadsuane, Min —le dijo—. Y tú también, Morr. Se trae entre manos alguna artimaña Aes Sedai, pero así me aspen si sé qué demonios es. Hay algo...

Min sintió como si un muro la golpeara por detrás; le pareció oír un estruendo ensordecedor, de algo enorme cayendo. Y entonces Rand le dio media vuelta —¿es que estaba tendida en el suelo?—, mirándola con una expresión de miedo que era la primera vez que veía en aquellos ojos azules como un amanecer. Sólo se borró al incorporarse ella, tosiendo. ¡El aire estaba cargado de polvo! Y entonces vio el corredor.

Las Doncellas habían desaparecido de delante de las puertas de Rand. Las propias puertas habían desaparecido, junto con la mayor parte de la pared, y un agujero irregular y enorme se abría en la pared contraria. Podía ver los aposentos claramente a pesar de la polvareda, completamente devastados. Enormes montones de escombros se apilaban por todas partes, y arriba, el techo se abría al cielo. La nieve caía sobre las llamas prendidas entre los escombros. Uno de los grandes postes del lecho sobresalía del suelo resquebrajado, ardiendo como una antorcha, y Min reparó en que podía ver todo el exterior hasta las altas torres, tras el velo de la nevada. Era como si un gigantesco martillo se hubiese descargado sobre el Palacio del Sol. Y si hubiesen estado ahí dentro, en lugar de ir a ver a Cadsuane... Min se estremeció.

—¿Qué...? —empezó, temblorosa la voz, pero después dejó la pregunta sin acabar. Cualquier necio podía ver qué había ocurrido—. ¿Quién? —inquirió, en cambio.

Cubiertos de polvo, con el cabello revuelto y las chaquetas desgarradas, los dos hombres parecían haber rodado por el corredor, y tal vez lo habían hecho. Min tenía la impresión de que se encontraban diez pasos más lejos de las puertas que antes. De donde habían estado las puertas. A lo lejos se alzaban gritos ansiosos que resonaban en los corredores. Ninguno de los hombres le contestó.

—¿Puedo confiar en ti, Morr? —preguntó Rand.

Fedwin lo miró a los ojos directamente.

—Como si en ello fuera vuestra vida, milord Dragón —respondió simplemente.

—Eso es precisamente lo que te confío —repuso Rand. Acarició la mejilla a Min y después se incorporó bruscamente—. Protégela con tu vida, Morr. —Dura como acero, su voz. Sombría como la muerte—. Si siguen en palacio, notarán que intentas abrir un acceso y te habrán machacado antes de que puedas acabar. No encauces a menos que sea preciso, pero estáte preparado. Llévala abajo, a las dependencias de la servidumbre, y mata a cualquiera que intente apoderarse de ella. ¡A cualquiera!

Tras dirigirle una última mirada —¡oh, Luz, en cualquier otro momento, Min habría pensado que podría morir feliz al ver aquella mirada en sus ojos!— salió corriendo, alejándose de la zona destruida. Alejándose de ella. Quienquiera que hubiese intentado matarlo, estaría rastreándolo ahora.

Morr le palmeó el brazo con la mano llena de polvo y le dirigió una sonrisa de niño.

—No te preocupes, Min. Yo cuidaré de ti.

Pero ¿quién cuidaría de Rand? Había preguntado si podía confiar en él a ese muchacho que fue uno de los primeros en acudir a su llamada, pidiendo aprender. Luz, ¿quién lo mantendría a salvo a él?

Rand giró en una esquina del pasillo y se paró, apoyando una mano en la pared, para asir la Fuente. Una estupidez, no querer que Min lo viera tambalearse cuando alguien intentaba matarlo, pero ¡así eran las cosas! Y no era simplemente cualquiera. Demandred, o quizás Asmodean, había vuelto finalmente. O tal vez los dos; había habido una singularidad, como si el tejido hubiese llegado de distintas direcciones. Había percibido el encauzamiento demasiado tarde para hacer nada. Podría haber muerto en sus aposentos. Estaba preparado para morir, pero no para que muriera Min. Ella no. Mejor que Elayne se encontrara lejos, volviéndose contra él. Sí, mejor para ella, pero ¡oh, Luz, cómo dolía!

Aferró la Fuente, y el *Saidin* lo inundó de hielo candente y de fuego helador, de vida y dulzura, de inmundicia y muerte. Se le revolvió el estómago, y vio una doble imagen del pasillo. Durante un instante vislumbró un rostro, no con los ojos, sino en su mente: el de un hombre, rielante e irreconocible, que desapareció al punto. Flotó en el vacío, aislado y henchido de Poder.

«No ganarás —le dijo a Lews Therin—. Si muero, ¡moriré siendo yo!»

«Debí hacer que mi Ilyena se fuera —susurró Lews Therin—. Habría sobrevivido.»

Rechazando firmemente la voz, se apartó de la pared y empezó a recorrer los

corredores de palacio con el mayor sigilo posible, pisando sin hacer ruido, avanzando pegado a las paredes adornadas con tapices, rodeando arcones con incrustaciones de oro y vitrinas doradas que contenían delicadas porcelanas y estatuillas de marfil, escudriñando en derredor en busca de sus atacantes. No se darían por satisfechos hasta dar con su cadáver, pero se acercarían precavidamente a sus aposentos por si acaso había sobrevivido merced a un golpe de suerte *ta'veren.* Esperarían, para ver si se movía dando señales de vida. Dentro del vacío estaba fundido en uno con el Poder hasta donde un ser humano podía hacerlo sin perecer. Dentro del vacío, al igual que con una espada, era uno con su entorno.

Gritos frenéticos y tumulto resonaban en todas direcciones, algunas voces clamando saber qué ocurría, otras chillando que el Dragón Renacido se había vuelto loco. El puñado de sensaciones y frustración dentro de su cabeza que era Alanna le procuró un pequeño consuelo. La mujer se encontraba fuera de palacio, como lo había estado toda la mañana, tal vez incluso fuera de las murallas de la ciudad. Ojalá Min también hubiera estado ausente. A veces veía hombres y mujeres, sirvientes de uniforme negro en su mayor parte, corriendo por uno u otro pasillo, tropezando y cayendo y levantándose de nuevo para reanudar la carrera. Ellos no lo vieron. Con el Poder hinchiéndolo podía oír cada susurro, incluido el de botas flexibles trotando ligeramente.

Se pegó contra la pared, junto a una larga mesa sobre la que reposaban piezas de porcelana, tejió rápidamente Fuego y Aire alrededor y permaneció completamente inmóvil envuelto en Luz Plegada.

Las Doncellas aparecieron, un tropel, velados los rostros, y pasaron a su lado sin verlo. Hacia sus aposentos. No podía permitir que lo acompañaran; lo había prometido, pero dejarlas combatir, no que las masacraran. Cuando encontrara a Demandred y a Asmodean, lo único que las Doncellas podrían hacer era morir, y él ya tenía otros cinco nombres que aprender y añadir a su lista. Somara, de los Daryne de Pico Corvo, ya estaba incluida en ella. Una promesa que no tuvo más remedio que hacer; una promesa que estaba obligado a cumplir. ¡Sólo por esa promesa merecía la muerte!

«A las águilas y a las mujeres sólo se las puede mantener a salvo dentro de una jaula», dijo Lews Therin, como citando textualmente, y entonces, de repente, rompió a llorar mientras la última Doncella se perdía de vista.

Rand siguió avanzando, desplazándose adelante y atrás por el palacio en arcos que lo alejaban lentamente de sus aposentos. La Luz Plegada requería una mínima cantidad de Poder —tan insignificante que ningún hombre habría percibido el uso del *Saidin* a menos que se diese de bruces con él— y Rand la utilizaba cada vez que parecía que alguien estaba a punto de verlo. Sus atacantes no habían arremetido contra sus aposentos confiando en que se encontrara allí por azar. Tenía que haber espías en palacio. Tal vez había sido el efecto *ta'veren* lo que lo había impulsado a salir de sus habitaciones, si es que un *ta'veren* podía influir sobre sí mismo, o tal vez sólo fue casualidad, pero quizás el efecto de atracción que ejercía en el Entramado tiraría de sus atacantes hacia él, poniéndolos a su alcance cuando aún lo creyeran muerto o herido. Esa idea hizo que Lews Therin soltara una risita. Rand casi podía sentir al hombre frotándose las manos ante la perspectiva.

Tuvo que esconderse tras el tejido del Poder en otras tres ocasiones, al paso de Doncellas veladas, y una vez cuando vio a Cadsuane avanzando a buen paso corredor adelante, con nada menos que seis Aes Sedai pisándole los talones, a ninguna de las cuales reconoció. Parecía estar a la caza. No es que tuviese exactamente miedo de la hermana de cabello gris. ¡No, pues claro que no! No obstante, aguardó a que ella y sus compañeras se hubieran perdido de vista antes de soltar el tejido que lo ocultaba. A Lews Therin no le hizo reír Cadsuane. Se quedó callado como una tumba hasta que la mujer desapareció.

Rand se apartó de la pared; una puerta que había justo a su derecha se abrió de repente y Ailil asomó la cabeza. Rand ignoraba que se encontraba cerca de su habitación. Detrás de ella se encontraba una mujer de tez oscura, con gruesos aros de oro en las orejas y una cadena llena de medallones que unía uno de los pendientes con el aro de la nariz: Shalon, Detectora

de Vientos de Harine din Togara, la embajadora Atha'an Miere que se había trasladado a palacio con su comitiva casi en el mismo momento en que Meara le había informado a él del acuerdo. Y estaba reunida con una mujer que quizá deseaba que muriera. Los ojos de las dos se desorbitaron al verlo.

Actuó con tanta delicadeza como le fue posible, pero tenía que actuar con rapidez. Unos segundos después de que se hubiese abierto la puerta, estaba metiendo a empujones a Ailil debajo de la cama, junto a Shalon. Quizá no tenían nada que ver con lo ocurrido. Tal vez. Más valía tomar precauciones que lamentarlo después. Asestándole miradas furibundas por encima de las bocas amordazadas con unos pañuelos de Ailil, las dos mujeres forcejearon contra las ataduras hechas de la sábana rasgada en tiras con las que les había atado muñecas y tobillos. El escudo que ató sobre Shalon aguantaría un día o dos hasta que el nudo se deshiciera, pero alguien las encontraría antes y cortaría las otras ataduras.

Preocupado por lo del escudo, Rand abrió la puerta una rendija para echar una ojeada fuera, y luego salió apresuradamente al desierto pasillo. No había podido dejar a la Detectora de Vientos libre para encauzar, pero escudar a una mujer requería mucho más que una pizca de Poder. Si uno de sus atacantes se encontraba lo bastante cerca... Sin embargo, tampoco vio a nadie en los pasillos transversales que cruzó.

Cincuenta pasos más allá de la habitación de Ailil el corredor desembocaba en una galería abierta, de mármol azul y con una ancha escalinata en cada extremo, que se abría en un salón cuadrado, de techo abovedado, y con otra especie de galería en el lado opuesto. Tapices de diez pasos colgaban en las paredes, recreando pájaros en vuelo y motivos al estilo severo de Cairhien. Abajo, Dashiva miraba en derredor mientras se lamía los labios con incertidumbre. ¡Gedwyn y Rochaid se encontraban con él! Lews Therin farfulló sobre matar.

—Te repito que yo no he sentido nada —estaba diciendo Gedwyn—. ¡Ha muerto!

Entonces Dashiva vio a Rand, en lo alto de la escalinata.

La única advertencia que tuvo fue el repentino gruñido que crispó el rostro de Dashiva. Éste encauzó y, sin tiempo para pensar, Rand tejió... no supo qué, como le ocurría tan a menudo; algo extraído de los recuerdos de Lews Therin. Ni siquiera estaba seguro de ser él el que creaba totalmente el tejido o si Lews Therin aferraba el *Saidin.* Aire, Fuego y Tierra se entrelazaron alrededor sin más. El fuego que salió de Dashiva estalló, destrozando mármol y lanzando a Rand por el aire, hacia el pasillo, rebotando y rodando dentro de la envoltura protectora, esa barrera que impediría el paso de cualquier cosa con excepción del fuego compacto. Incluido el aire.

Rand soltó el tejido, falto de aliento, mientras resbalaba sobre el suelo, con el estampido de las explosiones resonando todavía en sus oídos, el polvo flotando en el aire y fragmentos de mármol lloviéndole encima. Sin embargo, más que para poder respirar, soltó el tejido porque lo que podía mantener fuera al Poder también le impedía salir. Antes de que acabara de deslizarse por el pasillo, encauzó Fuego y Aire, pero tejidos de un modo muy distinto a como había hecho para la Luz Plegada. De su mano izquierda salieron disparados finísimos flujos rojos que se abrieron en abanico a medida que atravesaban los muros que se interponían entre él y el lugar donde Dashiva y los otros habían estado de pie. De su mano derecha salieron bolas ígneas, Fuego y Aire, en una sucesión vertiginosa, demasiado deprisa para poder contarlas, y traspasaron la piedra antes de estallar en la sala central. Un ininterrumpido y ensordecedor fragor hizo temblar el palacio. El polvo que había caído volvió a alzarse en el aire, y los fragmentos de piedra saltaron a lo alto.

Casi de inmediato, sin embargo, Rand se encontraba de pie y corría, de vuelta hacia las habitaciones de Ailil. El hombre que atacaba y se quedaba en el mismo sitio estaba pidiendo que lo mataran. Él estaba dispuesto a morir, pero todavía no. Tirantes los labios en un gruñido mudo, corrió por otro pasillo y bajó por una estrecha escalera de la servidumbre que lo llevó al piso inferior.

Se encaminó con precaución hacía el lugar donde había visto a Dashiva, listo para lanzar tejidos mortíferos en una fracción de segundo.

Librodot

«Debí matarlos a todos al principio —jadeó Lews Therin—. ¡Debí matarlos a todos!»

Rand dejó que bramara de rabia sin hacerle caso.

El amplio vestíbulo parecía haber sido arrasado con fuego. De los tapices sólo quedaban fragmentos calcinados que aún eran pasto de las llamas, y el suelo y las paredes presentaban agujeros de un metro de diámetro. La escalinata en la que había estado Rand terminaba bruscamente a mitad de camino, diez metros por encima del vestíbulo. De los tres hombres no había señal. No podían haberse consumido por completo; tendrían que quedar restos.

Un criado con uniforme negro asomó cautelosamente la cabeza desde una pequeña puerta que había junto a la escalinata del lado contrario. Al ver a Rand, los ojos se le pusieron en blanco y se desplomó en el suelo, desmayado por la impresión. Una criada se asomó por un corredor, se remangó la falda y echó a correr por donde había venido al tiempo que chillaba a pleno pulmón que el Dragón Renacido estaba matando a todos los que se encontraban en palacio.

Rand abandonó el vestíbulo, torciendo el gesto. Se le daba muy bien asustar a la gente que no podía hacerle daño. Y desatar la destrucción.

«Destruir o ser destruido —rió Lews Therin—. Cuando es la única opción que se tiene, ¿qué diferencia hay entre lo uno o lo otro?»

En algún lugar de palacio, un hombre encauzó suficiente Poder para hacer un acceso. ¿Dashiva y los otros, dándose a la fuga? ¿O querían que pensara eso?

Recorrió los pasillos de palacio, sin molestarse ya en ocultarse. Cosa que todo el mundo parecía haber hecho. Los pocos criados que vio huyeron gritando. Corredor tras corredor, rastreó su presa, lleno a reventar de *Saidin*, de un torrente de fuego y hielo que intentaba aniquilarlo como lo había intentado Dashiva, de un raudal de infección que se arrastraba abriéndose paso hasta su alma. No necesitaba la risa demente y los desvaríos de Lews Therin para estar colmado del ansia de matar.

Atisbó fugazmente una chaqueta negra y su mano descargó fuego que estalló arrancando la esquina donde se cruzaban los dos pasillos. Rand dejó que el flujo del tejido decreciera, pero no lo soltó. ¿Lo habría matado?

—¡Milord Dragón! —gritó una voz, al otro lado del recodo destrozado—. ¡Soy yo, Narishma! ¡Y Flinn!

—No te reconocí —mintió Rand—. Venid aquí.

—Creo que quizás estéis muy arrebatado —contestó la voz de Flinn—. Me parece que deberíamos esperar a que los ánimos se calmasen.

—Sí —dijo lentamente Rand. ¿De verdad había intentado matar a Narishma? No creía que pudiera poner como excusa a Lews Therin—. Sí, tal vez sea lo mejor. Durante un rato más.

No hubo respuesta. ¿Se oían pasos retirándose? Se obligó a bajar las manos y giró hacia la dirección contraria.

Buscó por palacio durante horas sin encontrar señales de Dashiva y los otros. Por los corredores y los grandes salones, incluso en las cocinas, no había ni un alma. No encontró nada ni descubrió nada. No. Comprendió que había averiguado algo: la confianza era un cuchillo, y su empuñadura era tan afilada como su hoja.

Y con ese conocimiento llegó el dolor.

El pequeño cuarto con los muros de piedra se hallaba a gran profundidad bajo el Palacio del Sol, y se estaba caliente a pesar de que no había chimenea, pero Min sintió frío. Tres lámparas doradas, colocadas sobre la pequeña mesa, daban luz de sobra. Rand había dicho que desde allí podría sacarla aun en el caso de que alguien intentara arrasar el palacio hasta sus cimientos. Por el tono de su voz, no hablaba en broma.

Sosteniendo la corona de Illian en el regazo, contempló a Rand, que observaba detenidamente a Fedwin. Al ceñir las manos sobre la corona, las aflojó de inmediato cuando

sintió los pinchazos de las minúsculas espadas escondidas entre las hojas de laurel. Qué curioso que la corona y el cetro hubiesen salido indemnes cuando el Trono del Dragón no era más que un montón de astillas doradas, enterradas entre cascotes. Una gran bolsa de cuero al lado de su silla, con el talabarte y la espada envainada de Rand recostadas contra ella, contenía todo lo que él había conseguido rescatar de los montones de escombros. Elecciones extrañas en su mayor parte, a su juicio.

«Redomada idiota —pensó—. No pensar en lo que tienes delante de las narices no hará que desaparezca.»

Rand estaba sentado en el suelo de piedra, con las piernas cruzadas, todavía rebozado de polvo y lleno de arañazos, con la chaqueta desgarrada. Su rostro parecía tallado, contemplando fijamente, sin pestañear siquiera, a Fedwin. El chico también estaba sentado en el suelo, con las piernas extendidas en un ángulo abierto. Mordiéndose la punta de la lengua, Fedwin se hallaba concentrado en construir una torre con bloques de madera. Min tragó saliva con esfuerzo.

Todavía recordaba el horror experimentado cuando se dio cuenta de que el chico que la «guardaba» tenía ahora la mente de un niño pequeño. Tampoco se había borrado la sensación de tristeza —¡Luz, sólo era un muchacho! ¡No era justo!—, pero esperaba que Rand lo mantuviera aún escudado. No había resultado fácil convencer a Fedwin de que jugase con aquellos bloques de madera en lugar de arrancar piedras de los muros, utilizando el Poder, a fin de construir «una gran torre para mantenerte a salvo dentro». Y entonces fue ella la que se ocupó de vigilarlo hasta que Rand llegó. Oh, Luz, qué ganas de llorar tenía. Por Rand más aún que por Fedwin.

—Os resguardasteis en las profundidades, al parecer.

La profunda voz no había acabado de hablar desde el umbral de la puerta cuando Rand ya estaba de pie, haciendo frente a Mazrim Taim. Como siempre, el hombre de nariz ganchuda vestía una chaqueta negra con dragones azules y dorados ascendiendo en espiral por las mangas. A diferencia de los otros Asha'man, no llevaba los alfileres de la espada y el dragón prendidos en el cuello de la prenda. Su semblante era casi tan inexpresivo como el de Rand, quien, mientras contemplaba fijamente a Taim pareció rechinar los dientes. Min sacó subrepticiamente una daga de su manga. Igual de numerosas eran las imágenes y los halos que surgían en torno a un hombre y a otro, pero no fue una visión la que la había puesto repentinamente alerta. Ya había visto antes a un hombre intentando decidir si matar o no a otro, y eso era exactamente lo que veía ahora.

—¿Vienes aquí aferrando el *Saidin*, Taim? —inquirió Rand, con demasiada suavidad. El otro hombre extendió las manos y Rand añadió—: Eso está mejor. —Sin embargo, no se relajó.

—Una mera precaución para no acabar alanceado por accidente comentó Taim—, en mi camino hacia aquí a través de corredores abarrotados de esas Aiel. Parecen muy alteradas. —Sus ojos no se apartaron de Rand un solo instante, pero a Min no le cabía duda de que la había visto tocando la daga—. Muy comprensible, por supuesto —continuó suavemente—. Me faltan palabras para expresar la alegría de encontraros vivo después de ver lo que hay ahí arriba. Vine para informar sobre unos desertores. Normalmente, no me habría molestado en hacerlo, pero se trata de Gedwyn, Rochaid, Torval y Kisman. Por lo visto, estaban descontentos con los acontecimientos de Altara, pero jamás imaginé que llegarían tan lejos. No he visto a ninguno de los hombres que dejé con vos. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia Fedwin, sólo una fracción de segundo—. ¿Ha habido otras... bajas? Me llevaré a éste, si queréis.

—Les dije que se mantuvieran fuera de la vista —replicó Rand con voz dura—. Y yo me ocuparé de Fedwin. Fedwin Morr, Taim, no «éste».

Entonces se volvió hacia la pequeña mesa para coger la copa de plata que había entre las lámparas. Min contuvo el aliento.

—La Zahorí de mi pueblo podía curar cualquier cosa —dijo Rand mientras se

Librodot

arrodillaba junto a Fedwin. De algún modo, se las arregló para sonreír al muchacho sin apartar la vista de Taim. Fedwin respondió con otra sonrisa, alegre, e intentó coger la copa, pero Rand la sostuvo para que bebiera—. Sabe más sobre hierbas medicinales que cualquier persona que conozco. Aprendí algo de ella, cuáles son peligrosas y cuáles no. —Fedwin suspiró mientras Rand retiraba la copa y recostaba al muchacho contra su pecho—. Duerme, Fedwin —murmuró.

Pareció que el muchacho se estaba durmiendo. Sus ojos se cerraron. Su pecho subió y bajó más despacio. Y más. Hasta que se paró. La sonrisa no se borró de sus labios.

—Una pizca de algo en el vino —musitó Rand mientras tumbaba a Fedwin en el suelo.

A Min le ardían los ojos, pero no iba a llorar. ¡No iba a llorar!

—Sois más duro de lo que creía —masculló Taim.

Rand le sonrió; era una mueca dura, feroz.

—Añade el nombre de Corlan Dashiva a tu lista de desertores, Taim. La próxima vez que visite la Torre Negra, espero ver su cabeza colgando en tu famoso Árbol de los Traidores.

—¿Dashiva? —gruñó Taim, los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Se hará como decís. Cuando visitéis la Torre Negra —añadió, recobrándose con sorprendente rapidez, todo él roca pulida y aplomo de nuevo.

Con qué ansia deseó Min poder interpretar las visiones que se le ofrecían de ese hombre.

—Regresa a la Torre Negra y no vuelvas aquí. —Rand se levantó y se giró de cara al otro hombre, por encima del cadáver de Fedwin—. Es posible que me traslade a otro lugar durante un tiempo.

—Como ordenéis. —La reverencia de Taim fue minúscula.

Cuando la puerta se cerró tras él Min soltó un profundo suspiro.

—No tiene sentido perder tiempo y no hay tiempo que perder —murmuró Rand. Se arrodilló ante ella, cogió la corona y la guardó con las otras cosas en la bolsa de cuero—. Min, creía que yo era la jauría entera, dando caza a un lobo tras otro, pero al parecer el lobo soy yo.

—Maldita sea, Rand —exclamó Min; lo agarró del pelo y lo miró a los ojos, ora azules, ora grises, un cielo justo antes de amanecer. Y secos—. Puedes llorar, Rand al'Thor. ¡No te ablandarás porque llores!

—Tampoco tengo tiempo para las lágrimas, Min —respondió en voz queda—. A veces, los sabuesos alcanzan al lobo y desean no haberlo hecho. A veces, el lobo se revuelve contra ellos o los espera emboscado. Pero antes, el lobo tiene que huir.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó. No le soltó el pelo. No pensaba soltarse de él nunca. Jamás.

Librodot

CAPÍTULO 16

Comienzos

Manteniendo cerrada la capa forrada de piel con una mano, Perrin dejó que *Recio* avanzara al paso marcado por el propio animal. El sol de media mañana apenas proporcionaba calor, y la nieve surcada de roderas en la calzada que conducía a Abila presentaba una superficie irregular y resbaladiza que dificultaba la marcha. Sus doce compañeros y él compartían el camino con sólo dos carros tirados por yuntas de bueyes, que se movían lenta y pesadamente. En realidad, todos avanzaban penosamente, gachas las cabezas, sujetando sombreros o gorros cada vez que soplaba una ráfaga, pero aparte de eso iban concentrados en el terreno bajo sus pies.

Detrás de él, oyó a Neald hacer un comentario procaz en voz baja; Grady respondió con un gruñido, y Balwer aspiró el aire por la nariz con actitud remilgada. Ninguno de los tres parecía sentirse afectado por lo que habían visto y oído en el transcurso del último mes, desde que habían cruzado la frontera y entrado en Amadicia, o por lo que aún estaba por llegar. Edarra reprendía severamente a Masuri por dejar que su capucha resbalara. Edarra y Carelle llevaban sus chales puestos encima de las capas, cubriéndoles cabeza y hombros, pero incluso después de haber admitido la necesidad de ir a caballo, se habían negado en redondo a cambiar las amplias faldas por prendas más acordes, de manera que iban enseñando las piernas, enfundadas en medias oscuras, hasta la rodilla. El frío no parecía incomodarlas en absoluto; sólo lo que para ellas tenía de insólito la nieve en sí. Carelle empezó a advertir a Seonid lo que ocurriría si no mantenía bien oculto el rostro.

Por supuesto, si dejaba que se viesen sus rasgos demasiado pronto, una dosis de correazos sería lo menos que podía temer que le pasara, como la Sabia y ella sabían muy bien. Perrin no tenía que mirar hacia atrás para saber que los tres Guardianes de las hermanas, en la retaguardia, abrigados con capas corrientes, eran hombres a la expectativa de que en cualquier momento surgiese la necesidad de desenvainar las armas o abrirse paso a golpe de espada. Tal había sido su actitud desde que partieron del campamento al amanecer. Perrin pasó el pulgar, enfundado en el guante, a lo largo del hacha colgada al cinto, y después se agarró la capa justo antes de que una repentina ráfaga la hinchara como una vela. Si eso salía mal, quizá los Guardianes tuvieran razón.

A la izquierda, a corta distancia de donde la calzada cruzaba un puente de madera por encima de un arroyo helado, el cual se curvaba siguiendo el trazado de la ciudad, unos maderos carbonizados sobresalían del blanco manto, encima de una gran plataforma cuadrada de piedra, con la nieve apilada en sus bases. Remiso en proclamar su lealtad al Dragón Renacido, el señor del lugar había tenido suerte de ser meramente flagelado y que se le requisara todo cuanto poseía. Un puñado de hombres apostados en el puente observaba al grupo que se aproximaba. Perrin no vio yelmos ni armaduras, pero todos ellos empuñaban lanza o ballesta, aferrándolas con tanto empeño como sus capas. No hablaban entre ellos, sólo observaban; el vaho de sus respiraciones formaba volutas ante sus rostros. Había más guardias agrupados por el perímetro de la ciudad, en cada arranque de calzada, en cada hueco entre dos edificios. Éste era territorio del Profeta, pero los Capas Blancas y el ejército del rey Ailron todavía controlaban grandes extensiones del país.

—Hice bien en no traerla aquí —murmuró Perrin—, pero en cualquier caso pagaré por

ello.

—Por supuesto que lo pagarás —resopló Elyas. Para ser un hombre que había pasado la mayor parte de los últimos quince años desplazándose a pie, dominaba bien su castrado pardusco. Se había agenciado una capa forrada con piel de zorro negro jugando a los dados con Gallene. Aram, que marchaba al otro lado de Perrin, dirigió una mirada sombría a Elyas, pero el barbudo hombre no le hizo el menor caso. No congeniaban—. Con una mujer, un hombre siempre paga antes o después, tanto si lo merece como si no. Pero yo tenía razón, ¿a que sí?

Perrin asintió. A regañadientes. Seguía sin parecerle correcto aceptar el consejo de otro hombre con respecto a su esposa, incluso con comedimiento, indirectamente; sin embargo, parecía funcionar. Ni que decir tiene que levantarle la voz a Faile era tan difícil como no levantársela a Berelain, pero había conseguido hacer esto último con bastante frecuencia, y lo primero en varias ocasiones. Había seguido el consejo de Elyas al pie de la letra. Bueno, casi al pie de la letra. Hasta donde le fue posible. Aquel penetrante aroma de celos seguía surgiendo en presencia de Berelain, pero, por otro lado, el efluvio a sentirse dolida había desaparecido durante el lento avance hacia el sur. Aun así, se sentía inquieto. Cuando le dijo firmemente que no iría con él esa mañana, ¡no había pronunciado una sola palabra de protesta! Incluso olió a... ¡complacida! Entre otras cosas, incluido un repentino sobresalto. Además ¿cómo podía sentirse complacida y furiosa a la vez? Ni el menor indicio de ello había asomado a su semblante, pero su olfato no fallaba nunca. ¡De algún modo, parecía que cuanto más conocía a las mujeres, menos sabía!

Los guardias del puente se pusieron ceñudos y toquetearon sus armas mientras los cascos de *Recio* sonaron sobre los tablones con un ruido hueco. Era la clásica mezcolanza de tipos que seguía al Profeta, hombres de caras sucias, con chaquetas de seda demasiado grandes para ellos, camorristas callejeros con cicatrices en el rostro y aprendices de mejillas sonrosadas, antiguos mercaderes y artesanos, con aspecto de llevar meses durmiendo con sus otrora finas ropas de paño puestas. No obstante, se notaba que sus armas estaban bien cuidadas. Algunos tenían un brillo febril en los ojos; los otros mostraban una expresión cautelosa, inflexible. Además de a suciedad, olían a ansiedad, impaciencia, fervor, miedo, en un confuso revoltijo.

No hicieron movimiento alguno para cerrarles el paso, limitándose a mirarlos, sin apenas pestañear. Por lo que Perrin había oído, todo tipo de gentes, desde damas vestidas con sedas hasta pordioseros cubiertos de andrajos, acudían al Profeta con la esperanza de que al someterse personalmente contarían en su favor. O quizá para obtener una mayor protección. Tal era la razón de que hubiese ido por ese camino, con sólo un puñado de acompañantes. Asustaría a Masema si la situación lo requería —y si es que había algo que asustara a ese hombre—, pero le había parecido mejor intentar llegar hasta él sin tener que librar una batalla. Pudo sentir los ojos de los guardias clavados en su espalda hasta que él y los demás hubieron cruzado el corto puente y entrado en las calles pavimentadas de Abila. Dejar atrás aquella opresiva vigilancia, sin embargo, no significó que experimentara alivio.

Abila era una ciudad bastante grande, con varias torres de vigilancia altas y muchos edificios de hasta cuatro pisos, todos ellos techados con pizarra. Aquí y allí, montones de piedras y vigas llenaban un hueco entre dos construcciones, donde una posada o la tienda de algún mercader había sido derribada. El Profeta desaprobaba la riqueza obtenida comerciando tanto como las francachelas o, como sus seguidores lo llamaban, la conducta lasciva. Desaprobaba un montón de cosas, y dejaba claras sus opiniones con duros castigos ejemplares.

Las calles estaban abarrotadas de gente, pero Perrin y sus compañeros eran los únicos que iban a caballo. La nieve pisoteada hacía mucho que se había convertido en una masa medio congelada que llegaba a la altura del tobillo. La abundancia de carros tirados por bueyes hacía lento su avance entre la muchedumbre, pero apenas se veían carretas y ni un solo carruaje. Excepto los que vestían ropas desechadas o posiblemente robadas, todo el

mundo llevaba prendas de lana, pardas y sin gracia. La mayoría caminaba apresuradamente, pero al igual que las gentes en la calzada, con la cabeza gacha. Los que no iban con prisa eran grupos dispersos de hombres armados. En las calles, el olor predominante era a suciedad y a miedo, e hizo que a Perrin se le pusiera de punta el vello de la nuca. Al menos, llegado el caso, salir de una ciudad sin muralla no resultaría más difícil que entrar en ella.

—Milord —murmuró Balwer mientras pasaban ante uno de aquellos montones de escombros. Apenas aguardó el gesto de asentimiento de Perrin antes de dar media vuelta a su montura, separándose del grupo y encaminándose en otra dirección, encorvado sobre la silla y arrebujado en la capa marrón. A Perrin no le preocupaba que el reseco hombrecillo deambulara solo, ni siquiera allí. Para ser un secretario, se las ingeniaba muy bien para enterarse de un increíble montón de cosas durante sus correrías. Parecía saber muy bien lo que hacía.

Apartando a Balwer de sus pensamientos, Perrin se concentró en lo que *él* hacía allí.

Sólo tuvieron que preguntarlo una vez, a un joven larguirucho con una expresión extasiada en el rostro, para saber dónde se albergaba el Profeta, y a otros tres tipos en las calles para dar con la casa de la mercader, un edificio de cuatro pisos, de piedra, con molduras y marcos de ventanas de mármol. Masema desaprobaba que se amasara dinero, pero sí parecía dispuesto a aceptar alojamiento de aquellos que lo hacían. Por otro lado, Balwer afirmaba que también había dormido en chozas con goteras con igual frecuencia y se había dado por satisfecho. Masema sólo bebía agua y, allí adonde fuera, contrataba a una pobre viuda y comía los alimentos que ésta le preparaba, mejores o peores, sin protestar. El hombre era responsable de que hubiese muchas viudas como para que ese gesto caritativo tuviera peso en opinión de Perrin.

A diferencia de la multitud que abarrotaba las calles en otros lugares de la ciudad, no había gente frente a la alta casa; sin embargo, el número de guardias armados, iguales a los del puente, casi compensaba esa ausencia. Miraron a Perrin con gesto sombrío, cuando no con insolente mofa. Las dos Aes Sedai mantenían los rostros ocultos y las cabezas gachas, el vaho de la respiración saliendo entre los pliegues de las capuchas. Con el rabillo del ojo, Perrin vio a Elyas toquetear la empuñadura de su largo cuchillo. A decir verdad, a él le costó un gran esfuerzo no acariciar su hacha.

—Traigo un mensaje del Dragón Renacido para el Profeta —anunció. Al ver que ninguno de los hombres se movía, añadió—: Soy Perrin Aybara. El Profeta me conoce.

Balwer le había advertido del peligro que implicaba llamar a Masema por su nombre o de referirse a Rand de otro modo que no fuese el Dragón Renacido. No había ido allí para provocar un disturbio.

Su afirmación de que conocía a Masema hizo reaccionar a los guardias. Varios intercambiaron miradas y uno de ellos corrió al interior de la casa. Los demás se quedaron mirándolo de hito en hito, como si fuese un juglar. En cuestión de segundos, una mujer salió a la puerta. Atractiva, con un toque blanco en las sienes y luciendo un vestido de cuello alto, en paño azul de buena calidad pero sin adornos, podría haber sido la propia mercader en persona. Masema no echaba a las calles a quienes le ofrecían hospitalidad, pero sus sirvientes o peones de labranza por lo general acababan formando parte de una de las bandas que «difundían las glorias del lord Dragón».

—Si tenéis a bien seguirme, maese Aybara —empezó tranquilamente la mujer—, vos y vuestros amigos, os conduciré ante el Profeta del lord Dragón, que la Luz ilumine su nombre.

Su voz sonaría tranquila, pero el olor a terror emanaba de ella. Tras ordenar a Neald y a los Guardianes que se quedaran vigilando los caballos hasta que regresaran, Perrin siguió a la mujer al interior de la casa, seguido por los otros. Dentro estaba oscuro, con muy pocas lámparas encendidas, y la temperatura no era mucho más cálida que en la calle. Hasta las Sabias parecían apocadas. No es que oliesen a miedo, pero sí a algo muy parecido, al igual que las Aes Sedai, y Grady y Elyas olían a cautela, a vello de la nuca erizado y orejas echadas hacia atrás. Curiosamente, el efluvio de Aram era de impaciente ansiedad. Perrin esperaba

Librodot

que el chico no desenvainara la espada a su espalda.

La amplia y alfombrada estancia a la que la mujer los condujo, con lumbres encendidas en sendas chimeneas a ambos extremos, podría haber pasado por el estudio de un general, con todas las mesas y la mitad de las sillas cubiertas de mapas y papeles; la temperatura era lo bastante alta como para que Perrin se retirara la capa hacia atrás y lamentara llevar dos camisas debajo de la chaqueta. Sin embargo, fue Masema, de pie en mitad de la habitación, quien atrajo su mirada de inmediato como atraería un imán las virutas de hierro: un hombre atezado, ceñudo, con la cabeza afeitada y una pálida cicatriz triangular en una mejilla, vestido con una arrugada chaqueta gris y botas raspadas. Sus ojos oscuros, muy hundidos, ardían como negras ascuas, y su olor... El único calificativo que se le ocurría a Perrin para ese efluvio, duro como acero, afilado como una cuchilla y vibrante de intensidad, era locura. ¿Y Rand creía que él podría ponerle una correa a eso?

—Así que eres tú —gruñó Masema—. No pensé que te atrevieses a aparecer por aquí. ¡Sé lo que has estado haciendo! Hari me lo contó hace más de una semana y me he mantenido informado.

Un hombre se movió en una esquina de la habitación, un tipo de ojos juntos, con una prominente nariz, y Perrin se recriminó por no haber reparado antes en él. La chaqueta de seda verde de Hari era mucho más fina que la que había llevado cuando negó que coleccionase orejas. El individuo se frotó las manos y sonrió ferozmente a Perrin, pero guardó silencio ya que Masema siguió hablando, la voz creciendo en ardor con cada palabra, pero no con ira, sino como si quisiera grabar a fuego cada sílaba en la piel de Perrin.

—Sé que has asesinado a hombres que acudieron a las filas del lord Dragón. ¡Sé que intentas forjar tu propio reino! ¡Sí, sé lo de Manetheren! ¡Tu ambición! ¡Tus ansias de gloria! ¡Has vuelto la espalda a...!

De repente los ojos de Masema se desorbitaron y, por primera vez, la ira impregnó su olor. Hari soltó un sonido ahogado y se pegó a la pared como si quisiera retroceder a través de ella. Seonid y Masuri se habían retirado las capuchas y mostraban sus rostros, sosegados y fríos, y obviamente de Aes Sedai para cualquiera que conociera su aspecto. Perrin se preguntó si estarían abrazando el Poder. Habría apostado que las Sabias lo hacían. Edarra y Carelle miraban en todas direcciones a la vez, y con sus rostros relajados o no, si Perrin había visto alguna vez a una persona lista para luchar, eran ellas. A decir verdad, ese estar aprestado a la lucha era en Grady algo tan natural como el respirar; tal vez también aferraba el Poder. Elyas estaba recostado en la pared, junto a las puertas abiertas, aparentemente tan tranquilo como las hermanas, pero olía a estar listo para morder. ¡Y Aram observaba a Masema boquiabierto! ¡Luz!

—¡De modo que eso también es verdad! —espetó Masema, saliéndole gotitas de saliva—. ¡Además de ir difundiendo sucios rumores contra el sagrado nombre del lord Dragón, te atreves a viajar con esas... esas...!

—Han jurado lealtad al lord Dragón, Masema —lo interrumpió Perrin—. ¡Le sirven! ¿Lo haces tú? Me envió para detener las matanzas. Y para llevarte a su presencia. —Como nadie le ofrecía una silla, tiró el montón de papeles de una y se sentó. Ojalá los demás hicieran lo mismo; parecía más difícil gritar cuando uno estaba sentado.

Hari lo miraba con los ojos abiertos como platos, y Masema temblaba de ira. ¿Por haberse sentado sin que se lo pidiera? Ah, sí. Ahora lo entendía.

—He renunciado a los nombres mundanales —manifestó fríamente Masema—. Soy simplemente el Profeta del lord Dragón, que la Luz lo ilumine y el mundo se arrodille ante él. —Por su tono, tanto la Luz como el mundo lamentarían no hacer lo uno o lo otro—. Queda mucho por hacer aquí. Grandes empresas. Todos deben obedecer cuando el lord Dragón llama, pero el invierno entorpece los viajes. Un retraso de unas pocas semanas no tendrá mucha importancia.

—Puedo situarte en Cairhien hoy —dijo Perrin—. Una vez que el lord Dragón haya hablado contigo, podrás regresar del mismo modo y estar de vuelta aquí en unos pocos días.

—Si es que Rand lo dejaba volver.

Masema reculó enseñando los dientes y asestando una mirada feroz a las Aes Sedai.

—¿Con alguna artimaña del Poder? ¡No entraré en contacto con el Poder! ¡Es una blasfemia que los mortales lo toquen!

Faltó poco para que Perrin se quedara boquiabierto.

—¡El Dragón Renacido encauza, hombre!

—¡El bendito lord Dragón no es un hombre cualquiera, Aybara! —bramó Masema—. ¡Es la Luz hecha carne! ¡Obedeceré a su llamada, pero no dejaré que me toque la inmundicia que hacen estas mujeres!

Recostándose pesadamente en la silla, Perrin suspiró. Si el tipo se tomaba así de mal que las Aes Sedai encauzaran, ¿qué haría cuando se enterara de que Grady y Neald podían hacerlo? Durante un instante se planteó la posibilidad de atizarle un golpe en la cabeza simplemente y... Por el corredor pasaban hombres que se detenían para echar una ojeada antes de seguir caminando apresuradamente. Con que sólo uno de ellos lanzase un grito de alarma, Abila se convertiría en un matadero.

—Entonces iremos a caballo, Profeta —dijo secamente. ¡Luz, Rand había insistido en que todo se mantuviese en secreto hasta que Masema se encontrase ante él! ¿Cómo iba a conseguirse eso yendo a caballo todo el camino hasta Cairhien?—. Pero sin demora. El lord Dragón está deseoso de hablar contigo.

—Yo estoy deseoso de hablar con el lord Dragón, que la Luz bendiga su nombre. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia las dos Aes Sedai. Trató de ocultarlo, nada menos que sonriéndole a Perrin. Pero olía a... rigor—. Muy, muy deseoso.

—¿Desea milady que pida a uno de los adiestradores que os traiga un halcón? —preguntó Maighdin. Uno de los cuatro cuidadores de halcones de Alliandre, todos tan enjutos como las aves de rapiña, hizo pasar a su mano enguantada un esbelto borní encaperuzado desde la percha, situada en la parte delantera de la silla de montar, y ofreció el ave de color ceniciento a Faile. El azor, con su hermoso plumaje, estaba posado en la muñeca enguantada de Alliandre. Esa ave estaba reservada para ella, por desgracia. Alliandre sabía cuál era su sitio como vasalla, pero Faile comprendía que no quisiera ceder un ave favorita.

Se limitó a sacudir la cabeza, y Maighdin hizo una inclinación en la silla antes de apartar su yegua ruana, lo bastante para no importunar pero suficientemente cerca para oír a Faile si la llamaba, sin que tuviera que levantar la voz. La majestuosa mujer de cabello dorado había demostrado ser una doncella tan buena como Faile había esperado, competente, entendida, dominando su cometido. Al menos, lo fue después de enterarse de que, fueran cuales fuesen sus posiciones con su anterior señora, ahora Lini era la primera doncella y encargada de las mujeres al servicio de Faile, y muy dispuesta a ejercer su autoridad. Sorprendentemente, aquello había desembocado en un episodio con una vara de por medio, pero Faile fingía no estar enterada de ello. Sólo una estúpida de remate avergonzaba a su servidumbre. Todavía quedaba pendiente el asunto entre Maighdin y Tallanvor, naturalmente. A Faile no le cabía duda de que Maighdin había empezado a compartir el lecho con él, y si encontraba una prueba de ello, se casarían aunque para conseguirlo tuviera que dejar que Lini se encargara de los dos. Sin embargo, eso era un asunto sin importancia y no permitiría que le estropease la mañana.

Practicar la cetrería había sido idea de Alliandre, pero Faile no había puesto objeciones a cabalgar por ese bosque ralo, en el que la nieve formaba un ondulado y blanco manto que lo cubría todo y se amontonaba en las desnudas ramas. El verde de los árboles que todavía conservaban las hojas parecía más intenso. El aire era límpido, cristalino, y olía a nuevo, a fresco.

Bain y Chiad habían insistido en acompañarla, pero aguardaban en cuclillas a un lado, envueltas las cabezas en los *shoufa* y observándola con expresión contrariada. Sulin habría querido ir con todas las Doncellas, pero debido a las historias que corrían por doquier sobre

los expolios de los Aiel, la presencia de un solo Aiel bastaba para que casi cualquiera en Amadicia saliera corriendo para coger una espada. Debía de haber algo de cierto en esos rumores, o no habría tanta gente que conociese a los Aiel, aunque sólo la Luz sabía quiénes eran o de dónde venían; sin embargo, incluso Sulin estuvo de acuerdo en que quienesquiera que fuesen se habían desplazado hacia el este, quizás entrando en Altara.

En cualquier caso, encontrándose tan cerca de Abila, los veinte soldados de Alliandre y otros tantos mayenienses de la Guardia Alada eran escolta de sobra. Las cintas de los banderines —rojos o verdes— de las lanzas ondeaban cada vez que soplaba el aire. La presencia de Berelain era la única nube que empañaba el día. Aunque, bien pensado, ver a esa mujer tiritar bajo su capa roja forrada de pieles, tan gruesa como dos mantas, resultaba ciertamente divertido. En Mayene no había un verdadero invierno. Era un día como en las postrimerías del otoño. En Saldaea, en pleno invierno, podía congelarse la carne expuesta a los rigores del frío hasta parecer un pedazo de madera. Faile respiró hondo. Sentía ganas de reír.

Por algún extraño milagro, su marido, su amado lobo, había empezado a comportarse como debía. En lugar de gritar a Berelain o huir de ella, ahora toleraba las lisonjas y gracias de esa mujerzuela, de manera obvia, como haría con un niño que jugara entre sus piernas. Y, lo mejor de todo, ya no era necesario que ella se tragara la rabia cuando quería darle rienda suelta. Si ella le gritaba, él contestaba del mismo modo. Sabía que no era saldaenino, pero había resultado muy duro pensar en su fuero interno que él la consideraba demasiado débil para hacerle frente. Hacía unas pocas noches, mientras cenaban, había estado a punto de comentarle que Berelain acabaría saliéndose por el escote del vestido si se inclinaba más sobre la mesa. Bueno, la verdad era que no habría llegado a tanto, no con Berelain; la muy... zorra todavía pensaba que podía conquistarlo. Y esa misma mañana, Perrin había actuado con tranquila autoridad, sin consentir discusión alguna, el tipo de hombre que una mujer sabía que debía ser fuerte para merecerle, para estar a su altura. Naturalmente, tendría que pincharlo por eso. Un hombre autoritario era maravilloso, siempre y cuando no llegara a creer que era él quien tenía que mandar siempre. ¿Ganas de reír? ¡Lo que tenía era ganas de cantar!

—Maighdin, después de todo creo que...

Maighdin se encontró a su lado de inmediato, con una sonrisa interrogante, pero Faile dejó la frase sin terminar al ver a tres jinetes un poco más adelante, abriéndose paso a través de la nieve tan deprisa como podían hacer avanzar a sus monturas.

—Al menos hay muchas liebres, milady —dijo Alliandre mientras acercaba su castrado blanco para situarlo junto a *Golondrina—.* Sin embargo, había esperado... ¿Quiénes son? —Su azor se movió sobre el grueso guante, haciendo tintinear las campanillas de los grillos—. Vaya, parecen ser de los vuestros, milady.

Faile asintió con gesto serio. También ella los había reconocido. Parelean, Arrela y Lacile. Pero ¿qué hacían allí?

Los tres frenaron los caballos delante de ella; los animales exhalaban vaho por los ollares, jadeantes. Parelean parecía tener los ojos tan desorbitados como los de su rodado. Lacile, el pálido rostro oculto casi por completo bajo la amplia capucha de su capa, tragaba saliva con ansiedad, y la oscura tez de Arrela tenía un tinte ceniciento.

—Milady —empezó Parelean en tono urgente—, ¡terribles noticias! ¡El Profeta Masema ha estado reunido con los seanchan!

—¡Los seanchan! —exclamó Alliandre—. ¡No pensará en serio que ellos acaten la autoridad del lord Dragón!

—El motivo puede ser más simple —opinó Berelain mientras adelantaba su blanca yegua para ponerse al otro lado de Alliandre. Sin la presencia de Perrin que la impulsara a intentar impresionarlo, su traje de montar azul oscuro era de corte muy modesto, con el cuello subiéndole hasta la barbilla. Aun así, tiritaba—. Masema detesta a las Aes Sedai, y los seanchan retienen como prisioneras a las mujeres que encauzan.

Faile chasqueó la lengua con irritación. Si eran ciertas, desde luego las noticias no

podían ser más terribles. Al menos confiaba en que Parelean y los otros hubieran tenido el suficiente sentido común para fingir que las habían oído por casualidad. Con todo, tenía que estar segura, y cuanto antes. Perrin podría encontrarse ya ante Masema.

—¿Qué pruebas hay de ello, Parelean?

—Hablamos con tres granjeros que vieron a una gran criatura voladora aterrizar hace cuatro noches, milady. Transportaba a una mujer que fue conducida en presencia de Masema y estuvo reunida con él durante tres horas.

—Pudimos rastrearla hasta donde Masema reside en Abila —añadió Lacile.

—Los tres granjeros creían que la criatura era un Engendro de la Sombra —intervino Arrela—, pero parecían personas fiables, de las que no se inventarían una cosa así. —Para ella, decir que cualquiera que no perteneciese a *Cha Faile* era fiable se equiparaba a que cualquier otro afirmara que alguien era honrado a carta cabal.

—Creo que debo ir a Abila —manifestó Faile, asiendo las riendas de *Golondrina*—. Alliandre, llevad a Maighdin y a Berelain con vos. —En otras circunstancias, el gesto de la mayeniense de apretar los labios le habría resultado divertido—. Parelean, Arrela y Lacile me acompañarán...

Un hombre gritó, y todos ellos dieron un respingo. A cincuenta metros, uno de los soldados de Alliandre se desplomó de la silla, y un instante después caía uno de la Guardia Alada, con una flecha atravesándole la garganta. Entre los árboles aparecieron Aiel, velados y disparando arcos al tiempo que corrían. Cayeron más soldados. Bain y Chiad se habían incorporado; los negros velos tapaban sus rostros hasta los ojos. Metieron las lanzas en las correas de los estuches de sus arcos, atados a la espalda, y sacaron éstos con gran agilidad, aunque echaron ojeadas a Faile. Había Aiel por todas partes, cientos, al parecer; un cerco que se iba cerrando. Los soldados montados pusieron lanzas en ristre al tiempo que formaban un círculo alrededor de Faile y los otros, pero enseguida empezaron a aparecer brechas a medida que las flechas Aiel daban en el blanco.

—Alguien debe llevar esta información sobre Masema a lord Perrin dijo Faile a Parelean y a las dos mujeres—. ¡Uno de vosotros tiene que llegar hasta él! ¡Cabalgad como el viento! —Su mirada se detuvo en Alliandre y Maighdin. Y también en Berelain—. ¡Todas vosotras, cabalgad como el viento o moriréis aquí! —Sin apenas esperar los gestos de asentimiento de las otras mujeres, clavó talones en los flancos de *Golondrina* y pasó a través del inútil círculo de jinetes—. ¡A galope! —gritó—. ¡A galope!

Inclinada sobre el cuello de *Golondrina*, azuzó a la negra yegua para que acelerara. Los cascos levantaron la nieve cuando el animal cabalgó a galope tendido, haciendo honor a su nombre. Tras un centenar de zancadas, Faile pensó que quizá lograría huir; entonces *Golondrina* relinchó y tropezó, cayendo hacia adelante con un seco chasquido a pata rota. Faile salió lanzada por el aire y aterrizó violentamente, de cara, y el impacto contra el suelo la dejó sin resuello. Jadeando, se incorporó trabajosamente mientras sacaba un cuchillo del cinturón. *Golondrina* había relinchado antes de tropezar, antes de que sonara el espantoso chasquido.

Un Aiel velado surgió ante ella como si saliese del aire y le golpeó la muñeca con el canto de la mano rígida. El cuchillo cayó de sus dedos, que de repente se habían quedado enervados, y antes de que Faile tuviera tiempo de sacar otro con la mano izquierda, el hombre se le echó encima.

Se resistió, lanzando patadas, puñetazos e incluso asestándole mordiscos, pero el tipo era tan corpulento como Perrin y una cabeza más alto. También parecía igual de duro, a juzgar por el nulo efecto que sus golpes tuvieron en él. Habría llorado de frustración por la facilidad con que la manejó, primero despojándola de todos sus cuchillos y guardándoselos en su propio cinturón, y luego utilizando uno de ellos para cortarle las ropas de arriba a abajo. Casi antes de darse cuenta de lo que ocurría, se encontró desnuda en la nieve, con los brazos atados a la espalda, codo contra codo, con una de sus medias, y la otra ceñida a su cuello como una correa.

Librodot

No tuvo más remedio que seguirlo, tiritando y tropezando a través de la nieve. Se le puso carne de gallina por el frío. Luz, ¿cómo habría pensado antes que hacía buen día, que la temperatura no era gélida? ¡Luz, ojalá alguien hubiese conseguido escapar con la noticia sobre Masema! Y para informar a Perrin de su captura, naturalmente; pero podría escapar de algún modo. Lo otro era más importante.

El primer cuerpo que vio fue el de Parelean, despatarrado de espaldas, con la espada en una de las manos y la sangre empapando su fina chaqueta con cuchilladas de satén en las mangas. Después fueron muchos más cadáveres, de hombres de la Guardia Alada con sus petos rojos, de soldados de Alliandre con sus yelmos de color verde oscuro, el de uno de los halconeros, con el borní encapuchado aleteando en un esfuerzo inútil de soltarse de los grillos, todavía sujetos prietamente en el puño cerrado del muerto. Sin embargo, se aferró a la esperanza.

Las primeras personas capturadas que vio, arrodilladas entre hombres y mujeres Aiel, que ya habían bajado los velos, fueron Bain y Chiad, ambas desnudas, con las manos sin atar reposando sobre las rodillas. La sangre se deslizaba por la cara de Bain y apelmazaba su pelo rojo. Chiad tenía la mejilla izquierda hinchada y amoratada, y sus grises ojos parecían algo vidriosos. Permanecían arrodilladas, recta la espalda, impasibles y sin mostrar vergüenza por su desnudez, pero cuando el corpulento Aiel la empujó rudamente para que se pusiera de rodillas junto a ellas, ambas reaccionaron.

—Esto no es correcto, Shaido —masculló, furiosa, Chiad.

—Ella no sigue el *ji'e'toh* —instó Bain—. No podéis hacerla *gai'shain.*

—Las *gai'shain* deben guardar silencio —manifestó distraídamente una Doncella de cabello canoso.

Bain y Chiad dirigieron una mirada de disculpa a Faile y luego volvieron a su tranquila espera. Acurrucada, procurando tapar su desnudez, Faile no supo si reír o llorar. Habría escogido a esas dos mujeres para escapar de cualquier sitio, y ninguna de ellas movía un dedo para intentarlo a causa del *ji'e'toh.*

—Te lo repito, Efalin —rezongó el Aiel que la había capturado—, esto es una insensatez. Avanzamos muy lentamente con esta... nieve. —Pronunció la palabra con dificultad—. Hay demasiados hombres armados en la zona. Deberíamos dirigirnos al este, no tomar más *gai'shain* que nos retrasarán más aún.

—Sevanna quiere más *gai'shain*, Rolan —respondió la Doncella canosa. Sin embargo, frunció el entrecejo y en sus duros ojos grises asomó una expresión desaprobadora durante un instante.

Temblando, Faile parpadeó cuando los nombres cobraron sentido en su mente. Sevanna. Shaido. ¡Pero si estaban en la Daga del Verdugo de la Humanidad, a la mayor distancia posible de allí, salvo que cruzaran la Columna Vertebral del Mundo! Pero, obviamente, no se encontraban en aquel lugar. Eso era algo que Perrin debía saber; una razón más para escapar cuanto antes. No parecía que tuviera muchas posibilidades de hacerlo, acurrucada en la nieve y preguntándose qué parte de su cuerpo se congelaría antes. La Rueda se vengaba de su anterior regocijo por la tiritera de Berelain. De hecho, la idea de cubrirse con las túnicas de lana de los *gai'shain* se le antojaba muy apetecible. No obstante, los Aiel no hicieron intención de emprender la marcha. Había más cautivos a los que debían llevar.

La primera fue Maighdin, en cueros y atada como Faile, y resistiéndose a cada paso. Hasta que la Doncella que iba empujándola la zancadilleó violentamente. Maighdin se dio una tremenda culada en la nieve, y sus ojos se abrieron tanto que Faile se habría reído si no hubiese sentido tanta pena por ella. Alliandre llegó a continuación, casi doblada por la mitad en un intento de cubrirse, y luego fue Arrela, que parecía tan paralizada por su desnudez que dos Doncellas casi tenían que llevarla a rastras. Finalmente, otro alto Aiel apareció con Lacile, que pateaba furiosamente, cogida por debajo del brazo como si fuese un fardo.

—Los demás están muertos o han huido —informó el hombre mientras dejaba caer a la menuda cairhienina junto a Faile—. Sevanna tendrá que conformarse, Efalin. Da mucha

Librodot

importancia a tomar gente que lleva sedas.

Faile no se resistió un ápice cuando la obligaron a ponerse de pie y a emprender la trabajosa marcha a través de la nieve, a la cabeza de las otras prisioneras. Estaba demasiado conmocionada para luchar. Parelean muerto, Arrela y Lacile cautivas, así como Alliandre y Maighdin. Luz, alguien tenía que avisar a Perrin sobre Masema. Alguien... La idea fue como un último mazazo. Allí estaba, tiritando y apretando los dientes para que no le castañetearan, haciendo todo lo posible para aparentar que no estaba tan desnuda como su madre la trajo al mundo y atada, de camino hacia una incierta cautividad. Y como si todo eso no fuera suficiente, además tenía que confiar en que esa provocativa gata —¡esa sobona pelandusca!—, Berelain, hubiese logrado escapar para avisar a Perrin. En comparación con todo lo demás, eso le parecía lo peor.

Egwene condujo a *Daishar* a lo largo de la columna de iniciadas, hermanas a caballo entre las carretas, Aceptadas y novicias a pie a pesar de la nieve. El sol brillaba en un cielo casi sin nubes, pero de los ollares de su castrado salían nubecillas de vapor. Sheriam y Siuan iban detrás de ella, hablando en voz baja sobre las noticias recibidas de los informadores de Siuan. Egwene ya había adivinado que la mujer pelirroja sería una eficaz Guardiana una vez que comprendiera que no era la Amyrlin, pero, día a día, Sheriam parecía mostrarse más diligente con sus obligaciones. Chesa las seguía en su rechoncha yegua por si acaso la Amyrlin necesitaba algo, y, cosa rara en ella, rezongaba porque Meri y Selane se hubiesen fugado, las muy ingratas, dejándola a ella el trabajo de las tres. Iban al paso, y Egwene ponía gran empeño en no mirar hacia la columna detenida.

Un mes de inscribir, de tener el libro de novicias abierto para todas, había resultado en una cifra sorprendente, un río de mujeres ansiosas de convertirse en Aes Sedai, de todas las edades y algunas procedentes de lugares a cientos de kilómetros de distancia. Ahora había el doble de novicias que antes. ¡Casi un millar! Muchas, muchísimas, nunca llevarían el chal, pero aun así su número había sorprendido a todo el mundo. Algunas podrían ocasionar pequeños problemas, y una de ellas, una abuela llamada Sharina con un potencial superior incluso al de Nynaeve, había dejado estupefactas a todas las hermanas; sin embargo, la razón de no querer mirar hacia la columna no era el hecho de ver a una madre y a una hija enzarzadas porque la hija sería mucho más fuerte algún día, ni a las nobles que empezaban a pensar que habían cometido un gran error al pedir que se les hiciera la prueba, ni siquiera las miradas directas e inquietantes de Sharina. La mujer canosa obedecía todas las reglas y mostraba el debido respeto, pero había dirigido a su numerosa familia a fuerza de un carácter enérgico; incluso algunas de las hermanas la evitaban recelosamente. Lo que Egwene no quería ver era el grupo de jóvenes que se les había unido unos días antes. Las dos hermanas que las llevaron se habían quedado más que estupefactas al saber que Egwene era la Amyrlin, pero las chicas a su cargo no podían creerlo; no de Egwene al'Vere, la hija del alcalde de Campo de Emond. No quería ordenar que se castigase a nadie más, pero tendría que hacerlo si pillaba a otra de ellas sacándole la lengua.

Gareth Bryne también tenía a su ejército situado en una ancha columna, caballería e infantería en formación, que se extendía hasta perderse de vista entre los árboles. El pálido sol arrancaba destellos en petos, yelmos y puntas de picas. Los caballos pisoteaban impacientemente la nieve.

Bryne condujo su robusto bayo a su encuentro antes de que Egwene llegara hasta donde esperaban las Asentadas montadas en sus caballos, en un amplio claro que se abría un poco más adelante de la posición de las dos columnas. El general le sonrió tras las barras de la visera del yelmo. Una sonrisa animosa, a su entender.

—Una excelente mañana para ello, madre —dijo—. Aquí al menos.

Ella se limitó a asentir con la cabeza, y el general se situó detrás, junto a Siuan, la cual no empezó a escupirlo de inmediato. Egwene no sabía exactamente a qué acuerdo había llegado con el hombre, pero rara vez rezongaba sobre él cuando Egwene podía oírla, y jamás

en presencia del general. Se alegró de que estuviese allí en ese momento. La Sede Amyrlin no podía dar a entender que necesitaba su apoyo moral, pero sentía necesidad de él esa mañana.

Las Asentadas tenían sus caballos en línea al borde de los árboles, y otras trece hermanas aguardaban en los suyos a corta distancia, observando con atención a las Asentadas. Romanda y Lelaine espolearon sus monturas casi al mismo tiempo, y Egwene no pudo contener un suspiro al verlas acercarse, con las capas ondeando tras ellas, los cascos de los animales levantando nieve como si los hubiesen lanzado a la carga. La Antecámara le obedecía porque no tenía más remedio. Lo hacía en lo relativo a la guerra contra Elaida, pero, Luz, ¡qué de peros ponían sobre lo que tenía relación o no con la contienda! ¡Cuando era que no, entonces sacar algo en limpio con ellas era como intentar sacar dientes a un pato! De no ser por Sharina, habrían encontrado un modo de detener la inscripción de mujeres de cualquier edad. Incluso Romanda estaba impresionada con Sharina.

Las dos mujeres frenaron delante de ella, pero antes de que tuviesen tiempo de abrir la boca, Egwene se les adelantó.

—Es hora de que os pongáis a ello, hijas, y no hay tiempo que perder en charlas inútiles. Proceded.

Romanda resopló, aunque quedamente, y a Lelaine le faltó poco.

Hicieron volver grupas a sus caballos a la par, y entonces se asestaron una mirada furibunda. Los sucesos del último mes sólo habían conseguido acentuar el recíproco desagrado. Lelaine echó bruscamente la cabeza hacia atrás en un gesto de concesión y Romanda sonrió, una mínima mueca curvando las comisuras de sus labios. También Egwene estuvo a punto de sonreír. Esa animosidad mutua seguía siendo su mayor fuerza en la Antecámara.

—La Sede Amyrlin ordena que procedáis —anunció Romanda al tiempo que alzaba la mano con gesto pomposo.

El brillo del *Saidar* irradió de golpe alrededor de las trece hermanas que estaban cerca de las Asentadas, envolviéndolas juntas, y una gruesa línea plateada apareció en el centro del claro, rotando hasta formar un acceso de diez metros de alto y cien de ancho. Se colaron copos de nieve del otro lado. Gritos de órdenes impartidas sonaron entre los soldados, y los primeros jinetes con armadura de la caballería pesada pasaron a través del acceso. La densa nevada del otro lado no permitía ver a mucha distancia, pero Egwene imaginó que podía vislumbrar las Murallas Resplandecientes de Tar Valon.

—Ha empezado, madre —dijo Sheriam en un tono que sonaba casi sorprendido.

—Ha empezado —convino Egwene. Y, si la Luz quería, Elaida caería muy pronto. Se suponía que debía esperar hasta que Bryne dijera que habían pasado suficientes soldados, pero no pudo contenerse. Clavó talones en los ijares de *Daishar* y entró bajo la nevada en la llanura donde el Monte del Dragón se perfilaba negro y humeante contra el blanco cielo.

CAPÍTULO 17

Después

Los vientos y las nieves invernales redujeron el tránsito del comercio terrestre, cuando no lo interrumpieron por completo hasta la primavera, y por cada tres palomas enviadas por mercaderes, dos cayeron presa de los halcones o del mal tiempo, pero allí donde el hielo no cubría los ríos, los barcos siguieron navegando y los rumores se extendieron más deprisa que relámpagos. Cientos, miles de rumores, cada cual plantando miles de semillas que germinaron y crecieron en nieve y hielo como si fuera suelo fértil.

En Tar Valon, decían algunos, se habían enfrentado grandes ejércitos, la sangre había corrido a raudales por las calles y las Aes Sedai rebeldes habían clavado la cabeza de Elaida a'Roihan en una pica. No; Elaida había ganado la batalla, y las rebeldes que sobrevivieron se arrastraban a sus pies. No había habido rebeldes ni división en la Torre Blanca. Era la Torre Negra la que se había destruido y escindido, por designio Aes Sedai y poder Aes Sedai, y Asha'man perseguían Asha'man por todos los países. La Torre Blanca había destrozado el Palacio del Sol de Cairhien, y el propio Dragón Renacido estaba ahora atado a la Sede Amyrlin, como una marioneta a su servicio. Algunos rumores decían que eran Aes Sedai las que estaban atadas a él, a los Asha'man, pero eran pocos los que daban crédito a tal rumor, y esos pocos eran la risión de todo el mundo.

Los ejércitos de Artur Hawkwing habían regresado para reclamar su imperio, destruido mucho tiempo antes, y los seanchan arrasaban todo a su paso, incluso habían rechazado al Dragón Renacido en Altara, derrotándolo y haciéndolo retroceder. Los seanchan habían ido a servirle. No; él había arrojado al mar a los seanchan, destruyendo sus ejércitos completamente. No; se habían llevado al Dragón Renacido, para que se postrara de rodillas ante la emperatriz. El Dragón Renacido había muerto, y hubo tanta celebración como duelo, tantas lágrimas como gritos de alegría.

Los rumores se extendieron por las naciones como telarañas superpuestas, y hombres y mujeres planearon el futuro creyendo que sabían la verdad. Hicieron planes y el Entramado los absorbió, tejiéndolos hacia el futuro profetizado.

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión con respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano gozó de amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiera de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero sólo los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la destrucción, la mortalidad y la desintegración generalizadas de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede —iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años—, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Ahondamiento: 1) La capacidad de usar el Poder Único para diagnosticar condiciones físicas y enfermedades. 2) La habilidad de hallar depósitos de minerales metalíferos con el Poder Único. El hecho de que ésta sea una habilidad perdida por las Aes Sedai mucho tiempo atrás puede explicar que el nombre se haya relacionado con otra facultad.

Allegadas, las: Incluso durante la Guerra de los Trollocs, hace más de dos mil años (alrededor del 1000-1350 DD), la Torre Blanca seguía manteniendo el nivel exigido y expulsaba a las mujeres que no daban la talla. Un grupo de esas mujeres, temerosas de regresar a sus casas en mitad de una guerra, huyó a Barashta (en las inmediaciones de donde se alza actualmente Ebou Dar), lo más lejos posible del conflicto en aquel tiempo. Se llamaron a sí mismas las Allegadas o las Emparentadas; mantuvieron en secreto su grupo y ofrecieron un refugio seguro a otras que habían sido expulsadas. Con el tiempo, el hecho de entrar en contacto con mujeres a las que se les ordenaba abandonar la Torre las condujo a abordar a las fugitivas y, aunque las razones exactas quizá no se sepan nunca, las Allegadas empezaron a aceptar también a las que huían de la Torre. Ponían gran empeño en que esas jóvenes no descubrieran nada sobre su grupo hasta tener la seguridad de que las Aes Sedai no caerían sobre ellas de repente para arrastrarlas de vuelta a la Torre. Al fin y a la postre, era de todos sabido que a las fugitivas se las atrapaba siempre, antes o después, y las Allegadas sabían que, a menos que mantuvieran en secreto su organización, ellas mismas serían castigadas severamente.

Las Allegadas ignoraban que las Aes Sedai tenían conocimiento de su existencia casi desde el principio, pero la prosecución de la guerra no les dejaba tiempo para ocuparse de ellas. Al finalizar el conflicto, la Torre cayó en la cuenta de que no le convenía desmantelar el grupo de las Allegadas. Hasta entonces, la gran mayoría de las fugitivas había logrado escapar en contra de la propaganda de la Torre, pero una vez que las Allegadas empezaron a ayudarlas a huir, la Torre sabía exactamente adónde se encaminaba cualquier fugitiva, y así comenzó a recuperar a nueve de cada diez. Puesto que las Emparentadas se mudaban cada cierto tiempo de Barashta (y posteriormente de

Ebou Dar) con el propósito de mantener en secreto su existencia y el número de las componentes del grupo, sin que su estancia se prolongase más de diez años para no correr el riesgo de que nadie advirtiera que no envejecían a un ritmo normal, la Torre creyó que eran muy pocas, además de que llevaban a raja tabla no llamar la atención. Con el propósito de utilizar a las Allegadas como una trampa para las fugitivas, la Torre decidió dejarlas en paz, en contra de lo que habían hecho con cualquier otro grupo similar a lo largo de su historia, así como guardar en secreto su existencia para cualquiera que no fuese Aes Sedai.

Las Allegadas no tienen leyes, sino más bien unas reglas basadas en parte en las establecidas por la Torre Blanca para novicias y Aceptadas, y en parte por la necesidad de conservar su secreto. Como sería de esperar dados los orígenes de las Allegadas, el mantenimiento de sus reglas es estricto con todas sus integrantes.

Recientes contactos entre Aes Sedai y Allegadas —aunque tal circunstancia es conocida únicamente por un puñado de hermanas— han dado lugar a varias sorpresas, entre ellas el hecho de que hay el doble de Emparentadas que Aes Sedai, así como que algunas de las primeras superan en un siglo la edad a la que ha llegado cualquier Aes Sedai desde antes de la Guerra de los Trollocs. El efecto que estos descubrimientos puedan tener tanto en las Aes Sedai como en las Allegadas aún está por verse. (Véanse *Hijas del Silencio, las*; *Círculo de Labores de Punto, el.*)

Asha'man: 1) En la Antigua Lengua «Guardián» o «Guardianes», pero siempre con el significado de un defensor de la verdad y la justicia. 2) El nombre dado tanto al colectivo de hombres que han acudido a lo que ahora se llama la Torre Negra, cerca de Caemlyn, en Andor, a fin de aprender a encauzar, como a uno de sus rangos. Su entrenamiento se centra en los distintos modos de utilizar el Poder Único como arma; una vez que han aprendido a asir el *Saidin* —la mitad masculina de la Fuente—, se les exige realizar todo tipo de tareas y trabajos con el Poder, lo que implica otro cambio con respecto a las normas de la Torre Blanca. A un hombre que acaba de enrolarse se lo llama «soldado» y lleva una chaqueta negra, de cuello alto, al estilo andoreño. Al ser ascendido a «Dedicado» se adquiere el derecho de lucir un alfiler de plata, denominado «espada», en un pico del cuello. La promoción a Asha'man otorga el derecho a llevar la insignia del «dragón», el alfiler esmaltado en dorado y rojo, en el pico contrario. Aunque muchas mujeres, incluidas las esposas, huyen cuando descubren que sus compañeros pueden encauzar, un número considerable de los hombres de la Torre Negra están casados y utilizan una versión del vínculo de los Guardianes con sus Aes Sedai a fin de crear un nexo con sus esposas. Este mismo vínculo, alterado para compeler a la obediencia, ha empezado a usarse recientemente a fin de capturar también Aes Sedai.

Balwer, Sebban: Otrora secretario de Pedron Niall oficialmente, aunque en secreto era su jefe de espías. Ayudó a Morgase a escapar de los seanchan en Amador por sus propios motivos, y ahora trabaja como secretario de Perrin t'Bashere Aybara y de Faile ni Bashere t'Aybara.

Capitán de Espadas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Capitán de Lanzas: En la mayoría de las naciones, las mujeres nobles no dirigen personalmente a sus mesnaderos en la batalla en circunstancias normales. En cambio, contratan a un soldado profesional, casi siempre un plebeyo, que es responsable del entrenamiento de los mesnaderos así como de dirigirlos. Dependiendo del país, ese hombre puede llamarse Capitán de Lanzas, Capitán de Espadas, Maestro de los Caballos o Maestro de las Lanzas. A menudo surgen, quizá de manera inevitable, rumores sobre otro tipo de relación entre la noble y el guerrero aparte de la de patrona y asalariado. En ocasiones dichos rumores son ciertos.

Cha Faile: 1) En la Antigua Lengua, «Garra del Halcón». 2) Nombre adoptado por los jóvenes cairhieninos y tearianos que intentan seguir el *ji'e'toh.* Han jurado lealtad a Faile ni Bashere t'Aybara y secretamente actúan como sus exploradores y espías.

Librodot

Círculo de Labores de Punto, el: La junta dirigente de las Allegadas. Puesto que ninguna de las componentes del grupo ha sabido nunca cómo organizan las Aes Sedai su propia jerarquía —conocimiento que sólo se adquiere cuando una Aceptada ha pasado su prueba para obtener el chal—, las Allegadas no se basan en la fuerza con el Poder sino que dan gran importancia a la edad, de modo que la mujer mayor siempre está por encima de la más joven. Por consiguiente, el Círculo de Labores de Punto (nombre escogido, al igual que el de Allegadas, por su carácter inofensivo) está formado por las trece mujeres mayores residentes en Ebou Dar en ese momento, recibiendo la de mayor edad el título de la Rectora. Conforme a las reglas, todas tendrán que dejar el puesto cuando les llegue el momento de mudarse, pero mientras residen en Ebou Dar tienen autoridad absoluta sobre las Allegadas, hasta un grado que cualquier Sede Amyrlin envidiaría. (Véase *Allegadas, las.*)

Compañeros, los: El cuerpo militar de elite de Illian que actualmente está al mando del primer capitán Demetre Marcolin. Los Compañeros proporcionan escolta al rey de Illian y guardan los puntos clave en toda la nación. Además, a los Compañeros se los ha utilizado tradicionalmente en la batalla para atacar las posiciones enemigas más fuertes y sacar ventaja de sus puntos débiles, así como cubrir la retirada del rey si llegara el caso. A diferencia de la mayoría de las unidades de elite de su clase, a los forasteros no sólo se los acoge de buen grado en sus filas (excepto tearianos, altaraneses y murandianos), sino que incluso pueden ascender al rango más alto; lo mismo reza para los plebeyos, cosa que tampoco es habitual. El uniforme de los Compañeros consiste en chaqueta verde, peto adornado con las Nueve Abejas de Illian y un yelmo cónico con visera de hendiduras en acero. El primer capitán luce cuatro galones trenzados de oro en las bocamangas, y un penacho de tres finas plumas doradas en el yelmo. Los tenientes llevan dos galones amarillos en las bocamangas y dos finas plumas verdes, mientras que los subtenientes llevan un galón amarillo y una pluma verde. Los distintivos de los abanderados son dos galones abiertos de color amarillo en las bocamangas y una pluma del mismo tono, y los hombres del pelotón sólo llevan un galón abierto, también amarillo.

Consolidación, la: Cuando los ejércitos enviados por Artur Hawkwing a las órdenes de su hijo Luthair desembarcaron en Seanchan, se encontraron con un mosaico cambiante de numerosísimas naciones que guerreaban frecuentemente entre sí y que a menudo estaban regidas por Aes Sedai. Sin existir un equivalente de la Torre Blanca, las Aes Sedai actuaban en favor de sus propios intereses y poderío valiéndose del Poder Único. Formaban pequeños grupos e intrigaban constantemente unas contra otras. En gran parte, esas continuas maquinaciones en provecho propio y las resultantes guerras entre las miles de naciones fueron las que permitieron a los ejércitos del este del Océano Aricio iniciar la conquista de todo un continente y que sus descendientes finalizaran dicha tarea. Esa conquista, durante la cual los descendientes de los ejércitos originales se convirtieron en seanchan a medida que conquistaban a los oriundos, se prolongó más de novecientos años y se la conoce como la Consolidación.

Corenne: En la Antigua Lengua, «el Retorno». Nombre dado por los seanchan tanto a la flota de miles de barcos como a los cientos de miles de soldados, artesanos y demás que transportarán esas naves y que llegarán detrás de los Precursores para reclamar las tierras robadas a los descendientes de Artur Hawkwing. (Véase *Precursores.*)

da'covale: 1) En la Antigua Lengua, «el que es posesión» o «persona que es propiedad». 2) Entre los Seanchan, término utilizado a menudo, junto con el de «propiedad», para «esclavos». La esclavitud tiene una historia larga e inusitada entre los seanchan, ya que hay esclavos con habilidad para ascender a posiciones de gran poder y autoridad, incluso sobre aquellos que son libres. (Véase *so'jhin.*)

Defensores de la Ciudadela, los: La unidad militar de elite de Tear. El actual Capitán de la Ciudadela (el comandante de los Defensores) es Rodrivar Tihera. En dicho cuerpo sólo se admiten tearianos, y por lo general los oficiales son de la nobleza, aunque a menudo

pertenecen a casas menores o a ramas menores de casas importantes. Los Defensores tienen a su cargo la salvaguardia de la inmensa fortaleza llamada Ciudadela de Tear, en la ciudad del mismo nombre, la defensa de la urbe y las tareas propias de un cuerpo policial o una guardia ciudadana u otra organización semejante. Salvo en tiempos de guerra, sus funciones rara vez los llevan lejos de la ciudad. Así, como ocurre con todas las unidades de elite, son el núcleo en torno al cual se forma el ejército. El uniforme de los Defensores consiste en una chaqueta negra con mangas acolchadas, listadas en negro y dorado, con puños negros, peto bruñido y yelmo con reborde y visera de hendiduras de acero. El Capitán de la Ciudadela luce tres plumas blancas y cortas en el yelmo, y en los puños de la chaqueta, tres galones dorados y entrelazados sobre banda blanca. Los capitanes llevan dos plumas blancas y un galón dorado sobre puños blancos; los tenientes, una pluma blanca y un galón negro sobre puños blancos; los subtenientes, una corta pluma negra y los puños blancos, sin galones. Los Portaestandartes llevan puños dorados en las chaquetas, y los hombres del pelotón, los puños listados en negro y dorado.

der'morat-: 1) En la Antigua Lengua, «maestro adiestrador». 2) Entre los seanchan, el sufijo se aplica para indicar a un adiestrador eminente y experto en una de las disciplinas exóticas, alguien que entrena a otros, por ejemplo, el *der'morat'raken.* Los *der'morat* pueden disfrutar de una posición social muy importante, y la más elevada la ostentan las *sul'dam*, que se equiparan con oficiales militares de alto rango. (Véase *morat*)

Fain, Padan: El otrora Amigo Siniestro es ahora algo mucho peor y más poderoso, y enemigo de los Renegados tanto como lo es de Rand al'Thor, a quien odia con pasión. La última vez que se lo vio utilizaba el nombre de Jeraal Mordeth y actuaba como consejero de lord Toram Riatin en su rebelión contra el Dragón Renacido en Cairhien.

Guardias de la Muerte, los: La unidad militar de elite del imperio seanchan, formada tanto por humanos como por Ogier. Todos los integrantes humanos de los Guardias de la Muerte son *da'covale*, nacidos esclavos, y se los elige a temprana edad para servir a la emperatriz, de quienes son propiedad. Fanáticamente leales y ferozmente orgullosos, a menudo exhiben los cuervos tatuados en sus hombros, la marca de un *da'covale* de la emperatriz. Los yelmos y las armaduras de su unidad van lacados en verde oscuro y rojo sangre, y los escudos, en negro; sus lanzas y espadas llevan borlas también negras. (Véase *da'covale.*)

Hailene: En la Antigua Lengua, «Precursores» o «los Que Llegan Antes». Término aplicado por los seanchan a la masiva fuerza expedicionaria enviada a través del Océano Aricio para explorar las tierras antaño regidas por Artur Hawkwing. Actualmente al mando de la Augusta Señora Suroth, los *Hailene*, cuyas filas se han engrosado con los reclutamientos realizados en los países conquistados, han superado con creces sus objetivos originales.

Hanlon, Daved: Un Amigo Siniestro, antiguo comandante de los Leones Blancos al servicio del Renegado Rahvin en la época en que éste tuvo Caemlyn bajo su dominio utilizando el nombre falso de lord Gaebril. Posteriormente, Hanlon condujo a los Leones Blancos a Cairhien con órdenes de fomentar la rebelión contra el Dragón Renacido. Los Leones Blancos fueron destruidos por una «burbuja maligna», y Hanlon recibió instrucciones de regresar a Caemlyn con fines aún desconocidos.

Hijas del Silencio: Durante la historia de la Torre Blanca (más de tres mil años), diversas mujeres que fueron expulsadas no quisieron aceptar su destino e intentaron agruparse. Tales grupos —o al menos casi todos ellos— fueron dispersados por la Torre Blanca tan pronto como se descubrió su existencia, y a sus componentes se las castigó severa y públicamente a fin de asegurarse de que llegara a oídos de las demás y sirviera de lección. Las integrantes del último grupo dispersado se llamaban a sí mismas las Hijas del Silencio (794-798 NE), y lo componían dos Aceptadas, a las que la Torre había expulsado, y otras veintitrés mujeres a las que reunieron y entrenaron. Todas fueron conducidas a Tar Valon y castigadas; a las veintitrés se las inscribió en el libro de las novicias. Sólo una de ellas logró obtener el chal. (Véase *Allegadas, las.*)

Librodot

Ishara: Primera reina de Andor (alrededor de 994-1020 AL). A la muerte de Artur Hawkwing, Ishara convenció a su esposo, uno de los generales más destacados de Hawkwing, de que levantara el asedio a Tar Valon y la acompañara a Caemlyn con todos los soldados que pudiera apartar del ejército. Mientras otros intentaban adueñarse de todo el imperio de Hawkwing y fracasaban, Ishara se apoderó de una pequeña parte y logró su propósito. En la actualidad, casi todas las casas nobles de Andor descienden en mayor o menor medida de Ishara, y el derecho a reclamar el Trono del León depende por igual de pertenecer a la estirpe directa de dicha reina como del número de linajes relacionados con ella que puedan establecerse de manera fehaciente.

jerarquía de los Marinos: Los Atha'an Miere, o los Marinos, están gobernados por la Señora de los Barcos de los Atha'an Miere. En el desempeño de su tarea, ésta cuenta con la ayuda de la Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos y del Maestro de Armas. En el escalafón inmediatamente inferior se encuentran las Señoras de las Olas de los clanes, cada cual ayudada por sus correspondientes Detectora de Vientos y Maestro de Espadas. A continuación están las Navegantes (capitanas de barco) de sus respectivos clanes, que a su vez disponen de la asistencia de su Detectora de Vientos y su Maestre de Cargamento. La Detectora de los Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos de las Señoras de las Olas de los clanes, quienes, a su vez, tienen potestad sobre todas las Detectoras de Vientos de sus clanes respectivos. Asimismo, el Maestro de Armas tiene autoridad sobre todos los Maestros de Espadas, y éstos sobre los Maestros de Cargamento de sus clanes. El rango no es hereditario entre los Marinos. Son las Doce Primeras de los Atha'an Miere quienes eligen, de por vida, a la Señora de los Barcos; estas mujeres son las doce Señoras de las Olas de más edad en los clanes. A la Señora de las Olas del clan la eligen las doce Navegantes mayores de su clan, y a las cuales se las conoce por el título abreviado de las Doce Primeras, un término que también se utiliza para designar a las Navegantes decanas que se encuentren presentes en cualquier parte. De igual modo, puede ser destituida por el voto de esas mismas Doce Primeras. De hecho, se puede cesar a cualquiera excepto a la Señora de los Barcos, lo que abarca todos los escalafones, incluso el de marinero de cubierta, ya sea por cobardía u otros delitos. Cuando una Señora de los Barcos o una Señora de las Olas muere, su Detectora de Vientos está obligada a servir, forzosamente, a otra mujer de rango inferior, con lo que su propio rango también disminuye. La Detectora de Vientos de la Señora de los Barcos tiene autoridad sobre todas las Detectoras de Vientos, y la Detectora de Vientos de una Señora de las Olas de un clan está al mando de todas las Detectoras de Vientos de dicho clan. Del mismo modo, el Maestro de Armas ejerce autoridad sobre todos los Maestros de Espadas y Maestres de Cargo, y un Maestro de Espadas sobre los Maestros de Cargamento de su clan.

Legión del Dragón, la: Una gran unidad militar de infantería que ha jurado lealtad al Dragón Renacido y ha sido entrenada por Davram Bashere de acuerdo con unas pautas ideadas por él mismo y por Mat Cauthon, las cuales difieren radicalmente de las empleadas de manera habitual por los soldados de a pie. Aunque muchos de sus integrantes acuden por propia iniciativa, un gran número de hombres de la Legión es recogido por grupos de reclutamiento procedentes de la Torre Negra, quienes primero reúnen a todos los varones de una zona que desean seguir al Dragón Renacido y sólo después de conducirlos a través de accesos próximos a Caemlyn comprueban a cuáles de ellos se les puede enseñar a encauzar. A los restantes, la mayoría con gran diferencia, se los envía a los campamentos de entrenamiento de Bashere.

Maestro de las Lanzas: Véase *Capitán de Lanzas.*

Maestro de los Caballos: Véase *Capitán de Lanzas.*

marath'damane: En la Antigua Lengua, «Las que Deben Atarse con Correa» y también «alguien que debe atarse con correa». Término utilizado por los seanchan para designar a las mujeres capaces de encauzar, pero a las que aún no se les ha puesto el collar de

damane.

Mera'din: En la Antigua Lengua, «los Sin Hermanos». Nombre adoptado, como una asociación guerrera, por los Aiel que abandonaron clan y septiar y se unieron a los Shaido porque no podían aceptar a Rand al'Thor, un habitante de las tierras húmedas, como el *Car'a'carn* o porque rehusaron admitir sus revelaciones referentes a la historia y los orígenes de los Aiel. Desertar del clan y del septiar por cualquier razón se considera abominable entre los Aiel, por lo cual ni siquiera sus propias asociaciones guerreras de los Shaido quisieron admitirlos en sus filas, y, en consecuencia, formaron su propia asociación, los Sin Hermanos.

mesnaderos: Soldados que deben lealtad o vasallaje a un lord o lady en particular.

morat-: En la Antigua Lengua, «adiestrador». Entre los seanchan se utiliza para designar a los que adiestran y se encargan de disciplinas exóticas, por ejemplo, el *morat'raken*, un adiestrador o jinete de *raken*, también llamado de manera informal «volador». (Véase *der'morat.*)

Mujeres Sabias: Tratamiento honorífico que se da en Ebou Dar a las mujeres notables por sus increíbles habilidades para curar prácticamente cualquier herida. Tradicionalmente el distintivo de una Mujer Sabia es un cinturón rojo. Si bien algunas personas han reparado en que gran parte —por no decir la mayoría— de las Mujeres Sabias ebudarianas no son oriundas de Altara, cuanto menos de la propia Ebou Dar, lo que se ignoraba hasta no hace mucho, y aún sólo lo saben unos pocos, es que las Mujeres Sabias son en realidad Allegadas que utilizan varias versiones de la Curación y que aplican hierbas y emplastos sólo como tapadera. Con la huida de las Allegadas de Ebou Dar después de que los seanchan tomaran la ciudad, no queda allí ninguna Mujer Sabia. (Véase *Allegadas, las.*)

Precursores, los: Véase *Hailene.*

Profeta, el: O, más formalmente, el Profeta del lord Dragón. Antaño conocido como Masema Dagar, un soldado shienariano, que tuvo una revelación y decidió que había sido llamado a difundir la nueva del renacimiento del Dragón. Cree que nada —¡absolutamente nada!— es más importante que reconocer al Dragón Renacido como la Luz hecha carne y que hay que estar preparado para cuando éste llame a la acción; a tal fin, él y sus seguidores utilizarán cualquier medio para obligar a otros a entonar las alabanzas del Dragón Renacido. Ha renunciado a cualquier otro nombre que no sea el de Profeta, y ha desatado el caos en gran parte de Ghealdan y Amadicia, de las cuales controla zonas extensas.

Puños del Cielo, los: Cuerpo de infantería ligera seanchan cuyos integrantes son transportados a la batalla a lomos de criaturas voladoras llamadas *to'raken.* Son hombres o mujeres menudos, en gran parte por el límite de peso que un *to'raken* puede cargar a la espalda a cualquier distancia. Considerados unos de los soldados más duros del ejército, se los emplea principalmente para incursiones, ataques sorpresa a posiciones de la retaguardia enemiga y allí donde es trascendental la rapidez para situar soldados en un lugar.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas de la Sombra durante la Era de Leyenda y quedaron confinados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse la Perforación en su prisión. Aunque durante mucho tiempo se ha creído que sólo ellos abandonaron la Luz durante la Guerra de la Sombra, de hecho hubo otros que lo hicieron también; esos trece son únicamente los de más alto rango entre ellos. El número de los Renegados (que se designan a sí mismos «los Elegidos») se ha reducido en cierto modo desde que despertaron hasta el momento actual. Que se sepa, han sobrevivido Demandred, Semirhage, Graendal, Mesaana, Moghedien y otros dos que se reencarnaron en cuerpos nuevos y a los que se les dieron nuevos nombres: Osan'gar y Aran'gar. Recientemente ha aparecido un hombre que se hace llamar Moridin, y podría ser otro de los Renegados muertos sacados de la tumba por el Oscuro. La misma posibilidad cabría con respecto a la mujer llamada Cyndane, pero habida cuenta de que Aran'gar era un hombre ahora

Librodot

reencarnado en mujer, sería inútil hacer conjeturas en cuanto a la identidad de Moridin y de Cyndane hasta que se sepa algo más.

Retorno, el: Véase *Corenne.*

Sangre, la: Término utilizado por los seanchan para designar a la nobleza. Además de pertenecer a ella por nacimiento, puede obtenerse tal dignidad por ascenso.

sei'mosiev: En la Antigua Lengua, «ojos bajos» o «bajar la vista». Entre los seanchan, decir que alguien se ha «vuelto *sei'mosiev*» significa que esa persona ha «perdido el prestigio». (Véase *sei'taer.*)

sei'taer: En la Antigua Lengua, «ojos altos» o «mirar de frente». Entre los seanchan, se refiere al honor o el prestigio, a la capacidad de sostener la mirada de alguien. Es posible «ser» o «tener» *sei'taer*, lo que significa que dicha persona posee honor y prestigio, y también «cosechar» o «perder» *sei'taer.* (Véase *sei'mosiev.*)

Shen an Calhar: En la Antigua Lengua, «Compañía de la Mano Roja». 1) Un grupo legendario de héroes autores de grandes hazañas y que finalmente murieron defendiendo Manetheren cuando dicha nación fue destruida durante la Guerra de los Trollocs. 2) Una unidad militar formada casi de manera fortuita por Mat Cauthon y organizada conforme al estilo de las fuerzas de combate existentes durante lo que se considera el auge de las artes marciales, en los tiempos de Artur Hawkwing y los siglos inmediatamente precedentes.

so'jhin: La traducción que más se ajusta a esta locución de la Antigua Lengua sería «lo alto entre lo bajo», aunque algunos la interpretan con el significado de «tanto el cielo como el valle» entre otras cuantas posibilidades. *So'jhin* es el término que los seanchan utilizan para designar a los sirvientes hereditarios de alto rango. Éstos son *da'covale*, o propiedad, si bien ocupan posiciones de considerable autoridad y a menudo de poder. Incluso la Sangre procede con gran tiento con los *so'jhin* de la familia imperial, y a los de la propia emperatriz les hablan como a iguales. (Véanse *Sangre, la*; *da'covale.*)

Librodot